

EL DESENLACE DE
LA IRA Y EL AMANECER



LA ROSA & LA DAGA

• RENÉE AHDIEH •



Traducción de Carmen Torres y Laura Naranjo



Lectulandia

Fin de la bilogía que comenzó con «La ira y el amanecer».

En una tierra desértica, cada nuevo amanecer cubre los secretos que se ocultan entre las dunas. Día tras día, una joven protege a los suyos a costa de la lealtad de quienes confiaban en ella.

No muy lejos de allí, un rey reconstruye lo irreparable y un chico recurre a la magia para desentrañar el enigma de un viejo castigo.

Pero hay verdades que es arriesgado desvelar.

Lectulandia

Renee Ahdieh

La rosa y la daga

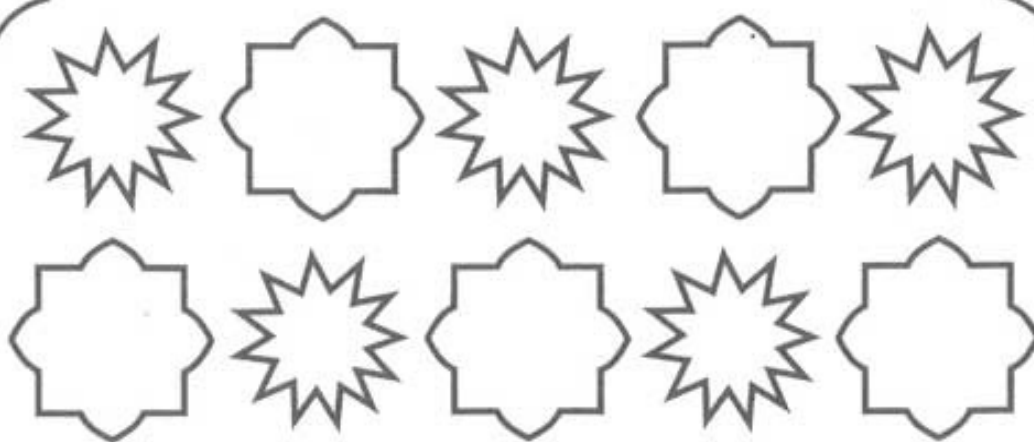
ePub r1.0

Titivillus 26.08.2018

Título original: *The Rose and the Dagger*
Renee Ahdieh, 2016
Traducción: Carmen Torres & Laura Naranjo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

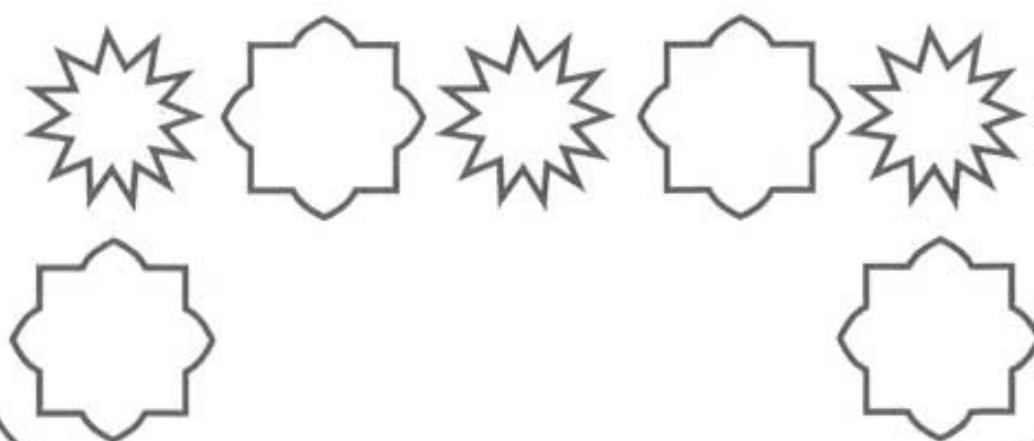
más libros en lectulandia.com



R E N É E A H D I E H

LA ROSA Y LA DAGA

Traducción del inglés
Carmen Torres y Laura Naranjo

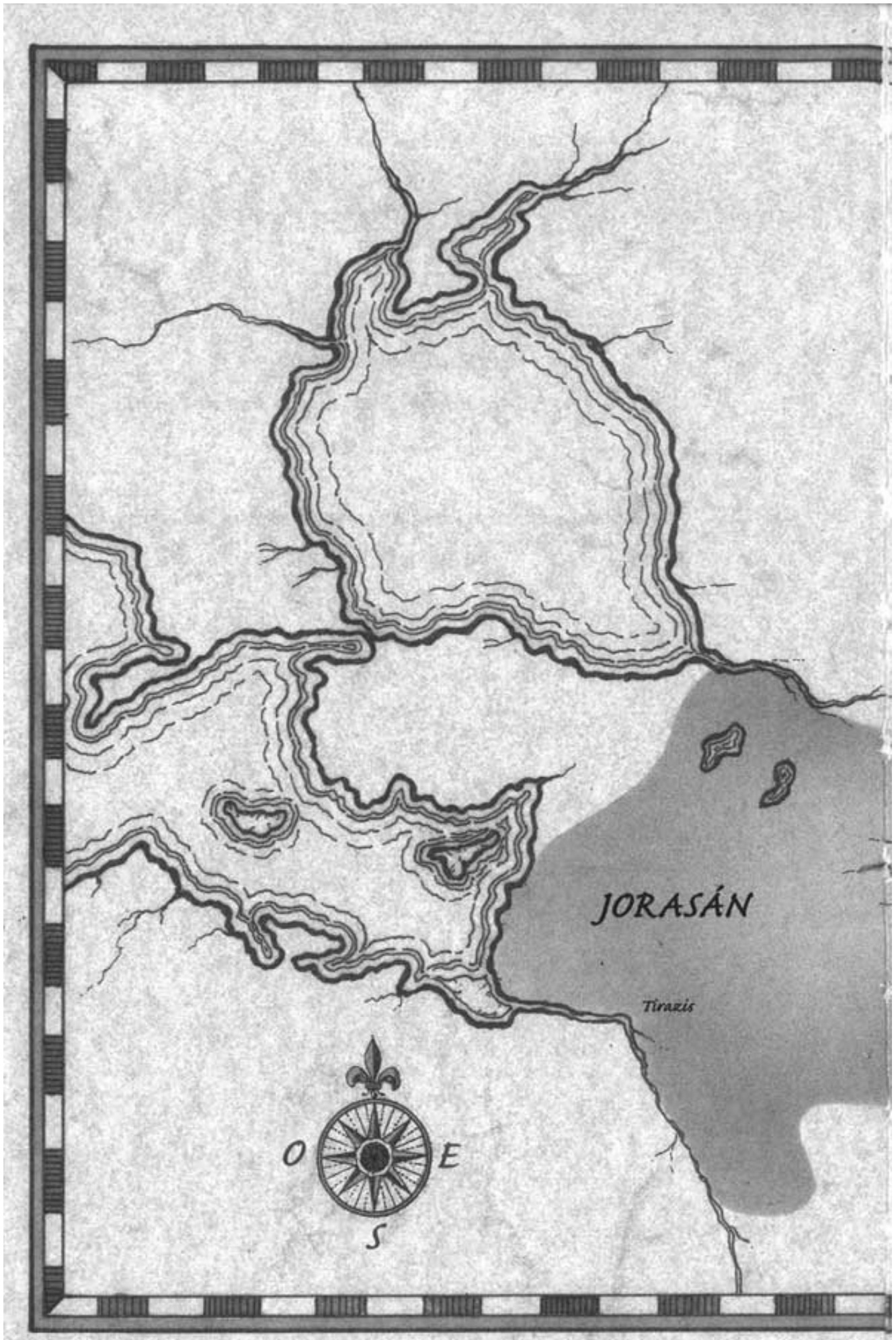




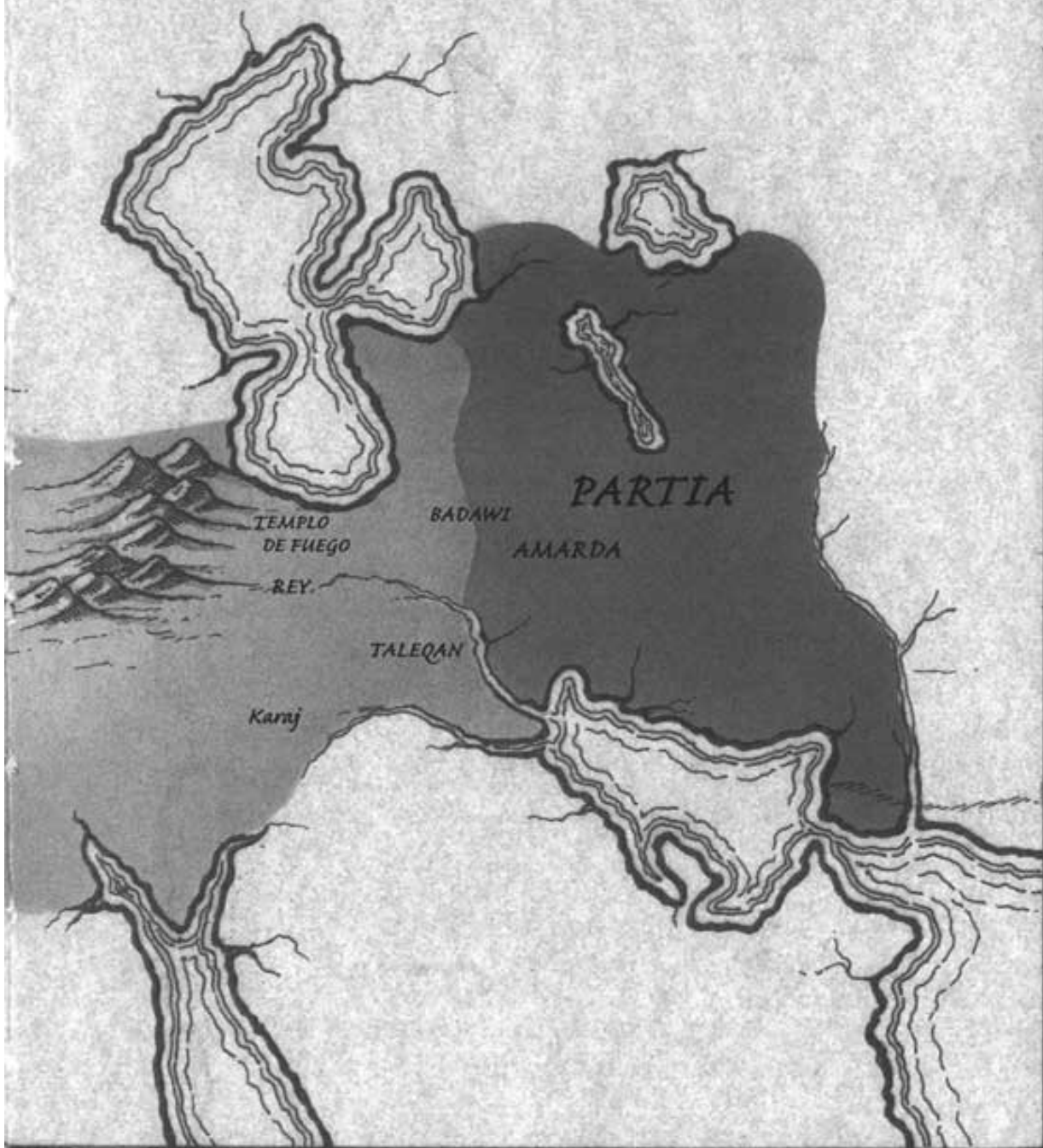
*A mis hermanas
Erica, Elaine y Sabaa:
este libro no habría sido posible sin cada una de vosotras.
Y a Victor, siempre.*

La esencia más excepcional de la rosa reside en sus espinas.
JALAL AL DIN RUMI





JORASÁN





PRÓLOGO

La niña tenía once años y tres cuartos.

Tres cuartos muy importantes.

Habían sido fundamentales cuando su padre la dejó al mando aquella mañana con una importante misión que cumplir. Así que dio un suspiro de resignación, se arremangó las harapientas mangas y empezó a tirar escombros en una carretilla cercana.

—Pesa mucho —se quejó su hermano de ocho años mientras pugnaba por mover un trozo de cascote de su casa. Tosió cuando una nube de hollín se elevó de los restos calcinados.

—Deja que te ayude.

La niña soltó su pala, que emitió un sonoro clang.

—¡No he dicho que necesitara ayuda!

—Deberíamos trabajar juntos o no terminaremos de limpiarlo todo antes de que *baba* vuelva a casa.

Apoyó los puños en las caderas y bajó la mirada hasta él.

—¡Mira a tu alrededor! —Alzó las manos—. Jamás terminaremos de limpiarlo todo.

Ella siguió sus manos con la mirada.

Las paredes de arcilla de su casa estaban destrozadas. Rotas. Ennegrecidas. El techo había quedado abierto al cielo. A un cielo triste y desolado.

A lo que una vez fue una ciudad gloriosa.

Un sol de mediodía se ocultaba tras los tejados derruidos de Rey. Recortaba sombras en la piedra encendida y en el mármol chamuscado. Aquí y allá, pilas humeantes de escombros servían como duro recordatorio de lo que había ocurrido tan sólo unos días antes.

La niña endureció la mirada y se acercó aún más a su hermano.

—Si no quieres trabajar, espera fuera. Pero yo voy a seguir. Alguien debe hacerlo.

Y alcanzó la pala.

El niño le dio una patada a una piedra cercana y esta salió volando a ras de la tierra compactada antes de terminar en los pies de un extraño encapuchado que estaba plantado en lo que quedaba de su puerta.

La niña agarró con fuerza el mango de la pala y escondió a su hermano detrás de

ella.

—¿Puedo ayudaros...?

Hizo una pausa. El *rida'* negro del extraño estaba bordado con hilo de plata y oro. La vaina de su espada estaba finamente grabada y adornada con joyas delicadas, y el cuero de sus sandalias era de la mejor calidad.

No era un simple forajido.

La niña sacó pecho.

—¿Puedo ayudaros, *sahib*?

Como el hombre no contestó enseguida, levantó la pala. Su frente estaba tensa y el corazón, a punto de estallarle.

El extraño dio un paso para salir de debajo de la jamba hundida de la puerta. Se echó la capucha hacia atrás y alzó las palmas de las manos a modo de súplica. Cada uno de sus gestos era esmerado y se movía con una especie de gracia líquida.

Cuando se adentró en un débil haz de luz, la niña vio su rostro por primera vez.

Era más joven de lo que esperaba. No superaba los veinte años.

Su cara rayaba la hermosura, aunque sus ángulos eran demasiado duros y su expresión, demasiado severa. La luz del sol que iluminaba sus manos reveló algo que no concordaba con el resto de su aspecto: la piel de sus palmas estaba roja, agrietada y despellejada, señal de un duro trabajo.

Sus cansados ojos eran de un color dorado. Una vez había visto unos ojos parecidos: en un cuadro de un león.

—No pretendía asustarte —dijo el extraño en voz baja. Recorrió con la mirada la ruina de la morada consistente en una única habitación—. ¿Puedo hablar con tu padre?

La niña volvió a ser presa de la desconfianza.

—No... No está. Ha ido a hacer cola para que le den material de construcción.

El extraño asintió.

—¿Y con tu madre?

—Está muerta —respondió su hermano, saliendo de detrás—. El techo se le vino encima durante la tormenta. Murió a la mañana siguiente.

Lo dijo en un tono modesto, diferente al de su hermana. Para el niño, las palabras aún no eran reales, pues, tras haberlo perdido casi todo en la sequía del año anterior, la tormenta había causado el último estrago en su familia.

Y aún debía asimilar la pérdida más reciente.

La severidad del extraño se intensificó por un instante. Apartó la mirada y dejó caer las manos a los lados. Pasado un momento, volvió a mirarlos con determinación a pesar de sus puños apretados.

—¿Tienes otra pala?

—¿Por qué necesitas una pala, hombre rico?

El niño se acercó al desconocido: la acusación pesaba en cada uno de los pasos que daba con sus pies descalzos.

—¡Kamyar! —Su hermana reprimió un grito y agarró la parte posterior de su *qamis* hecho jirones.

El extraño bajó la mirada hasta el pequeño y pestañeó perplejo antes de acuclillarse en el suelo de tierra apisonada.

—Kamyar, ¿verdad? —le preguntó con un asomo de sonrisa en los labios.

El chico no dijo nada, aunque apenas era capaz de aguantar la mirada del alto desconocido.

—Lo..., lo siento, *sahib* —balbució la niña—. Es un poco insolente.

—Por favor, no te disculpes. La verdad es que aprecio la insolencia cuando la dispensa la persona adecuada.

Esta vez, el joven sonrió abiertamente y sus rasgos se suavizaron.

—Sí —lo interrumpió su hermano—. Me llamo Kamyar. ¿Y tú?

El extraño estudió al niño durante un momento.

—Jalid.

—¿Por qué quieres una pala, Jalid? —volvió a preguntarle.

—Me gustaría ayudarte a arreglar la casa.

—¿Por qué?

—Porque, cuando nos ayudamos los unos a los otros, terminamos antes las cosas.

Kamyar asintió despacio, luego ladeó la cabeza.

—Pero esta no es tu casa. ¿Por qué te importa?

—Porque Rey es mi hogar. Y Rey es tu hogar. Si pudieras ayudarme cuando necesitara ayuda, ¿no querrías hacerlo?

—Sí —respondió el pequeño sin vacilar—. Claro.

—Entonces, no hay más que hablar. —Se levantó—. ¿Compartes tu pala conmigo, Kamyar?

Durante el resto de la tarde, los tres trabajaron para despejar el suelo de la madera carbonizada y los escombros empapados. La niña no llegó a decirle su nombre al extraño y se negó a llamarle de otro modo que no fuera *sahib*, pero Kamyar lo trató como a un amigo al que hacía tiempo que no veía y con el que tenía un enemigo en común. Cuando Jalid les dio agua y pan lavash para comer, la niña agachó la cabeza y se llevó la punta de los dedos a la frente en señal de agradecimiento.

Un rubor le subió a las mejillas cuando el extraño casi apuesto le devolvió el gesto sin mediar palabra.

El día pronto empezó a dar paso a una noche púrpura y Kamyar se recostó en un rincón, dejó caer la barbilla en el pecho y fue cerrando poco a poco los ojos.

El desconocido terminó de amontonar los últimos trozos de madera que podían salvarse junto a la puerta y se sacudió el polvo del *rida'* antes de volver a echarse la capucha de su manto negro por la cabeza.

—Gracias —murmuró la niña, consciente de que era lo mínimo que debía hacer.

Él la miró por encima del hombro. Entonces buscó algo en su manto y sacó una bolsita cerrada con un cordel de piel.

—Acéptalo. Por favor.

—No, *sahib*. —Negó con la cabeza—. No puedo aceptar vuestro dinero. Ya hemos abusado bastante de vuestra generosidad.

—No es mucho. Me gustaría que te lo quedaras. —Sus ojos, que ya al principio le habían parecido cansados, ahora estaban más que exhaustos—. Por favor.

En ese momento, algo se reflejó en su cara, oculta como estaba en el juego de sombras, entre las motas persistentes de ceniza y polvo...

Algo que indicaba un sufrimiento más profundo de lo que la niña podía siquiera aspirar a imaginar.

Cogió la bolsita de su mano.

—Gracias —susurró el joven, como si él fuera el necesitado.

—Shiva —dijo la niña—. Me llamo Shiva.

La incredulidad asomó a sus rasgos durante un instante. Luego los planos angulosos de su cara se suavizaron.

—Por supuesto que sí.

Hizo una profunda reverencia con una mano en la frente.

A pesar de la confusión, la niña consiguió devolverle el gesto rozándose la frente con los dedos. Cuando volvió a levantar la vista, él ya había dado la vuelta a la esquina.

Y había desaparecido en la creciente oscuridad de la noche.



EL AGUA MIENTE



ra sólo un anillo.

Y, sin embargo, significaba mucho para ella.

Mucho que perder. Mucho por lo que luchar. Sherezade levantó la mano hacia un rayo de luz. El anillo de oro mate destelló dos veces, como si quisiera recordarle a su compañero, allá a lo lejos, al otro lado del Mar de Arena.

«Jalid».

Sus pensamientos vagaron hasta el palacio de mármol de Rey. Hasta Jalid. Esperaba que estuviera con Jalal o con su tío, el *shahrban*. Esperaba que no se encontrara solo. Perdido. Preguntándose... «¿Por qué no estoy con él?».

Apretó los labios.

«Porque la última vez que estuve en Rey perecieron miles de personas inocentes».

No podía regresar hasta que encontrara una manera de proteger a su gente. A su amor. Una manera de acabar con la horrible maldición de Jalid.

En el exterior de la tienda, una cabra empezó a balar desenfrenadamente.

Sherezade perdió la calma, se desprendió a toda prisa de la manta improvisada y buscó a tientas la daga que tenía en el suelo junto al jergón. Una vana amenaza, pero sabía que al menos le serviría para mantener cierta sensación de control.

Como si quisiera burlarse de ella, el estrépito al otro lado de la tienda se hizo más incesante.

«¿Es un... cencerro?».

¡Aquella pequeña bestia tenía un cencerro en el cuello! Entre los balidos y el continuo tintineo metálico era imposible dormir.

Se incorporó y asió la enojada empuñadura de la daga.

Entonces, soltando un grito exasperado, se dejó caer hacia atrás en el jergón de lana picajosa.

«Tampoco es que esté consiguiendo dormir como Dios manda».

Imposible estando tan lejos de casa. Tan lejos de donde su corazón ansiaba estar.

Se tragó el repentino nudo que se le había formado en la garganta y acarició con el pulgar el anillo con las dos espadas cruzadas: el anillo que Jalid había puesto en su mano derecha tan sólo dos semanas antes.

«Ya basta. Con esta tontería no arreglamos nada».

Volvió a incorporarse y escrutó aquel nuevo entorno.

El jergón de Irsa estaba bien recogido en uno de los lados de la pequeña tienda. Su hermana menor probablemente llevaría horas despierta, horneando pan, preparando té y cepillando el asqueroso pelo de la barba de la cabra.

A pesar de todo, casi se le escapó una sonrisa.

Su recelo cobró forma en la oscuridad; se metió la daga en la cinturilla y se levantó. Le dolían todos los músculos del cuerpo debido a los días de duro viaje y a las noches sin dormir.

Tres noches de desasosiego. Tres noches huyendo de una ciudad en llamas. Una sucesión interminable de preguntas sin respuesta. Tres largas noches de preocupación por su padre, cuyo cuerpo maltrecho aún debía recuperarse de los daños sufridos en la cima de esa colina a las afueras de Rey.

Sherezade dio un hondo suspiro.

El aire allí era extraño. Más seco. Fresco. Suaves franjas de luz se colaban por las costuras de la tienda. Todo estaba cubierto por una fina capa de sedimento que hacía que su diminuto mundo pareciera una oscuridad revestida de polvo de diamante.

En uno de los lados de la tienda había una mesita con una jarra de porcelana y una jofaina de cobre. Las escasas pertenencias de Sherezade yacían a su lado, envueltas en la raída alfombrilla que le había regalado Musa Zaragoza varios meses atrás. Se arrodilló ante la mesa y llenó la jofaina de agua para lavarse.

Esta estaba tibia aunque limpia. Su reflejo parecía extrañamente sereno al devolverle la mirada.

Sereno pero distorsionado.

El rostro de una chica que lo había perdido todo en el intervalo de una única noche.

Sumergió ambas manos. Su piel se veía pálida y lechosa bajo la superficie, no del cálido tono bronce habitual. Fijó la mirada en el punto donde el líquido se juntaba con el aire, en la extraña curva que hacía que sus manos parecieran estar en un mundo diferente bajo el agua...

Un mundo que se movía más despacio y contaba historias.

«El agua miente».

Se lavó la cara y se pasó los dedos húmedos por el pelo. Luego destapó un tarrito de madera cercano y cogió una pizca de menta molida, pimienta blanca y sal gorda machacada para enjuagarse la boca.

—Estás despierta. Como anoche llegaste tan tarde, no creí que te despertarías tan temprano.

Se giró y vio a Irsa bajo la solapa abierta de la tienda. Un triángulo de luz del desierto recortaba la delgada silueta de su hermana.

Irsa sonrió y sus rasgos aniñados se evidenciaron.

—Antes nunca te levantabas para el desayuno.

Se agachó para entrar en la tienda y aseguró la solapa a su espalda.

—¿Quién va a dormir con esa maldita cabra chillando ahí fuera?

Le lanzó un poco de agua para esquivar la inevitable andanada de preguntas.

—¿Te refieres a *Farbod*?

—¿Le has puesto nombre a esa bestia y todo?

Sherezade sonrió mientras empezaba a trenzarse el pelo ondulado.

—Es muy buena. —Irsa frunció el ceño—. Deberías darle una oportunidad.

—Pues, por favor, dile a *Farbod*, por si continúa con sus recitales mañaneros, que mi comida favorita es la cabra estofada, servida con salsa de granada y nueces picadas.

—¡Ja, ja! —Irsa se sacó un largo cordel del bolsillo de sus pantalones sirwal arrugados—. Supongo que no debemos olvidar que ahora estamos en presencia de la realeza. —Ató el cordel al extremo de la trenza de Sherezade—. Le advertiré a *Farbod* que deje de ofender a la ilustre reina de Jorasán.

Sherezade miró por encima de su hombro a los ojos claros de Irsa.

—Has crecido mucho —dijo con tranquilidad—. ¿Cuándo has crecido tanto?

Irsa se abrazó a la cintura de su hermana.

—Te he echado de menos. —Sus dedos rozaron el puño de la daga y retrocedió alarmada—. ¿Qué llevas...?

—¿*Baba* está ya despierto? —Sherezade esbozó una amplia sonrisa—. ¿Puedes llevarme a verlo?

La noche de la tormenta, Sherezade había cabalgado con Tariq y Rahim hasta la cima de una colina a las afueras de Rey en busca de su padre.

No estaba preparada para lo que encontró.

Jahandar al Jayzurán estaba acurrucado en un charco y rodeaba un viejo libro encuadernado en cuero.

Sus pies y sus manos desnudos estaban quemados. Rojos, corroídos y en carne viva. El pelo se le había caído a mechones y la lluvia los había concentrado en el barro y los había pegado a las piedras mojadas como si se tratase de cosas desechadas.

El caballo pinto de su hermana ya llevaba mucho tiempo muerto. Le habían rebanado la garganta. La sangre le había manado a chorros de una herida terrible en el cuello. Las vetas de lodo y ceniza acumulada se habían mezclado con el líquido carmesí formando una siniestra tracería por la ladera.

Sherezade nunca olvidaría la imagen del cuerpo acurrucado de su padre contra la loma roja y gris.

Cuando intentó separar del libro los dedos de Jahandar, este gritó en una lengua en la que nunca le había oído hablar. Puso los ojos en blanco, parpadeó y los cerró para no volver a abrirlos en cuatro días.

Y ella se negó a marcharse de su lado hasta entonces.

Tenía que saber que su padre estaba a salvo. Tenía que saber lo que había hecho.

No importaba qué —o a quién— había dejado en Rey.

—¿*Baba*? —lo llamó Sherezade en voz baja, y se arrodilló junto a él dentro de su pequeña tienda.

Su padre se estremeció, aún dormido, y sus dedos se ciñeron todavía más al viejo volumen que portaba en los brazos. Ni siquiera en aquel estado de delirio Jahandar había consentido separarse del libro. Y a nadie se le había permitido tocarlo.

Irsa suspiró. Se inclinó junto a Sherezade y le tendió un vaso de agua.

Sherezade lo acercó a los labios cortados del anciano y esperó a que este tragara. Jahandar murmuró para sí, se dio la vuelta y remeti6 bien el libro bajo las mantas.

—¿Qué le has echado? —le preguntó Sherezade a su hermana—. Huele que alimenta.

—S6lo un poco de menta fresca y miel, adem6s de unas hojas de t6 y una gota de leche. Dijiste que llevaba d6as sin probar bocado. He pensado que le sentar6 bien.

Irsa se encogió de hombros.

—Es una idea estupenda. Tendr6a que haberseme ocurrido a m6.

—No te tortures, no te pega nada. Y... ya has hecho m6s que suficiente. —Irsa hablaba con una sabidur6a impropia de sus catorce a6os—. *Baba* se despertar6 pronto. Lo... s6. —Se mordi6 el labio y su tono perdi6 convicci6n—. Se necesita calma para que sanen sus heridas. Y tiempo.

Sherezade no dijo nada y se fij6 en las manos de su padre, donde las quemaduras hab6an derivado en unas ampollas amoratadas y de un rojo chill6n.

«¿Qu6 hizo la noche de la tormenta?

¿Qu6 hemos hecho?».

—Deber6as comer. Apenas tomaste nada cuando llegaste anoche. —Irsa interrumpi6 sus pensamientos.

Antes de que pudiera protestar, su hermana le quit6 el vaso de la mano, tir6 de ella para levantarla y la condujo a las dunas que hab6a fuera de la tienda de su padre. El olor a carne asada flotaba en el aire del desierto y formaba una nube que vagaba sin rumbo sobre sus cabezas. Los finos granos de arena sedosa se le colaban entre los dedos de los pies, casi demasiado calientes para soportarlos. Los potentes rayos de sol lo emborronaban todo.

Mientras caminaban, Sherezade escudri6n6 el campamento badawi a su alrededor, estudiando el traj6n de los rostros, sonrientes en su mayor6a: gente que acarrea sacos de grano y fardos de bienes de un extremo a otro. Los ni6os parec6an felices, aunque era imposible ignorar el deslumbrante despliegue de armas —espadas, hachas y arcos— que yac6an a la sombra de las pieles de animales en proceso de curtido. Imposible ignorarlas a ellas y su indudable significado...

Preparativos para la guerra inminente.

«Y os arrebatar6 estas vidas multiplicadas por mil».

Se puso rígida, pero luego relajó los hombros y se negó a cargar a su hermana con aquellos problemas. Aquellos problemas estaban hechos para gente con habilidades especiales.

Gente como Musa Zaragoza, el mago del Templo de Fuego.

Aunque no era fácil, se despojó del peso interminable de la maldición y caminó con Irsa por el enclave de tiendas hacia la mayor de todas ellas, situada en el centro. Se trataba de una estructura impresionante, aunque hecha de retales: una mezcla de tonalidades desteñidas por el sol con un banderín descolorido en el vértice ondeando al viento. En la entrada había un centinela encapuchado embozado en una capa gruesa.

—Nada de armas.

El soldado le puso la mano en el hombro con la fuerza de un agresor, de aquellos que disfrutan de su papel mucho más de lo que deberían.

A pesar de sus inclinaciones más sensatas, la respuesta de Sherezade fue inmediata y automática: le apartó la mano con cara de extrañeza.

«No estoy de humor para hombres groseros. Ni para su afán belicoso».

—No se permite la entrada de armas a la tienda del jeque.

El soldado intentó quitarle la daga; sus ojos brillaban, como si quisieran amenazarla con la mirada.

—Como vuelvas a tocarme...

—¡Shezi! —Irsa se adelantó para aplacar al soldado—. Por favor, disculpad a mi...

El hombre la empujó. Sin pensarlo, Sherezade le aporreó el pecho con los puños, haciendo que se tambaleara y se le hincharan las fosas nasales. A su espalda, oyó que los demás hombres empezaban a gritar.

—¿Qué haces, Sherezade? —gritó Irsa, sin poder disimular la sorpresa que le causaba la temeridad de su hermana.

El soldado, rabioso, cogió a Sherezade del brazo. Ella se preparó para recibir el golpe, curvando los dedos de los pies y apretando los nudillos.

—¡Suéltala inmediatamente!

Una sombra alta se cernió sobre el soldado.

«Perfecto».

Sherezade se estremeció; una punzada de culpa se debatió con su furia.

—No necesito tu ayuda, Tariq —murmuró a través de sus dientes apretados.

—No te estoy ayudando.

Él se acercó y le lanzó una mirada breve, si bien cortante. Su dolor no disimulado resultaba tan evidente que la hizo flaquear.

«¿Es que nunca va a perdonarme?».

El soldado se giró hacia Tariq con una deferencia que, en circunstancias normales, la habría irritado sobremanera.

—Mis disculpas, *sahib*, pero se negó a...

—¡Suéltala de una vez! No te he pedido excusas. Cumple las órdenes o atente a las consecuencias, soldado.

El hombre la soltó a regañadientes. Sherezade se zafó de él, cogió aliento para recobrarle y se encaró con los presentes. Rahim permanecía junto a Tariq y había varios jóvenes en el lado contrario. Uno de ellos era un chico flaco como un palo que tenía el aspecto de un hombre mucho mayor. La barba le crecía a parches en una cara larga y enjuta, y sus cejas cómicamente severas se recortaban sobre unos ojos fríos como el hielo.

Unos ojos que la miraban con un odio atroz.

Los dedos de Sherezade se dirigieron a la daga.

—Gracias, Tariq —dijo Irsa, dado que su hermana aún no había mostrado ni un ápice de gratitud.

—De nada —replicó él con un torpe asentimiento.

Sherezade se mordió el interior de la mejilla.

—Eh...

—No te molestes, Shezi. Entre nosotros sobran las formalidades.

Tariq se echó hacia atrás de un golpe la capucha del *rida'* y se agachó para entrar en la tienda, privándola de su compañía. El chico de los ojos de hielo la miró con mala cara antes de seguirlo. Rahim se detuvo junto a ella con el rostro sombrío, como si lo hubiera decepcionado. Luego dio un paso hacia Irsa y ladeó la cabeza con gesto interrogante. Su hermana le lanzó una media sonrisa y el joven, soltando un leve suspiro, las adelantó penosamente y entró en la tienda sin mediar palabra.

Irsa le dio un codazo a Sherezade en las costillas.

—¿Qué diablos te pasa? —la reprendió entre susurros—. Aquí somos invitadas. No puedes comportarte así.

Sherezade, arrepentida, asintió con brusquedad antes de pasar por el hueco cavernoso.

A sus ojos les llevó un tiempo acostumbrarse a la repentina oscuridad. Varias lámparas de latón colgaban de las vigas de madera a intervalos irregulares y el hilillo de luz que irradiaban contrastaba con el potente sol del desierto. En la otra punta de la tienda había una larga mesa baja de teca basta. Unos desgastados cojines de lana se apilaban a su alrededor de manera poco sistemática. Varios niños corretearon gritando por su lado, ajenos a todo, con la única idea en mente de pillar el mejor sitio en la mesa de desayuno. Sentado en el centro de aquel tumulto tamborileante había un anciano de ojos amables y barba descuidada. Al ver a Sherezade, le sonrió con sorprendente calidez. A su izquierda se encontraba una mujer de la misma edad con una larga trenza cobriza mate. A su derecha se sentaba el padre de Shiva, Reza ben Latief. A Sherezade se le tensó el estómago y volvió a notar aquella punzada de culpa. Lo había visto la noche anterior, pero con el clamor de la llegada apenas habían podido hablar y aún no sabía si estaba lista para enfrentarse a él.

Era demasiado pronto después de su fracaso en vengar la muerte de su hija.

Demasiado pronto después de enamorarse del chico que la había asesinado.

Optó por no llamar mucho la atención, por lo que mantuvo la cabeza baja y se sentó en un cojín al lado de Irsa, enfrente de Tariq y Rahim.

Evitó fijarse demasiado en los que la rodeaban, sobre todo en el chico con los ojos de hielo, que no perdía ocasión de fulminarla con su desconcertante mirada. El deseo de prestar atención a su comportamiento era muy fuerte, pero Irsa llevaba razón al reprenderla: era una invitada.

Y no podía comportarse de forma tan desconsiderada.

No cuando estaba en juego el bienestar de su familia.

Colocaron una pierna de cordero asado en el centro de aquella mesa basta. La bandeja donde se servía era inmensa y de plata martillada, llena de abolladuras por el tiempo y el uso. Había unas rebanadas de pan *barbari* untadas con mantequilla y cubiertas de semillas de sésamo negro en unas cestas cercanas, junto a unos cuencos descascarillados de rabanitos enteros y porciones de queso de cabra salado. Los niños se pelearon por los rabanitos y cortaron unos buenos trozos de *barbari* por la mitad antes de atacar la carne con las manos. Los mayores machacaron unos tallos de menta fresca y vertieron oscuras cascadas de té sobre las hojas fragantes.

Cuando Sherezade se aventuró a levantar la cabeza, descubrió que el anciano de ojos amables la estaba observando y que otra cálida sonrisa se dibujaba en sus labios. Tenía un hueco pronunciado entre los dientes frontales que, a primera vista, lo hacía parecer un poco tonto.

Aunque la que no tenía un pelo de tonta era Sherezade.

—Así que, amigo mío..., *esta* es Sherezade —dijo el anciano.

«¿Con quién está hablando?».

—Y yo tenía razón... —El anciano se carcajeó—. Es muy hermosa.

Los ojos de Sherezade miraron a ambos lados de la mesa y se detuvieron en Tariq.

Sus anchos hombros estaban rígidos y su cincelada mandíbula, tensa. Exhaló por la nariz y alzó la mirada hacia ella.

—Lo es —concedió el joven con voz resignada.

El anciano giró la cabeza hacia Sherezade.

—Has causado un gran problema, hermosura.

A pesar de la mano tranquilizadora de Irsa sobre la suya, la ira de Sherezade prendió como brasas atizadas hasta las llamas.

Consciente de que en ese momento carecía de su estatus de reina, optó por no decir nada, de modo que se contuvo y se mordió el labio inferior.

«Aquí soy una invitada. No puedo comportarme como desee.

No importa lo enfadada y sola que me sienta».

El anciano sonrió de nuevo. Más aún. Y el hueco entre sus dientes se hizo más evidente.

«Exasperante».

—¿Y mereces la pena?

Sherezade se aclaró la garganta.

—¿Perdón? —murmuró, conteniendo sus emociones.

El chico de los ojos de hielo la observaba con la atención absorta de un halcón.

—¿Que si mereces tanto la pena para causar tantos problemas, hermosura? — repitió el anciano con un soniquete desquiciante.

Irsa envolvió con mano suplicante los dedos de su hermana; un sudor frío le resbalaba por la palma.

Sherezade no podía poner en riesgo su seguridad. Y mucho menos en un terreno sembrado de desconocidos. Desconocidos que no dudarían en echar a su familia al desierto por una palabra fuera de lugar. O en rebanarles el cuello por una mirada malinterpretada. No. Sherezade no podía poner en riesgo la precaria salud de su padre. Por nada del mundo.

Sonrió despacio, tomándose tiempo para aplacar su furia.

—Creo que no merece la pena causar problemas por algo como la hermosura. — Le apretó la mano a Irsa en señal de solidaridad fraternal—. Pero yo merezco mucho más la pena de lo que creéis. —Su tono era ligero pese al matiz de reproche.

Sin la menor vacilación, el anciano echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír.

—¡No lo dudo! —La cara le brillaba de júbilo—. Bienvenida a mi casa, Sherezade al Jayzurán. Soy Omar al Sadiq y eres mi invitada. Mientras estés dentro de estas fronteras, siempre se te tratará como tal, pero recuerda: reina vestida de seda o mendiga pedigüña, para mí no hay diferencia. Sé bienvenida.

Bajó la cabeza y se pasó los dedos por la frente con un ademán ostentoso.

Sherezade dejó escapar el aire contenido, que salió como una ráfaga y se llevó consigo la tensión de sus hombros y estómago. Logró sonreír abiertamente y le correspondió con una reverencia, llevándose la mano derecha a la frente.

El padre de Shiva observó aquel intercambio con cara inexpresiva y los codos apoyados en el extremo envejecido de la mesa.

—Shezi-jan... —empezó en tono sombrío.

La pilló justo cuando se disponía a coger un trozo de barbari.

—¿Sí, tío Reza?

Levantó las cejas en un gesto interrogativo mientras su mano se cernía sobre la cesta del pan.

Los rasgos de Reza se tornaron pensativos.

—Estoy muy contento de que estés aquí..., de que estés a salvo.

—Gracias. Y yo os estoy muy agradecida a todos por mantener a salvo a mi familia. Y por cuidar tan bien de *baba*.

El asintió y luego se inclinó hacia delante y juntó las manos bajo la barbilla.

—Por supuesto. Tu familia siempre ha sido mi familia. Igual que la mía siempre ha sido la tuya.

—Sí —respondió Sherezade con calma—. Así es.

—Por eso —continuó Reza mientras unas arrugas de consternación le enmarcaban la boca— me duele mucho preguntarte esto... Supuse que anoche, cuando llegaste, no te darías cuenta, pero este insulto ha durado ya demasiado tiempo y no puedo soportarlo más.

A Sherezade se le congeló el cuerpo, con los dedos aún flotando sobre el pan. La tensión volvió a apoderarse de ella y la culpa, a enroscarse en su estómago como una serpiente feroz.

—Sherezade... —la voz de Reza ben Latief había perdido todo ápice de amabilidad; la calidez del hombre al que había considerado un segundo padre se había esfumado—, ¿por qué estás sentada a esta mesa, partiendo el pan conmigo, llevando el anillo del chico que asesinó a mi hija?

Era una acusación certera.

Que se deslizó cortante entre la multitud como una guadaña en un campo de trigo.

Sherezade apretó los dedos con fuerza sobre el emblema de las dos espadas. Con tanta fuerza que se hizo daño.

Pestañeó una vez. Dos veces.

Tariq carraspeó. El sonido reverberó en el repentino silencio.

—Tío..., tío Reza.

No. No podía permitir que Tariq la salvara. Una vez más.

Nunca más.

—Lo..., lo siento —dijo con la boca seca.

Aunque no lo sentía. Eso no. Sentía otros cientos de cosas. Otros miles de cosas.

Albergaba un arsenal entero de disculpas del tamaño de una ciudad.

Pero nunca lamentaría aquello.

—No lo sientas, Sherezade —prosiguió Reza con el mismo tono frío. El tono de un extraño—. Decide.

Mascullando sus disculpas, Sherezade se puso en pie.

No se paró a pensar. Aferrándose a la poca dignidad que le quedaba, se retiró de la mesa y salió al implacable sol del desierto. Las sandalias se le hundían en la arena caliente, que se levantaba tras ella y le azotaba las pantorrillas a cada paso.

Una mano enorme y callosa la agarró del hombro y la detuvo en seco.

Ella levantó la vista y se protegió los ojos de la luz cegadora.

El soldado. El agresor.

—Apártate de mi camino —le susurró Sherezade, luchando por controlar su ira—. Ahora mismo.

Los labios del hombre se curvaron hacia arriba en un relajado gesto de malicia. Se negó a moverse.

Sherezade lo agarró de la muñeca para obligarlo a apartarse.

El áspero lino del *rida'* se le enrolló hasta el codo y dejó al descubierto una marca grabada a fuego en la parte interna del antebrazo.

La marca de un escarabajo.

La marca de los asesinos *fida'i* que habían robado en su alcoba de Rey y que habían intentado matarla.

Sherezade ahogó un grito y echó a correr. Como pudo, sin pensar..., con la única idea de escapar.

En algún lugar en la distancia, oyó la voz de Irsa, que la llamaba.

Sin embargo, no se detuvo.

Corrió hasta su minúscula tienda y cerró la solapa de un tirón dando un sonoro latigazo.

Sus jadeos rebotaron en las tres paredes. Levantó la mano derecha ante un rayo de luz que se colaba por una de las juntas y observó cómo se posaba en el oro mate de su anillo.

«Este no es mi sitio. Una invitada en una cárcel de sol y arena.

Pero tengo que mantener a mi familia a salvo; tengo que encontrar una manera de romper la maldición.

Y de volver a casa con Jalid».

Por desgracia, no sabía en quién podía confiar. Hasta que supiera quién era el tal jeque Omar al Sadiq y por qué un asesino *fida'i* merodeaba por su campamento, debía ser cauta. Estaba claro que ya no tenía un aliado en Reza ben Latief como antes. Y se negaba a que Tariq cargara con sus problemas. No le correspondía a él mantenerla a ella y a su familia a salvo. No. Aquello le correspondía a ella, y sólo a ella.

Echó un vistazo a su alrededor antes de concentrarse en el agua de la jofaina de cobre.

«Existe bajo el agua.

Muévete despacio. Cuenta historias.

Miente».

Sin ceder al sentimentalismo, se arrancó el anillo del dedo.

«Respira».

Cerró los ojos y escuchó el grito silente de su corazón.

—Estás aquí.

Irsa abrió la solapa de la tienda y se dirigió a su lado. No necesitaba ninguna indicación. Ni le lanzó ningún tipo de reproche. Se apresuró a quitarle el cordoncillo que le sujetaba la trenza. Las hermanas se miraron a los ojos mientras Irsa cogía el anillo de la mano de Sherezade y confeccionaba un collar con el cordón.

Sin mediar palabra, le aseguró el collar al cuello y le escondió el anillo bajo el *qamis*.

—No más secretos.

«Algunos están más seguros tras un candado y una llave». Sherezade asintió. Las palabras de Jalid fueron un susurro en su oído. No una amenaza, sino un recordatorio.

Haría lo que fuera necesario para mantener a su familia a salvo.

Incluso mentirle a su propia hermana.

—¿Qué quieres saber?



SIEMPRE

Estaba solo.
Y debía aprovechar el tiempo antes de que las exigencias del día le arrebatasen esos momentos de soledad. Jalid se adentró en las arenas del patio de entrenamiento.

En cuanto alcanzó su *shamshir*, supo que le sangrarían las manos.

Daba igual. No tenía la menor importancia.

Los momentos que dedicaba al ocio eran momentos para la reflexión.

Momentos para el recuerdo.

La espada salió de su vaina emitiendo el suave siseo que produce el metal contra el metal. Las palmas le quemaban; los dedos le dolían. Sin embargo, asíó la empuñadura aún más fuerte.

Cuando se giró hacia el sol, la luz lo cegó, abrasándole los ojos. Maldijo en voz baja.

Últimamente, su creciente sensibilidad a la luz se estaba convirtiendo en un problema. Un desafortunado efecto secundario de la continua falta de sueño. Pronto, los que le rodeaban lo notarían a la legua. Estaba demasiado cómodo en la oscuridad: se había convertido en una criatura con profundas ojeras que reptaba y se escabullía por los corredores destrozados del que una vez fue un palacio majestuoso.

Como el faquir le había advertido, aquella conducta se interpretaría como locura.

El niño-rey loco de Jorasán. El monstruo. El asesino.

Jalid cerró los ojos abrasados y los apretó. Contrario a su buen juicio, permitió que su mente divagara.

Recordó cuando era un crío de siete años y se escondía en las sombras para contemplar cómo Hasán aprendía el arte de la espada. Cuando su padre finalmente le permitió practicar con su hermano, se sorprendió, ya que siempre había ignorado sus peticiones en el pasado.

—Te vendrá bien aprender algo de provecho. Supongo que incluso un bastardo como tú debe saber luchar.

El desprecio de su padre parecía no tener límites.

Curiosamente, la única vez que se mostró orgulloso de él fue el día, varios años después, en que superó a Hasán con la espada.

No obstante, a la tarde siguiente, le prohibió volver a entrenar junto a su hermano.

Había enviado a Hasán a estudiar con los mejores. Y había dejado que Jalid se las apañara solo.

Aquella misma noche, un príncipe enfadado de once años prometió convertirse en el mejor espadachín del reino. Cuando lo consiguiera, quizá su padre se diera cuenta de que el pasado no le daba el derecho de negarle un futuro a su hijo.

No. Para eso necesitaría mucho más.

Y el día que le pusiera una espada en la garganta, lo sabría.

Jalid sonrió cuando aquel recuerdo trajo consigo el sabor agrisado de la furia infantil.

Con todo, era otra promesa que no había podido cumplir.

Otra venganza fallida.

No sabía por qué le venían a la memoria semejantes cosas aquella mañana en particular. Quizá fuera por el niño y su hermana del día anterior.

Kamyar y Shiva.

Fuera lo que fuese lo que había llevado a Jalid hasta su puerta, también lo había empujado a quedarse y ayudar. No era la primera vez que hacía algo así. Desde la tormenta, se había aventurado varias veces en diferentes sectores de la ciudad, oculto bajo el anonimato que le proporcionaban el silencio y las sombras.

El primer día había vagado por un barrio desolado de Rey, no lejos del zoco, y había dado de comer a los heridos. Dos días atrás, había ayudado a reparar un pozo. Las manos —poco habituadas a la dureza del trabajo físico— le habían sangrado y se le habían formado ampollas por el esfuerzo.

El día anterior fue el primero que había pasado en compañía de niños.

Al principio, Kamyar le había recordado a Sherezade. Tanto que, incluso ahora, hacía asomar otra sonrisa a sus labios. El pequeño era descarado e insolente. Impávido. Lo mejor y lo peor de Sherezade.

Luego, a medida que pasaron las horas, fue la niña la que más le recordó a Shezi.

Porque no había confiado en él. En lo más mínimo.

Había observado a Jalid por el rabillo del ojo. Había permanecido a la espera de que la traicionara, de que mudara su piel de serpiente y asestara el golpe. Como un animal herido, había aceptado la comida y la bebida con cautela, sin bajar la guardia en ningún momento.

Era inteligente y quería a su hermano con una ferocidad que Jalid casi envidiaba.

Lo que más había apreciado de ella era su discreta sinceridad. Y le habría gustado hacer más por su familia. Mucho más que desescombrar su diminuta morada y dejarles una miseria en una bolsita de cuero. Aunque sabía que nada sería suficiente.

Porque nada podría reemplazar jamás lo que habían perdido.

Jalid abrió los ojos.

De espaldas al sol, empezó su entrenamiento.

El *shamshir* cortaba el cielo dibujando rápidos arcos. Emitiendo destellos de plata y fogonazos de luz blanca. Silbaba a su alrededor mientras él trataba de acallar el

clamor de sus pensamientos.

Pero no era suficiente.

Cogió la empuñadura con ambas manos y la escindió en dos con un giro de muñeca.

Las hojas estaban forjadas en acero damasceno y templadas en el Fuego de Warharan. Él mismo las había encargado. Eran únicas.

Con una espada en cada mano, continuó moviéndose por la arena.

Ahora, el sonido apagado del metal rechinaba en torno a su cabeza con la furia del siroco del desierto.

Pero seguía sin ser suficiente.

Un hilo de sangre le corrió por el brazo.

No sintió nada. Sólo lo vio.

Porque nada le dolía más que su ausencia.

Sospechaba que nada lo haría jamás.

—¿Así estamos?

Jalid no se giró.

—¿Tanto han mermado las arcas de Jorasán? —continuó Jalal bromeando, aunque su tono sonaba raramente forzado.

Jalid, de espaldas a su primo, se limpió las palmas ensangrentadas en las puntas de su fajín *tikka* carmesí.

—Por favor, dime que el califa de Jorasán, el Rey de Reyes, todavía puede permitirse un par de guanteletes o, al menos, un solo guante.

Jalal apareció ante su vista con una ceja oscura bien arqueada.

Jalid enfundó su *shamshir* y miró al capitán de su Guardia Real.

—Si tú necesitas un guante, te lo puedo conseguir. Pero sólo uno. No estoy hecho de oro, capitán Al Juri.

Jalal soltó una risotada, apoyó las manos en el puño de su cimitarra y lo aferró con fuerza.

—Consigue uno para ti, *sayidi*. Pareces necesitarlo mucho más que yo. ¿Qué ha ocurrido?

Señaló con la cabeza las manos ensangrentadas de Jalid.

Este se echó el *qamis* de lino por la cabeza.

—¿Tiene algo que ver con que volvieras a desaparecer ayer? —insistió Jalal, cuya inquietud era más evidente.

Como Jalid se negó a responder por segunda vez, Jalal se le acercó hasta plantarse delante.

—Jalid. —Toda pretensión de ligereza había desaparecido—. El palacio es un caos. La ciudad es un desastre. No puedes continuar desapareciendo durante horas, sobre todo sin un destacamento de guardias. Mi padre no puede seguir mintiéndole a

todo el mundo acerca de tu paradero y yo... no puedo seguir mintiéndole a él.

Se pasó los dedos por la pelambarrera ondulada, enredándola aún más.

Jalid se detuvo a escudriñar a su primo.

Y se alarmó ante lo que vio.

Su habitual porte engréido había desaparecido. Una barba desaliñada oscurecía su mandíbula. Su manto, por lo general impoluto, estaba arrugado y manchado, y sus manos parecían en una eterna búsqueda de algo que agarrar: la empuñadura de una espada, el nudo de un fajín, el broche de un collar..., lo que fuera.

En sus dieciocho años de vida, Jalid nunca había visto inquietarse a Jalal.

—¿Y a ti qué te pasa?

Jalal soltó una sonora carcajada. Demasiado sonora. Sonó tan falsa que sólo consiguió preocupar aún más a su primo.

—¿Hablas en serio o estás de broma?

Jalal se cruzó de brazos.

—En serio. —Jalid inspiró despacio—. Por ahora.

—¿Quieres que confíe en ti? He de confesar que me molesta la ironía.

—No quiero que confíes en mí. Lo que quiero es que me digas qué pasa y dejes de hacerme perder el tiempo. Si necesitas que alguien te dé la mano, escoge a una de las muchas jóvenes que hacen cola a la puerta de tu cámara.

—Ah, ya estamos. —Una expresión sombría se instaló en el rostro de Jalal—. Tú también.

Ante estas palabras, la irritación de Jalid llegó a un punto de inflexión.

—Date un baño, Jalal. Uno bien largo.

Dicho esto, empezó a alejarse.

—Voy a ser padre, Jalid-*jan*.

Jalid se detuvo en seco. Se giró en el sitio y su talón formó un hondo surco en la arena.

Jalal se encogió de hombros. Una sonrisa triste tiró de una de las comisuras de su boca.

—Tú... Imbécil redomado —lo reprendió Jalid.

—Muy amable.

—¿Me estás pidiendo permiso para casarte con ella?

—Ella no quiere casarse conmigo. —Volvió a pasarse los dedos por el pelo—. Al parecer, no eres el único que se ha percatado del harén de mujeres que espera a las puertas de mi cámara.

—Sólo por eso ya me cae bien. Al menos tiene por costumbre aprender de sus errores.

Jalid se apoyó contra la pared de piedra sumida en las sombras y fulminó a su primo con la mirada.

—Eso también es muy amable por tu parte.

—La amabilidad no está entre mis celebradas virtudes.

—No. —Jalal soltó una risa irónica—. Es verdad. Sobre todo últimamente. —Su risa dio paso a una pausa solemne—. Jalid-*jan*, debes creerme cuando te digo que mi única intención era mantener a Shezi a salvo cuando le pedí a aquel muchacho...

—Te creo. —La voz de Jalid sonaba baja y, aun así, mordaz—. Como ya te he dicho, no es necesario discutirlo más.

Los dos jóvenes permanecieron en un silencio incómodo durante un rato, con la vista clavada en la arena.

—Díselo a tu padre. —Jalid se apartó de la pared para emprender la marcha—. Él se asegurará de que a ella y al niño no les falte de nada. Si necesitas algo más, sólo tienes que pedirlo.

Empezó a alejarse.

—La quiero. Creo que quiero casarme con ella.

Jalid volvió a pararse en seco. Esta vez no se giró.

Las palabras le escocieron, la facilidad con que habían brotado de los labios de su primo. La conciencia de sus propias limitaciones cuando se trataba de Sherezade. El recuerdo de todas las oportunidades perdidas.

Con la tensión aferrada al pecho, Jalid dejó que las palabras de su primo pendieran en la brisa...

A la espera de discernir si había un ápice de verdad en ellas.

—¿Que lo crees? —dijo al fin—. ¿O que lo sabes?

Una vacilación mínima.

—Creo que lo sé.

—No seas ambiguo, Jalal. Es insultante. Para mí y para ella.

—No pretendo que sea insultante. Es mi intento de ser sincero..., un atributo que sé que tienes en alta estima —replicó Jalal—. En este momento, sin conocer sus verdaderos sentimientos sobre este asunto, es lo máximo a lo que puedo aspirar. La quiero. Creo que quiero estar con ella.

—Cuidado, capitán Al Juri. Esas palabras no significan lo mismo para todo el mundo. Asegúrate de lo que significan para ti.

—No seas ridículo. Las digo en serio.

—¿Cuándo las has dicho en serio?

—Las digo en serio ahora. ¿No es eso lo que importa?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Jalid.

—Ahora es fácil. Es fácil decir lo que quieres de pasada. Por eso hay un harén esperando a tus puertas y la madre de tu hijo no quiere saber nada de ti.

Y se dirigió de vuelta al palacio a grandes zancadas.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta correcta, *sayidi*? ¿Qué debería haber dicho? —gritó Jalal al cielo, presa de la exasperación.

—Siempre.

—¿Siempre?

—¡Y no vuelvas a hablarme de esto hasta que así sea!



HISTORIAS Y SECRETOS

Irsa se tapó la boca con las manos para ahogar un grito. Observó atónita cómo su hermana hacía girar la alfombra raída por el centro de la tienda valiéndose únicamente de las puntas de los dedos.

La alfombra mágica daba vueltas por el aire con la lánguida gracia de una hoja caída. Entonces, con un suave golpe de muñeca, Sherezade envió el felpudo de lana flotante de nuevo al suelo.

—¿Qué te parece? —le preguntó luego, mirándola con cara de preocupación.

—¡Por Dios bendito! —Irsa se dejó caer a su lado—. ¿Y dices que fue el mago del Templo de Fuego quien te lo enseñó?

Sherezade sacudió la cabeza.

—Él sólo me la regaló y me dijo que *baba* me había transmitido sus habilidades. Pero tengo que volver a hablar pronto con él al respecto. Tengo... preguntas muy importantes que hacerle a Musa *efendi*.

—Entonces, ¿pretendes buscarlo?

—Sí. —Asintió con rotundidad—. En cuanto encuentre la mejor manera de viajar al Templo de Fuego sin que me vean.

—Tal vez... —Irsa vaciló—, tal vez, cuando vayas, podrías hablarle de *baba*... Por si él... —Se interrumpió, incapaz de finalizar aquella idea que sabía que era la principal preocupación de ambas en ese momento.

La idea de que su padre no lograra despertarse debido a los efectos de cualquiera que fuera aquella maldad descabellada que había recaído sobre él la noche de la tormenta.

¿Qué sería de ellas si *baba* moría? ¿Qué sería de ella en particular?

Irsa cruzó las manos por encima de las rodillas y se reprendió a sí misma por albergar pensamientos tan egoístas en medio de aquel sufrimiento. No era ni el momento ni el lugar de preocuparse por sí misma. No cuando había tantos otros de los que preocuparse. Sobre todo de *baba*.

Cuando Sherezade se echó hacia delante para guardar la alfombra mágica bajo sus pertenencias, el colgante del cuello quedó al descubierto.

El anillo permanecía escondido, a salvo, pero su historia aún pedía ser contada. E Irsa no pudo evitar entrometerse.

—¿Cómo pudiste perdonarlo, Shezi? —le preguntó en voz baja a su hermana—.

¿Después de lo que le hizo a Shiva? ¿Después de... todo?

Sherezade contuvo el aliento. Se giró bruscamente hacia ella.

—¿Confías en mí, *Jirjirak*?

Cogió las manos de su hermana entre las suyas.

Grillo. Desde que era pequeña, Irsa odiaba aquel apodo. La retrotraía a un tiempo en el que había sido maldecida con unas piernas como palillos y una voz a juego. Sherezade era la única que podía emplear aquel horrible mote sin provocar que se avergonzara o algo peor.

Por décima vez en aquel tiempo, Irsa examinó la cara de su hermana buscando una respuesta que llegara a comprender. Sherezade estaba tan guapa como siempre, aunque sus rasgos habían cambiado en los pocos meses que había pasado en palacio. No mucho; la mayoría de la gente ni siquiera se daría cuenta. Sus mejillas habían perdido parte de su redondez y su piel bronceada lucía menos brillante. Por suerte, su barbilla seguía igual de obstinada y su nariz, igual de impertinente. Sin embargo, una sombra se cernía sobre su rostro; un tipo de peso que se negaba a compartir. Sus ojos avellana casi parecían cobrar luz con la lámpara cercana. Su color siempre había sido cambiante. Impredecible. Como su humor. Si en un momento dado estaba radiante y risueña, dispuesta a cualquier travesura, al instante se la veía seria y dura, preparada para pelear hasta la muerte.

Irsa nunca sabía qué esperar de ella.

Pero la confianza nunca había sido un problema. Por su parte, al menos.

—Claro que confío en ti —repuso—. Pero ¿no puedes contarme...?

—No es mi secreto, así que no lo puedo contar, *Irsa-jan*.

Ella se mordió el labio inferior y apartó la mirada.

—Lo siento —añadió Sherezade—. No quiero ocultarte nada de esto, pero, si alguien descubriera que sabes ciertas cosas, podría hacerte daño para averiguar la verdad y... no podría vivir con eso.

Irsa retrocedió.

—No soy tan débil como crees.

—Nunca he dicho que seas débil.

La sonrisa de Irsa fue pequeña y fugaz.

—Hay cosas que no hace falta decir. No has tenido que decirme que te habías enamorado de Jalid ben al Rashid. Y yo tampoco he tenido que decirte que he llorado hasta la saciedad durante semanas desde que te marchaste. El amor habla por sí solo.

Sherezade se llevó las rodillas al pecho y pestañeó en silencio. Suspiró para sí, cogió su bolsa de hojas de té y sacó una ramita de menta fresca.

—¿Vienes conmigo a ver a *baba*?

Sherezade asintió con rotundidad y se puso de pie.

El seco viento del desierto circulaba por el campamento badawi, levantando remolinos de arena alrededor de aquel laberinto de tiendas ondeantes. Irsa se remeti6 la trenza por el *qamis* para evitar que le azotase la cara.

Sherezade soltó un variopinto torrente de maldiciones cuando el extremo de la suya le chasqueó la mejilla y el pelo se le desbarató. Sus ondas negras se le enroscaron en la cabeza formando una endiablada maraña.

—Dios santo. —Irsa reprimió una risita ante el lenguaje de su hermana—. ¿Quién te ha enseñado esas cosas? ¿El califa?

—¡Odio este sitio!

Aunque la reticencia de Sherezade a responder hasta la pregunta más inocua le molestaba, Irsa ignoró aquella punzada.

—Ten un poco de paciencia. Ya verás como no es tan horrible.

Entrelazó el brazo con el de su hermana y la atrajo hacia sí.

—De todos los sitios del mundo, ¿por qué estamos en este desierto perdido de la mano de Dios? ¿Por qué el viejo jeque nos ha dado refugio? —Sherezade habló todo lo bajo que el viento le permitía.

—No conozco los detalles. Sólo sé que le ha vendido al tío Reza caballos y armas. Su tribu comercia con ambos. A lo mejor por eso nos permiten quedarnos. —Hizo una pausa, pensativa—. O a lo mejor es sólo por su cercanía con Tariq. El jeque lo trata como si fuera su hijo.

—Entonces, ¿no ha unido fuerzas con Tariq y los otros soldados? ¿No está metido en lo de la guerra?

Sherezade puso cara de extrañeza.

—Creo que no —respondió Irsa—. Pero cuando asista al próximo consejo de guerra, me aseguraré de recopilarte más datos.

Sherezade se remitió varios mechones de pelo por detrás de la oreja y puso los ojos en blanco.

Mientras continuaban cruzando la arena hacia la tienda de su padre, Irsa vio cómo su hermana oteaba lentamente los alrededores. Sus ojos siguieron a los de Sherezade hasta que estos se posaron en una delgada figura en la distancia e imitaron su escrutinio.

Un codo huesudo le golpeó en el costado.

—¿Quién es ese chico?

—¡Au! —Irsa le devolvió el golpe—. ¿Te refieres a Araña?

—¿Quién?

—Oh, yo lo llamo así por sus miembros larguiruchos y su tendencia a merodear por ahí. Llegó con el emir de Karaj. Creo que es un pariente lejano de este y que se llama Teymur, Tajvar o algo así —le aclaró, haciendo un gesto de indiferencia con la mano.

—Tiene una... pinta desconcertante.

Irsa arrugó la frente.

—Es un poco raro, pero es inofensivo, Shezi.

Sherezade apretó los labios y no dijo nada.

Irsa retiró la solapa y ambas entraron en la tienda de su padre. Con el árido calor

de la tarde, la oscuridad del interior se había vuelto incluso más sofocante. Encendieron una lámpara de aceite y prepararon otro vaso de agua, menta fresca y té. Su padre se tragó la mezcla igual que aquella mañana, sin dejar de murmurar y de abrazar aquel ridículo libro.

Sherezade se abanicó con las manos.

—Está empapado en sudor. Deberíamos cambiarle de ropa y lavarle la cara y el cuello.

Irsa vertió agua en un cuenco de barro y sacó unas tiras de lino limpias de su bolsa. Se agachó para enjuagar una de ellas en el agua fría.

—¿Le vas a contar a *baba* lo de la alfombra mágica? Se emocionaría al saber que te ha transmitido sus habilidades.

Irsa sonrió para sí y escurrió el paño.

—¿*Ba...*, *baba*? —empezó Sherezade. Se inclinó sobre él con cara de perplejidad. Una sombra de algo pasó por su cara. ¿Alarma?

Irsa soltó el paño y acudió al lado de su padre.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Ha abierto los ojos?

Sherezade negó con la cabeza.

—Eh..., no. Creí que había oído algo fuera, pero me habré equivocado. —Las comisuras de sus labios se curvaron en una incipiente sonrisa—. Sé que el desierto le juega malas pasadas a una mente cansada. Si empiezas con la cara de *baba*, yo le lavo los brazos.

—¿Estás segura? —insistió la joven.

—Por supuesto. —Fue una réplica rotunda, de esas que no se ignoran.

Y aunque Irsa se puso a trabajar en silencio con Sherezade limpiando el sudor y la mugre de la cara de su padre...

Sabía que su hermana estaba mintiendo.

—¿Qué pasa? —susurró en cuanto cerraron a su espalda la solapa de la tienda—. Dime la verdad, Shezi, o...

Sherezade cogió a su hermana de la muñeca y la atrajo hacia sí.

—Creí que había oído algo fuera de la tienda —replicó en voz baja—. Y no quería que nadie nos oyera hablar de cosas importantes.

—¿Crees que alguien nos está espiando?

Irsa no podía imaginarse por qué alguien querría escuchar su conversación.

—No lo sé. Es posible.

Irsa se ajustó el asa de la bolsa al cuerpo y aceleró el paso. Miró a ambos lados. Durante las pocas semanas que llevaba allí, nunca se había sentido desprotegida. Ni siquiera un momento. Pasaba la mayoría de las mañanas con Aisha y los niños, y por las tardes Rahim la enseñaba a montar mejor a caballo.

¿Quién amenazaría a dos jóvenes hermanas?

Mientras miraba de reojo a Sherezade, se acordó de una cosa.

Su hermana ya no era la simple hija de un humilde guardián de libros.

Era la reina de Jorasán.

Un bienpreciado para cualquier enemigo de Jalid ben al Rashid.

Que no eran pocos.

En el mismo momento en que cayó en la cuenta, desechó el pensamiento.

Sherezade sólo llevaba allí un día. Su hermana estaba siendo ridícula. Paranoica. Seguramente como resultado de haber vivido al lado de un monstruo y haber temido por su vida a diario.

Irsa se agachó para entrar en su tienda.

Una mano fría y húmeda la agarró del cuello y la echó a un lado.

Ella chilló.

Unos dedos largos la sujetaron por la nuca y un aliento tórrido le bañó la piel.

—Se suponía que no tenías que ser tú —le dijo una voz áspera al oído—. Lo siento.

Irsa pestañeó rápido y con fuerza, obligando a sus ojos a acostumbrarse a la penumbra.

¿Araña?

—¿Qué estás haciendo? —le gritó.

—Suéltala.

Sherezade estaba en la entrada, con una mano en la daga enjovada de su cintura. Sus rasgos se mostraban impasibles, pero algo salvaje se movía en lo más profundo de sus ojos. Como si se esperara esa amenaza.

Aquella idea heló a Irsa hasta el tuétano.

—¿Es una orden, mi señora? —espetó Araña en la dirección de Sherezade.

—No. Es una promesa.

—¿Una promesa de qué?

Sherezade ladeó la cabeza muy ligeramente.

—Si dejas que mi hermana se vaya, me quedaré aquí contigo y atenderé tus quejas. Haré lo que pueda por enmendarlas. Te lo prometo.

Él soltó otra bocanada de aire caliente contra el cuello de Irsa.

—No te creo.

Sherezade lo sintió temblar tras ella.

—Pues deberías. —Dio un paso adelante—. Porque no he terminado. También te prometo que, como no sueltes a mi hermana, serás tú quien atienda las mías. Y no son sólo palabras, sino puños y acero.

Araña rio con aspereza.

—Muy propio de la ramera de un monstruo sanguinario.

Sherezade se estremeció y, en ese diminuto destello de dolor, Irsa vio todo el sufrimiento que ocultaba.

Indignada, empezó a forcejear con él. Araña le bloqueó el cuello y la cintura con

los brazos. Empezó a ahogarse.

—¡Irsa! —Sherezade alzó las manos en señal de rendición—. ¡Suéltala!

—¡Dame la daga!

—Suéltala y te la daré.

Sherezade se sacó el puñal de la cintura.

—¡La daga primero! —exigió Araña, y sus dedos se clavaron en la tierna piel bajo la oreja de Irsa.

—¡She..., Sherezade! —balbució esta.

Una gota de sudor bajó por la frente de su hermana.

—Te la daré. Pero suelta a Irsa. Tu lucha es conmigo.

—Deja el arma y podrá marcharse. Pero como vaya a buscar ayuda..., como oiga al Halcón Blanco fuera de la tienda, te mataré.

—No irá a buscar a Tariq. —La daga cayó al suelo tintineando junto a los pies de su hermana—. No hará nada.

Irsa lo notó relajarse en el mismo instante en que su propio pecho se tensaba.

Sherezade no la veía capaz de *nada*.

Completamente inútil.

Y, en verdad, ¿acaso había hecho algo para demostrar lo contrario?

Araña relajó la presión en su cuello.

—Acércamela con el pie y la soltaré.

Sherezade le lanzó a Irsa una sonrisita tranquilizadora y luego acercó la daga en su dirección con la punta del pie.

El chico liberó a Irsa y la empujó hacia la entrada.

Cuando esta se volvió para mirar a Sherezade, vacilando, su hermana la instó a continuar con una mirada de advertencia.

Irsa quería quedarse. Quería rogarle a Araña que entrara en razón.

Pero tenía miedo. Ya le había costado a Sherezade su daga y no sabía qué ayuda podía prestar más allá de una súplica patética.

Así que salió de golpe al sol del desierto, con el corazón martilleándole el pecho y el orgullo por el suelo.

Y se puso a buscar ayuda como una loca. Los ojos con los que necesitaba toparse por encima de todo pertenecían a un chico alto de hombros anchos y la sonrisa agradable de una tarde estival. Un chico que estaba enamorado de su hermana desde que eran niños.

Un chico que golpearía primero y preguntaría después.

Tariq sabría qué hacer. Tariq le retorcería a Araña su flacucho cuello.

Irsa se dirigió dando tumbos hacia la tienda del joven; la sangre le zumbaba en los oídos.

—¿Irsa?

Intentó ignorar aquella voz familiar. La voz del chico con el que *quería* toparse por encima de todo. Un chico cuya cara amable se había visto buscando últimamente

una y otra vez. No. Irsa no necesitaba a *Rahim*. Necesitaba a Tariq..., un chico de acción y resolutivo.

—¿Irsa? —Rahim se puso a su altura con paso firme—. ¿Por qué corres...?

—¿Dónde está Tariq? —preguntó jadeando.

—En una expedición en un emirato cercano. —Se interpuso en su camino entrecerrando los ojos—. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

Ella negó con la cabeza, aunque el miedo la atravesaba como un fogonazo caliente.

—No. Es sólo que... ¡necesito a Tariq!

Escrutaba frenética a su alrededor.

—¿Por qué?

Una ráfaga de aire salió de sus labios.

—Porque tengo que hacer... *algo*. —Lo apartó de un empujón—. Tú no lo entiendes. Shezi...

Él la cogió por los hombros y fue como un extraño bálsamo. Fortalecedor.

—Dime lo que necesitas.

No. Ninguno de ellos era un líder. Siempre había sabido que Rahim era de los que seguían a los demás. Igual que ella era de las que salían corriendo. De las que eran incapaces de hacer nada, excepto salvar su propio pellejo.

Debería haber cogido la daga de Sherezade. O haber hecho algo.

Una garra de culpa le aferró el estómago. Empezó a temblar, incluso debajo de aquel sol abrasador. Sintió que las manos de Rahim se tensaban sobre sus hombros.

Ofreciéndole más fuerza.

Irsa se enderezó y apretó los puños.

Shezi no se rendiría. No cedería al miedo. Ni daría tumbos por la arena como una boba ridícula. Pasaría a la acción. Lucharía hasta la muerte. Y sería inteligente como sólo ella podía serlo.

Aunque Irsa seguía temblando, mantuvo la voz firme mientras pergeñaba el comienzo de un plan:

—¿Tariq se ha llevado su halcón?

—No. —Una sombra de desconcierto cruzó la cara de Rahim—. *Zoraya* ha inspeccionado el terreno por adelantado esta mañana, así que la ha dejado aquí para que descanse.

—Rahim. —Irsa tomó aliento—. ¿Harías algo por mí?

Él no se molestó en contestar. Se limitó a tenderle la mano.

E Irsa la cogió.



UNA LÍNEA INDELEBLE

Sherezade se negaba a someterse al desgarbado muchacho que tenía delante. En otro mundo —en otra vida— le habría dado pena. Pero había amenazado a Irsa. Había trazado una línea indeleble. Y, a pesar de los esfuerzos del chico por disimularlo, veía que los dedos le temblaban alrededor de su daga.

«Muévete despacio».

—¿Cómo te llamas? —empezó en tono bajo.

Él inhaló una rápida bocanada de aire.

—Yo soy el que hace las preguntas.

Sherezade se quedó quieta mientras él describía un círculo a su alrededor.

Su nerviosismo empeoraba por momentos.

—¿Cómo? A cada paso errático, los rayos de luz le daban en la cara, sumiendo su barba parcheada en una sombra siniestra. Sherezade unió sus manos delante.

—¿Perdón?

—¿Cómo lograste sobrevivir?

Ella escogió con prudencia las palabras que iba a decir.

—Contaba historias.

El se detuvo a medio camino. Su desprecio quedó claro antes incluso de que hablara.

—¿Que contabas historias? ¿Esperas que crea que ese monstruo te mantenía con vida porque le entretenías?

Sherezade lo fulminó con la mirada.

—Cree lo que quieras, pero tienes la prueba viviente ante ti.

El muchacho emitió un sonido de incredulidad reprimida. Sherezade casi retrocedió ante su dureza.

—¿Intentas provocarme? ¿Acaso eres tan sumamente necia?

Por segunda vez, Sherezade levantó las manos en un gesto pacificador.

—No intento provocarte...

Aguardó pacientemente con la esperanza de que el chico mordiera el anzuelo.

—Teymur. Me llamo Teymur.

—Teymur. —Sherezade curvó los labios en forma de sonrisa precavida—. No intento provocarte —repitió—. Intento comprenderte.

Una mala elección de palabras. Sherezade se dio cuenta en cuanto las pronunció.

—¿Comprenderme? —masculló el joven—. ¡Ni en un millón de años!

—Por favor, dime sólo...

Cargó contra ella. Unos dedos largos le aferraron la garganta como un cepo. Sherezade le agarró la cintura con ambas manos, tratando de detener su ataque. Clavó la mirada en sus ojos llameantes de rabia, decidida a no achantarse.

No tenía miedo. Aquel chico —aquel hombre-niño flacucho— estaba más asustado que ella. El sudor le caía en un hilillo continuo a cada lado de la cara.

—¿Tú qué vas a comprender? —Temblaba tanto que la voz se le quebraba—. Tú estás viva. ¡El monstruo te permitió vivir!

Con la otra mano, le colocó la punta de la daga junto a la barbilla. La hoja seguía protegida en su vaina enjoyada.

—¿De dónde la has sacado?

Teymur examinó los delicados grabados. Recorrió con el pulgar las perlas y los diminutos granates incrustados en la empuñadura. Las esmeraldas de la base emitían un funesto destello.

—Teymur...

—¿Es suya? —Volvió a posar los ojos en Sherezade—. ¿Te la regaló él?

Ella no dijo nada.

—Contéstame. —La zarandeó por la garganta—. ¡Has prometido darme respuestas!

—Sí. Me la regaló.

—¿Y si te mato con ella? —Su voz se convirtió en un susurro—. Como él mató a mi Roya.

A Sherezade le costó tragar. Aquel nombre le sonaba.

Uno de tantos. Uno en un mar de cartas desperdigadas.

En una tormenta de recuerdos.

—Lo siento mucho.

—¡No te atrevas a disculparte!

Le clavó las puntas de los dedos en la piel.

Al hacerlo, el dolor que sentía el muchacho se propagó hasta su corazón y tocó una vieja herida que nunca se curaría del todo.

«Shiva».

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó, apretando los ojos con fuerza para mantenerlo al margen de su dolor, aunque sólo fuera por un instante.

—La verdad.

Ella volvió a tragar saliva.

—¿Qué deseas saber?

—A quién debes lealtad. ¿Le importas a Jalid ben al Rashid? —Escupió el nombre como si fuera una maldición—. ¿Se preocupa por ti?

—No puedo hablar de sus sentimientos. Se los guarda bien.

Una media verdad. Podría manejar la situación si seguía presionándola. La sangre volvió enseguida a sus puños cerrados.

—Entonces habla de los tuyos. ¿El monstruo te importa?

«Miente».

—No. —Sherezade apretó la mandíbula—. No me importa.

—¿De modo que sigues perteneciendo al Halcón Blanco?

—Yo sólo me pertenezco a mí misma.

—¿Dónde reside tu corazón, Sherezade al Jayzurán? —Su voz insistente sonaba áspera.

«En un callejón cerca del zoco. En una noche de olvido.

En la promesa del mañana».

—Con... Tariq Imrán al Ziyad. —La mentira le quemó la lengua—. Donde siempre residirá.

Mantuvo los ojos cerrados, consciente de que podían traicionarla.

Teymur cogió una profunda bocanada de aire. Este traqueteó en su pecho y luego llenó el espacio que los separaba, caliente y fétido. Inspiró y luego exhaló. Dos veces más.

Su silencio despertó una sensación de desasosiego en su interior.

Tiró de ella y su tórrido aliento le aguijoneó la frente.

—¿El monstruo... hirió a Roya?

Dada su repentina cercanía, Sherezade entendió en el acto lo que insinuaba.

Y se horrorizó.

Abrió los ojos como platos.

—No la tocó.

Él la estudió con horrible detenimiento. Con demasiada cercanía. El corazón le latía más fuerte en la garganta, palpitando con inquietante persistencia.

—Le contabas historias. Como me las estás contando a mí ahora.

Su determinación se hacía más firme a medida que hablaba. Y Sherezade sabía que no podría alargar más aquella situación, así que le apartó el brazo de un manotazo, lo embistió con el hombro y emprendió la huida.

Teymur la agarró con fuerza y, con despiadada precisión, le levantó los pies del suelo y la tiró a plomo. A Sherezade se le salió todo el aire de los pulmones. Boqueó una vez y, al intentar coger aire, el dolor en el costado le quemó. Por primera vez, una fría ola de miedo le recorrió la espalda. Aquella rata flacucha era más fuerte que ella. Era alto y astuto. Y ella no podría hacerle frente eternamente. Ni razonar con él.

Pero quizás hubiera otro modo. Un modo plagado de distracciones y mentiras.

Un arrebató de furia ahuyentó el miedo. Sherezade agarró la muñeca que le aprisionaba la garganta y le hincó las uñas.

Cualquier atisbo de pena que hubiera sentido por él se disolvió en su rabia. La línea indeleble se había perdido en un profundo abismo.

Él estaba alimentando su miedo más primitivo. Un miedo que Sherezade había

mantenido oculto en los recovecos más oscuros de su mente.

—¿Qué haces, Teymur? —Se debatió por mantener la voz firme.

Las dos partes del hombre-niño luchaban por hacerse con el control mientras la miraba. Estaba muy asustado y bramaba y temblaba por aquel triunfo que tanto esfuerzo le había costado.

Pero ella no yacería allí en silencio mientras él se enfrentaba a sus convicciones.

—¿Vas a violarme? —le preguntó sin rodeos—. ¿O simplemente intentas asustarme con esa idea? ¿Y qué pretendes conseguir con semejante fechoría tan poco original?

Teymur se achantó ante su descaro. Ante su valor por sacar a la luz sus vergonzosas intenciones.

Sherezade sabía que burlarse era una estupidez. Sabía que podía provocarlo aún más. Pero no podía —no quería— rendirse ante tal acto de cobardía.

No mientras le quedara un soplo de vida.

Por un momento, Teymur pareció vacilar. Entonces apretó la mandíbula y se apuntaló sobre ella. Con sorprendente habilidad, desenvainó la daga y volvió a ponerle la hoja en la cara.

—Debes de importarle, o no te habría permitido vivir.

El tacto del frío acero contra su piel no le asustó, sino que le hizo aferrarse a la rabia.

—Jalid ben al Rashid valora las pequeñas cosas de la vida. Lo entretuve durante un tiempo. No busques más razones. Tú mismo lo has dicho: es un monstruo. —Habló con claridad; su furia apenas contenida enfatizaba cada sílaba.

—Sigues mintiéndome. ¿Quieres decir que al califa de Jorasán no le importaría que te ocurriera algo malo?

—Como he dicho antes, no puedo hablar de sus sentimientos.

Teymur la miró con desprecio.

—¿Pretendes que crea que el poderoso Rey de Reyes no se enfadaría por lo que ha ocurrido hoy?

«No.

Jalid te rompería todos los huesos del cuerpo por lo que has hecho».

Sherezade se lo quedó mirando fríamente.

—Si crees que Roya perdonaría tus actos en este momento, nada de lo que diga o haga importará. —Se tragó la bilis que le subía por la garganta—. Pero dudo que una chica con amor verdadero en su corazón aprobara tal cosa.

La fuerza con que le tenía asido el cuello flaqueó y su rostro se rindió a la desesperación. Sus rasgos se fueron marchitando uno por uno. En aquel instante, Sherezade se dio cuenta de lo mucho que había amado a Roya.

De lo mucho que había perdido de sí mismo al perderla a ella.

Aunque eso no era excusa. Nunca habría una excusa para aquello.

Por fin había conseguido urdir una distracción y ahora pretendía desarmarlo.

Con mucha cautela, soltó la mano con la que le aferraba la muñeca y, mientras Teymur luchaba contra sus demonios interiores, la dejó caer al suelo en busca de una posible arma. Una piedra, un vaso, un cuenco, un palo, cualquier cosa...

Cuando sus dedos pugnaban por algo que agarrar, se encontraron con...

«¿Un trozo de carne seca?».

Teymur permanecía perdido en sus pensamientos, con los dedos flojos alrededor de su garganta, así que se permitió echar un rápido vistazo de soslayo a la tienda.

Pese a la tenue luz, fue capaz de distinguir varias tiras de carne seca que se habían colado por debajo de la tienda en su dirección.

Era el tipo de carne seca con la que Tariq solía alimentar a *Zoraya*.

«Es imposible que Tariq quiera que provoque a su halcón...».

Aquel no era para nada su estilo. Si Tariq supiera lo que estaba ocurriendo entre las paredes de la tienda, la rasgaría desde el suelo y utilizaría sus cuerdas para colgar a Teymur. Tariq —la impulsividad personificada— sería reacio a fomentar un ataque sigiloso de ningún tipo. Y mucho menos uno en el que *Zoraya* estuviese involucrada.

«Si no es Tariq, entonces, ¿quién ha elaborado semejante plan descabellado?».

Sherezade peinó las paredes con la mirada.

«¿Y dónde está ese condenado halcón?».

Una cosa era segura: si aquel plan pretendía proporcionar una distracción, lo haría a las mil maravillas.

Sherezade curvó los dedos alrededor de la tira de carne.

Como una mangosta a una cobra, subió la mano rápidamente hasta el cuello del *qamis* de Teymur y le alojó la tira en el hueco de detrás. El chico, momentáneamente sorprendido, soltó la daga y se llevó ambas manos a la nuca como para intentar aplastar un insecto merodeador.

Zoraya, en un frenesí de plumas y garras, apareció entre chillidos atravesando la entrada y se abalanzó sobre el cuello de Teymur, que gritó y cayó de lado liberando a Sherezade. El halcón continuó atacándole con las alas desplegadas. Ella cogió otro trozo de carne seca mientras Teymur trataba en vano de eludir el violento ataque de *Zoraya*.

Antes de que Sherezade tuviera oportunidad de formarse una idea de lo que pasaba, Rahim al Din Walad irrumpió en la tienda con Irsa pegada a los talones. Esta última llevaba las manos llenas de tiras de carne seca. Rahim agarró a Sherezade del brazo y la puso en pie.

—¡Marchaos! ¡Las dos!

Desenvainó su cimitarra con expresión seria.

—¡No! —replicó Irsa con voz sorprendentemente fuerte y firme—. No hasta que sepa que Shezi y tú estáis a salvo.

Sherezade también se negó con una mirada penetrante. Cuando Rahim empezó a protestar, hizo oídos sordos. Él murmuró una maldición y se apartó a un lado cimitarra en ristre.

—¡Zoraya, para! ¡Ya!

El halcón ignoró la orden, así que Sherezade silbó bajito.

El animal chilló en respuesta, pero abandonó su ataque. Sherezade se agachó para recoger su daga y se plantó delante de un Teymur encogido de miedo. Tenía el cuello y las manos llenos de arañazos ensangrentados y la parte delantera de los pantalones, empapada. Un fuerte olor acre colmaba el aire. Sherezade, completamente indiferente, sostuvo el trozo de carne seca ante ella. El halcón lo aferró entre sus garras y se posó a sus pies, con las alas grises azuladas extendidas a modo de sombra protectora.

Sherezade fulminó a Teymur con la mirada.

—Como vuelvas a tocarme, arrancaré de cuajo tu mísera hombría y se la daré a comer al halcón.

Acto seguido, dio un paso para acercarse blandiendo su daga desenvainada.

—Pero, como en algún momento tengas la osadía de mirar a mi hermana, te mataré sin pensármelo dos veces.



UNA PUERTA ENTRE DOS MUNDOS

Sherezade sabía que estaba soñando.
Lo sabía y no le importaba.
Pues estaba en casa.

Sus pies descalzos anduvieron por la fría piedra mientras recorrían los cavernosos pasillos hacia las puertas de su alcoba. Con el corazón en la garganta, asió uno de los tiradores y abrió.

El interior estaba oscuro. Como boca de lobo. Ese tipo de oscuridad que produce escalofríos, sea cual sea la temperatura.

El suelo de mármol estaba cubierto por una generosa niebla encrespada que llegaba a la cintura, como un denso humo blanco que abarcaba de pared a pared. Cuando dio un lento paso adelante, se abrió a ambos lados como un mar fantasmal, surcado por la proa de un barco encantado.

Una luz cálida empezó a brillar en el centro de la estancia. Se elevaba sobre el dosel de su cama como un silencioso centinela rodeado por un velo de seda diáfana.

En medio de la plataforma de cojines había una única figura sentada envuelta en las sombras.

—¿Jalid?

Sherezade atravesó la niebla a paso más rápido, escudriñando la negra oscuridad y el velo de gasa...

Luchando por atisbar aquella cara que tanto ansiaba ver.

La figura se movió. Apartó una tira de seda de araña.

—No, Shezi-jan. No soy él. Pero espero que perdones esta intrusión.

La figura le dedicó una sonrisa concedora de secretos pasados, presentes y futuros.

Sherezade tropezó y a punto estuvo de soltar un grito.

Una carcajada estentórea irrumpió desde los cojines tornasolados, tan familiar y tan llena de luz que le llegó al alma.

¿Cuántas veces había deseado oír aquel sonido una vez más?

Habría matado por ello.

—¿Shiva? —susurró incrédula mientras rodeaba el pie de la cama y se disponía a coger la cortina de seda.

—¡Ven aquí! —le indicó Shiva, dando una palmada en el espacio a su lado.

A Sherezade le temblaron las manos al apartar una franja de gasa y arrodillarse en los cojines. Se quedó mirando a su mejor amiga como en estado de trance, esperando que desapareciera.

Esperando el vacío demoledor que estaba segura de que vendría a continuación.

Shiva sonrió, pícara y llena de vida. Un solo hoyuelo le estropeaba la mejilla izquierda, tan perfectamente imperfecta como siempre.

Aquella imagen también le rompió el alma, pues sabía que se trataba de un sueño y que tendría que despertarse.

Y enfrentarse a la mentira que era.

El hoyuelo volvió a aparecer cuando Shiva se remitió un mechón azabache detrás de la oreja.

—Tonta, sólo porque esto sea un sueño no quiere decir que sea mentira.

—Entonces, ¿ahora estás en mi cabeza? —preguntó Sherezade.

—¡Claro! Siempre he estado aquí. —Shiva apoyó la barbilla en una rodilla—. Estaba esperando a que me necesitaras.

—Pero... —Sherezade se reprimió, sorprendida por una repentina oleada de rabia—. Te he necesitado tantas veces, Shiva...

—No. Te he estado observando. Lo has hecho de maravilla tú sola.

Las comisuras de los ojos de Shiva se curvaron con orgullo.

—¿Qué dices? —continuó Sherezade—. He cometido demasiados errores. ¡Me he enamorado del chico responsable de tu muerte!

—Ya. Y a veces me ha costado verlo. Sobre todo, la mañana en que casi mueres.

—Te traicioné.

—No, boba. No me traicionaste. Te lo he dicho: llevo aquí todo el tiempo. Y tengo que confesarte algo... —Los ojos de Shiva miraron de soslayo, chispeando con traviesa certeza. Llenos de luz vibrante—. En cuanto lo vi corriendo hacia ti aquella mañana, supe que ibas a salvarlo, igual que él te salvó a ti.

Cuando su amiga le tendió la mano, Sherezade se sobresaltó por su calidez.

Parecía tan real... Tan dolorosamente viva...

Shiva volvió a sonreírle y sus delgados hombros se echaron hacia delante con gracia.

—Parece real porque me recuerdas así. Y es muy agradable ser recordada tan cálida y tan perfectamente imperfecta.

Shiva entrelazó los dedos con los suyos y apretó con fuerza.

Por un momento, el nudo que tenía en la garganta le impidió hablar.

—La..., lamento quererlo, Shiva-*jan*. No haber sido más fuerte.

—¡Vaya una ridiculez por la que disculparse! —Con la indignación, los rasgos bellamente esculpidos de Shiva se asemejaron a los de una muñeca—. Escúchame bien: nunca vuelvas a disculparte por una tontería semejante. Y tú más que nadie sabes lo que pasa cuando me desobedeces.

Agitó un puño en el aire, riendo burlona mientras le traía a la memoria sus

muchas riñas infantiles. Sherezade no pudo evitar unirse a su risa, hasta que aquel coro llenó el espacio que las rodeaba.

—No quiero despertarme.

La risa murió en sus labios y su eco la llamó desde el otro lado de las puertas dobles. Desde una puerta entre dos mundos.

—Y yo tampoco quiero que despiertes —dijo Shiva—. Pero, cuando llegue el momento, lo harás de todas formas.

—A lo mejor deberíamos quedarnos aquí.

—No lo creo. —La boca de Shiva se curvó en una sonrisa melancólica—. Después de todo, no estabas buscándome a mí cuando llegaste. Estabas buscándolo a él.

No era una acusación, tan sólo una observación. Shiva siempre había sido así, incapaz de ocultar la verdad, pero incapaz de ser cruel. Una persona excepcional. La mejor amiga que una podía tener.

Sherezade desvió la mirada.

—No... creo que pueda volver a buscarlo nunca. No con la maldición...

—Entonces, debes romperla —la interrumpió Shiva—. Eso por descontado. Lo que hay que ver es cómo piensas hacerlo. ¿Tienes un plan?

Aunque Sherezade pretendía buscar a Musa Zaragoza lo antes posible con ese preciso propósito, no pudo responderle. Aún no estaba segura de cómo proceder. Siempre se dejaba guiar por su instinto, incluso de niña. Por eso y por su valor.

Su amiga era la planificadora, la que siempre pensaba las cosas por adelantado.

—¿Lo ves? —dijo Shiva, y su frente se destensó—. Por eso he venido a verte esta noche, querida. Estás perdida. Y así no puedes seguir.

Sherezade observó cómo la niebla se elevaba hacia el techo, envolviendo la plataforma con sus brazos fantasmales y girando en torno a la única luz.

—No sé por dónde empezar —admitió, y su voz se vio engullida por la niebla.

—¿Por qué no empiezas pronunciando en voz alta lo que deseas?

¿Se atrevería a tal cosa? Después de toda aquella muerte y aquella destrucción sanguinaria y sin sentido, le parecía lo más egoísta del mundo.

Construir su castillo sobre la devastación.

—¡Qué aburrida eres! —Shiva le dio un codazo de broma—. ¡Este es tu sueño, tonta! Si no puedes decir lo que deseas en tu propio sueño, ¿entonces dónde vas a hacerlo?

Sherezade se vio reflejada en los ojos de su amiga.

No era más que una cáscara de la chica que conocía. Una chica encorvada, reticente. Una chica ausente de la vida..., carente de vida.

Irguió los hombros.

—Quiero estar con Jalid. Quiero que mi padre se recupere. Y..., y quiero que se rompa la maldición.

—Así se habla —la alentó Shiva aligerando el tono, divertida.

—Pero ¿todo eso es posible? —objetó Sherezade—. Porque no lo parece.

—¿Y cómo hace uno para volver posible lo imposible?

Sherezade se encogió de hombros con cara lúgubre.

—Sería mejor que me preguntaras cómo hacer volar una cabra.

—Muy bien. —Shiva asintió con aire solemne—. ¿Y cómo se hace volar una cabra?

—Atándola a una cometa enorme.

—No iría muy lejos atada a una cuerda.

—¡Habla en serio!

—¡Estoy hablando muy en serio! —Su amiga rio y dejó que el sonido atravesara aquella niebla acaparadora y sobrepasase a aquel silencioso centinela—. ¿Y si pusieras la cabra en tu alfombra voladora? ¿Volaría entonces?

Sus ojos brillaron con una luz suspicaz.

—No seas ridícula.

—Sólo era una idea. —Shiva agitó una mano a través de una espiral de humo blanco—. Pero, en mi opinión, la mejor manera de volar es cortando las cuerdas que te atan al suelo... —Sus palabras comenzaron a sonar amortiguadas, como si estuvieran bajo agua, aunque su sonrisa continuó imperturbable—. Corta las cuerdas, Shezi. ¡Vuela!

Sherezade se despertó de un salto.

La tienda estaba teñida de negro. La respiración de su hermana hacía tiempo que se había sumido en el ritmo de un sueño profundo y un apacible viento del desierto bamboleaba las paredes cosidas.

Tenía la garganta seca, pero el corazón pleno.

Esperó el consiguiente vacío desalentador al darse cuenta de que el sueño había acabado con demasiadas cosas por decir.

Pero este no llegó.

Por primera vez desde que había huido de Rey casi una semana antes, no se sintió perdida ni tan sola. Había encontrado un medio de lograr su propósito. Y aquel propósito tenía un peso que podía soportar.

Era algo por lo que podía luchar de verdad.

«Corta las cuerdas, Shezi. ¡Vuela!

Gracias, Shiva».

Con cuidado de no molestar a Irsa, se calzó las sandalias para salir a tomar el aire. Le robó la *pashmina* a su hermana y se cubrió la cabeza con el largo triángulo de tela para protegerse de la gélida noche del desierto. Luego se dirigió a la entrada y cerró bien la solapa de la tienda a su espalda...

Antes de tropezarse con el cuerpo que yacía tumbado fuera al acecho.

—¡Ayyy!

Sherezade rodó por la arena.

Unas manos fuertes la agarraron y la clavaron al suelo. La visión de un soldado encapuchado se dibujó en su mente como un fogonazo. Un soldado enfadado con la marca de un escarabajo y un arma dispuesto a presentar batalla.

Arremetió contra una pared de músculo. Abofeteó una cara esculpida en piedra. Devolvió la mirada a unos ojos plateados como cuchillos afilados.

El corazón de Tariq martilleó sobre el suyo.

—¡Suéltame! —exigió consternada al notar que sus mejillas se sonrojaban.

Él se puso en pie, levantándola al mismo tiempo con un ágil movimiento.

—¿Qué estás ha...?

—¿Qué demonios...?

Sherezade se apartó de él y cruzó los brazos.

Él se sacudió la arena del pelo con un hábil gesto de la mano.

—Tú primero —dijo Tariq con una voz sombría que le recordó a una versión más joven de él, una en la que prevalecían su sonrisa relajada y su afición por las bromas.

Una que Sherezade prefería en aquellos momentos.

—Es muy cortés por tu parte, sobre todo teniendo en cuenta que me has ignorado durante buena parte de la semana, como un chico de la mitad de tu edad con el doble de encanto.

Los labios de Tariq se quedaron a medio camino entre el silencio y el habla durante varias respiraciones.

—Eres..., eres odiosa, Shezi. Simplemente odiosa.

Se pasó la palma por la cara, no sin que Sherezade atisbara una mirada de agravio que no consiguió ocultar.

Ella se apretó los codos, negándose a tenderle la mano para consolarlo. No importaba lo mucho que lo ansiara. No importaba lo natural que le pareciera consolar al chico al que había amado durante tanto tiempo.

—Sé que soy odiosa. Por eso te pregunto: ¿qué haces aquí?

—Yo mismo me he preguntado eso muchas veces..., sobre todo mientras yacía tumbado en la fría arena vigilando a una chica odiosa. Una con muy poco sentido de la gratitud y ningún sentido de la lealtad.

Fue como si le echara un jarro de agua fría.

Se giró eludiendo una nueva punzada de culpa con las mejillas encendidas.

Tariq fue tras ella y la agarró del brazo.

Sherezade se zafó.

—¡No me toques, Tariq Imrán al Ziyad! ¡No te atrevas!

Se horrorizó al notar el escozor de las lágrimas. No había llorado ni una sola vez en los últimos días. Ni cuando encontraron la figura acurrucada de su padre en aquella loma oscurecida por las nubes. Ni cuando se volvió para contemplar por última vez su ciudad en llamas.

Ni cuando se enteró de que Tariq le había prometido a Jalal no llevarla nunca de

vuelta.

Tariq la atrajo hacia sí sin pensárselo dos veces.

—Para. —Le puso ambas manos en el pecho mientras unas lágrimas de enfado comenzaban a aflorar—. ¡No te necesito!

«Te mereces a alguien que te sienta a su lado sin necesidad de verte.

Y yo sólo me he sentido así respecto a un chico».

—Deja de intentar hacerme daño —dijo él con tristeza—. No funcionará. Al menos no como tú esperas que lo haga.

Unas lágrimas calientes corrieron por el rostro de Sherezade. A pesar de todo, se negó a apoyarse en él, a sucumbir ante semejante debilidad.

Soltando un suspiro de agotamiento, Tariq la envolvió con sus brazos.

Unos brazos que sentía sólidos, seguros, protectores.

Que sentía como todo lo que había amado cuando era joven y libre: el olor de la arena y la sal en su piel; la potente sensación de caer y saber que habría alguien allí para recogerla o, en última instancia, curarle las heridas; la novedad de todas las cosas..., sobre todo del amor.

—Rahim me ha contado lo que ha pasado. —Los dedos de Tariq le acariciaron la nuca como tantas veces antes durante tantos años. Bajó la voz, que retumbó, rica y resonante, contra ella, casi pomposa. Un lujo que ya no necesitaba ni merecía—. Voy a hacer pedazos a ese canalla por pensar siquiera así.

«No».

Sherezade se apartó de él.

—Eso no te corresponde a ti. Ya he hablado con Teymur. Va a dejar estar las cosas.

A Tariq le chispearon los ojos.

—¿Que no me corresponde?

—Ya lo he solucionado, Tariq. No hagas nada, sólo servirá para que se derrame más sangre. Y ya he tenido bastante.

Intentó dejarlo atrás.

Él le salió al paso, elevando su mentón prominente con los puños a los lados.

—¿Al niño-rey también le atarías las manos de esta manera?

—No te compares con Jalid. Es infantil y te rebaja bastante.

Tariq pestañeó, pero no se achantó.

—Respóndeme, Shezi. ¿Le dirías que no le corresponde enfrentarse a ese chico por lo que te ha hecho?

Ella hizo una pausa.

—Sí.

—¿Y él te escucharía?

Juntó las cejas en señal de incredulidad.

—Sí... él me escucharía.

«Y luego haría exactamente lo que le viniera en gana».

—Mentira —se burló Tariq—. No me creo ni por un momento que ese carnicero al que llamas marido dejara que ese chico viera otro amanecer después de lo que te ha hecho.

—Lo que Jalid haría o dejara de hacer no es asunto tuyo. —Estaba peligrosamente cerca de soltarle un grito—. ¡Y no pienso seguir hablando de esto ni de mi marido «carnicero» contigo!

Sherezade cortó el aire con la mano con rotundidad para zanjar la discusión.

—De manera que ahora crees que te corresponde a ti controlar lo que ocurre en este campamento, ¿no? —insistió Tariq—. ¿Por eso ese llorica ha sido devuelto a su pueblo, como un niño que recibe una regañina? ¿De verdad crees que...?

—De verdad creo que no servirá de nada que derramemos más sangre. A Teymur lo han llevado a la tienda del emir de Karaj para que se ocupen de él. Y claro que me corresponde a mí decidir cómo ocuparme de este asunto. ¡Tú —le hincó un dedo en el pecho— no eres nadie para repartir justicia en mi nombre!

—¿De verdad crees que el emir lo castigará por lo que ha hecho hoy? No lo hará. Y ahora no tengo ni idea de dónde está, pues dudo que a ese demonio lo hayan mandado a ninguna parte a que se ocupen de él, como crees tú. ¡Se ha ido y, con él, cualquier sentido de la justicia! —Tariq abrió los brazos con cara de exasperación—. ¿Sabías que Teymur iba a casarse con alguien de la familia del emir? Es posible que el emir incluso lo animara a hacer lo que ha hecho.

—No busques venganza en mi nombre, Tariq Imrán al Ziyad. Te prohíbo...

El la agarró por los hombros.

—¡Haré lo que me dé la maldita gana, Sherezade al Jayzurán! —Su voz sonó descarnada por su tormento—. Una vez me negué a mí mismo lo que quería por principios, ¡y no ha pasado un día sin que me arrepienta de aquella decisión con cada fibra de mi ser!

El sonido de su angustia se elevó en espiral en la noche del desierto, hacia una inmensidad de diminutas estrellas.

A Sherezade le traspasó la mismísima piel.

Sin mediar palabra, le cogió la mano y lo adentró en el desierto, mucho más allá del enclave de tiendas. Cuando por fin se giró para mirarlo, Tariq parecía haber envejecido una década en cuestión de segundos.

Se contemplaron el uno al otro a través de un pequeño mar de arena brillante. A través de aquellos años de amistad y confianza, que parecían haberse perdido en un instante.

—¿Alguna vez piensas en aquella noche?

Tariq no fue capaz de mirarla a los ojos cuando le formuló esa pregunta con calma.

Durante un momento, Sherezade no supo qué responder.

—Hiciste lo correcto —dijo al fin, estudiando los granos infinitos que se le colaban entre los dedos de los pies—. Te puse en una tesitura imposible. E

inapropiada.

—No es eso lo que te he preguntado.

Ella alzó la vista.

—Sí. He pensado en ella.

El cambió el peso de una pierna a otra; aquel chico que nunca era torpe le estaba atravesando el corazón con su torpeza desacostumbrada.

—¿Puedo preguntarte por qué viniste a mi habitación aquella noche?

Tariq se merecía su sinceridad. Por todos aquellos besos robados en rincones oscuros. Por todos aquellos años de amor inagotable.

Por iniciar una guerra para salvarla.

Le sostuvo la mirada, aunque el dolor que sentía en el pecho la impelía a salir corriendo.

—Porque quería sentir.

—Sherezade...

—Quería..., no, *necesitaba* sentir algo. —Había una amable resolución en sus palabras—. Creí que, si me rendía a tus brazos, podría volver a sentir algo. Podría llorar por Shiva y seguir adelante, pero tú hiciste bien en darme la espalda. Nunca te he culpado por ello, por favor, créeme cuando te lo digo —remató con voz suave.

Tariq permaneció un rato en silencio. Sherezade vio cómo se disipaba el dolor de sus ojos y una amarga resignación ocupaba su lugar.

—Te creo. Aunque eso no cambia el hecho de que me haya culpado a mí mismo casi todos los días desde entonces.

Dio dos pasos hacia ella y se detuvo, vacilante.

Sherezade notó su indecisión. Sus dedos se aferraron a los pliegues de la *pashmina* de Irsa.

«Está esperando a que le pregunte por qué.

Y teme lo que ocurra cuando lo haga».

Sus dedos se curvaron en sus sandalias y notó el roce de la seda en su piel.

—¿Por qué te has culpado a ti mismo?

Tariq apretó los labios hasta que estos formaron una fina línea. Los músculos del cuello se le tensaron al tragar saliva. Parecía estar escogiendo las palabras antes de hablar, algo también impropio de él.

Cuando por fin sus ojos se encontraron, le aguantó la mirada con valiente convicción.

—Porque sé que, si yo hubiera permitido que ocurriera lo que ambos deseábamos aquella noche, ahora serías mi esposa y no la suya.

A Sherezade le dio un vuelco el corazón, horrorizada.

—¿Eso..., eso es lo que crees que estaba haciendo? —logró espurrar—. ¿Que fui a tu habitación como la hija de un pobre bibliotecario planeando marcharme como la esposa de un futuro emir? —Alzó la vista hacia él con los brazos en jarras—. ¡No era mi intención obligarte a casarte, maldito arrogante! ¡Si hubiera compartido tu

cama esa noche, nunca habría esperado que me pidieras matrimonio al día siguiente!

—Por Dios, pero ¿qué te crees que estoy diciendo?

—¿Y qué otra cosa iba a pensar cuando...?

Tariq se apresuró a taponarle la boca con la mano, rogando en silencio por que claudicara.

Al cabo de unos instantes, Sherezade asintió, aunque su indignación aún bullía en el aire. Cuando Tariq le destapó la boca, ella captó una diminuta seña de diversión en su cara. Algo totalmente característico del chico que conocía... y al que tanto había echado de menos en los últimos días.

Frunciendo aún más el ceño, asió la *pashmina* de Irsa por ambos extremos y se la cruzó por el pecho.

—Y bien, ¿qué es lo querías decir entonces?

—Quería decir —empezó de nuevo— que, si te hubieras quedado conmigo esa noche, habría ido a ver a tu padre a la mañana siguiente...

Ella abrió la boca para protestar y él repitió su súplica silenciosa.

Luego se acercó más a ella.

—Pero no lo habría hecho por obligación —dijo, apoyando las manos en sus hombros, primero tentativamente y luego con decisión—. Lo habría hecho porque no quería esperar ni un solo día más... y habría estado mal. Mi prima había muerto hacía apenas dos semanas. Mi tía se había arrojado por el balcón tres días antes. ¿Cómo iba a ir a ver a tu padre, a mis padres, para pedirte en matrimonio?

Sus rasgos se habían suavizado mientras hablaba, aunque su voz no había perdido ni un ápice de intensidad. En aquel momento, Sherezade recordó cómo todos los ojos de cualquier habitación se centraban en él de manera espontánea. Cómo llenaba el espacio sin darse cuenta.

Las manos del joven cayeron a ambos lados mientras esperaba a que ella pusiera en orden sus pensamientos y tomara la palabra.

Cuando lo hizo, fue ella la que se sintió torpe y perdida:

—Yo..., yo nunca habría esperado que hicieras tal cosa.

De nuevo, una sombra de diversión cruzó la cara de Tariq.

—Sigues haciéndome daño, ¿eh? Porque ya lo sé. Si hubiera pasado una sola noche contigo, habría deseado que no nos separásemos nunca más.

Sherezade quería evitar que siguiera hablando. Que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse.

«¿Qué puedo hacer para ahorrarle más dolor?».

Sin embargo, Tariq la cogió por la barbilla con decisión y la obligó a mirarlo.

—Desde la tarde en que te vi caer de aquella almena en Taleqan, has sido imprescindible para mí. Eso es lo mucho que te amo. —Las palabras le salían sin esfuerzo, como siempre—. Pero tú ya no puedes decir lo mismo de mí, ¿verdad?

Ella era incapaz de mirarlo a los ojos.

—Por favor, respóndeme, Shezi —la alentó—. Ha llegado el momento de oír la

verdad. Me... merezco oírla.

Cuando Sherezade escrutó su cara, se dio cuenta de que llevaba los últimos días preparándose para aquel trance.

Aunque eso no lo hacía más fácil para ninguno de los dos.

Exhaló despacio.

—Te quiero, Tariq. —Con mucho cuidado, Sherezade le puso la mano en la mejilla—. Pero... vivo por él.

Tariq le cubrió la mano con la suya y asintió. El único reconocimiento más allá de aquello fue un ligero movimiento del músculo de la mandíbula casi inapreciable. Un esfuerzo por mantener a raya la emoción que lo traicionó más que si se hubiera deshecho en lágrimas.

—Siento muchísimo hacerte daño —susurró Sherezade, y el dolor que sentía en el pecho le anegó la garganta. Le puso la mano libre en la otra mejilla, expresando su pesar a través del tacto. Sabía que era una tontería, pero no se le ocurría otra manera de arreglar aquella traición.

Tariq se echó hacia atrás con una expresión extrañamente distante.

—Supe que estabas enamorada de él cuando os vi juntos en Rey, pero... he sido un idiota por aferrarme a una esperanza absurda.

—Por favor, quiero que sepas... —Sherezade se mordió el labio inferior con tanta fuerza que creyó que iba a salirle sangre— que nunca he pretendido hacerte daño.

—El daño me lo he causado yo mismo. Rahim me ha contado lo que le has dicho a Teymur hoy: que tu corazón estaba conmigo y que siempre lo estaría.

El sabor a cobre y sal le envolvió la lengua.

—Yo...

—Mentiste para salvarte. Lo entiendo —dijo en tono monocorde—. Pero debes saber que Teymur se lo dirá al emir de Karaj y que el rumor circulará.

Ella pestañeó, desconcertada por el cambio que se había producido en él: todo signo de debilidad había desaparecido y había dejado paso a un rictus serio y una conducta firme.

Un abrupto regreso a la distancia anterior.

—Estarás más segura en este campamento, sobre todo entre los enemigos del rey-carnicero, si mantenemos las apariencias —remató.

Aunque Sherezade no tenía intención de quedarse mucho tiempo en el campamento, sabía que debía decir algo. Si no en defensa de ella misma o de Jalid, al menos en defensa de Tariq.

Meneó la cabeza y se aferró con más fuerza si cabe a la *pashmina*.

—No puedo pedirte eso. No te lo pediré. No es justo.

—No, no lo es —coincidió Tariq—, pero aún puedes pedirme que abandone esta guerra.

Los ojos de Sherezade se abrieron como platos.

—¿Harías eso? ¿Es posible?

—Aunque lo fuera, no lo haría. —Tariq no vaciló en su respuesta—. Cuando me propongo hacer algo, no abandono tan fácilmente. Y eludir mi responsabilidad no sólo sería un fracaso para los que me rodean, sino para mí mismo.

—¿Para los que te rodean? —La rabia estalló de repente en su interior—. ¿Sabes qué tipo de hombres son los que te rodean, Tariq? —Pensó en el centinela de la tienda de aquella mañana, en la marca *fida'i* que llevaba impresa en la piel—. ¡Te has rodeado de mercenarios, de forajidos y asesinos a sueldo de toda clase y condición, para intentar derrocar a un rey del que no sabes nada! Jalid no es...

—¿Forajidos y asesinos a sueldo? —Tariq rio cáusticamente—. ¿Tú te estás oyendo, Sherezade? ¿Acaso sabes quién es tu marido? ¿No has oído las historias que corren sobre el califa de Jorasán? ¿El loco asesino? ¿Mató o no mató a Shiva, tu «mejor amiga»? —Hizo hincapié en aquellas dos últimas palabras.

Articulando la traición que había cometido.

Ella se tragó su réplica.

—La verdad no es tan simple.

—El amor te ha impedido ver la verdad, pero a mí no me lo impedirá —replicó Tariq, aunque sus ojos se inundaron de sentimiento—. Sólo queda una verdad importante por saber: ¿es responsable de la muerte de mi prima?

Sherezade se lo quedó mirando en doloroso silencio.

—Sí.

Daba igual la excusa, era la pura verdad.

—Entonces sí es tan simple.

—Tariq, por favor. —Alargó la mano hacia él—. Has dicho que me quieres. Te ruego que reconsideres...

Él dio un paso atrás, haciendo un gran esfuerzo por esconder su dolor.

—Te quiero. Nada cambiará eso, como nada cambiará el hecho de que él mató a mi prima y me robó a la mujer que amo.

Sherezade observó horrorizada cómo dirigía la mano a la empuñadura de la cimitarra y la asía con fuerza.

Aunque estuvo a punto de tropezar en su prisa por retroceder, a Tariq no le tembló la voz.

—Que no te quepa duda: la próxima vez que vea a Jalid ben al Rashid, uno de los dos morirá.



DISPUESTO A APRENDER

había cometido errores. No le cabía la menor duda.
Errores de juicio. Errores de planificación. Errores de comprensión.
Quizá pudiera decirse que era culpable de falso amor propio.
Incluso de estúpida soberbia.

Pero Jahandar no había pretendido que las cosas ocurrieran como lo habían hecho.

Cuando invocó por primera vez el poder del libro, creyó que podría controlarlo. Creyó ser su amo.

Aquel había sido el primero de sus muchos errores.

Pues el libro no tenía ninguna intención de dejarse controlar. Y sí toda la intención de imponer su voluntad a Jahandar al Jayzurán. Por desgracia, su voluntad permaneció velada tras la poesía de una lengua antigua, sellada con una cerradura herrumbrosa y una llave.

Una parte de Jahandar sabía que el libro debía ser destruido sin excusa.

No debía permitirse que algo capaz de sembrar la destrucción que había presenciado aquella funesta noche de la tormenta existiera en el mundo de los hombres.

Y, sin embargo...

Lo aferró con los dedos. Su calor se le filtraba en la piel y latía en las ampollas de sus manos.

El calor vivo de un corazón palpitante.

Tal vez ahora pudiera controlarlo. Ahora que sabía qué tipo de criatura era.

¿Acaso era el colmo de la necedad creer tal cosa? ¿Una prueba más de su desacertada arrogancia?

Tal vez.

Podía intentarlo. Algo pequeño al principio. Nada parecido a los errores que había cometido a las afueras de Rey. Ahora sabía a qué se enfrentaba.

Ahora que había visto de lo que era capaz, se adentraría en las aguas del libro con mayor cuidado. Con mucha más consideración de la que había adoptado en lo alto de la colina.

La noche en que fue testigo de cómo reducía una ciudad entera a cenizas.

Se estremeció al recordar los relámpagos que habían surcado el cielo y los rayos

que habían caído en el corazón de la joya más preciada de Jorasán.

La ciudad donde había enterrado a su esposa tras verla caer en una enfermedad devastadora.

La ciudad de sus fracasos más rotundos.

Recordó las muchas veces que se había mostrado impotente ante los que le rodeaban: impotente para evitar que su mujer sucumbiera a la enfermedad; impotente para conservar su puesto como visir tras su muerte; e impotente para impedir que su hija se adentrara por los pasillos del palacio hacia un destino cierto.

Impotente para realizar algún cambio. No había sido más que un mero observador de la vida.

Un inútil.

Volvió a aferrarse con fuerza al libro, agradecido por que sus dos hijas hubieran escapado indemnes de la tormenta...

Cuando sospechaba que muchas otras no lo habían hecho.

Jahandar entreabrió apenas los ojos en la oscuridad sofocante de su tienda.

Como había ocurrido la noche anterior cuando ellas llegaron, la culpa le aplastó el pecho y le resultó difícil respirar. Clavó las uñas en la cubierta del libro mientras se debatía por coger aire. Por detener la oleada de remordimientos que le empañaba los ojos.

Por ahogar el recuerdo de los gritos que resonaban en sus oídos.

¡No era culpa suya!

Él no había querido que pasara. Sólo había querido proporcionar una distracción. Rescatar a su amada hija. Y tal vez descubrir su verdadera vocación...

Como hombre poderoso. Un hombre digno de respeto. Un hombre al que temer.

Pero podía arreglarlo. Sabía cómo hacerlo.

Le había traspasado el don a su hija.

Irsa así lo había asegurado ese mismo día, cuando mencionó una alfombra mágica. Cuando oyó aquellas palabras, tuvo que esforzarse al máximo para permanecer quieto. Para quedarse callado ante semejante posibilidad.

Sherezade era especial. Igual que él.

Y era fuerte. Incluso más fuerte que él. Lo había percibido cuando las manos de Sherezade rozaban el libro: este había acogido de buena gana su presencia.

Reconocía su capacidad de hacer cosas grandes.

Era su oportunidad para redimirse.

Cuando recuperase el pleno funcionamiento de su cuerpo, volvería a los estudios.

Esta vez, dominaría al libro. Se convertiría en digno merecedor de su poder. No permitiría que lo controlara de nuevo.

No. No volvería a cometer los mismos errores.

Enseñaría a su hija a usar sus poderes. Luego, juntos arreglarían todo lo que había salido mal.

Pues un error sólo era un error si se permitía que continuara siéndolo.

Y Jahandar siempre había sido un erudito.
Aquello era lo único de lo que siempre se había enorgullecido...
De estar dispuesto a aprender.



LA MARIPOSA Y LA BESTIA



Jalid no le gustaban las sorpresas.

Ni siquiera de niño se había fiado de ellas.

No recordaba ni una sola vez en que se hubiera llevado una sorpresa agradable. Según su experiencia, las sorpresas solían ser un prelude de algo mucho más insidioso. Como un veneno de efecto retardado enmascarado por un vino exquisito servido en una copa enojada.

No.

Odiaba las sorpresas.

Así que, cuando entró en la alcoba de Vikram y encontró a Despina sentada al lado de su escolta, se disgustó muchísimo.

¿Cómo se las había arreglado para enterarse de la recuperación del *rajput* tan pronto? A él lo habían avisado al amanecer, hacía menos de una hora.

Era cierto que la doncella tenía ojos y oídos en todas partes, una de las razones principales por las que siempre había sido una excelente espía. Sin duda se debía a su capacidad para hacer amigos y ganarse la confianza de los demás con la facilidad de una mariposa. De ese modo había trabado amistad con toda la gente influyente del palacio.

Como Sherezade.

Despina se levantó e hizo una reverencia, llevándose a la frente las puntas de los dedos de la mano derecha.

—*Sayidi*.

—Estoy impresionado.

Jalid permaneció a los pies de la cama con cara tensa.

La doncella sonrió y sus ojos brillaron incluso en la tenue luz que se colaba por los postigos.

—Perdonad que os lo diga, *sayidi*, pero no lo parecéis.

De los labios de Vikram salió un único golpe de tos que venía a ocultar lo que, en el guerrero indostano, pasaba por diversión.

Jalid se giró hacia él sin más preámbulos.

—¿Y tu hombro?

Nunca habían necesitado formalidades. Llevaban años entrenando juntos. Sangrando juntos. Luchando juntos. El *rajput* llevaba siendo su escolta desde el día

en que Jalid había sido coronado rey. Y su amigo desde antes de eso.

Vikram no respondió. Su oscura mirada se posó rápidamente en un rincón indefinido del techo mientras Jalid examinaba las vendas enrojecidas y los emplastos malolientes que le envolvían la piel cobriza del hombro izquierdo. Cuando se incorporó para coger el vaso de agua de la mesita que quedaba a su lado, no pudo evitar hacer una mueca de dolor. Despina se agachó para ayudarle, ignorando la cara de desagrado de él.

—El faquir acaba de irse, *sayidi* —dijo esta cuando volvió a colocar el vaso en la mesita—. Ha venido a decir...

—Que las flechas de ese mocoso me han destrozado el esternón. Y el hueso del hombro —explicó Vikram en tono bronco. Un tono que prometía una fiera represalia en un futuro cercano.

Despina parpadeó, sin saber bien cómo continuar, pero enseguida se recobró y dejó al descubierto sus dientes blanquísimos.

—Pero el faquir también ha dicho...

Vikram la acalló con la mirada. La doncella hizo un mohín, volvió a acomodarse en su taburete y cruzó los brazos delante del pecho.

El lado implacable de Jalid se sintió extrañamente apaciguado con aquel intercambio: la visión de la mariposa revoloteante siendo silenciada por la imponente bestia. Si Sherezade estuviera allí, Jalid sospechaba que habría contribuido enormemente a su satisfacción con una ocurrencia ingeniosa que habría mejorado y empeorado la situación a la par.

Se dirigió del pie al costado de la cama de Vikram.

—¿Necesitas algo de mí?

El *rajput* se recostó en los cojines y le dedicó la misma mirada inflexible de siempre.

—Un brazo nuevo.

Ante aquello, Jalid casi sonrió.

—Por desgracia, necesito los dos.

—¿Para qué? —gruñó Vikram, impostando una mirada de desdén.

—Para luchar.

—Mentís, como el pavo real que sois.

Jalid enarcó las cejas.

—Yo nunca miento.

—Mentira.

El bigote del *rajput* se torció y su mirada se tornó más oscura.

—*Nunca...* quizá no sea la palabra correcta.

—*Raramente* es mejor.

—Entonces, *raramente*.

Jalid le lanzó una diminuta sonrisa.

Vikram exhaló y se mesó la corta barba con la mano derecha.

—Ya no puedo luchar, *meraa dost*.

Le costaba admitirlo. Sus ojos se cerraron por un instante.

—Eso sí que es mentira —replicó Jalid sin vacilar—. El faquir me ha dicho que tu hombro acabará curándose. Puede que no sea lo mismo, pero...

—No me siento la mano.

Cómo odiaba Jalid las sorpresas. Las aborrecía con el fuego de mil soles.

Su mirada se posó en la mano izquierda de Vikram, que yacía bocabajo sobre las sábanas de lino. Parecía la misma de siempre: despiadada, implacable, invulnerable.

Pero ya no lo era.

Sabía que no hacían falta palabras tranquilizadoras. Vikram no era estúpido ni necesitaba contemplaciones. Sin embargo, Jalid no pudo ignorar su inclinación a manifestar lo obvio:

—Es demasiado pronto para emitir un juicio definitivo. —Se abstuvo de hablar con condescendencia, pues sabía que al *rajput* no le haría ninguna gracia—. Puede que con el tiempo vuelvas a sentirla.

—Aunque lo hiciera, nunca volvería a luchar como antes. —No había ningún sentimiento en su respuesta. Fue una mera exposición de los hechos.

Despina se removió en su asiento: el segundo signo de incomodidad que Jalid había visto en la doncella desde su llegada.

Aunque aquello lo desconcertó, el califa otorgó a las palabras de Vikram la consideración que merecían.

—Te repito que es demasiado pronto para emitir un juicio definitivo.

—Ese mocoso utilizó puntas de flecha de obsidiana. —La furia le dibujó al *rajput* unos oscuros surcos en la frente y unos valles profundos en ambas mejillas—. Me han destrozado los huesos sin remedio.

A pesar de su deseo de avivar el fuego, Jalid sofocó su ira. No servía de nada alimentar la rabia. En vez de eso, sus rasgos se convirtieron en una máscara de falsa compostura. Una máscara que sabía lucir muy bien.

—Eso he oído.

—No puedo seguir siendo vuestro escolta con un solo brazo bueno —soltó Vikram en tono punzante.

—No estoy de acuerdo.

—Sabía que no lo estaríais. —Frunció el ceño—. Pero no importa, *meraa dost*.

—¿Por qué? —preguntó Jalid.

De nuevo, la doncella se removió en su asiento.

Vikram se recostó más en los cojines y su expresión se suavizó.

—Porque no seré menos de lo que soy. Y vos tampoco me obligaréis a serlo.

Ni siquiera se molestó en desafiar a Jalid con su mirada implacable.

—¿Qué necesitas de mí, amigo mío? —Jalid repitió su pregunta, aunque ahora sonó totalmente distinta.

El *rajput* hizo una pausa.

—Me gustaría dejar la ciudad. Empezar una nueva vida.

—Por supuesto —asintió Jalid—. Lo que necesites.

—Y tomar una esposa.

Más sorpresas. ¿Es que nunca acabarían?

—¿Y tienes a alguien en mente?

La expresión de Jalid permaneció cauta, controlada.

Vikram le lanzó a su rey una mirada casi burlona. Luego, su cara se giró despacio hacia la mariposa, que hacía un mohín con la boca junto a su cama.

Hacia la mejor espía de Jalid.

Al parecer, las sorpresas no habían hecho más que empezar.

Aunque intentó disimular, Jalid no logró esconder la expresión de incredulidad que se abrió paso en su cara.

—¿Y tú estás dispuesta a aceptar este matrimonio? —le preguntó a la doncella con una voz que apenas se elevó de un susurro.

Cuando los bonitos labios de Despina empezaron a fruncirse en una mueca divertida y sus ojos a brillar como pozos llenos de secretos ocultos, Jalid tuvo que hacer un gran esfuerzo por no perder los nervios y salir de la habitación en un arrebato de rabia.

—Muy bien entonces. Bendito el que entienda las maquinaciones del amor. —Negó con la cabeza, borrando todo rastro de incredulidad—. ¿Algo más?

—Sólo... una cosa más —gruñó el *rajput*, casi como una ocurrencia tardía.

Jalid aguardó con la esperanza de que no se tratara de otra sorpresa.

—A pesar de este asunto —los ojos del guerrero se posaron en su futura esposa, que le devolvió la mirada con una sonrisa cómplice—, no deseo convertirme en pasto de los rumores.

—Entiendo —contestó Jalid—. No lo comentaré con nadie. Te doy mi palabra.

Vikram asintió con brusquedad.

—Nos marcharemos dentro de dos días. Después de eso, todo lo demás queda en manos de los dioses.

Jalid experimentó una súbita sensación de pérdida. No le molestó su presencia, sólo su intensidad.

—Echaré de menos tu compañía, amigo mío.

—Mentira. —Vikram tosió y el hombro bueno tembló al intentar reprimir el humor del comentario—. Seréis el mejor espadachín de Rey. Por fin.

—El mejor espadachín de una ciudad caída —puntualizó Jalid, reprimiendo una sonrisa incipiente—. Muy apropiado.

Desvió la vista y se pasó la palma por el mentón.

—*¿Meraa, dost?*

Era el primer atisbo de indecisión que Jalid oía de labios de Vikram.

Le devolvió la mirada a su amigo.

—¿De verdad no vais a traerla de vuelta? —le preguntó.

—¡Vaya! —Jalid acabó sonriendo, aunque con un peso en el corazón—. ¿Después de todas tus protestas?

—A pesar de todo, creo que... echo de menos a esa pequeña alborotadora. Y cómo os hacía sonreír.

Él también la echaba de menos. Más de lo que se atrevía a admitir delante de nadie.

—Ella no está a salvo en Rey, Vikram —objetó—. Yo no soy para ella.

—¿Y ese mocoso sí?

Los surcos regresaron a la frente del *rajput*.

Junto con la rabia bullente de Jalid.

—Tal vez. Al menos, él puede hacerla sonreír.

—¿Y vos no?

Los ojos de Vikram cortaban. Chispeaban como pedernales.

Como las puntas de flecha destrozahuesos de Tariq Imrán al Ziyad.

A Jalid se le espesó la sangre de rabia. De una ira injustificable.

Al fin y al cabo, había sido él quien había dejado que Shezi desapareciera con el hijo de Nasir al Ziyad. Quien no había ido tras ella, como había querido al principio. Quien no había ordenado a Jalal que la trajera de vuelta, contraviniendo los deseos de su corazón.

Había sido su propia decisión dejarla ir.

Porque era mejor para ella no sufrir a su lado —al lado de Rey— nunca más.

Pues ¿cómo iba a saldar su deuda con el destino?

Ya no era posible.

A pesar de todos los intentos por eludir su sino, este le había salido al paso. Se había abierto camino a través de su ciudad. Le había prendido fuego a todo lo que más amaba.

Y no podía ver arder con él a Sherezade.

Ardería solo —una y mil veces— antes que ver algo así.

—Yo no puedo hacerla sonreír —dijo—. Ya no.

El *rajput* se mesó la barba, perdido en un estado contemplativo.

—Es demasiado pronto para emitir un juicio definitivo.

Jalid hizo una profunda reverencia, llevándose las puntas de los dedos a la frente.

—Te deseo toda la felicidad, Vikram Singh.

—Y yo a vos, *mera dost*..., mi gran amigo.



NI UNA SOLA GOTA



orta las cuerdas, Shezi. ¡Vuela!».

Las palabras resonaban en sus oídos como susurros que flotaran en el aire a modo de llamamiento secreto.

«Vuela».

Sherezade se sentó en el centro de su tienda, ignorando el escándalo de fuera: el sonido del último contingente de soldados que llegaba al campamento, el sonido de la guerra inminente. Se concentró en el suelo polvoriento, con las rodillas flexionadas y los pies cruzados a la altura de los tobillos.

Ante ella yacía la alfombra más fea de toda la creación.

Del color de la herrumbre, con un borde azul marino y un medallón central formado por patrones en blanco y negro en forma de espiral. Bordeada a cada lado por borlas lánguidas y amarillentas. Chamuscada en dos esquinas.

Una alfombra con historia...

Aunque pequeña. Apenas cabían dos personas sentadas codo con codo.

Sherezade ladeó la cabeza mientras la contemplaba. Dio un suspiro comedido. Luego presionó la superficie de la alfombra con la palma de la mano.

Una sensación de hormigueo, como cuando se te duerme un miembro, le envolvió el corazón. Le fue calentando la sangre y se propagó hasta las puntas de sus dedos.

Aunque sabía lo que iba a pasar, cuando una esquina de la alfombra se curvó en su mano, le pilló completamente por sorpresa.

Retiró la palma y tragó saliva. La alfombra recuperó su forma.

«Corta las cuerdas, boba. ¿Eres dura de oído o te falta valor?».

—¡Te he oído las primeras mil veces, so pesada!

Sherezade esbozó una pequeña sonrisa por el recuerdo de Shiva y alcanzó un vaso y la jarra de agua de la mesita baja que había cerca. Con la lengua entre los dientes, llenó a medias el vaso y lo colocó en el centro del medallón de la alfombra más fea de todos los tiempos.

—Llegó la hora de ponerte a prueba de verdad —murmuró.

Volvió a posar la mano en la alfombra. Como antes, la extraña sensación se desplegó alrededor de su corazón antes de bajarle por el brazo como un hormigueo. Los bordes de la alfombra se arquearon hacia dentro y esta se elevó en el aire. Pronto no hubo nada más debajo, salvo espacio vacío. Se puso de rodillas con cuidado. El

vaso no se había movido del centro del medallón, no se había derramado ni una sola gota de agua. Sherezade exhaló por la nariz y desplazó los dedos hacia la derecha. La alfombra los siguió a la altura del hombro mientras la superficie del agua permanecía tan en calma como un lago sereno.

Decidió llevar aquella empresa un paso más lejos.

Se puso en pie sin previo aviso, alzando la mano hacia el techo en forma de pico de la tienda. Esperaba que la alfombra se escorara fuera de control, pero —aunque se elevó en un abrir y cerrar de ojos— se negó a zarandearse con semejante torpeza. En vez de eso, ondeó como bajo el hechizo de la más ligera de las brisas. Siguiendo las puntas de sus dedos, se elevó por encima de su cabeza —una concatenación de pequeñas ondas en una orilla invisible— antes de bajar hasta el suelo describiendo una espiral a su orden. Repitió dos veces los movimientos. Arriba. Abajo. Y vuelta a empezar. La alfombra no perdió el contacto con su piel ni una sola vez. Ni una sola vez perdió el control. Portó el vaso como un pasajero ingrátido, desde el techo hasta el suelo como nubes en el aire.

Lo máximo que llegó a ver fue que el agua se balanceaba de borde a borde, sin derramarse jamás, simplemente arremolinándose, como si danzara al son de un ritmo lánguido que sólo el líquido elemento podía oír.

Con los ojos abiertos como platos, dejó que la alfombra mágica volviera a posarse en tierra describiendo suaves círculos.

En sus oídos, la voz de su mejor amiga —la voz detrás del llamamiento secreto— empezó a reír, preciosa y líricamente.

Burlona.

«Tu turno, boba».

Sherezade sonrió para sí misma. A la noche siguiente volvería a poner la alfombra a prueba.

Sin el vaso.

Baba tenía mejor aspecto aquella mañana. Al menos, eso era lo que Irsa creía. Ya no parecía tan demacrado ni tan marchito. Y se había tragado la mezcla de agua y hierbas con algo más de entusiasmo que el día anterior.

Tal vez pronto despertara.

Irsa hizo una mueca al retirarse de un soplado los mechones pegajosos de la frente. Estaba segura de que empezaba a parecerse a una de las innumerables pilluelas de las calles de Rey, con el borde del cuello del *qamis* lleno de polvo y arena detrás de las orejas. Resoplando, se levantó la trenza castaña y se hizo un moño con ella en la nuca.

¡Dios santo! ¿Por qué hacía más calor en la tienda de su padre que en la suya? Parecía una panadería en una tarde de verano. ¿Cómo podía soportarlo *baba*?

Volvió a estudiar su tez cetrina y luego terminó de secarle el sudor de la frente.

—Por favor, despierta, *baba*. Hoy es mi cumpleaños. Y el mejor regalo de todos sería oír tu voz. O ver tu sonrisa.

Le dio un beso en la frente antes de recoger sus cosas y dirigirse a la entrada de la tienda.

Sumida en sus pensamientos, no llegó a percatarse de la figura desgarbada que esperaba justo fuera.

—Irsa al Jayzurán.

Se paró en seco, se giró y estuvo a punto de tropezar con su propia sandalia. Entonces levantó una mano para protegerse los ojos de los rayos abrasadores.

—Llevo esperándote un buen rato al sol... para asegurarme de que todo iba bien tras el mal trago de ayer —enunció Rahim al Din Walad en voz baja—. Pero supongo que soy bastante fácil de ignorar.

Un rubor le subió a Irsa por el cuello.

—No. Quiero decir, sí. Quiero decir, no pretendía...

El intento de risa del chico sonó como todo lo contrario.

—Sólo estaba bromeando, Grillo.

Irsa se aclaró la garganta.

—Pues no lo hagas.

Rahim sabía que odiaba aquel apodo.

Por fin consiguió soltar una leve risotada. Sonó bastante seca, como si alguien rasgara un pergamino en dos, pero Irsa se sintió extrañamente calmada. Las cosas extrañas siempre la habían calmado en ese sentido.

Como la peculiar expresión de Rahim.

—Como puedes comprobar, estoy bastante bien. —El rubor saltó a sus mejillas—. ¿Necesitabas... algo más?

—¿Es que la gente sólo habla contigo cuando necesita algo?

¿Por qué hacía siempre tantas preguntas? ¿Y por qué le irritaba tanto?

—No. Sólo lo hacen cuando lo necesitan. O cuando creen que yo necesito algo, como sueles hacer tú —replicó—. Pero supongo que estás esperando al sol porque es saludable.

En cuanto esa frase salió de su boca, quiso tapársela de inmediato.

Pero ¿qué le ocurría? ¡Después de todo lo que Rahim había hecho por ella últimamente! Le había enseñado a montar a caballo en tardes abrasadoras, cuando podría haber estado con Tariq o los demás soldados. Y justo el día anterior la había ayudado a rescatar a Sherezade.

No concebía razón alguna que explicase su horrendo comportamiento hacia él.

Aparte de la más completa estupidez.

Otra risotada chirriante.

—Si mal no recuerdo, Shezi también estaba un poco susceptible el día de su quince cumpleaños.

¿Rahim sabía que era su cumpleaños?

—Yo... ¿Shezi te lo ha dicho? —balbució, demasiado consciente de la proximidad del muchacho, notando que sus propios latidos empezaban a resonar en sus oídos. Sintió el mismo calor que le había rozado la mano justo el día anterior, cuando él le pasó las riendas.

—No. —Rahim apretó los labios cuando una ráfaga de viento sacudió una lluvia de arena de sus ondas marcadas—. ¿Creías que se me iba a olvidar?

—No, creía que nadie lo recordaría.

Él bajó la vista hasta ella sin pestañear. Su mirada le producía el mismo... extraño efecto calmante.

La sangre volvió a subírsele a las mejillas. Se retiró el pelo sudoroso de la cara...

Y de repente recordó que llevaba la trenza hecha un moño desgredado en la nuca. Que parecía una pilluela de primer orden. Con cara de alarma, se deshizo la trenza e intentó recogerse el pegajoso caos en la coronilla.

—¿Qué estás haciendo?

Rahim pestañeó al fin: sus pestañas eran tan espesas como pinceladas en un lienzo.

—Intentar no parecer una rapaz callejera.

—¿Qué? —Al joven se le formaron unas líneas verticales a lo largo del puente de la nariz—. ¿Por qué?

—¡Porque... yo..., porque las chicas deberían ser hermosas! —protestó dándose toquitos en la frente con la manga—. No desastres sudorosos y pegajosos.

—¿Eso es una norma?

—No, es... Eres... enervante. —Irsa no pudo evitar el comentario. La verdad es que lo era, con sus incesantes preguntas y su calidez inquebrantable.

Una luz prendió en los ojos del muchacho.

—Eso me han dicho.

Rahim nunca la había mirado antes así.

—Te he traído una cosa —dijo tras varios segundos de firme deliberación.

—¿Qué? —Irsa dio un paso para adentrarse en la sombra que él proyectaba y dejó caer la mano de la frente—. ¿Por qué?

Él metió la mano en el lino marrón de su *rida'* y sacó un pergamino atado con un cordel de cáñamo.

—Se lo he pedido prestado a Omar, así que tienes que devolverlo, pero... creí que te gustaría.

Se encogió de hombros y le tendió el pergamino envejecido.

Ella, todavía atónita, tardó demasiado en cogerlo.

Rahim esperó, imperturbable, aunque Irsa notó que se formaba otra pregunta en sus labios.

Así que se le adelantó:

—¿Qué es?

—Omar me contó que se te había ocurrido echar hojas de té y leche en el agua de

tu padre. Es un pergamino sobre plantas y sus propiedades curativas. Creí que te gustaría. Mañana te traeré un poco de pergamino y tinta. Tal vez puedas transcribirlo. —Volvió a encogerse de hombros—. O... yo puedo hacerlo por ti. Aunque mi letra deja mucho que desear.

Irsa estaba estupefacta. De todas las cosas sensatas que había esperado que Rahim hiciera y dijese, esta no era una de ellas.

¿Le había traído un regalo?

—Yo..., bueno..., sí, supongo que podría hacerlo. Sí. O sea, que yo lo transcribo. No tú.

—De nada.

El chico soltó una risotada, que volvió a sonar como algo quebradizo en el aire, pero cálido en su piel. Cuando se giró para marcharse, Irsa sintió un repentino impulso de pedirle que se quedara.

Pero ¿con qué objetivo?

Como si Rahim fuera capaz de sentir su consternación, echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Vas..., vas a ir a la reunión que hay después del consejo de guerra de esta noche?

Irsa empezó a asentir, pero se detuvo.

—¿Le permitirán ir a Sherezade?

—No veo por qué alguien iba a oponerse. No con Tariq a su lado. No se discutirá nada trascendente alrededor del fuego. Y todo el mundo siente bastante curiosidad por ella. Pero, si decide venir, no será fácil. Todos los ojos estarán puestos en ella —le advirtió Rahim, el eterno amigo vigilante.

—La pondré sobre aviso. Y... me aseguraré de que no le ocurra nada.

Irsa levantó la barbilla para encontrarse con su mirada. Firme. Leal.

Al menos esperaba dar esa impresión, aunque podía pasar perfectamente por loca, con el pelo sudoroso y el pergamino de remedios naturales aferrado al pecho.

—No esperaba menos. —De nuevo, Rahim hizo una pausa de cortesía—. *Tavalodet mobarak*, Irsa al Jayzurán. Que cumplas cien años más.

—Gracias, Rahim al Din Walad.

El joven se inclinó con una mano en la frente. Cuando se enderezó, esbozó aquella misma media sonrisa de siempre, como si sólo él estuviese al tanto de algo importante.

—En cuanto a lo que dijiste antes, no tienes de qué preocuparte.

—¿A qué te refieres?

—Eres más que hermosa. —Rahim inspiró hondo—. Eres interesante. Nunca lo olvides.



COMO UNA ROSA QUE SE ABRE

Nunca lo admitiría. Ni a punta de cuchillo.
Pero puede que Jalal tuviera razón.
El califa de Jorasán no debería desaparecer durante horas y horas sin una palabra o una explicación.

Pero Jalid se negaba a quedarse en el palacio día tras día. Allí había demasiadas historias. Historias horribles de sangre, ira y traición. Los únicos lugares donde había buscado consuelo habían sido destruidos por la tormenta.

O guardaban recuerdos que aún no estaba preparado para recordar.

Al menos, al otro lado de los muros de palacio, las historias eran vivas y reales. Aunque fueran crudas —aunque apelaran a sus escrúpulos—, podía enfrentarse a ellas.

Podía arreglarlas.

Y, tras una mañana lidiando con incontables manuscritos y tediosos asuntos de Estado, necesitaba ver resultados. Ver que había hecho algo tangible con su tiempo.

Además de evitar una guerra inminente.

Aunque era posible que hoy se hubiera equivocado.

El sol pegaba con fuerza en los escalones de la biblioteca de la ciudad.

Implacable.

Casi doloroso.

Conforme avanzaba el día, empezó a vislumbrar pequeñas distorsiones ante sus ojos. Su dolor de cabeza empeoró hasta dejarlo casi incapacitado. Siempre había sido así, pero aquellas horas matutinas examinando la diminuta caligrafía de interminables resmas de pergamino, seguidas por una tarde acarreando bloques de granito caliente por escalones desiguales, no habían sido de mucha ayuda.

Jalid se detuvo un momento a bajarse la capucha y enjugarse el sudor de la frente.

No era por mera casualidad por lo que había decidido ayudar a restaurar la biblioteca más antigua de la ciudad. Aunque había muchos otros acometiendo esa tarea, llevaba días sintiéndose atraído por esa estructura de piedra en ruinas.

El lugar donde había trabajado el padre de Sherezade antes de que su familia huyera de Rey.

Un lugar que Shezi había amado, a juzgar por su afición por contar historias.

Estaba claro que el edificio llevaba sin restaurarse desde mucho antes de la gran

tormenta de hacía tan sólo una semana. Los escalones que daban al pórtico abovedado estaban rotos y desnivelados y la arenisca otrora vivida, oscurecida en un moteado de tonos grises y marrones.

La tormenta sólo había puesto de relieve lo inevitable.

Algunas columnas se habían derrumbado al ser azotadas por el viento y habían quedado en ruinas bajo el peso del tiempo y el olvido. Ahora, la entrada principal estaba colapsada por sus propios restos.

Jalid ya había enviado a sus ingenieros al lugar para apuntalar las vigas caídas. Aquel día estaba trabajando junto a varios obreros apurados que formaban una fila para escombrar.

La capucha de su *rida'* lo mantenía en el anonimato. Pues ¿quién sospecharía que el pérfido califa de Jorasán iba a estar cargando piedras delante de la biblioteca de la ciudad un abrasador día de verano?

Jalid maldijo por lo bajo cuando el sudor de sus palmas casi hizo que la carga se le resbalara. Además, ¿quién esperaría de él un acto de tamaña beneficencia, cuando era obvio que no tenía capacidad para llevar a cabo ningún trabajo significativo? ¿De qué le servían todos aquellos incontables ejercicios con espadas, todas aquellas incontables lecciones de supuesta estrategia, si ni siquiera podía transportar las piedras de un edificio?

Cuando la piedra que acarreaba en las manos cayó al suelo dando un repentino golpe, estuvo a punto de estrellarse contra su pie.

Jalid soltó un improperio en voz alta sin la menor consideración.

—¡Cuidado, muchacho! —Un hombre casi sin dientes lo adelantó bordeando una piedra; tenía la cara, curtida por el sol, congelada en una mueca gruñona—. Así vas a perder hasta el último dedo del pie.

Jalid bajó la cabeza en señal de mudo reconocimiento. Luego se agachó para recoger la piedra.

Volvía a sangrarle la mano derecha, una raja escarlata que le surcaba la palma. Se la secó en su negro fajín *tikka*, confiando en restañar la hemorragia.

—Más vale que te la limpies y te la envuelvas en algo antes de que empeore. —El hombre desdentado volvió a pasar por su lado, moviéndose con una eficiencia extraordinaria para alguien tan liviano—. Suele haber cubos de agua junto al edificio.

Hizo un ademán con la barbilla hacia las sombras.

Jalid se ajustó la parte delantera del *rida'* para poder dirigirse al hombre sin impedimento.

—Gracias.

—No me las des. Aún sigo sin entender por qué un chico con unas sandalias de cuero tan buenas se mete en un berenjenal como este —dijo, lanzándole una mirada crítica.

—A lo mejor es que tengo una extraña afición a los libros antiguos.

—Tal vez —aceptó, aunque pareció dubitativo—. En cualquier caso, límpiate la

herida. Como se infecte y mueras de una fiebre, tu rico padre se llevará un disgusto.

Jalid hizo una reverencia con una sonrisita dibujada en la cara y a continuación se dirigió al lateral del edificio para hacer caso al consejo del hombre.

Una marabunta de niños jugaba entre cubos de agua. Algunos se peleaban por un vaso oxidado que había posado encima de una fuente cuestionable cubierta de ceniza y escombros. Una muchachita emprendedora rondaba cerca de un cubo enorme cuyo contenido estaba impoluto. No se veía ni una sola ramita ni una mota de polvo en él. Levantó la vista hacia Jalid y una sonrisa dulcificó sus rasgos cuando se fijó en la bonita espada que le colgaba de la cadera.

—¿Un poco de agua, *sahib*?

El trozo de vistoso cordel que le rodeaba la muñeca se deslizó por su delgado brazo cuando levantó una calabaza hueca.

Jalid no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—¿Cuánto por el cubo... y la calabaza?

—¿Para vos, *sahib*? —Su sonrisa se volvió pícara—. Sólo dos dinares.

La niña apenas pudo contener un exultante gorjeo cuando Jalid le tendió las monedas y salió corriendo hacia las calles, dando por concluido su día de trabajo. Los otros niños huyeron tras ella, ansiosos por que compartiera sus ganancias.

Aunque lo había desplumado, Jalid consideró que era dinero bien gastado.

Se agachó junto al cubo y dejó que el agua tibia le mojara la palma anquilosada. Después de echarse un poco en la cara, se permitió el lujo de bajarse la capucha antes de introducir la calabaza bajo la superficie y rociarse la cabeza.

El agua le corrió por los ojos. Al principio le escoció, de modo que se presionó el puente de la nariz con el pulgar y el índice para calmar la quemazón. Al levantarse, echó los hombros hacia atrás, disfrutando de ese alivio transitorio.

—Perro desagradecido.

Ni siquiera le dio tiempo a procesar el insulto cuando dos manos lo agarraron por la capucha del manto y lo arrojaron de bruces contra la ruda pared de la biblioteca más antigua de Rey. Su pie tropezó con el cubo y derramó el agua sobre la piedra.

Aunque todavía tenía la vista borrosa, había reconocido la voz de su primo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —lo reprendió Jalid, intentando coger aire.

Jalal lo prendió por el *rida'* y lo revoloteó.

—Sabía que estabas enfadado conmigo, pero nunca te creí capaz de esto. —Su voz sonaba estrangulada por la rabia—. De verdad, nunca creí que pudieras ser tan vil. Supongo que no te conocía tan bien como pensaba. Yo que siempre he apostado fuerte por la familia...

Jalid parpadeó con fuerza, buscando un punto de cordura en la locura que cobraba forma ante sus ojos.

—Retrocede antes de que cometas un error irrevocable, capitán Al Juri.

—Nadie te va a salvar, Jalid-*jan* —lo desafió Jalal con una mirada capaz de nublar un cielo sin nubes—. Tú mismo te lo has buscado. Ni Vikram. Ni ningún

escolta. Por una vez vamos a luchar en serio y voy a darte lo que te llevas mereciendo desde hace una década, cabrón desagradecido.

Aunque sus palabras eran sucintas y precisas, los rasgos de Jalal se notaban macilentos. Aún no se había afeitado y tenía unas profundas ojeras de cansancio.

De cansancio teñido de furia.

—Inténtalo, en serio o en broma —replicó Jalid en tono frío a pesar de su estado de agitación—. Pero insisto en que reveles la razón de semejante comportamiento antes de que te dé una paliza, pues me gustaría saber por qué soy supuestamente culpable, además de por tener la mala suerte de llamarte primo.

Ante eso, Jalal echó el brazo hacia atrás para coger impulso y le dio un puñetazo en toda la cara.

Jalid había nacido hijo de rey. Pertenecía a la octava generación de la familia Al Rashid y era la tercera vez en su vida que alguien lo golpeaba con aquella fuerza inusitada. Con aquel odio visceral.

Primero había sido su padre. Luego Sherezade.

Y ahora Jalal.

Cayó al suelo y clavó los dedos en la tierra. La sangre le manó de la ceja con una fuerza atroz. La bestia encadenada que tenía en la cabeza aulló, destrozándolo todo a su alrededor, arañándole los globos oculares con las garras.

Con todo, logró ponerse de rodillas...

Y abalanzarse hacia el torso de Jalal.

Aterrizaron en el suelo como dos colegiales enfadados, en una maraña de brazos, piernas y pesadas fundas de espada. Mientras se debatía por enderezarse, Jalal lanzó un puñetazo que le rebotó a su primo en la mandíbula. En respuesta, Jalid le aplastó la cara contra el suelo y le plantó una rodilla en el estómago. A continuación se las arregló para endilgarle unos cuantos golpes implacables en la cabeza y en el pecho antes de que Jalal se lo quitara de encima de una patada, escupiendo sangre y golpeándole con el codo sin contemplaciones cerca de la ceja una vez...

Y luego dos veces más.

En derredor había empezado a congregarse una multitud de observadores curiosos, que seguramente se preguntaban qué habría llevado a dos jóvenes tan bien vestidos a pelearse a puñetazos de aquella manera.

Jalid se agarró el cráneo, tratando de ahuyentar la agonía. Unas agujas de luz le cortaban los extremos de campo de visión. Le apuñalaban las sienas. Enfurecido por el inexplicable y brutal ataque de su primo, logró ponerse de pie y echó mano de su *shamshir*.

Jalal abrió los ojos desmesuradamente. Luego, sin parar a pensárselo, se incorporó a su vez y desenvainó su cimitarra.

—¡Desenfunda!

Un hilillo carmesí le goteaba de la barbilla.

Los dedos de Jalid se tensaron en torno a la empuñadura. Pero se negó a

desenfundar su espada.

Se negó a involucrar a un ser querido en una lucha a muerte.

—¡Hazlo, cobarde!

Jalal tenía uno de los lados de la cara manchado de mugre y esta le recubría la piel formando un velo brillante y estremecedor.

Incluso desde donde estaba, incluso en medio de ese silencio cargado de tensión, Jalid atisbo que en los ojos de su primo se formaba una neblina de recelo.

Que le heló la sangre en las venas.

—¿Crees que no puedo vencerte? —Jalal se acercó, blandiendo la cimitarra—. ¿O se trata de la culpa? ¿Al fin una muestra de culpa por alguien aparte de ti mismo?

—¿De qué culpa hablas? —Jalid tomó aire entrecortado, luchando por mantener la compostura—. ¿Qué he hecho?

El silencio se volvió inexorablemente fino.

Jalal se lamió la sangre del labio.

—Nunca me has perdonado que la mandara lejos, ¿verdad? —Su voz sonó ronca, raspada. Vencida—. Que le pidiera a ese chico que se la llevara con él.

Ante eso, la mano de Jalid resbaló del *shamshir*. Aunque aquello distaba de explicar el comportamiento de su primo, al menos ya no estaban al borde del abismo.

—Te dije que no había nada que perdonar y lo sentía así.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

La espada de Jalal cayó a un lado, pero su cara continuaba marcada por la furia.

—¿A qué te refieres?

Como continuaran con aquellas vaguedades, sería Jalid el que no podría contener la furia.

Jalal estudió a su primo buscando algún signo de artificio.

—Despina.

Todo cuanto rodeaba a Jalid se paralizó, incluso el mismísimo aire que lo envolvía.

—Has dejado que se vaya —susurró Jalal con voz hueca—. Después de que me confiara a ti. Debías de saber de quién hablaba. O mi padre te ha pedido que la mandes lejos. Y lo has hecho. Sin preguntar siquiera. —Dio un lento paso adelante. Y luego otro—. Al final, la familia no significa nada para ti. Yo... no significo nada para ti.

Algo se encendió en Jalid al oír esas palabras.

—Yo nunca...

Los ojos de Jalal se oscurecieron hasta adoptar el tono de una niebla cenagosa.

—No me mientas. Ahora no.

—No voy a mentirte. Nunca te mentaría.

—Entonces, ¿es una coincidencia? —Le lanzó una mirada maliciosa—. ¿Es una coincidencia que, pocos días después de que te contara que quería casarme con la mujer que lleva en el vientre a mi hijo, la envíes fuera de palacio sin dar ninguna

explicación?

—No he sido yo quien la ha mandado fuera de palacio. Ella me pidió marcharse.

La verdad en toda su integridad se le quedó en la punta de la lengua. Quería contarle a su primo lo que había pasado, pero ahora las circunstancias le parecían demasiado... extrañas. Ahora que sabía lo que había sucedido... y que conocía la verdadera identidad del amor de Jalal, el apresurado matrimonio de Despina con Vikram le parecía, como poco, sospechoso.

Como poco, conveniente.

Sobre todo para una chica tan versada en secretos y mentiras.

Jalid volvió a estudiar rápidamente la cara de su primo.

El evidente dolor que empañaba sus rasgos.

No se arriesgaría a causarle más dolor. No hasta que obtuviera respuestas.

No hasta que supiera lo que Despina escondía.

Jalid acortó distancias y le plantó una mano vacilante en el hombro.

—De haber conocido tus verdaderos sentimientos, nunca habría permitido que Despina se marchara. Y si tío Aref me lo hubiera pedido, no lo habría hecho. Jalal...

—¿Por qué no? —Sus labios se estrecharon y sus ojos ostentaron una mirada escalofriantemente vaga—. Yo mandé lejos de aquí a la chica que tú amabas. Así que es lógico que tú hayas hecho lo mismo como castigo. Siempre has tenido muy mal genio, pero nunca imaginé que también fueras tan vengativo.

Al oír aquello, Jalid experimentó una llamarada de cólera.

—Yo no soy vengativo.

Tal vez lo había sido en el pasado, pero ya no lo era. Ya no.

Desde Sherezade.

El dolor se disolvió de la cara de Jalal y en esta se dibujó una mueca de incredulidad.

—Creo que te pareces más a tu padre de lo que pensaba.

—Yo no me parezco en nada a mi padre. —Aunque hizo un esfuerzo por mantener su genio a raya, Jalid apretó los puños—. Creía que lo sabías. Llevas casi toda la vida intentando convencerme de ello.

—Y tú llevas casi toda la vida intentando convencerme de lo contrario. Enhorabuena. Al final has ganado. —Jalal aplaudió con una lentitud peyorativa y con la empuñadura de la cimitarra entre las manos—. ¿Qué es lo que solías decir en aquellos momentos de ensoñación poética? «Somos como una rosa que se abre, tal cual nos vamos desvelando» —se mofó, perdiendo toda prudencia a causa de la rabia y toda sensatez a causa de la angustia—. Perdiste a alguien a quien amabas. Supongo que creíste que, si yo perdía a alguien a quien amaba, estaríamos en paz. Por desgracia, en este caso yo he perdido *dos cosas...*, una familia entera.

Su acusación pendió en el pequeño espacio que los separaba, rota y amarga.

Aunque no por ello menos dura.

Menos efectiva.

Jalid sabía que Jalal hablaba desde algún lugar más allá de la razón. Sin embargo, cada una de sus palabras era una aguda puñalada que no conseguía ignorar... como tampoco el deseo de responder a los esfuerzos de su primo con el mismo rencor.

Al fin y al cabo, si iban a acusarlo sin pruebas de un comportamiento atroz, ¿no debía estar a la altura de las circunstancias?

Entornó los ojos y bajó la vista hasta su primo.

—No es culpa mía que ella te haya dejado —murmuró con aquella condescendencia que Jalal tanto odiaba—. Si la amabas, era tu responsabilidad casarte con ella. Tu responsabilidad cuidar de ella. Tu responsabilidad decirle que la amabas.

De los labios de Jalal salió una carcajada, cáustica como el vinagre.

—¿Como tú se lo dijiste a Sherezade?

Siete puñaladas más. Todas igual de efectivas.

—Ella sabe lo que siento.

A pesar de la fría eficiencia de su réplica, el aire había vuelto a drenarse a su alrededor y sus puños se tensaron aún más a ambos lados.

—Y ahora yo también. No te fíes ni de tu sombra, Jalid-*jan*. Porque, por primera vez en dieciocho años, yo no estaré ahí para cubrirte las espaldas.



EL FUEGO

Se respiraba demasiada rabia en el aire. Demasiado odio. Semejantes emociones dificultaban un razonamiento claro. El buen juicio no parecía la prioridad de ninguno de los locos impetuosos que estaban presentes.

Omar al Sadiq frunció el entrecejo ante el grupo de hombres que se había reunido en su tienda.

Lo frunció y permaneció en silencio.

El consejo de guerra no estaba yendo bien. Quedaba claro que había demasiado en juego para todos los involucrados.

No obstante, prestó atención mientras Reza ben Latief compartía rumores sobre el niño-rey de Jorasán. Sobre sus curiosas desapariciones. Y el lamentable estado de su reino devastado.

Muchos de los Guardias Reales del califa habían muerto la noche de la terrible tormenta. Una gran proporción de su ejército permanente había perecido o había abandonado Rey. Y ahora Jalid ben al Rashid apelaba a sus aliados para que lo ayudasen a reconstruir y volver a fortificar la ciudad.

Rey y su gobernador eran vulnerables.

Ante aquella revelación, un clamor colectivo emergió de muchos de los jóvenes presentes.

—Ahora es el momento. ¡Debemos atacar el corazón de Jorasán!

—¡Matar a ese bastardo mientras sea débil!

—¿Por qué estamos aquí sentados sin hacer nada? ¡Deberíamos asaltar la ciudad sin más demora!

Omar agravó su gesto de preocupación, pero siguió sin decir nada. No se movió de su asiento de cojines en el rincón. Ni siquiera cuando presenció que el clamor se convertía en fervor.

No le correspondía a él ni a su gente plantear objeciones en ese momento. Le convenía permanecer inadvertido y despreocupado. Ser un mero observador de aquella crisis. Aún no conocía todos los hechos. Y necesitaba saber más sobre la guerra que, a todas luces, iba a declararse en su frontera.

Una guerra que pondría en riesgo a su pueblo.

La petición que le había hecho recientemente a Reza no había sido del todo bien

recibida. Apenas unos momentos antes, le había pedido que retirase a sus soldados de los límites de su campamento. Aquel iba a ser el último consejo de guerra que se celebrara en su tienda. Su última oportunidad de presenciar las semillas de aquella discordia. Ya había arriesgado demasiado al ayudarlos con la provisión de caballos y armas.

No podían asociar a los badawi con ese levantamiento. Todavía no.

No cuando aún tenía que elegir bando.

Era cierto que sentía verdadero afecto por el joven *sahib* Tariq y por su tío Reza ben Latief, pero Aisha seguía advirtiéndole que no se podía confiar en ninguno de aquellos hombres. Uno tenía mal de amores y era imprudente. Y el otro se escondía tras secretos y mercenarios.

Cuando se trataba de esas cosas, su mujer nunca se equivocaba.

El clamor que se había levantado a su alrededor se volvió aún más incontrolado y lo sacó de sus cavilaciones. Los soldados estampaban los pies en el suelo y levantaban los brazos para que se los escuchara.

Al final, Reza se dirigió al centro de la tienda.

Iba flanqueado por dos soldados encapuchados, musculosos y de aspecto amenazador. Cuando una oleada de hombres se adelantó, el lacayo de su derecha les salió al paso con una mano en la empuñadura de su cimitarra.

La marca del escarabajo en el antebrazo del soldado quedó al descubierto durante un instante.

La marca de los *fida'i*.

Omar se recostó aún más en sus cojines y se mesó la barba.

Asesinos a sueldo. En su campamento. Aisha tenía razón. No podía tolerar aquello después de esa noche. Su familia. Su pueblo. Sencillamente había demasiado en juego.

—¡Amigos míos! —Reza levantó ambas manos en el aire a la espera de que se callaran—. Aunque pueda parecer que ahora es el mejor momento para atacar Rey, todo será en balde si primero no conseguimos asegurar la frontera entre Jorasán y Partia. Debemos hacernos con el control de las tierras entre los dos reinos de modo que dispongamos de baluartes en los que confiar para abastecernos. Os ruego que templéis vuestra ira..., al menos de momento. —Una sonrisa le crispó un lado de la cara—. Reservadla para cuando más se necesite. Para cuando al fin se imparta justicia al niño que osa llamarse rey.

Los vítores comenzaron de nuevo. Con una furia frenética.

Omar jugueteó con su bigote y se tragó un suspiro.

Su lista de preguntas destinadas a Reza crecía por momentos.

No se le había escapado que este parecía inquietantemente a gusto con aquel belicismo. Así como con las espaldas bien cubiertas de oro. Por desgracia, la identidad de su benefactor anónimo seguía siendo un misterio para él.

Lo que aumentaba aún más sus sospechas.

La presencia de *fida'i* en su campamento sólo empeoraba las cosas, al igual que la reciente agresión a la reina de Jorasán. Sobre todo porque a Omar no le habían dispensado la cortesía de impartir justicia. Ni siquiera en su propia tierra.

Se negaba a perder el control. La reina y su familia eran sus invitados. Aquellas eran sus tierras. Su pueblo.

Quería que los hombres de Reza se marcharan de su campamento. Quería mantener a salvo a los que estaban a su cargo. Le dolía mucho no saber aún de quién.

Al mirar al frente, vio otra cara que mostraba la misma pesadumbre que él. Aunque había reparado antes en aquel rostro por su silencio cargado de preocupación, ahora más bien le sorprendía, ya que era un rostro que no lograba ocultar su confusión... y las muchas preguntas que la provocaban.

El joven ceñudo ocupaba un lugar destacado a la derecha alejada de Reza. No participaba en la rabiosa algarabía. No decía una palabra. Ni parecían agradarle las noticias de que la posición de su enemigo se había debilitado.

Cuando Omar se inclinó hacia delante para estudiar lo que se cocía entre el joven y su tío, percibió una destilada consternación. Una extraña incertidumbre.

Tal vez una pugna por el poder. O una falta de entendimiento.

Omar debía hablar enseguida con Tariq Imrán al Ziyad.



Aquella decisión por parte de Sherezade no había sido muy acertada.

Pero ya era demasiado tarde. Si se marchaba, los rumores la perseguirían. Las fuertes críticas impregnarían su estela.

Su huida demostraría sus argumentos. Demostraría que les tenía miedo.

Que sus miradas y su odio se habían afianzado.

El miedo era una moneda que aquellos soldados entendían muy bien. Una moneda que Sherezade no podía permitirse ahora. Sobre todo si quería averiguar el mejor modo de recorrer el campamento a hurtadillas a la noche siguiente. Y dirigirse al encuentro de Musa Zaragoza.

Así que se sentó con los pies al fuego. Sintiendo una multitud de ojos brillando como brasas en su dirección. Como lobos acechantes que esperasen la orden de su macho alfa.

Recorrió con la mirada el círculo de hombres sentados en torno a las crepitantes llamas. Y los dejó atrás para tomar nota de la posición de los centinelas apostados por el campamento. Su posición y su número. La frecuencia con la que pasaban.

Las llamas titilantes hacían que todo adquiriese relieves caóticos. Patrones distorsionados de luces y sombras.

Sombras que guardarían sus secretos. O eso esperaba.

La rodilla izquierda de Irsa rebotaba a un ritmo frenético. Tenía la barbilla

apoyada en la palma de la mano y se tamborileaba con los dedos en la mejilla.

—Deberíamos irnos.

—No. —Sherezade no movió los labios ni miró en la dirección de su hermana—.

Aún no.

Un reguero continuo de hombres fue saliendo de la tienda del jeque y se dirigió a la inmensa fogata en el centro del campamento. Cuando ocuparon su sitio junto al fuego, se pasaron jarras de vino especiado con total ligereza..., una ligereza que delataba recientes desacuerdos y una urgente necesidad de olvidar.

Al parecer, el consejo de guerra no había ido bien. Y, aunque Sherezade estaba deseando descubrir por qué, no era tan ingenua como para creer que alguien iba a contárselo.

Así que se puso a contemplar cómo colocaban los carbones en la cazoleta de hierro de un *galyan* mientras un anciano de dedos nudosos llenaba varias pipas de agua con melaza de un dulce aroma. Las mangueras envueltas en seda se dejaban cuidadosamente enrolladas fuera del alcance de las chispas del fuego. Había un grupo de muchachas sentadas junto a las pipas colocadas en forma de torre que soltaban risitas a la espera de que los carbones prendieran. Llevaban holgadas *pashminas* de vivos colores echadas por los hombros para escudar sus espaldas de la fresca brisa de la noche del desierto, mientras el fuego bañaba el aire de calor abrasador.

Rahim salió dando pesados pasos de las profundidades de la tienda del jeque badawi con cara de preocupación; Tariq lo seguía pegado a los talones. Sin romper el ritmo de sus zancadas, este último agarró una jarra de vino especiado y dio un buen trago. Se secó la boca con la mano libre y a continuación se dirigió hacia la fogata con la jarra colgando de la punta de los dedos. Como siempre, Tariq lucía cada una de sus emociones como complementos desacertados. Tristeza. Frustración. Rabia. Amargura. Anhelos. Por primera vez, Sherezade se planteó muy seriamente huir de allí cuanto antes, pero levantó la barbilla y se encontró con su mirada.

De nuevo, él no vaciló.

Ni la apartó.

Sherezade apenas se percató de que Rahim se había dejado caer junto a Irsa levantando una nube de chispas y sin dejar de quejarse. Aunque tuvo que emplearse a fondo, consiguió reprimir su deseo de apartarse cuando Tariq se le sentó a la derecha —demasiado cerca para que lo confundieran con un amigo— con el hombro pegado al suyo y una mano apoyada en la arena detrás de ella...

Colocándose de un modo arrogante y como marcando territorio.

A Sherezade se le tensó el cuerpo; sus ojos se redujeron a rendijas. Le entraron ganas de despotricar contra él. Y apartarlo de un empujón.

Tariq era plenamente consciente. Sabía lo mucho que ella odiaba ese tipo de conducta.

Pero el cambio que se había producido a su alrededor no dejaba lugar a dudas.

Los lobos que la rodeaban —las miradas sentenciosas que la habían escrutado—

continuaban su valoración silenciosa, pero su hostilidad había disminuido.

Como si Tariq así lo hubiera deseado.

Aunque le molestara la insinuación de que Tariq Imrán al Ziyad era su salvador, no podía negar el cambio.

«A él lo escuchan».

¿Era Tariq quien estaba tras el ataque de Rey? ¿Había enviado él a los asesinos *fida'i* a su alcoba aquella noche?

«Habría sido incapaz... de hacer tal cosa».

No. Aunque Tariq despreciara a Jalid, su amor por ella le impediría recurrir a semejante violencia. Ponerla en peligro de ese modo.

Contratar a mercenarios y asesinos para alcanzar sus objetivos.

¿No?

Un destello de duda se encendió en su pecho. Lo disipó con un suspiro.

Debía creer en el chico que había conocido y amado durante tanto tiempo.

A su lado, la pierna de Irsa continuaba su nervioso subibaja. Justo cuando Sherezade había decidido ponerle fin —antes de que la volviera loca—, Rahim se le adelantó colocándole una mano en la rodilla.

—Estás alejando la suerte con tu tembleque, Irsa al Jayzurán. —Le apretó la rodilla hasta detenerla—. Y puede que pronto la necesitamos.

Su mirada se desvió hacia la tienda de la que aún salía gente. Hacia el lugar del reciente consejo de guerra y su tácito significado.

Su mano permaneció en la rodilla de Irsa.

Fuera o no reflejo de la hoguera, Sherezade distinguió el tono rosa en la piel de su hermana.

Y la extraña inclinación de los labios de Rahim cuando bajó la vista a la arena.

«Dios mío. ¿Irsa y... *Rahim?*».

Le arrebató a Tariq la jarra de la mano.

El calor del fuego había calentado el vino. Había intensificado el sabor de los clavos y la canela. El picante del jengibre. La dulzura de la miel y la acidez del cardamomo.

Tenía un sabor fuerte y delicioso.

Embriagador y potente.

Bebió más de lo debido.

—Shezi.

No era una regañina. Era una advertencia.

Cuando se giró hacia Tariq, este la estaba mirando de reojo, con sus densas cejas bien bajas en la frente.

—¿Por qué a ti te está permitido beber hasta la saciedad y a mí no? —argumentó tras aclararse la garganta del ardor del vino.

Tariq hizo amago de alcanzar la jarra.

—Porque yo no tengo nada que demostrar.

—Necio. —Ella la sujetó fuera de su alcance—. No eres mi guardián, por mucho que lo desees.

Aunque había pretendido que esas palabras no fueran más que una réplica, lamentó haberlas dicho en cuanto salieron de sus labios, pues vio que Tariq se retraía en sí mismo.

—Doy gracias a las estrellas por ello —le respondió en tono falso.

Sherezade se acercó más a él, dado que quería disculparse, aunque no estaba segura de cuál era el mejor modo de hacerlo.

Sin previo aviso, Tariq la rodeó con un brazo. Su mano salió disparada y sus largos dedos se hicieron con la jarra.

—Vamos a soltarla ya o te la derramaré por la cabeza y dejaré que te regodees en dulzona tristeza —le susurró al oído; su diversión era tan patente como su amenaza.

Sherezade se quedó petrificada: su aliento le hacía cosquillas en la piel.

—Hazlo y te morderé la mano —replicó ella—. Hasta que chilles como un niño.

Él rio, un intenso susurro lleno de aire y sonido.

—Creí que estabas harta de derramamientos de sangre. A lo mejor te echo al hombro. Delante de todo el mundo.

Negándose a obedecer sin presentar batalla, le pellizcó en el antebrazo hasta que el joven hizo una mueca de dolor.

—Esto no ha acabado.

Sin embargo, Sherezade renunció a la jarra.

Tariq esbozó una sonrisa.

—Nunca lo hace.

Dio un trago de vino para celebrarlo.

Aunque había perdido esa batalla, una pequeña parte de ella se sentía aliviada por el intercambio. Era la primera vez en casi una semana —de hecho, la primera vez desde que abandonó Rey— que habían hablado sin que la sombra de la angustia pendiera entre ellos.

Sin que su traición dominara sus mentes.

También era la primera ocasión en que Sherezade creía que su amistad podía sobrevivir a todo lo que había ocurrido.

Aquella esperanza recién descubierta aligeró el peso de su corazón y le permitió levantar la vista al cielo sembrado de estrellas. Era de un azul intenso y en él había una luna creciente envuelta en un vellón de nubes pasajeras. Parecía extenderse sin fin y su horizonte se curvaba hasta alcanzar la arena por cada extremo. Sus estrellas titilantes constituían todo un tratado de contrastes: algunas destellaban alegres; otras parpadeaban juguetonas.

Las estrellas de Rey nunca brillaban tanto.

Por un momento, Sherezade recordó algo que su padre solía decir: «Cuanto más oscuro es el cielo, más brillan las estrellas».

Justo cuando empezaba a caer en una soledad meditabunda, un estallido de risas

cercanas la sacó de su ensimismamiento.

Un puñado de jóvenes con jarras de vino especiado entretenían a las muchachas sentadas junto a los galyanes.

—A pesar de la petición que ha hecho el viejo jeque esta noche, no importa dónde montemos el campamento. Lo que importa es que estamos a punto de sitiar Rey — proclamó un joven ebrio—. ¡Y, cuando lo hagamos, yo seré el primero en mear en la tumba de Jalid ben al Rashid!

Alzó su jarra hacia el cielo.

Las muchachas rieron por lo bajo. Una reprimió una carcajada. Los otros jóvenes se unieron al brindis levantando las jarras e incluso más las voces.

Su alegría común era como la punta de una fría daga contra la espalda de Sherezade.

—Ese monstruo no merece una tumba —apuntó otro joven—. Su cabeza debe acabar clavada en una pica. Tendrá suerte si le ofrecemos un trago de agua antes de que se la separemos del cuerpo. —Un entusiasta coro de aprobación—. Después de que asesinara a todas esas inocentes, una muerte limpia es demasiado buena para él. Propongo que lo destripemos y dejemos que las cornejas se encarguen de él. Mejor aún si sigue respirando cuando lo picoteen.

A la siguiente ovación se unieron más hombres, pues el clamor los atrajo como la miel a las moscas.

A Sherezade le bullía la sangre por todo el cuerpo. Se le erizaron los vellos de la piel.

«Jalid».

Con sus simples amenazas de borracho, aquellos necios habían conseguido grabar a fuego imágenes brutales en su mente. Imágenes brutales que tardaría en olvidar.

Su rey fuerte y orgulloso. Su monstruo hermoso y roto.

El joven al que amaba más allá de las palabras...

Despedazado.

Nunca les permitiría acercarse a Jalid.

Soltaría todas las mentiras que fueran necesarias, existiría por siempre bajo aguas cargadas de odio...

Hasta ahogarse en su hostilidad si era preciso.

No era el miedo lo que la conducía a tales pensamientos temerarios.

Era la furia.

«Destruiré al próximo que se atreva a hablar. Al próximo que pronuncie su nombre».

Sentía los ojos de Tariq clavados en ella. Como los ojos de los lobos en torno a la fogata.

Este la atrajo más hacia sí. Intentó escudarla. No sólo por preocupación.

Sino por pena.

Lo supo en el instante en que sintió que su mano le apartaba el pelo de la cara,

asegurándole en silencio que...

—¡Preguntémosle al Halcón Blanco! —El primer joven se giró hacia Tariq—. El *supuesto* líder de nuestra hueste. —Los hombres a su alrededor ni siquiera se molestaron en ocultar su complacencia ante semejante desplante—. ¿Cómo os gustaría que el monstruo hallara su fin?

Tariq se tensó ante la burla, pero luego se relajó. Echó la cabeza hacia atrás, fingiendo tranquilidad. Sus dedos recorrían las oscuras ondas del pelo de Sherezade, a plena vista de todos los que los rodeaban.

«Por favor, demuéstreme que no sólo te guía el odio, Tariq.

Demuéstrame que hay honor en tus actos.

Que todavía puedo alcanzarte».

—No estoy del todo de acuerdo —empezó a decir en un tono solícito que consiguió acallar el escándalo a su alrededor—. Creo que Jalid ben al Rashid merece un trago de agua.

El pulso de Sherezade se ralentizó al compás de su respiración cuando Tariq alzó una mano contra una oleada de protestas.

—Y su cuerpo merece un entierro digno...

De nuevo, acalló a la multitud con un gesto.

—Después pondré su cabeza en una pica para que el mundo la vea.

El sonido de los vítores se perdió en la rabia amarga que resonaba en los oídos de Sherezade. Los gritos estrangulados de un corazón destrozado.

Cuando los hombres continuaron dando tragos a sus jarras de vino y caladas a los galyanes que les rodeaban, Tariq le pasó a Sherezade su vino especiado con expresión sombría. Vagamente pesarosa.

Y, aun así, decidida.

Sherezade bebió con la vista clavada en el fuego.

Contemplando cómo su renovada esperanza se convertía en ceniza.

—No necesito tu ayuda.

Sherezade apartó a Tariq de un empujón y luego emprendió el camino tambaleándose hacia un lado.

—Que te crees tú eso, lista.

El joven se cruzó de brazos mientras la observaba bambolearse por el campamento badawi con paso vacilante en la dirección contraria a su tienda.

Lo cierto es que le sorprendía que fuera capaz de mantenerse siquiera erguida. Aunque habían pasado horas, él mismo se seguía sintiendo impedido por los efectos del vino y sabía que ella no había bebido antes licor de ningún tipo.

En cualquier caso, Tariq sabía que acabaría partiéndose de risa por aquel trance. Por la ironía. Estaba encadenado a la única persona que esperaba evitar. Aquella no era para nada la manera en que había deseado terminar la noche. Había esperado que

el vino atenuara sus frustraciones. Con Sherezade y con las continuas evasivas de su tío. Con las burlas veladas de los soldados con respecto a su irrelevancia. Cada día quedaba más claro que no era más que un nombre. Después de todo, ¿cuándo le había otorgado su tío algo más que poder nominal?

Tariq se sentía incómodo entre aquellos hombres deseosos de destruir lo que quedaba de Rey sin más. Deseosos de derramar sangre inocente por su causa.

Sangre con la que no estaba dispuesto a mancharse las manos.

Cuando Sherezade volvió a ladearse, él se adelantó y la agarró, aunque el rápido movimiento a punto estuvo de tirarlo a la arena. Debatándose por recuperar el equilibrio, alcanzó un poste cercano cuya antorcha medio consumida derramaba una tenue luz en derredor.

—¡Te lo he dicho, no necesito tu ayuda! —farfulló, aunque se agarró a su *qamis* en un intento por mantenerse en pie.

Sus delicadas manos descansaron en su pecho. Olía a vino especiado y a primavera. Su pelo era una invitación enmarañada. Todo en ella era completamente arrebatador. Encantador como sólo ella podía: una joven que hacía uso de sus armas sin proponérselo.

Una joven que, a pesar de sus inclinaciones más sensatas, seguía dejándolo paralizado.

Cuando levantó la vista hasta él con una pregunta en sus labios perfectos, esa fue su reacción para no contestarle con un beso.

—¿Fuiste tú? —susurró.

—¿Qué? —respondió Tariq, que salió de su trance.

Sherezade agarró con fuerza el *qamis* de lino cerca de su garganta.

—¿Enviaste tú a los *fida'i*?

—¿De qué estás hablando?

—Tú no harías eso, ¿verdad? Por mucho que lo odieras, ¿no? No me harías eso.

Se aferró aún más a la tela con una nota quejumbrosa en la voz.

El pestañeó, tratando de aclarar su mente de la neblina remanente del vino.

—Shezi...

—Tienes demasiado honor para eso. —Meneó la cabeza mientras apartaba la mirada, como si estuviera hablando consigo misma—. Nunca podría amar a un hombre sin honor.

—Y, sin embargo, lo amas a él.

El rencor de Tariq era más que evidente.

Y no podía dejar escapar la oportunidad de atacarla.

Sherezade clavó los ojos en los suyos. Por un instante, el joven vio el fuego de la rabia brillar en aquel revoltijo de colores.

—Jalid tiene honor, Tariq. Ojalá...

—No quiero oír cómo lo excusas.

Tariq se apartó del poste, dispuesto a devolver a Sherezade a su tienda y dar por

acabada la noche de una vez por todas.

Ella trastabilló tras él.

—Ojalá me escucharas...

Un grupo de soldados apareció dando la vuelta a la esquina, adentrándose en la luz. A juzgar por su comportamiento, Tariq supuso que estaban borrachos, aunque no se los veía precisamente alegres. Parecían estar buscando algo: llevaban los hombros encorvados y los puños a los lados.

El tipo de borrachos que buscan pelea.

Tariq empujó a Sherezade contra el poste y la ocultó en lo que parecía un abrazo de enamorados. Se aseguró de quedarse justo fuera del débil círculo de luz que irradiaba la antorcha. Cuando ella elevó una protesta poco entusiasta, Tariq amortiguó sus palabras contra su pecho.

Mejor que los soldados no la vieran.

Mejor que aquellos hombres en busca de pelea no encontraran la excusa perfecta en la joven reina de Jorasán.

Pues tampoco era muy probable que Sherezade fuera amable con ellos.

Ella relajó el cuerpo contra el suyo mientras esperaban a que los soldados pasaran. Poco a poco fue sintiendo que las ganas de luchar la abandonaban mientras el vino continuaba ejerciendo su influencia. Cuando se apoyó en Tariq y este vio que cerraba los ojos, dio un gran suspiro.

El dolor por la pérdida de algo que aún no se había ido era agudo. Más agudo que nada que hubiera sentido jamás.

—Necesitas dormir —murmuró.

—Mmm.

Tariq exhaló, maldiciéndose mentalmente.

—Te llevaré a tu tienda.

La cabeza de Sherezade se desplomó hacia delante en forma de asentimiento.

—Comprueba sus brazos.

—¿Qué?

—Busca el escarabajo —dijo—. No confíes en el escarabajo.

—No lo haré.

Echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que los soldados habían desaparecido de su vista. Luego levantó a Sherezade de la arena y estuvo a punto de perder el equilibrio de lo que pesaba, por poco que fuera. El vino no le había hecho ningún bien, así que se dirigió tambaleándose hacia la tienda de la joven tratando de mantener a raya sus efectos.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Lo siento mucho, ya lo sabes.

Tariq apenas la oía.

—¿Por qué?

Casi se le volvió a escapar una carcajada por lo absurdo de su disculpa. Ahora

más que nunca.

—Por tener que verme. Y hacer esto. No es tu... —De pronto, abrió los ojos desmesuradamente y casi le dio en la mandíbula con la coronilla—. ¿Dónde está Irsa?

—Con Rahim.

La irritación le arrugó la frente.

—Voy a estar dándole guantazos hasta el umbral de la muerte. Ya lo creo que sí.

—¿Qué?

—Ese imbécil larguirucho —murmuró mientras apoyaba la mejilla en su pecho—. No lo toleraré. Enviaré al *rajput* a por él. Lo perseguirá con su temible *talwar*...

Tariq meneó la cabeza y atravesó la entrada de la tienda de Sherezade casi tirándola en el proceso. Dejó la solapa abierta para permitir que la luz de la luna iluminara la implacable oscuridad del interior.

Fiel a su costumbre, Irsa al Jayzurán había enrollado pulcramente su jergón y lo había apartado a un lado. Shezi no se había molestado en quitar el suyo; estaba en el centro de la pequeña tienda, con la manta torcida y la almohada hecha un gurrño.

Incapaz de ocultar su diversión, Tariq colocó a Shezi en su jergón, sin molestarse siquiera en taparla con la manta. Ella se removió cuando él intentó subirle la almohada.

—No.

Le puso una mano en el brazo y abrió una rendija en los ojos.

—¿O qué? —susurró él, crispando los labios—. Las amenazas vacías no surten efecto en mí, Shezi-*jan*.

Ella arrugó la nariz y se hizo un ovillo presionándose la frente con una mano.

Tariq intentó volver a levantarle la almohada y colocársela debajo de la cabeza. Después de un rato, se dio cuenta de lo inútil de sus esfuerzos y decidió que lo mejor que podía hacer era dejar que se le pasara el estupor echando un buen sueño.

Cuando se movió para levantarse, divisó un trozo de pergamino que se había desprendido de entre la ropa de Sherezade. Seguramente se habría caído cuando por poco la tira al suelo.

Lo acercó a la luz de la luna.

Tenía los pliegues marcados de algo que se ha doblado y desdoblado muchas veces.

Algo cuyo contenido importaba mucho a alguien.

Bajó la mirada hasta la forma durmiente a sus pies. Vaciló un segundo.

Luego desdobló el pergamino.

Shezi:

Mi color favorito es el azul. El aroma a lilas de tu pelo es una constante tortura. Odio los higos. Y, por

último, nunca olvidaré, ni un solo día de mi vida los recuerdos de anoche. . .

Pues nada, ni el sol ni la lluvia ni la estrella más brillante en el cielo más oscuro, podría compararse jamás con la maravilla que eres.

Jalid

Tariq volvió a doblar la carta con sumo cuidado siguiendo los pliegues, aunque sus dedos ansiaban arrugarla y convertirla en una bola.

Despedazarla. Quemarla hasta que no quedara nada.

Sabía que Sherezade amaba al niño-rey. Lo había sabido desde que estuvo en Rey.

Y era consciente de que el niño-rey se preocupaba por ella.

De lo que no había sido consciente era de que la amaba de verdad. A pesar de lo que el capitán de la guardia había dicho la noche de la tormenta, Tariq no había querido creer que el loco asesino fuera capaz de amar a nadie en el mundo. Al menos no del modo en que él lo entendía.

¿Y aquello?

Ahora por fin lo entendió.

Por completo.

En una carta más bien corta, el califa de Jorasán había conseguido expresar con palabras exactamente lo que él siempre había sentido por la única chica a la que había amado. Lo que siempre había sentido, pero nunca había conseguido decir con semejante elocuencia.

Aquellas no eran las palabras de un loco.

Por primera vez, Tariq vio lo que Sherezade veía cuando miraba a Jalid ben al Rashid.

Veía a un chico. Que quería a una chica. Más que a nada en el mundo.

Y por eso lo odiaba más que nunca.



SIN LÍMITES

Sherezade pagó con creces su estúpido arrebató de bravuconería con el vino especiado.

Se pasó la mayor parte de la mañana siguiente con la cara metida en una jofaina, vaciando el estómago. Sus entrañas eran un revoltijo de nudos; y el más mínimo hilillo de luz la hacía encogerse de dolor. Incluso había momentos en que juraba que hasta las mismísimas raíces de su pelo aullaban en señal de protesta.

Estaba convencida de que, si no llega a ser por Irsa, aquellos síntomas le habrían durado todo el día. Cuando se quejó de sentirse como si se hallara en un barco bamboleante en mitad de una tormenta, Irsa rebuscó entre su pequeño montón de cosas y desenrolló un viejo pergamino. Tras examinar su contenido, salió de la tienda y regresó con un tónico preparado a base de raíz de jengibre molida y la piel de un limón seco. Aunque Sherezade protestó al principio —la cocción olía bastante fuerte y sabía muy amarga—, no pudo negar que le ayudó a asentar el estómago.

A petición de su hermana, se quedó en la tienda, recuperándose y bebiendo a la fuerza aquel tónico amargo. En condiciones normales, le habría molestado malgastar un día entero en la cama mientras Irsa se sentaba en la mesa baja a transcribir manuscritos a la luz de una lámpara de aceite, pero aquel día en particular no puso ninguna objeción.

Pues aquel día las circunstancias le convenían. Si todo el mundo pensaba que estaba enferma, era probable que la dejaran en paz.

Y todavía más probable que no la descubrieran cuando saliera a hurtadillas al caer la noche...

Llevando consigo su alfombra mágica.

Pues había llegado el momento de buscar a Musa Zaragoza.

El momento de ver lo que tanto ella como la alfombra mágica eran capaces de hacer.

En aquel cauteloso silencio, Sherezade se metió la daga en la cinturilla y pasó deprisa junto a su hermana dormida. Se colocó una *pashmina* sobre los hombros antes de coger la alfombra mágica. Una vez en el exterior, permaneció al amparo de la tienda con el corazón revoloteándole como un pájaro enjaulado.

Si alguien la descubría rondando por ahí de noche pocos días después de su llegada, creería que pretendía darse a la fuga o que tramaba algo peor aún. No ayudaría a acallar las sospechas que albergaban los del campamento en su contra. Y sería mucho peor si se topaba con otro chico como Teymur.

Se le erizó la piel sólo de pensarlo.

Avanzó entre parches de oscuridad a pasos sigilosos, evitando cualquier franja de luz. Se fijó en los puestos de vigilancia que había visto la noche anterior. Se permitió un instante para respirar libremente cuando traspasó los límites del campamento badawi y se adentró en la inmensa extensión de arena.

Por capricho de la suerte, había escogido una noche sin viento, una noche en la que cada sonido que hiciera se percibiría. Si se caía o gritaba o hacía algo que llamara la atención, su secreto dejaría de ser un secreto y sus detractores demostrarían que sus dudas eran bien fundadas.

Incluso podían echarla de allí, junto con su padre herido y su inocente hermana.

Como poco, la encontrarían sola en el desierto, con una daga y una alfombra. Todo el mundo la acusaría de traición. Y no volverían a dejarla en paz nunca más.

Pero no podía evitarlo. Había esperado demasiado tiempo.

Aunque su primer instinto era ir a por Jalid, sabía que sería mucho más difícil marcharse de Rey una vez que volviera. Y no era el momento de anteponer sus deseos a las necesidades de su familia.

Sobre todo, a las necesidades de su padre.

Tenía que encontrar a Musa. Después de *baba*, era la única persona que conocía con aptitudes para la magia. Tal vez no fuera posible, pero a lo mejor sabía cómo ayudar a su padre.

O cómo romper una horrible maldición.

Se adentró más en el desierto buscando un lugar donde algún montículo de arena la ocultara de ojos fisgones.

Pronto se encontró con una duna enorme que se adecuaba perfectamente a sus necesidades. Aún se sentía tonta cuando desplegó la alfombrilla raída en la sedosa arena.

Dio un paso atrás y volvió a examinar aquel pequeño rectángulo de lana deshilachada.

«¿Qué estoy haciendo? Qué... ridículo. Esto es una soberana ridiculez».

Su mirada se endureció.

«Estoy siendo una tonta. Shiva no aprobaría semejante indecisión.

Ni Jalid».

Cerró los ojos.

«No tienes límites. No hay nada que no puedas hacer».

Sus palabras resonaron en sus oídos. Sherezade se quitó las sandalias y se las remitió en el fajín *tikka*. Después se aseguró la trenza por última vez y se sentó en la alfombra.

No tenía tiempo de seguir preocupándose por la ridiculez de aquella empresa.

En realidad, no tenía tiempo para nada.

Había creído que tendría que apoyar las manos en la superficie de la alfombra, pero, en cuanto sus pies descalzos rozaron la lana raída, sintió un fulgor en el corazón, cálido y brillante.

—¡Oh! —exclamó por lo bajo mientras se dejaba caer y se llevaba las rodillas al pecho. La sensación se extendió por sus miembros con un brillo repentino y fulgurante. La alfombra se elevó en el aire y sus esquinas se curvaron hacia arriba. Empezó a dar vueltas por encima de la arena, ascendiendo como una cometa a merced de una brisa errante.

Dos emociones lidiaban en su interior.

La primera era miedo.

La segunda no se atrevía ni a nombrarla.

A medida que la alfombra continuaba su lenta ascensión, el calor se extendió por su cuerpo, por sus brazos y piernas hasta las mismísimas puntas de sus dedos. Le hormigueó en la nariz y le palpitó en los arcos de las orejas.

Poder.

De un tipo que nunca había conocido.

Cuando volvió a mirar abajo, estaba muy alto, lejos de las arenas plateadas. Tan alto como la torre más alta de Taleqan.

El miedo permaneció, pero no tardó en verse sobrepasado por aquella emoción todavía innombrable.

Antes incluso de que tuviera ocasión de pensar en ello, supo con una certeza innata cómo dirigir la alfombra, del mismo modo que un pez sabe nadar de manera instintiva.

«Dejad que os lleve adonde vuestro corazón desee.

A casa. Con Jalid».

Sherezade la asió con determinación.

—No. Llévame a ver a Musa Zaragoza —susurró.

La hormigueante calidez que le envolvía el corazón destelló y luego se propagó por el resto de su cuerpo, arrancándole otro grito de los labios.

Junto con una sonrisa inesperada.

La alfombra describió un arco perezoso y se elevó todavía más alto. Hasta la altura del parapeto más alto de Rey. Luego giró y se perdió en un cielo tachonado de luces. El mundo de abajo desapareció de un fagonazo.

El miedo perdió la batalla.

La euforia salió vencedora.

Sherezade rio en mitad de la noche, sintiendo la corriente de aire a sus pies. Se puso de rodillas y dejó que sus brazos se abrieran al viento. Que el frío sibilante la bañara y pasara de largo, pero no que la traspasara. Nunca que la traspasara.

Ni por un momento pensó que la alfombra la dejaría caer. Era como el agua en el

vaso, girando y bailando al son de una música que sólo ella oía.

Y allí en las alturas —tan alto como jamás creyó que estaría—, el viento soplaba a su lado mientras todo lo demás se desvanecía.

Aun así, seguía sin sentir miedo.

Pues allá arriba era ella la que perseguía al viento.

La tierra no existía. Ni el cielo.

Allí sí que no tenía límites.

El miedo no volvería a apoderarse de ella.



EL JOVEN DE LA PLAYA

Sherezade sobrevoló el desierto rumbo a una cadena montañosa. Cuando vio el mar resplandecer en el horizonte, los ojos se le abrieron como platos por la sorpresa.

Había recorrido una distancia descomunal en un breve lapso de tiempo.

La alfombra mágica empezó a aminorar la velocidad al aproximarse a un bajo promontorio que daba a una pálida franja de arena. La luna aún pendía alta en el cielo y su luz cambiante destellaba sobre las olas que se retiraban. Un encaje de espuma se acumulaba a lo largo de toda la costa. Sherezade inspiró hondo. El aire era denso y pesado y estaba cargado de salitre. Cuando la alfombra describió un círculo por encima del acantilado, una estructura con pilares y una cúpula de piedra abigarrada emergió de detrás de una pared de roca gris. En las esquinas se levantaban columnas de mármol coronadas por lenguas de fuego. Una amplia escalinata descendía hasta un estanque rectangular de agua cerca del borde del promontorio.

La alfombra mágica flotó junto al estanque y se estabilizó justo encima de una suave pendiente de piedra. Sherezade sacó un pie de la superficie enlanada.

Y la alfombra aterrizó emitiendo un cauto buf.

La joven se calzó las sandalias y echó un lento vistazo a su alrededor.

Unas hileras de arcos apuntados cerraban el estanque por dos de sus lados. Entre estos arcos había estatuas de mármol que representaban a hombres y mujeres vertiendo chorros dorados de agua o blandiendo extraños artilugios que Sherezade no había visto jamás. Uno era un orbe lleno de lo que parecían ser remolinos de fuego... ¿O tal vez fuera viento? Otro parecía estar haciendo girar un vórtice hecho de... ¿arena?

De unos recipientes de cobre bajos que flanqueaban el estanque subía un olor a incienso. Un humo gris azulado con un fuerte aroma a mirra dulce y picante se filtraba en el aire por encima de ellos. La piedra tostada estaba bordeada por un mosaico de lapislázuli brillante que le servía de contraste.

Sherezade enrolló la alfombra con cuidado y se la amarró a la espalda utilizando su *pashmina* antes de dar un paso más.

La estructura con columnas aparentaba ser un templo. Dada la hora, no era de extrañar que hubiera pocas señales de vida. Sin embargo, mantuvo una mano cerca de su daga al pasar por el estanque y sus recipientes de humeante incienso, y se dirigió

con cautela a la amplia escalinata que tenía delante.

Su paso no vaciló cuando una figura familiar apareció en lo alto de la escalinata.

Era bastante alto e iba vestido con un manto multicolor que le llegaba a los pies. En cada muñeca llevaba atadas mangalas de cuero. Tenía la cabeza completamente desprovista de pelo y sus profundos ojos marrones brillaban como fanales de luz cálida.

—Me preguntaba cuándo vendrías a visitarme.

Musa Zaragoza le dedicó una radiante sonrisa. Estiró las manos hacia ella y le hizo señas para que subiera. Un muchacho y una muchacha de más o menos su edad se materializaron desde detrás de unas columnas coronadas de fuego a la derecha de Musa. La joven portaba un candelabro de palisandro de tres brazos y la cera goteaba en forma de riachuelos cremosos a cada lado de su muñeca.

Tanto uno como otro iban armados con espadas cortas y ganchudas en la cadera izquierda.

Sherezade se detuvo cerca del primer escalón. Echó mano de su daga sin pensárselo dos veces.

Musa esbozó una amplia sonrisa y sus facciones se suavizaron al comprender.

—Aquí estáis entre amigos, mi estrella. De poco estoy seguro en este mundo, pero en cuanto a esto, puedo poner la mano en el fuego: aquí estáis a salvo.

—Disculpadme, Musa *efendi* —dijo ella, aunque sus dedos no se movieron de su cadera—, pero a veces olvido qué se siente al estar a salvo.

Él hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—No hay nada que disculpar.

La mirada de Sherezade volvió a posarse en sus silenciosos centinelas.

—Espero no haber ofendido a nadie. Ni causado ningún problema por presentarme aquí esta noche.

La joven ladeó la cabeza de enortijados rizos en dirección a Sherezade con los ojos muy abiertos. Inquisidores. El joven bostezó: tenía el pelo lacio aplastado por un lado, como si acabara de levantarse de echar una siesta.

—No habéis causado problema alguno. Parisa y Masrur están de guardia esta noche. Como de costumbre, a Mas le gustaría estar durmiendo, pero la curiosidad de Parisa ha ganado la partida. Está realmente fascinada, puesto que ha oído hablar mucho de vos.

Musa rio, lo que hizo que se le arrugara la piel oscura que bordeaba sus ojos. Echó un vistazo por encima del hombro a los jóvenes en cuestión.

—Pido disculpas por visitaros en plena noche.

Sherezade les ofreció una recelosa sonrisa al tiempo que comenzaba a subir los escalones y dejaba caer definitivamente la mano de la daga. Parisa levantó bien el candelabro para iluminarle el camino, mientras que Mas siguió igual de adormilado.

—Sospechábamos que veníais de camino. —La sonrisa de Musa se volvió cómplice—. Las estrellas le dijeron a Parisa que esperase a un visitante a última hora

de esta tarde y ella me transmitió el mensaje.

Sorprendida por esta noticia, Sherezade estuvo a punto de perder pie.

—¿Las estrellas?

Su mirada se desvió a la chica con ojos de cierva que se cernía sobre ella por la izquierda.

«Sabe leer las estrellas».

Había oído hablar de gente que sabía hacer esas cosas, pero nunca había tenido ocasión de conocer a alguien con esa rara habilidad.

Parisa ya no le prestaba atención. Estaba estudiando la alfombra atada a su espalda con una mirada inquietantemente codiciosa.

Una que le dio a Sherezade bastante que pensar.

—Uníos a nosotros dentro para tomar un té y responderé a todas vuestras preguntas —dijo Musa con voz tranquila y reconfortante, como un riachuelo que serpenteara entre piedras irregulares.

Sherezade se demoró un segundo mientras su pie iba a descansar en el último escalón.

—Me temo que no tengo tiempo de tomar té. Debo volver antes de que despunte el alba.

«Antes de que se descubra mi ausencia».

Tragó saliva con la esperanza de no necesitar más que una mirada para expresar su necesidad de discreción.

—Ya veo. —El mago asintió en perfecta sintonía con ella, aunque sus ojos se estrecharon como interrogativos—. ¿Hay algo...?

—Necesito vuestra ayuda, Musa *efendi*. —Lo alcanzó en lo alto de la escalinata, cuadrando sus hombros sin preocuparse por el orgullo o la propiedad—. Para mi padre... y para Jalid.

Por muy indecoroso que fuera empezar con peticiones, sabía que no podía evitarlo. No tenía tiempo para nada más que para una sinceridad absoluta.

Y sus seres queridos tampoco.

Por suerte, Musa no insistió. La tomó de la mano sin la menor demora.

—¿Qué es lo que necesitáis, mi estrella?

Como por deseo tácito de Sherezade, Musa relevó a Parisa y a Masrur de sus puestos y los envió a la cama. Mas le dedicó una mirada de agradecimiento a Sherezade, aunque Parisa pareció más bien contrariada. Echó un último vistazo a la alfombra antes de marcharse, dejando una estela de gotas de cera a su paso.

Musa escuchó la historia de Sherezade sentado en los escalones de piedra del Templo de Fuego con rostro serio. Este únicamente se suavizó en dos ocasiones. Una cuando Sherezade mencionó el libro de su padre. Y otra cuando la oyó hablar de Jalid. En cuanto le confesó lo mucho que había llegado a importarle el hijo de Leila

—el hijo que había visto morir a su madre a manos de un padre cruel—, la joven sospechó que contaba con algo más que un aliado en el mago místico.

Después de que terminase su relato, Musa se quedó en silencio reflexionando con la mirada perdida en las danzarinas llamas que había en lo alto de la columna de mármol cercana.

—¿Sabíais que estas cosas llegarían a pasar? —le preguntó Sherezade cuando no pudo soportar el silencio ni un momento más—. ¿Ha leído Parisa las estrellas y estas le han revelado mi futuro?

Él meneó la cabeza y en las comisuras de sus labios se insinuó una sonrisa.

—No es así como funciona. Vuestro futuro no está grabado en piedra, mi queridísima estrella. Una moneda se voltea sobre sí misma varias veces antes de aterrizar en el suelo.

Sherezade exhaló un largo suspiro.

—Cómo desearía creer que eso es verdad, Musa *efendi*. Pero los recientes acontecimientos demuestran todo lo contrario. El futuro de Jalid parece grabado en piedra. Y con él, el mío.

El hombre se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Entonces, ¿habéis venido hasta aquí con la esperanza de que rompa esa terrible maldición?

—¿Es eso posible? —susurró, aferrándose a un puñado de tela de los pantalones.

—¡Ay! —El mago la miró con tristeza—. La magia en nuestro mundo puede ser un don misterioso. Uno no tan fácil de controlar y no sin un gran coste. No conozco la magia que se utilizó para invocar este mal y, aunque la conociera, no existen muchos con el poder suficiente para deshacer una maldición. Lo máximo que podría hacer es ofreceros algún tipo de talismán para mantener a raya el insomnio de Jalid por un tiempo, pero no soy tan poderoso como para contrarrestar una maldición, querida mía. La única forma que conozco de romper una maldición es cumplirla.

Sherezade bajó la mirada presa de la desolación.

—Pero puedo hacer más por vuestro padre —continuó Musa—. Sobre todo con respecto al libro que tiene consigo. Me habéis dicho que tiene muchas quemaduras en las manos, ¿no es cierto? Que ese libro emana un calor inusual.

—Sí, a punto estuvo de quemarme cuando me acerqué el otro día.

Los labios de Sherezade se contrajeron cuando recordó la peculiar oleada de calor que sintió al acercarse al tomo en los brazos de su padre.

—¿Y hablaba una lengua desconocida cuando lo encontrasteis en la colina a las afueras de Rey?

Ella asintió.

Musa se presionó los labios con el dedo índice en momentánea contemplación.

—Sé que sois reacia a involucrar a nadie más en estos asuntos, pero creo necesario consultarle a otra persona.

—¿Conocéis a alguien que pueda ayudarnos?

Un rayo de esperanza se abrió en el corazón de Sherezade.

—Tal vez. Aquí hay alguien que puede saber más que yo. Si mis sospechas son ciertas, al menos será capaz de contestar preguntas sobre ese libro, aunque quizá resulte una... tarea interesante sacarle respuestas.

Sherezade se removió incómoda y descansó las palmas de las manos en la fría piedra que tenía al lado.

—¿Puedo..., podemos confiar en él? Excepto a vos, no le he contado a nadie lo de la maldición y no deseo contárselo a nadie más. Semejante información podría ser peligrosa en las manos equivocadas.

—La confianza es un asunto interesante cuando se trata de Artan. No se la concederá a los que no se la ofrezcan primero. En cualquier caso, os dejo que toméis vos la decisión. —La confusión tiñó sus rasgos por un instante y luego se desvaneció en un arranque de certidumbre—. Pero, sea cual sea vuestra decisión, no os traicionaré, de eso estoy seguro. —Dicho esto, se levantó de los escalones y le tendió una mano—. Venid conmigo, mi señora.

Sherezade siguió a Musa cuando este bajó los escalones y dejó atrás el estanque rectangular. Aunque seguía indecisa, acompañó al mago, que se dirigió al borde del promontorio.

Al describir una curva cerrada cerca del filo del precipicio, otro tramo de escaleras que descendía a la más completa oscuridad apareció ante ellos. Los peldaños, directamente esculpidos en la roca, eran abruptos e inestables. Sin barandilla. Sin ningún tipo de asidero. Sherezade supuso que conducían a la franja de arena de abajo, pero no veía exactamente adonde, debido a que el vericuetto se desvanecía en otra curva cerrada situada no muy lejos.

Una escalera que otorgaba un nuevo significado a la palabra *fe*.

«Lo suyo sería que tuvieran una antorcha o algo así por aquí.

Sobre todo en un Templo de Fuego».

Musa, imperturbable, se giró hacia ella con una sonrisa.

—¿Preferiríais utilizar la alfombra mágica?

—¿Y por qué no un puente hecho de rayos de luna? —refunfuñó.

Él rio con ganas y le tendió la mano. Sin mediar palabra, Sherezade se dejó conducir por los peligrosos escalones de piedra hasta el vacío cavernoso de abajo.

El sonido de las olas al romper se fue intensificando a medida que se aproximaban a la orilla.

Al principio, Sherezade no entendía por qué estaban atravesando una oscura playa en mitad de la noche. Los rayos de luz de luna que despedían las olas no indicaban la presencia de nadie más aparte de ella y del mago de coloridos ropajes que iba delante.

No obstante, cuando salvaron las dunas de arena, se percató de que había un pequeño afloramiento rocoso que sobresalía del mar.

Tumbada en el centro de una roca plana estaba la figura solitaria de un joven.

Una pequeña ola rompió en la base de la roca y levantó una nube de espuma en el

aire, calándole los pantalones. Sin embargo, el joven no se movió de su sitio.

Musa se paró cerca del borde del agua chapoteante, a unos pasos del muchacho. El mago se dispuso a esperar y asumió una postura de sereno silencio.

Al cabo de un rato, Sherezade se impacientó. El joven de las rocas estaba siendo bastante grosero con Musa *efendi*, pues debía de saber que se encontraban allí. La media luna que tenían a su espalda proyectaba sus sombras hasta la cara del chico, larga, delgada e inequívocamente presente.

Tosió dos veces.

Sin embargo, el muchacho no movió ni un músculo, salvo para pestañear. Y para suspirar.

Lo cual, por supuesto, significaba que no estaba muerto.

«Granuja».

Musa inhaló una gran bocanada de aire salobre.

—¿Artan?

El joven apoyó un pie en una rodilla y se colocó una mano debajo de la cabeza. Entonces dio un ruidoso bostezo. Sin reparos.

—Artan Temujin —volvió a intentarlo el mago. No era un ruego enérgico. No cabía duda de que tenía la paciencia de veinte hombres y la serenidad de muchas almas iluminadas.

Por el contrario, a Sherezade le entraron ganas de tirar al chico de la roca. De contemplar cómo las olas lo revolcaban un rato.

Pero existía la posibilidad de que necesitara su ayuda.

Lo que ocurrió a continuación estuvo a punto de hacer que la propia Sherezade cayera de bruces al agua.

El joven levantó una mano en el aire por delante del pecho. Giró los dedos y una bola de fuego gírotoria del tamaño de un puño apareció encima de su palma abierta. Alzó aún más aquel torbellino llameante con un gesto rápido, como para ver a Sherezade con mejor luz. A continuación, arrojó la bola de fuego a las olas con un golpe de muñeca y la ardiente masa chisporroteó en el mar antes de desaparecer en una espiral de humo blanco.

Durante ese tiempo, Sherezade apenas pudo reprimir un grito.

«No voy a dejar que este granuja me impresione. Por muy impresionante que sea».

Cuando Artan se sentó, se dio cuenta de que se ladeaba. Se escurrió de la roca y aterrizó en el agua que llegaba a las rodillas, produciendo una gran salpicadura...

Antes de volcarse con una risa burlona.

«¡Está borracho!».

Sherezade cruzó los brazos en un intento por contener su indignación. Miró a Musa, que no parecía en absoluto afectado por la condición del muchacho. Más bien parecía resignado.

Como si ya se lo esperara.

Cuando el chico se sentó y levantó la cara hacia la luz de las estrellas, Sherezade detectó varias cosas dignas de mención.

Como Musa, tenía la cabeza completamente calva. Los lóbulos de ambas orejas estaban llenos de pequeños aros de oro. Su piel era del color de una marta clara y sus ojos eran endrinos y de párpados elegantemente caídos, una característica inequívoca del Lejano Oriente. No poseía una belleza clásica, pero llamaba la atención a su manera, pues su belleza residía en la suma de sus defectos: una mandíbula demasiado prominente, una nariz partida y curada por varios sitios y una cicatriz diagonal que le atravesaba el labio inferior. Desde donde ella estaba, el resto de su piel parecía tan suave como la superficie de un espejo. No llevaba camisa, pero sí unos pantalones finos que habían visto días mejores. Ahora tenían un aspecto andrajoso y descuidado.

Igual que quien los llevaba.

Una vez que se puso de pie, Sherezade descubrió que no era mucho más alto que ella, aunque sí ancho de pecho: robusto y fornido.

—Es hermosa —masculló el joven con un leve acento. Hizo una mueca lateral con la boca en forma de sonrisa despiadada.

Sin pensarlo, Sherezade le devolvió una parecida.

A él se le escapó una risotada.

—Aunque no lo suficiente.

—Qué suerte que vuestros talentos residan en otra parte. Y que no seáis jurado de belleza —respondió ella con otra sonrisa mordaz.

—Ah. —Levantó un largo dedo índice—. Sí que lo soy. Resulta que soy el excelso jurado de belleza de este lado del río Shan K'ou. Hubo un tiempo en que tenía que elegir cuál de cuatro seductoras vírgenes era la más...

—Artan —lo reprendió Musa, en torno a cuya boca se habían formado surcos de desaprobación.

El muchacho volvió a reír y cayó de espaldas al agua. Se dedicó a flotar dejándose llevar por la corriente, con los brazos y las piernas extendidos.

—Está borracho —murmuró Sherezade a través de sus labios apretados—. Y es un mentiroso.

—Es verdad. —El joven no se inmutó—. No eran vírgenes. —Le guiñó un ojo—. Aunque *mentiroso* es mucho decir. Simplemente disfruto embelleciendo la verdad.

Musa se pasó una mano por la cara.

—Siéntate un momento, te lo ruego. Como favor personal, compórtate de un modo que honre tu herencia.

Ante esas palabras, el chico soltó otra ronda de carcajadas demasiado enfáticas.

—Lo siento, Musa *efendi*..., pero no está en condiciones de proporcionarnos ninguna ayuda. Y no tengo tiempo que perder.

Sherezade dio media vuelta, frustrada ante la mera idea de haber esperado que un muchacho tan vago y grosero la ayudase.

—Sherezade...

El muchacho se puso en pie entre chapoteos.

—¿Esa descarada es la reina de Jorasán?

Era el primer signo de reacción sincera hacia algo de lo que habían dicho hasta ese momento.

«¿Sabe quién soy?».

Se giró hacia el joven.

—¿Y vos quién sois? —le preguntó con los brazos en jarras.

—Artan Temujin.

Aunque por poco se cae en el proceso, el chico le hizo una reverencia burlona.

Ella enarcó una fina ceja mientras trataba de controlarse.

—¿Y ese quién es, exactamente?

—Dadme vuestra mano y os lo diré. —La traición taimada impregnaba cada una de sus palabras.

—Antes besaría una serpiente.

—¡Chica lista! —Rio—. Pero habéis besado a un loco asesino... —Unas gotas de agua cayeron por su ancho torso—. ¿No es lo mismo?

—Vos... —Sherezade se le abalanzó, no fue capaz de contenerse más.

Artan tiró de ella basta el agua con una sonrisa de satisfacción en la cara. Al despegar los pies del suelo, Sherezade se agarró de su brazo izquierdo.

Varias cosas la sorprendieron a la vez.

Estaba demasiado caliente, como si tuviera mucha fiebre, a pesar de su reciente chapuzón en el agua. De cerca, la piel de las palmas de sus manos se revelaba áspera y encallecida, y uno de sus antebrazos tenía unas cicatrices monstruosas...

Igual que las manos de *baba*.

Sin embargo, lo más sorprendente de todo fue la impresión que le recorrió la sangre al tocarlo. Casi como la sensación de la alfombra. Un hormigueo alrededor de su corazón que la atravesó por completo.

—Bien, bien, bien... —Artan hizo una pausa y la taladró con sus ojos negros—. Parece que no os equivocabais, Musa abaga.

Sherezade creyó oír al mago suspirar a su espalda.

—Quitadme las manos de encima —le ordenó a Artan, dispuesta a no demostrarle lo desconcertada que se sentía. Como no la soltaba, le dio un empujón en el pecho. El chico se inclinó hacia un lado antes de agarrarle las muñecas con una mano.

—¡Vaya genio! —Rio considerablemente—. Debería avisaros, pequeña descarada: la última joven que intentó someterme se encontró con la vista bastante distorsionada al día siguiente. —Artan se la acercó más, como dándole una oportunidad—. Hice que sus ojos apuntaran en distintas direcciones.

—¡Ja! —bufó ella—. Para conseguir semejante hazaña, ¿no deberíais manteneros en pie primero?

—En verdad deberíais temer el día en que pueda levantarme. Veréis, hubo un tiempo en que derroté a toda una flota de...

—¡Basta! —Lo apartó de un empujón—. He intentado ser paciente con vos porque Musa *efendi* me ha dicho que podíais serme de ayuda, pero ya no creo que eso sea posible. Contestad a una sola pregunta y os dejaré en paz. ¿Conocéis o no conocéis un libro que quema al tacto?

Artan pestañeó, fuera de juego.

—¿Qué... aspecto tiene?

—Viejo. Maltrecho. Encuadernado en hierro oxidado y cuero oscuro.

—¿Con una cerradura en el centro? Se aclaró la garganta, debatiéndose aún por centrar la vista. —Sí.

Hizo una pausa. Cuando unas profundas arrugas aparecieron en la piel uniforme de su frente, pareció casi... feroz. Peligroso.

—¿Alguien lo ha abierto?

Bajo su mirada abruptamente severa, Sherezade reprimió la necesidad de estremecerse.

—Creo que a lo mejor mi padre lo ha hecho.

—¿Vuestro padre habla chagatai?

—No... lo sé.

—Admitir eso debe de herir vuestro orgullo —dijo Artan en tono burlón.

Sherezade apartó la vista mientras sentía que un rubor le subía por el cuello.

«Debería aceptar sus críticas. Por ahora».

—¿Vuestro padre es idiota? —continuó.

—¡No!

Muda temporalmente por la indignación, se limitó a mirarlo.

—Sólo un idiota abriría un libro como ese —dijo Artan, frío e inmisericorde—. Es magia oscura y antigua. Magia de sangre. Del tipo por la que pagas, una y otra vez..., si el idiota de vuestro padre no lo ha hecho ya.

Sherezade se giró hacia Musa.

—¿Por qué este horrible muchacho iba...?

—Mis ancestros escribieron ese libro —la interrumpió Artan sin el rastro de la petulancia que Sherezade habría esperado de semejante admisión—. Si vuestro padre está en apuros, mi familia es de las pocas que sabrá qué hacer.

Su corazón se detuvo un instante.

«Bendita Hera. Al final va a resultar que sí puede ser de ayuda».

Sherezade se mordisqueó el interior de la mejilla.

Tal vez hubiese tentado demasiado la suerte con Artan Temujin.

«Jalid tenía razón. Mi boca nunca deja de causarme problemas».

Sabía que tenía que intentar ganarse a aquel granuja, a pesar de la conducta que había mostrado hasta entonces. Cuando miró al joven que tenía enfrente, este la estaba observando con aire angustiado, sobre todo para alguien tan confundido por la bebida.

Era un rostro corrompido por la indolencia. Cargado de desfachatez.

Pero un rostro interesante. Eso no podía negarlo.

—¿Querriais...? ¿Podriais llevarme ante vuestra familia? —le preguntó, haciendo todo lo posible por aparentar humildad. En semejante situación, tal vez incluso suplicar no fuera una mala idea.

—No, Reina de una Tierra Que No Me Importa Nada. —Artan se rio de su propia broma—. No lo haré.

—Artan, hijo de Tolu... —La sonora voz de Musa Zaragoza resonó desde la orilla.

No levantó la voz ni su tono era desafiante.

Sin embargo, Artan se restregó la nariz con el dorso de la mano y frunció el ceño por la frustración. Gruñó, y lo hizo en un tono mucho más alto de lo que la situación exigía.

No era más que una retahíla de nombres, pero parecía significar demasiado.

—Por favor —dijo Sherezade, haciendo caso omiso a su confusión. Dio un paso hacia el muchacho—. Necesito vuestra ayuda.

Artan se llevó la mano a la frente, exasperado.

—No debería ayudaros. Y no albergo el menor deseo de llevar a una descarada como vos a ningún sitio.

Ella se mordió el labio.

—Por favor...

—Al menos, no hasta que hayáis aprendido a defenderos. Sois como un potro recién nacido; veo todo lo que sois capaz de hacer, que es nada, salvo hablar como una descosida. —Resopló—. Volved mañana por la noche. Cuando aprendáis a controlar la magia básica, os llevaré a ver a mi tía. No ayudará a alguien a quien no respete y os echará de la estancia entre risotadas antes de reducir vuestra existencia a cenizas.

Artan frunció el ceño una vez más en dirección a la orilla; acto seguido, le dio una patada al agua, que levantó una neblina salobre en el aire.

Aún desconcertada, Sherezade observó cómo el muchacho continuaba descargando su irritación con el desafortunado mar.

—Gracias —dijo ella en voz baja—. Tras mi comportamiento poco afortunado de antes, sé que no merezco...

—Oh, pretendo tomarme la revancha por esto, no os equivoquéis. —Artan la miró de soslayo—. Y yo siempre consigo lo que quiero.

Algo en el modo en que la miró hizo que lamentara la decisión de haberle pedido ayuda. Esa misma sensación de peligro se intensificó con respecto a él. Como cuando presentes que vas a caerte.

—¿Por qué...? ¿Qué os ha hecho cambiar de opinión?

—Que Musa *abaga* me lo ha pedido. Y Musa *abaga* pide muy poco a cambio de ofrecerme un refugio seguro —respondió con desprecio, mordaz y sarcástico—. No os preocupéis; no tengo interés en vos. Me gustan las chicas agradables y vos no lo

sois en absoluto. Vos sois egoísta y rencorosa.

Sorprendida por semejante declaración, Sherezade empezó a protestar.

—Yo no soy...

—No me malinterpretéis; me complace. Significa que un día podemos llegar a ser amigos.

—¿Por qué, en el nombre de Dios, iba a querer ser vuestra amiga?

Artan se dejó caer en el agua con una extraña sonrisa de satisfacción.

—Porque yo soy tan egoísta y rencoroso como vos.



DONDE HAY RUINA

La bola de fuego rasgó la oscuridad y cruzó la arena.
En dirección a su cara.
Sherezade lo intentó.

Lo intentó de veras.

Pero, en el último momento, lo único que pudo hacer fue lanzarse al suelo, a la brillante arena que yacía a sus pies.

—¡Inútil! —Una voz profunda la fustigó como un látigo—. Una auténtica pérdida de tiempo.

«Lo... odio».

Sherezade apretó los dientes y cogió sendos puñados de arena, deseando con todas sus fuerzas estrellarlos en la cara petulante de Artan Temujin.

—¿Estáis enfadada, pequeña descarada? —continuó Artan—. Bueno, yo también. Esta es la segunda, no, esperad, la tercera noche seguida que llegáis al templo y me fastidiáis la noche con la luna.

Ella se puso en pie y se sacudió las palmas de las manos.

—Perdonadme por arruinaros lo que de otra forma sería una noche productiva.

—Me alegro de que estéis de acuerdo conmigo. Seguramente la luna me habría ofrecido más entretenimiento que vuestros lamentables intentos de hacer magia. —Resopló—. Tales dones... desperdiciados en una tontería semejante.

«¡Miserable!».

La sangre se le subió a las mejillas.

—Si tuviera una bola de fuego, os la mandaría derechita entre las piernas, aunque me temo que no habría mucho que quemar.

Artan se echó a reír, alto y a carcajadas.

—Al menos vuestro sentido del humor ofrece algo por lo que recomendaros, aunque nunca me han gustado las chicas flacas y enfadadas. —Le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Al califa de Jorasán le gusta vuestro aspecto?

—¡Por supuesto que sí!

—Memo desgraciado. —Apoyó el peso sobre los talones—. La belleza se desvanece, pero un grano en el culo es para siempre.

—¡Ja! Supongo que lo decís por experiencia.

Otra bola de fuego cobró vida en la palma de Artan.

—Por supuesto. —El chico sonrió, moviendo las cejas—. Y si yo fuera vos, tendría cuidado.

Cuando Sherezade volvió a echar a correr, Artan gruñó tras ella.

—El viejo refrán es cierto, Sherezade al Jayzurán: ¡sólo corremos de las cosas que de verdad nos dan miedo!

—¡Entonces, de verdad le tengo miedo al fuego, Artan Temujin!

Otro gruñido estentóreo.

—¡Pues dejad de tener miedo y empezad a ponerle remedio!

A pesar de su angustia, Sherezade intentó conjurar la sensación de calor que la embargaba cada vez que su piel entraba en contacto con la alfombra.

Pero no pudo. Le fue imposible.

Como tratar de atrapar una estrella.

Llevaba intentándolo dos noches consecutivas y había llegado a una conclusión: su poder no manaba de su interior, sino que lo absorbía de otras cosas.

Cuando se lo comentó a Artan, este rio, con la cabeza echada hacia atrás y la boca convertida en un abismo insondable, y luego la atacó con una lluvia de fuego controlada con la intención de que se defendiera.

Quería que apartara aquellas bolas de fuego giratorias o que interpusiera otros objetos para repelerlas.

Por el mero deseo de hacerlo.

Entonces fue ella la que rompió a reír, echando la cabeza hacia atrás con la misma exageración.

Artan creía que, si se veía presionada por la sensación de peligro inminente, tal vez su cuerpo reaccionaría de manera instintiva. De modo que llevaban las dos últimas noches confinados en la playa. Primero intentó amenazarla con pequeños círculos de llamas que giraban lentamente, de los que Sherezade huyó presa del pánico. Sin hacerle caso, Artan prosiguió con unas esferas de la muerte verdaderamente impetuosas que sin duda eran mucho más difíciles de evitar.

Lo único que Sherezade había sacado en claro de todo aquello eran los múltiples cardenales que se había hecho por todas las veces que se había tirado a la arena.

Y lo único que Artan había sacado en claro de todo aquello era una creciente frustración.

—¡Sois un maestro pésimo! —gritó Sherezade—. ¡Este método está lleno de defectos desde el principio!

Se acercó a las olas rompientes, ralentizando sus zancadas.

—Si estáis sugiriendo que estoy lleno de defectos, estáis en lo cierto.

Sherezade se detuvo y se echó hacia delante jadeando.

—Creo que ya podemos dar por terminada la clase de esta noche.

—Todavía no.

Se dio la vuelta, desconcertada por su tono.

Como era de esperar, Artan empezó a lanzarle una nueva andanada. Orbe tras

orbe, las llamas rodantes volaron desde sus palmas abiertas.

Sherezade entró en pánico. Era imposible que pudiera esquivarlas todas.

—¡No huyáis! —gritó Artan—. ¡Haced que sean ellas las que huyan de vos! ¡Hacedme creer que no sois un corderito al que van a esquilar los lobos cuando os lleve ante mi tía!

—¡No puedo! —chilló, horrorizada por el número de esferas de fuego que se acercaban girando hacia ella.

Sin saber qué más hacer, se tiró bajo las olas. Mantuvo la respiración todo lo que pudo, sumergida bajo el agitado oleaje, hasta que emergió a la superficie y salió del agua, que le llegaba a la cintura, en busca de aire.

—¡Sherezade!

Se retiró una cortina de pelo justo a tiempo de ver una última bola de fuego dirigirse girando hacia ella.

No tuvo tiempo de reaccionar.

Le dio de lleno en el estómago y le atravesó el *qamis*.

Por un momento, se quedó paralizada.

Oyó que Artan le gritaba desde la orilla en un idioma extraño. La bola de fuego giró sobre sí misma y desapareció convertida en una nubecilla de humo.

Ni siquiera logró gritar. A su alrededor, el olor a carne quemada se mezclaba con el de la brisa marina. Las rodillas empezaron a temblarle cuando una ola impactó contra ella.

El agua salada sobre su piel desnuda le devolvió las sensaciones.

La agonía.

Cayó hacia el mar con un grito congelado en los labios.

—Idiota. —Artan la tomó en sus brazos, la sacó de las olas espumosas y la llevó de vuelta a la orilla—. Idiota, idiota, idiota —murmuró.

El temblor se extendió de sus piernas a sus brazos y los dientes le empezaron a castañetear.

—Está..., está ardiendo. —Sherezade le clavó los dedos en la muñeca—. Mi..., mi piel. Está..., está...

Artan se arrodilló en la dura arena y la tumbó allí.

—Idiota, idiota, idiota.

—P-p-parad. N-no podía...

—¡No estoy hablando de vos!

Sin cruzar ni una palabra más, Artan le arrancó los trozos de lino quemado del estómago.

Y en esa ocasión, Sherezade sí que logró soltar un grito.

—¡Callaos! ¡Callaos! —El joven se tiró de un pendiente con expresión de dolor—. No os mováis, que lo voy a arreglar. Os juro que lo voy a arreglar.

Aunque aquellas palabras lo delataban, su cara estaba extrañamente impertérrita: el mentón quieto; la cicatriz diagonal del labio blanca. Le apretó los hombros para

intentar que dejara de temblar. Sherezade se sobresaltó.

A Artan se le dilataron las pupilas, como dos gotas de tinta en el agua. Sus manos se desplazaron de sus hombros y se cernieron sobre su estómago.

De las puntas de sus dedos manó una luz fluctuante.

Pero no era una luz cálida.

Algo gélido le tocó el vientre. Le atravesó la piel. Sintió un escalofrío por la espalda, como si el aire que los separaba estuviera vivo y hormigueante.

La tinta de los ojos de Artan comenzó a cambiar de color. Empezó a aclararse hasta convertirse en un gris tormentoso.

Entonces, ahogó un grito de dolor y volvió a caer sobre sus talones.

Cuando Sherezade se incorporó, se miró el estómago. Quedaba una fea mancha roja, pero no tenía nada que ver con la quemadura que esperaba y el dolor se parecía al de la piel enrojecida tras varios días de exposición solar.

Sólo le llevó un momento percatarse de lo que había ocurrido.

Pues en el estómago desnudo de Artan Temujin, exactamente en el mismo lugar, aparecía una quemadura como la suya.

Salvo que la del joven era mucho peor.

Tenía ampollas y unas úlceras que abarcaban toda su longitud.

Las que le habrían salido a ella.

De algún modo, Artan había transferido lo peor de su herida a su propia piel.

—No... teníais que haber hecho eso —balbució, con un mechón de pelo salado entre los labios.

Era una ridiculez. Una obviedad. Pero sintió que tenía que decirlo.

La boca del chico dibujó una sonrisa que se asemejó a una guadaña.

—De nada.

—Gracias —respondió Sherezade, todavía confusa.

Tras un momento de calma inquietante, a Artan le sobrevino una sacudida y se desplomó en la arena.

—Siempre parece que las cosas nos atraviesan, ¿no?

—Eso parece.

El pecho le palpitaba por el esfuerzo.

—Esto —señaló las heridas gemelas— no está funcionando.

—No. —Sherezade se levantó sobre un codo con cara de malhumor—. Para nada.

—Qué pena. —Artan permaneció postrado en la orilla, perdido en sus pensamientos, mirando el cielo nocturno—. Mi tía os comerá viva.

—¿Por qué..., por qué creéis que vuestra tía me comerá viva? —le preguntó con voz entrecortada—. Y, si estáis tan seguro, ¿por qué me lleváis a verla?

«¿Cuál es la verdadera razón por la que me estás ayudando, Artan Temujin?».

Cuando el chico por fin se decidió a hablar, lo hizo con la mirada fija en las estrellas:

—¿Habéis oído alguna vez la historia de «La chica que atrapó la luna»?

—Claro que sí. Todas las niñas pequeñas la conocen.

—Contádmela tal como vos la sabéis.

—¿Para qué...?

—Por darme el gusto. —Se señaló la herida del estómago—. Sólo por esta vez.

Sherezade juntó las cejas.

—Bueno, sólo por esta vez... —Volvió la vista al cielo—. Había una vez una chica que vivía en una torre de piedra rodeada por dragones blancos que obedecían sus órdenes. Cuando deseaba un pastel jugoso, no tenía más que pedirlo. Cuando quería dormir, hacían caer la noche con el batir de sus alas. Cambiaban el sol por la luna con un simple rugido. Aunque a la chica no le faltaba de nada, siguió pidiendo más y más de todo. Pero lo que más deseaba era ser poderosa. Para ella, los dragones poseían más poder que cualquier otro ser del universo porque eran capaces de hacer realidad sus sueños.

Artan inhaló y contuvo el aire durante unos instantes. Ante aquel extraño comportamiento, Sherezade se sintió mucho más confusa y dejó de hablar.

Cuando el joven la miró de reojo, retomó la palabra:

—Una noche, cuando uno de los dragones le trajo un grueso collar de oro que había pedido procedente de una tierra lejana, la chica olió el extraño perfume que adornaba su envoltura de seda y decidió que no podía seguir viviendo sin disfrutar de ese poder. Tenía que poseerlo, así que le pidió al dragón que la llevara a la fuente de su magia. El dragón se giró hacia la luna llena con la angustia dibujada en su cara enastada. A la joven no le importó; insistió en que el dragón la llevara a la luna para aprovecharse de su poder. Y allá volaron, en mitad de una lluvia de estrellas. La chica reunió a las estrellas y con ellas confeccionó una cuerda. Entonces, aunque el dragón le lanzó una advertencia final, rodeó a la luna con aquel anillo estrellado riendo como una campana que tañera en medio de la noche.

Sherezade paró para mirar a Artan.

—Pero, como suele ocurrirles a las cosas poderosas, la luna se negó a que la contuvieran.

Ante eso, Artan sonrió, aunque su sonrisa no era de diversión, sino de algo mucho más oscuro y profundo.

—La luna empezó a deslizarse por el cielo. La chica, arrancada del lomo de su dragón, se aferró a la cuerda de estrellas y le pidió a gritos a la luna que le concediera su deseo o que la soltara. La respuesta de la luna le traspasó la piel como una brisa heladora: «¿Quieres ser poderosa? Entonces, te convertiré en mi sombra. Una luna para dominar a las estrellas perdidas. Pero ten por seguro que tendrás que pagar un precio». A la chica le dio la risa: «No me importa cuál sea el precio. Llévate todas mis posesiones; cuando tenga semejante poder, ya no las necesitaré». Las palabras de la luna fueron arrastradas por el aire de la noche, más frío que una primera nevada. «Muy bien, niña. Hace mucho tiempo que deseo tener compañía». Luego, con un remolino de polvo de estrellas, convirtió a la chica en su sombra, privándola de toda

luz. Atándola a ella para siempre. A esta sombra de la luna (la nueva luna) se le concedió poder sólo unas cuantas noches al año, pero nunca el suficiente para liberarse de sus ataduras.

—Por eso da la impresión de que la luna que vemos desaparece —remató Artan con voz calma—. Ensombrecida. Eclipsada.

Sherezade asintió una vez.

—Siempre persiguiendo a la luna verdadera.

Sus voces se callaron mientras las olas rompían en la distancia.

—¿Por qué estáis aquí, pequeña descarada? —empezó a decir Artan—. ¿De verdad es por vuestro padre?

—Sí —se apresuró a responder ella.

—¿Sólo por eso?

Sherezade vaciló. Claro que estaba allí por su padre, pero también por otra razón, una razón que debía seguir manteniendo oculta.

—¿Por qué lo preguntáis?

El giró la cabeza hacia ella.

—Porque sé que hay más. Sé que sois la reina de una ciudad destrozada y de un reino al borde de la guerra. Y que vuestro rey es un monstruo.

Sherezade no dijo nada. Sus dedos se dirigieron a la piel desnuda de su estómago y se acarició la herida, vacilante. La sentía caliente al tacto. Su mente se retrotrajo a apenas unos momentos antes, cuando la cara de Artan Temujin había perdido todo indicio de fingimiento.

Cuando los signos de verdadero remordimiento —de una emoción más intensa— se habían puesto de manifiesto.

«La confianza es un asunto interesante cuando se trata de Artan. No se la concederá a los que no se la ofrezcan primero».

Tal vez era hora de depositar una pizca de confianza en aquel chico.

—Jalid... no es un monstruo. En absoluto.

Su corazón se sosegó un instante ante la calidez de aquel recuerdo.

—¿En serio? —Artan la escudriñó—. Entonces, ¿qué es?

—¿Por qué tenéis tanta curiosidad? —Entrecerró los ojos—. ¿Por qué habéis accedido a ayudarme, Artan Temujin?

El chico no respondió de inmediato.

—Esa historia sobre la chica... es sobre mi familia.

—¿Qué?

Sherezade se volvió hacia él intentando esconder su sorpresa.

—No me malinterpretéis. Las anécdotas de vuestra historia son ridículas. Considerablemente embellecidas por el tiempo. Pero su esencia es verídica. Una de mis antepasadas robó a un poderoso portador de luz para convertirse en una cumplidora de deseos igual de poderosa. A cambio, su creador la atrapó. La ató a él para siempre. Una poderosa genio atrapada en una espada hueca.

Su expresión era a la par alegre y amarga.

Por un momento, Sherezade se mostró incrédula.

—Eh...

—Queríais saber por qué he accedido a ayudaros. La razón principal es porque Musa *abaga* me lo ha pedido. Y porque estoy sujeto a la imbecilidad de mi antepasada. Condenado a ser un cumplidor de deseos atrapado. Musa *abaga* me ha mantenido a salvo todos estos años. A salvo de aquellos que querían esclavizarme. Hacer de mí un dragón destinado a traerles collares de oro a niñas desagradecidas. —Rio con amargura—. Musa Zaragoza me protege de la maldición de mi familia; nos mantiene (a mí, a Parisa, a Mas y a los demás) ocultos y nos enseña a controlar nuestros poderes. Nos protege a todos los que estamos aquí, en el Templo de Fuego. Aquí, cuando se nos pide que utilicemos nuestras habilidades, siempre tenemos elección. Aquí nunca somos esclavos de nuestra magia.

—Pero ¿por qué Musa *efendi* tiene que protegeros de vuestra familia?

—Mi familia está tan sedienta de poder como la chica que atrapó la luna. Son monstruos imbuidos de una extraña magia. Mi tía los salvaguarda en una fortaleza de montaña, pero... —Artan hizo una pausa y su cara se tornó lúgubre— ha cometido errores. Mis padres fueron víctimas de su arrogancia. Dejaron la fortaleza para buscar una manera de acabar con sus ataduras. La magia que vertieron sobre el mundo trajo terribles consecuencias. Como resultado, mi tía espera que me quede cerca de ella y que haga lo que se me dice. Que sirva a quien se me diga. Así que hui. —El chico la escudriñaba de cerca mientras hablaba—. Creo que el control de mi tía es otra forma de esclavitud.

Sherezade le devolvió el escrutinio mientras elaboraba su siguiente pregunta.

—¿Vuestra tía... es muy poderosa?

Él resopló.

—Podría prenderle fuego a este templo de un eructo y encender todas las velas de Jorasán con una única flatulencia.

—En serio...

—Tiene mucho poder. —Artan rio con sinceridad—. Y, como vos, carece por completo de sentido del humor.

Sherezade dejó que pasara otro pequeño lapso de tiempo mientras el sonido de las olas se intensificaba, al igual que sus pensamientos.

—¿Es lo bastante poderosa para curar una enfermedad? —Se mordió el labio—. ¿Lo bastante poderosa para... romper una maldición?

—Ajá. —La fulminó con la mirada; todo rastro de humor había desaparecido—. Ahí está. ¿La maldición recae sobre vos?

Sherezade cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Bueno, pues tendrá que hablar con la persona sobre la que recae la maldición —explicó Artan—. Y saber qué tipo de magia se ha utilizado.

—¿Y si no lo sabemos?

El joven se llevó las manos a la nuca y entrelazó los dedos. Cuando respondió, al cabo de un rato, lo hizo en voz baja:

—Tendréis que traerlo, Sherezade. A vuestro rey. Tendrá que hablar con mi tía si queréis que lo ayude.

El miedo se apoderó de su pecho. Aunque pretendía que la ayudara —lo cual implicaba que conociera la verdad—, le fastidió oírlo en voz alta.

—A veces es muy difícil despreciaros —refunfuñó.

—Lo sé.

Artan sonrió de oreja a oreja con la vista aún puesta en las estrellas.

Continuaron observando el cielo nocturno en silencio cómplice hasta que oyeron unos pasos en la arena cercana.

—¿Sherezade-*jan*? —La voz profunda de Musa emergió de la oscuridad.

Ella se levantó y, al hacerlo, notó una aguda punzada en la quemadura del vientre. ¿Sí?

—¿Puedo hablar con vos un momento? —Se cogió los pliegues de la capa—. Os he traído algo.

En su mano había un cuadrado de jade la mitad de ancho que su palma engarzado en un fino círculo de cuero oscuro, supuestamente para ponérselo en el cuello. La superficie de la piedra verde pulida estaba cubierta de marcas intrincadas.

—El talismán del que hablamos —dijo Musa en voz baja.

«El que va a acabar con el insomnio de Jalid».

—No sé si hará mucho —murmuró el anciano—. Probablemente sólo palíe sus efectos durante un rato, pero, aunque sea poco, creo que le ayudará.

Al oír aquello, Artan bostezó de forma ruidosa. Sherezade le lanzó una dura mirada antes de fijarse en la alta figura que tenía delante. Sus cejas negras estaban punteadas de blanco y fruncidas de preocupación.

—Gracias, Musa *efendi*. Esto es mucho más de lo que podría haber esperado.

Musa asintió.

—Por favor, decidle a Jalid... que siento no haber sido más fuerte hace tantos años. Y que siento haberle dejado solo. Pero que ahora estoy aquí por si alguna vez me necesita.

Y, diciendo esto, le entregó el talismán e hizo una profunda reverencia.

Cuando el pulgar de Sherezade acarició las marcas grabadas en el jade, intentó ignorar con todas sus fuerzas el peso indiscutible que se instalaba en su corazón.

El peso de la comprensión.

Y la emoción de la certidumbre.

«Me voy a casa».



LA LLAMADA A LAS ARMAS DE UN RATÓN

La luna era un medio disco de alabastro. En la distancia, las nubes se arremolinaban en tenebrosa sugerencia. Justo igual que el revoltijo de nervios en el estómago de Irsa.

Por desgracia, no era buena siguiendo a alguien a hurtadillas, ya que los dedos de sus pies parecían agarrarse al suelo ante el menor atisbo de movimiento.

Veinte pasos más adelante, Sherezade avanzaba de sombra en sombra con una seguridad que la joven habría envidiado de no estar tan molesta.

De no estar tan enfadada.

Irsa se tapó aún más con la capa...

Y se enganchó el tobillo con el viento de otra tienda.

Masculló uno de los epítetos preferidos de Sherezade, se desató la sandalia y escudriñó la oscuridad.

Su hermana había desaparecido.

Sin detenerse un instante, echó a correr.

Cuando dobló la esquina de la siguiente tienda, una mano salió disparada de entre las sombras y le agarró la muñeca.

—¿Por qué me estás siguiendo? —Era tanto una pregunta como una acusación.

Irsa reprimió un grito. Los ojos de su hermana deslumbraban en la penumbra.

El pulso, que se le había detenido por el estupor momentáneo, se le desbocó por todo el cuerpo. La indignación le seguía muy de cerca.

Se zafó de su hermana.

—¿Adonde vas? —La furia teñía cada una de sus palabras.

Sherezade dejó caer la mandíbula.

No se esperaba para nada que Irsa estuviera enfadada con ella.

—Yo... —Endureció la mirada—. Yo he preguntado primero.

—¡No me importa! Dime adonde vas. ¿Es que no has aprendido nada? Después de lo que pasó con Teymur, ¿no crees que es peligroso desaparecer así como así? No entiendo por qué ibas a...

Su hermana le tendió un brazo, suplicante y conciliadora.

—Irsa...

—¡No! —respondió ella—. No me cuentes historias. Quiero que me digas adonde vas y por qué. Ya.

Sherezade suspiró.

—De entre todas las noches, ojalá no me hubieras seguido esta, *Irsa-jan*. — Desvió la vista hacia el desierto cargada de melancolía—. ¿Me dejas que me vaya sólo esta vez, por favor? Prometo que te llevaré conmigo mañana. Te lo juro.

—No..., no te creo. —Empezaron a empañársele los ojos. Se tragó las lágrimas, maldiciendo su miserable sensibilidad—. ¿Por qué iba a hacerlo? Hoy ni siquiera has ido a ver a *baba*. Ni una vez. ¿Sabías que ha abierto los ojos cuando le he dado su caldo esta tarde? Fue sólo durante un momento, pero te buscaba... ¡y tú no estabas! He tenido que mentirle mientras tú dormías, *Shezi*. Como ayer. Y como anteayer.

—Lo siento mucho.

Le cogió la mano y se la apretó.

—No puedes ir por ahí y pretender que todo el mundo te espere. Como si no tuviéramos nada mejor que hacer. Como si no fuéramos capaces de nada más.

—Lo sé. Esa nunca ha sido mi intención. —Se mordió el labio inferior—. Pero... ¿podemos hablar mañana?

Su mirada se desvió de nuevo hacia el desierto e *Irsa* sintió que el calor del resentimiento volvía a subirle y le picoteaba el rabillo de los ojos.

—Vete. —Se zafó de la mano de su hermana—. Ve adonde sea que desaparezcas. Adonde sea que es más importante que el aquí y el ahora.

Sherezade volvió a buscar su mano.

—Te prometo que...

—De ahora en adelante, haz sólo promesas que pretendas cumplir. Y ten cuidado, *Shezi*. Por favor. Ten cuidado.

Sherezade se calló y sus rasgos se tensaron antes de escabullirse entre las sombras que tenía por delante sin volver la vista atrás.

De vuelta al campamento, *Irsa* sentía los pies pesados como plomos. Cada paso parecía involuntario. Arrastraba los dedos, dibujando patrones en la arena. Cuando alzó la vista, se dio cuenta de que se había parado justo delante de una tienda que no era la suya.

¿Qué estaba haciendo?

Se quedó plantada delante de la tienda de *Rahim al Din Walad* como una tonta sin propósito.

Sin motivo.

Entonces tomó una decisión. Y se aclaró la garganta.

—¿*Rahim*?

Sonó como la llamada a las armas de un ratón.

Se irguió y lo intentó otra vez:

—*Rahim*.

Mejor, pero aún no llegaba a ser el rugido de un león.

Dio un salto y se giró cuando la abertura de la tienda se convirtió de repente en un amasijo de extremidades desgarradas.

—¿Qué ocurre?

Rahim se pasó la mano por el sueño que le velaba los ojos.

¿Qué ocurría?

¿Por qué había ido allí siquiera?

—Aisha me ha contado una historia —soltó sin pensar—. ¿Quieres oírla?

—¿Qué? —El muchacho se restregó la cabeza desgredada con mirada incrédula—. Irsa, no puedes hablar en serio —añadió—. Son las tantas de la noche.

—No importa.

El ratón se giró, dispuesto a marcharse.

—Espera, espera. —Rahim le sujetó el codo—. Cuéntamela.

Irsa alzó la mirada hasta él, todo párpados pesados y pestañas negras como el azabache. ¿Siempre había sido tan... alto?

—Me..., me ha contado que una vez este desierto fue un mar. —Hizo una pausa para serenar la voz—. Que estaba lleno de toda clase de peces y que estos danzaban en aguas resplandecientes y nadaban bajo un sol perfecto. Hasta que un día un pececillo insatisfecho decidió que estaba harto de nadar y quiso volar, de modo que fue a ver a la Bruja del Mar y esta le pidió que llevara todas las flores blancas que encontrara a lo largo de las orillas más lejanas. Le fabricaría unas alas a partir de sus pétalos. Cuando el pececillo le llevó una cestita tejida con hilo de ortiga llena de flores blancas, la Bruja del Mar le lanzó un hechizo y una sombra negra cruzó por delante del sol. Fue como si la noche lo hubiera cubierto todo para siempre. El mar se secó y todos los bonitos peces empezaron a desaparecer, salvo el único con alas de pétalos blancos. Cuando al fin el sol reapareció, el pececillo se sintió tan culpable por lo que había hecho que voló hasta su luz abrasadora y sus alas se rompieron en mil pedazos. Ahora, cuando contemplas el desierto y la costa, aún puedes ver cómo pagó por sus alas: las preciosas conchas blancas con las flores grabadas en su superficie.

Terminó el cuento con una rápida retahíla exhalada de una sola vez.

Rahim le sonrió, armado de paciencia.

—No soy buena contando historias —susurró Irsa mientras el resto de una lágrima le caía por la cara.

Él se inclinó hacia delante y la recogió con el pulgar.

Avergonzada, retrocedió.

Haber ido allí había sido un error.

¿No?

Una suave ráfaga de viento sopló alrededor de los dos, envolviendo a la joven en un olor a aceite de linaza y... ¿naranjas?

Rahim debía de haber comido naranjas antes de acostarse. Qué... maravilloso.

—¿Qué ocurre, Irsajari?

—Sigue sin contar conmigo —dijo en voz baja—. Nadie cuenta conmigo. Y estoy preocupada por ella. Pero, más que nada, es que estoy sola.

Sin mediar palabra, Rahim se sentó delante de la tienda y le dio una palmadita a

la arena de al lado.

Ella tomó asiento y se pegó las rodillas al pecho.

Él la miró con determinación.

—Ya no estás sola.

Irsa sonrió y apoyó la mejilla en su hombro.

Y no hizo falta más.



UN EQUILIBRIO PERFECTO

La lluvia empezó a caer cuando las puertas de Rey aparecieron en el horizonte. Unos goterones ingobernables empezaron a repiquetear en los hombros de Sherezade y en las esquinas de la alfombra mágica.

Había sentido la amenaza de la tormenta mientras planeaba por debajo del conglomerado de nubes. El olor metálico se había abierto paso a través del viento y jugueteaba con las puntas de su pelo...

Espoleándola hacia delante.

Haciendo que la sangre le bullera continuamente por el cuerpo.

«Jalid».

Cuando se acercaba a las puertas de la ciudad, una corriente de aire elevó la alfombra y la condujo más allá de las almenas iluminadas con antorchas, más allá de la vista de cualquier centinela que hiciera su ronda.

La ciudad dormida estaba tal cual la recordaba...

Si bien distinta.

Algunas zonas de la joya de la corona de Jorasán parecían haber sido machacadas por un puño gigante. Otras estaban chamuscadas e irreconocibles. Durante unos segundos, una sensación de abatimiento le sobrecogió el corazón.

Después, cuando inició el descenso, vio algunos signos de esperanza.

El color claro del granito nuevo frente al viejo. El olor a savia de la madera recién cortada. Las montañas de escombros organizadas. El hedor de la quema de los restos de las casas destruidas.

A su alrededor había una ciudad que no se había rendido.

Medio en ruinas.

Pero a medio renacer.

El corazón se le hinchó y le sacudió de encima aquella sensación de abatimiento. El pueblo de Rey no había huido.

Ni tampoco Jalid.

Volvió a elevar la alfombra en dirección a un palacio roto de granito y mármol que brillaba con el primer destello de una lluvia estival.

Hacia el palacio roto que llamaba hogar.

Un gorjeo de aprensión trinó en su interior, provocando un aluvión de preguntas.

«Jalid es igual de cabezota que yo. ¿Y si se niega a confiar en Artan o en su

familia?

¿Y si rechaza su ofrecimiento de ayuda? ¿Y si está resignado a seguir viviendo bajo el peso de esta maldición?».

Acto seguido, la pregunta más egoísta de todas, la que no había querido considerar, se hizo eco en su mente:

«¿Y si está furioso conmigo por abandonar Rey?

¿Por abandonarlo a él sin mediar palabra?».

Los goterones se volvieron más largos y finos cuando empezaron a multiplicarse. Sin ninguna advertencia, las nubes descargaron una dulce lluvia plateada sobre la ciudad. Una neblina brumosa se formó cerca del suelo cuando el agua chispeó sobre la piedra y empapó la tierra sedienta.

Sherezade aterrizó en el balcón de la antecámara de Jalid.

Esperó un rato en silencio mientras el pulso le zumbaba en los oídos. Sintió toda la gama de emociones y, a pesar de la cálida brisa estival, temblaba.

Él estaba tan cerca... Casi al alcance de su mano.

Pero no se atrevía a abrir las celosías labradas que tenía delante.

Lo había dejado. Aunque lo había hecho para protegerlo, para proteger el amor que compartían, lo había dejado solo. Y había tomado esa decisión sin contar con él.

Jalid no había huido de sus obligaciones. Eso le había quedado claro al sobrevolar Rey. Había visto su capacidad de organización, su serena inteligencia en cada uno de los aspectos de la restauración. En la ingeniería lógica. En la cuidadosa atención al detalle.

Él estaba por todas partes. Aunque ella fuera la única que viera aquella simple verdad.

Era ella quien había huido de aquel desastre en llamas sin volver la vista atrás. Quien había dejado que el chico al que amaba acometiera una tarea inconmensurable sin ella.

¿La miraría con ojos de traición? ¿Con ojos de juicio?

¿O sus ojos serían los mismos de siempre?

Unos ojos que habían sido suyos y de nadie más.

Estaba calada hasta los huesos. La dulce y fragante lluvia le había empapado el pelo y le chorreaba por las puntas. Tenía el *qamis* pegado al cuerpo y el fajín *tikka* azul marino arrastraba por el ónice junto a sus sandalias.

¿Cuánto tiempo había desperdiciado teniendo miedo de aquel balcón?

«El suficiente».

Sherezade echó hacia atrás los hombros y se dirigió a las celosías...

Que se abrieron en ese preciso momento.

Se detuvo en seco y no se atrevió a levantar la vista.

Sabía que se trataba de Jalid. Más que verlo, lo sintió.

Como de costumbre. Como siempre. Como una rosa al sol.

Le temblaron las rodillas y notó un escalofrío desde la nuca hasta las plantas de

los pies.

—¿Sherezade?

Aquel tono bajo y humilde. Inconfundible. Cuando Sherezade se enfrentó a su mirada, todo a su alrededor se desvaneció. Hasta la propia lluvia se congeló de repente.

Un momento suspendido en el tiempo. Un par de ojos ambarinos en un balcón.

Y ya no hubo más miedo. Ni más preocupaciones. Ni más juicios.

Las rodillas dejaron de temblarle. El corazón se le asentó en el pecho.

En aquel momento de equilibrio perfecto, lo comprendió. ¿Aquella paz? ¿Aquellas preocupaciones silenciadas sin esfuerzo?

Se debía a que eran dos partes de un todo. Él no le pertenecía. Y ella no le pertenecía a él. No se trataba de pertenecer a nadie.

Sino de que estaban hechos el uno para el otro.

Sherezade caminó hacia él con la cabeza alta.

Jalid no pestañeó.

—Shezi.

—Sí —respondió ella con voz clara y fuerte. Justo como se sentía.

Los ojos del califa se entrecerraron mínimamente. Como cautelosos en su descrédito. Como no merecedores de la verdad que presenciaban. El gesto le resultó tan dolorosamente familiar que le entraron ganas de lanzarse a sus brazos.

Pero estaba empapada, y Jalid parecía tan impoluto como siempre. Su pelo negro estaba impecable. Las afiladas planicies de su cara le recordaron a un halcón en pleno vuelo. Penetrante y a la vez fríamente distante. Como si pudiera juzgar a un hombre con una simple mirada, en caso de tener que hacerlo. La fina tela de sus ropas cubría de un extremo a otro su esbelta figura de guerrero curtido.

Sus ojos brillaban como oro líquido. Y hablaban por sí solos.

Sherezade se echó las ondas mojadas a un lado y se las escurrió.

—¡Lo siento! —Arrugó la nariz—. Eso ha sido...

Él la abrazó en su pecho y le pasó una mano vacilante por la cabeza. Sherezade notó en la mejilla el latido de su corazón, alto y sincero. La única medición del tiempo que importaba.

Exhaló de prisa y volvió a inhalar profundamente. Para respirar su aroma. El aroma del sándalo y del sol brillante. Desplazó los dedos por su piel y estos fueron rememorando: las manos de un virtuoso espadachín; los labios de su gran amor; el corazón de un rey.

—Jalid.

Después de su abrazo, Sherezade vio que Jalid volvía a mantener la distancia con cuidado.

Aunque aquello la frustró, entendió sus motivos.

No era para castigarla, sino para protegerla. Lo conocía lo bastante bien para darse cuenta de ello. Y aún tenía que revelarle por qué había vuelto.

Tal vez era más importante que hablaran.

«De momento».

Jalid escuchó —con las cejas elevadas en un gesto severo— lo que Sherezade le contó acerca de la alfombra mágica y lo de aquella nueva y extraña habilidad que aún tenía que aprender a controlar, pero, salvo por aquella efusividad inicial, no se pronunció al respecto.

En lugar de eso, le procuró una muda de ropa y, para su exasperación, se dio la vuelta mientras ella se quitaba su indumentaria empapada.

Ante aquello, se vio obligada a tragarse un comentario descarado.

Estaban casados, después de todo.

Y, sin embargo, entendía perfectamente aquel comportamiento.

Lo hacía para protegerse.

Así que, aunque deseaba desafiar la resolución de Jalid con un ataque verbal, optó por una indirecta, por ponerse el *qamis* que le había buscado... y nada más. Al fin y al cabo, los pantalones *sirwal* eran demasiado grandes. Ambas prendas eran masculinas. El *qamis* le cubría más que suficiente, pues le llegaba casi a las rodillas.

Más que apropiado.

«De momento».

Se vio a sí misma reprimiendo una sonrisa bastante inapropiada.

Cuando Jalid se giró, volvió a elevar las cejas.

Luego soltó un suspiro largo y bajo.

—¿Ocurre algo malo? —Su voz sonó inocente, aunque su expresión denotaba casi todo lo contrario. Se sentó en el filo de la cama y echó las piernas a un lado.

—Malo no es la palabra adecuada. —La réplica fue brusca, aunque escondía una nota de humor.

Jalid se paseó por la alcoba apenas iluminada con movimientos fluidos, como los de una sombra de humo. Sherezade lo siguió con la mirada, consciente de que parecía una depredadora acechando a su presa.

Él sacó un diván con cojines de detrás de su escritorio de ébano y lo colocó ante la cama. Cuando se sentó, se aseguró bien de mantener la distancia entre ellos...

Una distancia que a Sherezade no le pasó desapercibida.

Frunció el ceño.

—Eso es llevar las cosas un poquito lejos, ¿no crees?

—No si intento pensar. Alguno incluso podría argumentar que no es lo bastante lejos.

Jalid se recostó en el diván con ojos chispeantes. Concentrados. Sin pestañear.

No, Sherezade no era la depredadora. Ya no.

«Bien, entonces».

Aturdida, hizo ademán de levantarse.

—En realidad, yo...

—Shezi. —Jalid alzó una mano para detenerla—. No puedes... No..., no deberías quedarte.

Al califa nunca se le habían atragantado las palabras de aquella manera.

—No..., no voy a quedarme.

Jalid se hundió aún más en la seda aterciopelada. Luego asintió.

—Pero tengo intención de quedarme... al final. —Sherezade alzó la barbilla con aire impetuoso—. De hecho, pretendo hacer mucho más que quedarme. Pretendo florecer. Una vez que rompamos la maldición. —Dejó que la frase se propagara por la enorme alcoba, retando a las paredes a que se levantaran y la desafiaran.

Incluso a la débil luz de la lámpara del techo, vio cómo la cara del joven se ablandaba.

—Si creyera que hay un modo de romper la maldición...

—Puede que lo haya —lo interrumpió—, pero necesito que confíes en mí. Y que no te enfades conmigo por lo que estoy a punto de contarte.

—Confío en ti.

—Pero ¿te enfadarás?

Él no dijo nada. Sus ojos sólo se estrecharon por las comisuras.

Sin duda estaba sopesando sus opciones. O elaborando una estrategia.

«Hay cosas que nunca cambian».

—Ya debes de saber que tienes un genio abominable —dijo Sherezade en tono de reproche.

Una sonrisa asomó a sus labios.

—Igual que tú, mi reina.

—No estamos discutiendo mis defectos. —Inhaló—. Prométeme que no perderás los nervios hasta que termine de hablar.

De nuevo, él se quedó callado.

—¿Jalid?

Él asintió una vez con la cabeza en señal de reconocimiento.

—He ido al Templo de Fuego a ver a Musa Zaragoza.

Jalid se tensó. Sherezade ya lo veía recopilando objeciones, así que se le adelantó:

—Sé que estás resentido con él por lo que ocurrió con tu madre. Porque no... acudiera en su ayuda, pero ahora desea colaborar y ha sido él quien me ha dado el conocimiento y los medios para viajar hasta aquí sin ser vista.

—Aprecio que te ayude, Sherezade. Mucho.

Pero su tono lo delataba. Salvo por el susurro con el que solía pronunciar su nombre, el resto de las palabras sonaron como aprendidas de memoria. Frías e indiferentes.

Sherezade, decepcionada por su incapacidad para perdonar, le lanzó una mirada fulminante. Él la afrontó hasta que se dio por vencido; exhaló y la dejó continuar.

—Uno de los alumnos del Templo de Fuego tiene un familiar que declara ser una

poderosa hechicera. Es posible que pueda proporcionarnos un modo de deshacer la maldición.

La respuesta de Jalid fue inmediata; su postura, inflexible.

—Ese tipo de magia conlleva un precio. Uno que no estoy dispuesto a pagar.

—Por favor. —Sherezade se incorporó y el pelo húmedo le cayó sobre uno de los hombros—. Al menos ven conmigo y averigüemos cuál es ese precio.

—No. —La negación fue rotunda.

Pero ella se negó a ceder.

—Jalid...

—No conozco a esa gente, así que no puedo confiar en ellos.

—Has dicho que confías en mí.

—Confío en ti de forma incondicional, pero no pondría la mano en el fuego por Musa Zaragoza ni por ninguno de sus supuestos alumnos —dijo con voz cortante—. Y tampoco me arriesgaría a poner la tuya.

—¡Deja de ser tan cabezota! —Sus pies descalzos se posaron en el suelo de ónice—. No me hagas pedírtelo de rodillas, porque no lo haré. Sólo perderé los nervios o me pondré a llorar. Y siempre he despreciado en secreto a los que lloran para conseguir sus objetivos. Pero si me obligas a hacerlo, Jalid ben al Rashid, lo haré. Y lloro de maravilla. —Se cruzó de brazos e hizo un puchero.

Jalid torció la boca.

—No lloras de maravilla.

—¡Mentiroso!

—No estoy mintiendo. —Le aguantó la mirada—. Casi nunca miento.

Ya lo sospechaba desde hacía tiempo, pero no se pudo resistir a presionarle.

—¿Nunca me has mentido?

Jalid hizo una pausa.

—Una vez.

—¿Ah, sí? —Arqueó una de sus finas cejas—. ¿Y cuándo fue?

—En el zoco. Cuando me preguntaste si me acordaba de mi último sueño y te dije que no.

—¿Te acordabas?

Asintió.

Sherezade tomó aire despacio, preguntándose si sería mejor no ahondar en el tema.

—¿Y vas a contarme de qué iba tu sueño?

—En aquel momento, más que un sueño era una pesadilla recurrente. —El califa la observó durante un instante—. Soñé que dormía junto a una chica en mi alcoba. No recuerdo su cara ni nada de ella. Sólo recuerdo cómo me sentía.

—¿Y cómo te sentías?

—Como si hubiera encontrado la paz.

Su mirada se tornó todavía más intensa. Todavía más penetrante.

—Oh. —Sherezade desvió la vista y se puso a jugar con la manga del *qamis* prestado para disimular el rubor de sus mejillas.

«Aquella noche en el zoco, Jalid me mintió porque creía que había soñado conmigo».

—La última vez que tuve ese sueño fue la noche antes de que vinieras a palacio —continuó—. Lo recuerdo bien porque me desperté de súbito buscando algo que... no estaba.

Sus ojos se desviaron a la pared de alabastro; estaba sumido en sus pensamientos.

Sumido en una tierra baldía familiar. Una tierra baldía que Sherezade esperaba no volver a ver.

Fue hacia él con paso firme y resolute.

—La paz que buscas está aquí —le susurró—. Lucha por ella. Yo lucharé por ella contigo. Haré lo que haga falta. —Apretó las mangas del *qamis*—. Cuando estaba en el desierto, me despertaba cada día y continuaba con mi vida, pero en realidad aquello no era vida, sino mera existencia. Y quiero vivir. Mi vida está en ti.

Jalid la miró con cara inescrutable.

Sus ojos hicieron que el corazón se le rebelara.

—Cuánto he echado de menos ese silencio tuyo, esa manera de escucharme. —Sherezade intentó esbozar una débil sonrisa—. Nadie me escucha como tú.

La expresión de él se volvió socarrona.

—No esperas tu turno para hablar —aclaró—. Escuchas de verdad.

—Sólo a ti —replicó Jalid con gentileza.

Ante eso, alargó una mano hacia él, que deluvo justo delante de su frente, como pidiéndole permiso. Él se inclinó hacia delante y examinó cuidadosamente con los dedos su pelo negro y sedoso. Luego la cogió por detrás de la rodilla y la atrajo hacia sí.

—Lucha conmigo —dijo ella.

En vista de su silencio, le tiró del pelo y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Quiero una vida rodeada de las personas a las que amo, felices y a salvo. ¿Qué quieres tú?

—Vivir... con valentía.

—¿Qué más?

—Saborear cada segundo.

Jalid le rozó la pierna; un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Qué más? —Le tembló la voz.

—Dormirme cada noche contigo a mi lado.

Sherezade le sujetó la cara entre las manos.

—Entonces lucha por ello.

Su cuidadoso control flaqueó. Se levantó de repente y la atrajo aún más hacia sí.

—¿Vendrás conmigo?

Sherezade jadeó cuando las manos de Jalid subieron por su cuerpo.

Él asintió.

Entonces tiró de ella y le dio un beso en la boca. Su lengua se abrió paso entre sus labios y ella susurró su nombre mientras la llevaba a la cama y sus cuerpos caían en la seda mate.

Aquello nunca dejaría de sorprenderla...

El perfecto reconocimiento detrás de cada mirada, de cada susurro, de cada suspiro.

Sus palabras eran una chispa prendida en aceite. Sus caricias, un auténtico fuego contra su piel.

Se sacó la ropa por la cabeza y Jalid se puso de rodillas para quitarse el *qamis*. Bajó la vista hacia ella...

Y todo se detuvo de pronto con una espantosa precipitación.

Tensó la mandíbula. Los nudillos se le pusieron blancos.

Estaba furioso.

Iracundo.

Su rostro era la rabia personificada. El silencio lo consumía todo. Era peor cuando estaba así de callado.

Cuando Jalid bajó la vista hacia su cuerpo, se dio cuenta de por qué.

Los cardenales. La quemadura.

—Jalid...

—¿Quién te ha hecho esto? —Su voz era suave. Mortalmente suave.

Aquel aplomo despiadado le puso la piel de gallina.

«Acuérdate: Jalid no es de los que perdonan.

Para él, la violencia engendra violencia. Y probablemente siempre lo hará».

—No —respondió Sherezade con delicadeza—. No arruines nuestro tiempo juntos con esa rabia. No me han hecho daño. Estas heridas están ahí por mi propia culpa. Algunas volvería a hacérmelas una y mil veces porque me han hecho más fuerte. Me han traído hasta ti.

—Sherezade...

Ella se incorporó para acariciarle la marca de la clavícula, el débil cardenal de su mandíbula... Ya continuación llevó los dedos a los cortes recientes de sus manos. A la raja que le cruzaba la palma y que aún no había sanado.

—Yo también odio tus cicatrices —murmuró—, pero la piel es piel, ya sea de un hombre o de una mujer. Y el dolor es dolor. No lamentes el mío más de lo que yo lamento el tuyo, y confía en que, si alguna vez se comete alguna injusticia contra mí, serás el primero en saberlo. —Le besó la herida—. Y yo me quedaré a tu lado mientras lo enmendamos juntos.

Le cogió la mano y se la llevó a la quemadura del estómago.

—Te prometo que no me duele.

Sonrió casi burlona.

Él arrugó el ceño.

—Mentirosa.

Sherezade lo empujó y él cayó de espaldas.

Con el pelo enredado en torno a su garganta, se puso a horcajadas sobre él.

—Puede que tenga debilidad por las rosas, pero no soy frágil como una flor.

—No. —La boca de Jalid se curvó ligeramente hacia arriba—. No lo eres.

—¿Sabes por qué me encantan las rosas? —Desató el nudo de su fajín *tikka* con deliberada lentitud—. Siempre me han encantado por su belleza y su olor, pero...

—Por sus espinas. —Sus músculos se tensaron cuando ella lo tocó—. Porque hay más en ellas de lo que se ve a simple vista.

Sherezade le sonrió y le pasó los dedos por los huecos curvos de sus caderas.

—¿Sabes cuánto te he echado de menos?

Él respiró hondo.

—Sí. —Le acarició el labio inferior con el pulgar—. ¿Y tú sabes que haces que mi vida valga la pena vivirla mil veces más?

—Sí. —Se le secó la garganta—. Lo sé.

Los ojos de Jalid se posaron en el cordón de bramante que llevaba al cuello. Sus dedos se enroscaron alrededor del anillo.

—Ya no podía llevarlo en la mano —explicó Sherezade—, pero no quería...

La acercó hacia sí tirando del collar y la besó en silencio.

Sus labios no tardaron en encontrar el ritmo. Y sus cuerpos se encontraron, buscando lo mismo.

Buscando un momento de equilibrio perfecto.

Un momento que lo contenía todo.

Y, en ese momento, perdieron consciencia de todo más allá de sí mismos. Pues, en ese instante, no había dolor. No había cicatrices. Y aquella maldición era un problema de alguna época pasada.

Allí, lo único que importaba estaba delante de cada uno de ellos. En aquel momento y en aquel lugar.

—Te quiero —susurró Sherezade—. Tú eres todo lo que soy.

—Y tú eres todo lo que yo seré.

Pues, allí, ambos existían más allá del tiempo.

Allí, ya no podían sentir dónde acababa ella y dónde empezaba él.

—Es tarde —dijo Jalid—. Deberías dormir.

—¿Qué dices? No voy a hacer nada.

—Deja de sonreír y acuéstate.

—¿Cómo sabes que estoy sonriendo? Ni siquiera me estás mirando.

—Puedo sentir tu sonrisa, Shezi.

El cálido sonido de su risa traspasó la piel del chico y calentó los rincones más fríos de su alma.

Estaba tumbado bocabajo con los ojos cerrados, intentando que se le pasara aquel desgarrador dolor de cabeza. Que este hubiera elegido aquel preciso momento para manifestarse era una prueba más de su sempiterna mala suerte.

O quizás una prueba más del retorcido humor del destino.

Los cojines crujieron a su alrededor. Sherezade se dejó caer sobre su espalda, envolviéndolo con su pequeña figura. Jalid notó la presión de su mejilla entre los omóplatos. Luego, con una caricia similar a una pluma, le subió ambas manos por los brazos en dirección a la nuca.

—¿Quieres que pare? —le preguntó cuando se dio cuenta de que sus intentos de aliviarle eran en vano.

—No.

—¿Qué quieres? —Su tono era casi juguetón.

Jalid meditó un instante, tratando de disipar las imágenes que sus palabras le traían a la mente.

—Tal vez una historia.

Sonrió para sí, a pesar de las punzadas de su frente.

—¿Cualquier historia?

Asintió, con los ojos todavía cerrados.

Ella se acercó más para susurrarle al oído.

—Un joven iba paseando por el bosque cuando por casualidad se encontró con una elocuente paloma. Se detuvo a escuchar la dulce melodía de su canto y se sorprendió cuando el ave dejó de cantar y empezó a hablar con él.

Parecía que Sherezade hubiera salido de un sueño, uno del que Jalid no quería despertar.

Volvió a sentir su sonrisa.

—La paloma dijo: «¡Muchacho, parece que tienes buen gusto! Quisiera compartir un secreto contigo: si tomas este camino de aquí, llegarás a una puerta roja lacada con un tirador de madera. Antes de eso, te encontrarás con la tribu de los Hombres Llorosos. No les preguntes por qué lloran; ¡límitate a franquear la puerta y hallarás unas riquezas que no llegaste a imaginar ni en tus mejores sueños!». El joven estaba tan sorprendido por encontrarse con una paloma parlante y por la promesa de aquellas riquezas que siguió las indicaciones que esta le había dado a través del bosque.

—La locura de la juventud —murmuró el califa.

Sherezade rio por lo bajo y ese sonido le recorrió la columna a Jalid.

—Justo como la paloma había dicho, el joven llegó a un claro con una única puerta lacada en rojo, cerrada con un pestillo y un tirador de madera. Ante ella se sentaba la tribu de los Hombres Llorosos. El joven los ignoró y se fue derecho hacia la puerta. Accionó el tirador de madera y cruzó el umbral. Delante de él había un jardín colgante, pero no se trataba de un jardín de flores ni de frutos, sino de joyas brillantes. Donde debía haberse ubicado un manzanal, había un bosquecillo de esmeraldas. Donde habría esperado encontrar bayas, halló rubíes del tamaño de su

pulgar. Brillante jaspe amarillo relucía en lugar de naranjas. Deslumbrantes amatistas goteaban en lugar de jacintos. Diamantes y perlas fulguraban sobre tallos de jazmín. El joven se llenó los bolsillos de joyas- frutos y flores-gemas, riendo hasta que le dolieron los costados.

Entrelazó los dedos con los de él.

—Cuando terminó de recorrer el jardín colgante, llegó a un bonito pueblo frente a un mar cristalino, donde compró la casa más espléndida que pudo encontrar. Al final del pueblo, se topó con otra puerta lacada provista de otro tirador de madera. La abrió y se dio de bruces con el mercado de una gran ciudad, donde disfrutó de las imágenes y los sonidos propios del ajetreo comercial y del aroma de suculentas delicias. Al cabo de poco tiempo había amasado una considerable cantidad de oro. La calidad de las gemas que poseía no tenía parangón y su don para el comercio no conocía límites. ¡Parecía que, recalara donde recalara, la suerte estaba de su lado! Cuando llegó a otra puerta con otro tirador de madera, la franqueó y se encontró con la mujer más bella que había contemplado en su vida. Juntos de la mano, continuaron el camino hasta otra vista espectacular sembrada de verdes valles y manantiales rutilantes. El joven no miró atrás ni una sola vez. Siempre adelante. Siempre hacia la siguiente puerta.

«Entonces, al cabo de muchos años, cuando ya no podía llamarse joven, se topó con otra puerta de madera provista de otro tirador de madera y, sin la menor vacilación, la franqueó, condujera adonde condujese.

El único sonido que reinaba en la alcoba era el de sus respiraciones compartidas.

La voz de Sherezade adoptó un tono melancólico:

—Y se vio a sí mismo caminando por un bosque. Llegando a un claro familiar, rodeado por una tribu de Hombres Llorosos. La puerta lacada que tenía ante sí no disponía de tirador. En ese momento, el hombre que ya no era joven comprendió. Se sentó junto a su tribu... y empezó a llorar».

El silencio se alargó.

Al cabo de unos instantes, Jalid preguntó por fin:

—¿Por qué has elegido esta historia en particular?

Otro largo silencio.

—A veces... me preocupa ansiar demasiado —explicó Sherezade.

—Eso no es posible, te mereces todo lo que deseas y más.

Ella se movió para apoyar la barbilla en su hombro y Jalid se estremeció.

—¿Te duele mucho? —Su desazón era evidente.

Una parte de él sabía que debía mentir para ahorrarle la preocupación, pero no le vio sentido. En su opinión, las mentiras casi nunca servían para su supuesto propósito. Y solían conllevar más mentiras.

—Sí —admitió—. Pero sobreviviré.

—Tengo algo que podría ayudarte.

Le plantó un beso sugerente en mitad de la espalda.

A pesar del azote de la frente, consideró su ofrecimiento. Su negra melena era un

brillante velo contra su hombro. El olor a lluvia le impregnaba cada rizo. E incluso en aquel duro momento logró imaginar cómo se separaban sus labios cuando la besaba en el hueco de la garganta. Cómo su suave aliento le bañaba la piel. Cómo sus finas manos...

Casi gruñó, derrotado.

—Me muero de ganas, pero creo que ya hemos probado ese remedio esta noche. Más de una vez.

El aire se colmó de otro torrente de risas cantarinas. Sherezade se escurrió de su espalda, dejándolo frío. Jalid abrió los ojos y la vio dirigirse a la montaña de ropa tirada.

Cuando regresó, llevaba un cuadrado de piedra verde en la mano, ensartado en un cordón de cuero.

—Es un talismán. Musa *efendi* dijo que ayudaría a curar tu insomnio.

—¿Musa *efendi*?

Jalid se puso bocarriba y empezó a protestar. Lo último que quería era un regalo del mago cobarde al que había conocido de niño. El cobarde que se había quedado al margen viendo cómo su madre se ahogaba en su propia sangre.

—Ya basta. —Sherezade le puso una mano en el pecho para contrarrestar su negativa—. Acepta la ayuda que se te ofrece, Jalid-*jan*. La verdadera fuerza no reside en la soberanía, sino en saber cuándo se necesita ayuda y en tener el valor de aceptarla.

Aunque le escocían los ojos, Jalid la observó detenidamente mientras hablaba, como si quisiera grabar su imagen a fuego en su mente: su barbilla descarada, sus ojos fastuosos y su pelo rebelde. Nadie negaría que era hermosa, pero su belleza no era lo único que lo cautivaba y la hacía única a sus ojos.

Era el modo en que se comportaba, con ese aplomo.

Con esa fuerza.

—Eres muy sabia, Sherezade al Jayzurán. Tal vez deberías gobernar Jorasán y dejar que me consuma en tu alcoba hasta que me necesites.

—Tal vez. —Se tumbó a su lado—. Pero no nací varón.

—Hace mucho que pienso que eso no debería importar.

Jalid se envolvió con una de sus piernas.

—¿Al menos comprobarás si el talismán funciona?

En lugar de darle una respuesta, el chico enterró la cara en sus ondas negras y aspiró el aroma a lilas y a lluvia. Sherezade soltó una exasperada bocanada de aire por encima de su cabeza.

—Di...

—Lo comprobaré —le dijo, enterrado en su cuello—. Y ahora vete a dormir.

Sherezade se apartó de él, pero se hizo un ovillo en el hueco de su hombro.

—¿Jalid?

Él reprimió el comienzo de una sonrisa.

¿Sí?

—No tienes que decir que me amas, sé que es así, pero... ¿puedo preguntarte por qué no lo haces?

Aunque Sherezade lo dijo con aire despreocupado, Jalid notó los latidos del corazón de la joven entre los omóplatos. Notó cómo se aceleraban. Y le dolió saber que le había dado motivos para dudar de su afecto. Pero ya hacía tiempo que sabía que le debía una explicación.

En realidad, le debía mucho más que eso.

Estaba claro que ella quería saber por qué, siendo como era una chica que no se mordía la lengua y que compartía sus sentimientos generosamente con quien creía merecedor de ellos. Después de todo lo que él había hecho —y todo lo que había dejado de hacer—, aún le sorprendía contarse entre esos merecedores.

La atrajo hacia sí.

—Ante la tumba de Ava, juré que me pasaría la vida *demonstrando* mis sentimientos a aquellos a quienes amo en lugar de recurrir a las palabras. Prometí que haría por otros lo que no logré hacer por ella. No profesar amor, sino actuar en consecuencia.

Se quedaron tumbados un rato en silencio. Aunque Jalid fue incapaz de ver su reacción, sabía que estaba pensando. Sabía que estaba considerando su promesa.

A lo mejor era un estúpido por aferrarse a ella, a esa promesa que le había hecho a una chica que ya no vivía. Una chica que había sufrido tantísimo en vida. Y a la que su mentira le había abrasado los oídos al morir.

Una mentira de amor. Lo único que ella le había pedido.

Lo único que él nunca le había podido dar.

Jalid le había fallado a Ava en todo. Y ahora no quería correr la misma suerte.

Por eso no hacía promesas a la ligera.

—Lo entiendo —respondió Sherezade.

—Shezi...

—Ya que no puedes decirlo, ¿al menos me dirás cuánto me quieres?

El califa le pasó la punta de la nariz por el filo de la oreja, con una sonrisa de agradecimiento dibujada en los labios.

—Desde las estrellas hasta las estrellas.



DE UNA VEZ POR TODAS

Sherezade volvió a meterse a hurtadillas en su tienda en cuanto el amanecer empezó a despuntar por el horizonte.

Se sentía afortunada por haber conseguido regresar sin ser vista. A decir verdad, había abandonado Rey en el último momento. Aunque lo que más le había apetecido era quedarse con Jalid y contemplar cómo el cielo se encendía, no podía arriesgarse a que la descubrieran.

Y sabía que tenía que dar explicaciones a Irsa por el modo en que había dejado las cosas la noche anterior.

En cuanto cerró las solapas de su tienda, se giró y descubrió a su hermana sentada en su jergón con los ojos irritados y bordeados de rojo.

A todas luces, no había dormido bien. Y puede que incluso hubiera derramado un par de lágrimas.

Sherezade reprimió un suspiro.

—Irsa, yo...

—Le he dicho a Rahim que te habías ido. —Una nota de insolencia enfatizaba su áspero susurro.

—¿Qué? —A punto estuvo de dejar caer el atado que contenía la alfombra mágica.

Irsa se mordió el labio.

—Como has faltado al desayuno casi todas las mañanas, ya sospechaba que andabas tramando algo, así que yo...

—¿Así que tú simplemente le dijiste que me había ido?

—Después de que te marcharas, fui a hablar con él y... —Se aclaró la garganta mientras toqueteaba el borde de su manta—. Y sabe que no estás enferma. Ya sabía que algo había ocupado tu tiempo estas últimas noches. De modo que, cuando me acompañó a nuestra tienda y vio que no estabas...

Sherezade no podía enfadarse con su hermana. No lo haría. Irsa se había esforzado mucho por convertirse en un bastión de resistencia para ella. Por ofrecer comprensión y apoyo cuando nadie más se atrevería a hacerlo. Y Sherezade había hecho poco por ganárselo. Había puesto reparos cada vez que le había pedido que confiara en ella, consciente de que sus secretos eran demasiado peligrosos para una chica tan seria y bondadosa.

Esta era la prueba de que había hecho bien en guardárselos. Al sentirse presionada, Irsa había sido incapaz de mentir a Rahim en relación con su paradero. De haber sabido realmente dónde se encontraba, no habría dudado en contárselo.

¿Qué habría ocurrido entonces? Sherezade se estremeció al pensarlo.

No. No se enfadaría con su hermana por este error de juicio. No había podido evitarlo.

Así era Irsa: honesta hasta lo indecible.

Aun así, cuando bajó la mirada hasta su hermana, su rabia empezó a aumentar.

—Sé que estás enfadada conmigo —continuó Irsa con voz temblorosa—, pero no le he contado tu secreto a Rahim aposta. La verdad es que... es culpa tuya. ¿Qué esperabas? Llevas faltando al desayuno casi una semana. No sé qué te está pasando últimamente. Te has vuelto descuidada. Distráida.

La oleada de rabia crecía cada vez más. Y más.

—¿Piensas..., piensas volver a salir esta noche? —insistió. Lo que empezó como un chirrido acabó envuelto en acero.

—Sí. —La respuesta de Sherezade sonó peligrosamente desafiante.

—¿Aunque cada día resulte más difícil ocultar tu secreto?

—No tienes que mentir por mí.

—Por supuesto que sí. —Retiró su manta andrajosa y se puso en pie—. Eres mi hermana. Pero tus amigos están preocupados por ti y pronto su preocupación se tornará en sospecha. —Unas líneas de ansiedad fruncieron su frente—. Por favor, no salgas esta noche. Te lo suplico.

Sherezade pensó con rapidez. Ya había hecho planes para llevar a Jalid al Templo de Fuego y encontrarse allí con Artan y Musa Zaragoza. Si no volvía a Rey como había prometido, Jalid sin duda se preocuparía. Y los del Templo de Fuego se quedarían esperando; carecía de medios para enviar un mensaje a cualquiera de las partes.

Tragó saliva con dificultad, consciente de que esos problemas palidecían en comparación con el asunto que tenía entre manos.

«Sé sincera».

En realidad, no tenía intención de perderse un solo momento con Jalid simplemente para apaciguar a su hermana. Sabía que era egoísta, pero la ausencia de su amor se había convertido en una presencia permanente. Y estaba cansada de no hacer nada por cambiar las circunstancias. De limitarse a esperar en el desierto a que la vida hiciera acto de presencia.

Todo acabaría esa noche. El destino era para los necios. Ella no esperaría a que la vida hiciera acto de presencia.

Ella la haría presente.

—Iré a desayunar contigo ahora y luego pasaremos la tarde con *baba* —dijo—. Me aseguraré de que todo el mundo me vea. ¿Ayudará eso a calmar tus preocupaciones?

Las arrugas de la frente de Irsa se acentuaron todavía más. Sherezade notó cómo se debatía consigo misma.

—¿De verdad lo que estás haciendo es tan importante?

—Sí. —No flaqueó en su respuesta.

Su hermana miró al suelo, enrollándose la punta de su trenza castaña en los dedos.

—Esta noche es... una noche peligrosa para probar suerte.

—¿Y eso por qué?

Irsa hizo una última pausa, tratando aún de dar un rodeo. Entonces levantó la vista hasta su hermana.

—Ven conmigo.

La tomó de la mano y la condujo fuera.

Rodearon el laberinto de tiendas hasta que llegaron a los márgenes del campamento. Allí —en la distancia, donde los soldados habían trasladado su campamento— Sherezade divisó a una gran cuadrilla de hombres ensillando sus caballos.

Reuniendo sus armas.

A la cabeza de aquel cuadro se encontraba Tariq a horcajadas en su semental zaino, con el manto hinchado al viento. El estandarte del Halcón Blanco ondeaba a su lado.

—Van a salir para hacer su primera incursión —le informó Irsa—. Planean marcharse a mediodía.

—¿Qué?

La alarma reptó hasta el estómago de Sherezade y le enredó las entrañas hasta formar una espiral de nudos.

«¿Una... incursión?».

—Esta noche, Tariq va a liderar un contingente de tropas hasta un fuerte cercano... con la intención de derrocar a su emir y hacerse con el control —explicó su hermana en voz baja.

—¿Y cómo sabes tú eso? —exclamó Sherezade.

—Rahim me lo ha contado.

—¿Qué fuerte?

—Eso no me lo dijo —confesó—. Después de todo, sigo compartiendo tienda con la reina de Jorasán.

Una vez más, los pensamientos de Sherezade saltaron en su mente como piedras por un estanque. Si Tariq iba a liderar una horda de soldados para hacer una incursión en las inmediaciones de la frontera entre Jorasán y Partia, es que pretendían hacerse con el control de esa frontera.

Lo que la pondría en riesgo. La haría vulnerable a un ataque externo.

Vulnerable a Salim Alí al Sharif, el sultán sediento de poder de Partia.

«A lo mejor esa es su intención».

Un escalofrío repentino le corrió por la sangre.

Tenía que avisar a Jalid cuanto antes. Tenía que viajar a Rey esa misma noche y evitar la posibilidad de una guerra con Partia, antes de que más gente inocente muriera sin motivo.

Mientras su mente maquinaba a toda prisa, le invadió una nueva sensación de culpa. También era responsable de aquel desastre inminente. De no ser por ella, Tariq nunca se habría embarcado en esa temeraria cruzada para clamar justicia.

Aquella temeraria cruzada para vengar su amor.

—¿Sherezade? —Irsa la agarró por el hombro y la sacudió para sacarla del tumulto de sus pensamientos—. ¿Has escuchado una palabra de lo que he dicho?

—¿Qué?

—No es... peligroso, ¿verdad? —le preguntó—. Lo que estás haciendo... no es peligroso, ¿no?

Sherezade soltó una carcajada, que sonó completamente falsa, y dio media vuelta, alejándose de los soldados y sus espadas relucientes. Las dos hermanas regresaron a su tienda.

Sin mediar palabra, Sherezade vertió agua de la jarra en la jofaina de cobre. La mano le temblaba, lo que provocó que su reflejo titilara. Apretó la mandíbula y se sacó el *qamis* arrugado por la cabeza, dispuesta a lavarse y enfrentarse al nuevo día.

A no cejar en su empeño, pasara lo que pasase.

—¡Sherezade!

El grito de Irsa salió despedido de una cara desprovista de todo color.

«Malditas sean estas magulladuras. Y maldito sea también Arfan Temujin».

Restó importancia a la preocupación de su hermana con un gesto de la mano.

—No te preocupes. No son heridas graves.

Pero notó que sus palabras caían en saco roto. Y que su hermana la miraba con ojos dubitativos.

¿Debía contarle sin más cómo se las había hecho? ¿Confesárselo todo y esperar que su hermana se mantuviera en silencio un poco más?

«Cuando las ranas críen pelo».

Era demasiado arriesgado. Sobre todo ahora que Irsa confiaba en Rahim. Si se iba de la lengua, Rahim se lo contaría a Tariq. Y Tariq era el último que debía enterarse de sus visitas a Jalid.

El riesgo era demasiado alto. El odio estaba demasiado extendido.

No. Era mejor que no le dijera ni una palabra.

Le dio la espalda a su hermana y empezó a restregarse el cuerpo con agua y una pastilla grumosa de jabón Nabulsi.

Cuando levantó el brazo, le llegó el persistente aroma a sándalo que emanaba su piel.

«Jalid».

El miedo se abrió camino hasta su corazón. La garganta se le agarrotó.

Apretó los dientes para combatir aquella oleada de sentimientos y continuó con su baño.

«No es momento para la cobardía».

En definitiva, si todo salía según el plan, pronto obtendrían respuestas. Una vez que Sherezade y Jalid supieran qué hacer con la maldición, podrían revelarlo todo.

Entonces todo el mundo conocería la verdad.

Todos sabrían que el joven al que quería no era el monstruo que suponían. Que era —y sería— el gran rey que tan desesperadamente necesitaba su reino. El gran rey que ella vio cuando sobrevoló la ciudad.

Hasta entonces, tendría que guardar silencio. No ayudaría en nada que el niño-rey al que todo el mundo despreciaba se viera obligado a gobernar un reino abandonado. El ejército que se estaba concentrando contra Jalid sólo entraría en acción si se enteraban de que la fortuna también le había dado la espalda.

Pero cuando ella encontrase una solución, podría contarle la verdad a Tariq.

Tal vez entonces su odio por Jalid comenzara a disiparse.

Y se produjera una reconciliación.

Pues acabar con aquella maldición no sólo implicaba acabar con su sufrimiento.

Sherezade debía poner punto final a la guerra que había iniciado.

Ya no era sólo una cuestión de amor. Era una cuestión de vida.

Y su intención era enderezarla, de una vez por todas. Jahandar permitió que un ojo se abriera una rendija. Luego lo cerró. Luego lo volvió a abrir.

Se maldijo en silencio cuando se percató de su error.

—¿Estás despierto, viejo amigo? —dijo una voz cálida en la oscuridad.

Trató de permanecer quieto, con la esperanza de que el hombre que había a la cabecera de su cama se marchara.

Una risa apagada retumbó cerca.

—He visto que acabas de abrir un ojo —continuó la voz—. Y sé que ayer te despertaste y hoy a primera hora también. Vamos, Jahandar. No estoy aquí para juzgarte. Sólo deseo hablar con un amigo querido.

Jahandar inspiró con recelo, enfadado consigo mismo por haberse movido. Había sentido entrar a alguien en la tienda hacía un momento y creyó que sería Irsa o Sherezade, así que había despertado de su falso duermevela, deseando volver a hablar con sus hijas. Pero no estaba preparado para hablar con nadie más.

Y mucho menos con Reza ben Latief.

No obstante, ya había cometido el error. Supuso que debía asumir su responsabilidad para que nadie sospechara la verdad que escondía su misteriosa enfermedad.

O, más bien, la mentira que ocultaba.

Dejó que ambos ojos se abrieran a su ritmo. Su amigo de tantos años estaba sentado ante él y, al lado, una lámpara de latón bruñido arrojaba su luz.

Reza le dedicó una paciente sonrisa.

—Tienes un aspecto horrible.

Los hombros de Jahandar se estremecieron por la risa, que terminó en una serie de golpes de tos.

—Los años han sido más amables contigo, sin duda. Pero no mucho.

Era cierto. La última vez que vio a Reza ben Latief fue poco después de que su esposa y su hija fallecieran con escasos días de diferencia. Una tragedia que ningún hombre debería tener que sufrir. Una que a todas luces le había pasado factura.

Había perdido peso. El pelo le clareaba en la coronilla, mientras que en las sienes lo tenía encanecido. Su bigote era más tupido y se estaba dejando barba. Ya no lucía el aspecto de un hombre que encontrara demasiada dicha en la vida. Las arrugas que le surcaban el rostro no estaban provocadas por el placer o la satisfacción.

Eran arrugas provocadas por los pensamientos. ¿O tal vez por la maquinación?

—¿Qué hora es? —preguntó con la voz ronca y reseca.

Reza le acercó un poco de agua.

—Casi la hora de cenar.

Jahandar dio un sorbo distraído.

—Mis hijas deben de estar al llegar.

En cuanto las palabras salieron de sus insensibles labios, quiso recuperarlas.

¡Qué cruel y desconsiderado!

Pero Reza no pareció darse cuenta.

—Eres un hombre afortunado con unas hijas tan entregadas. Me han dicho que Irsa viene a verte muy a menudo.

—Sherezade ha pasado hoy dos veces por aquí.

El anciano dio otro sorbo.

Reza apoyó una mano por debajo de la barba.

—Es bueno saberlo. Me habían dicho que llevaba varios días enferma.

—¿Enferma?

Jahandar frunció el entrecejo.

—Viejo amigo... —Reza hizo una pausa para sonreír y luego se inclinó más—. No he venido para hacerte perder el tiempo ni para preocuparte innecesariamente. Sé que sigues recuperándote y hay un asunto urgente que necesito atender esta noche, pero ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—Me han llegado... muchos rumores contradictorios sobre lo que ocurrió la noche de la tormenta en Rey.

Jahandar se tensó. Con su mano libre aferró aún más el libro. Continuaba estando caliente al tacto, aunque ya no quemaba con la misma intensidad. El frío metal de la llave que le colgaba del cuello lo hundía como un ancla que se arrastrara por el fondo del mar.

Reza observó su reacción en silencio, aunque continuó sin perder un instante:

—¿No puedes contarme lo que sucedió?

—Yo... no me acuerdo.

Las uñas rotas del anciano se clavaron en el cuero desgastado del libro.

—¿En serio?

Asintió.

Reza suspiró con obvia reticencia.

—Yo no soy un extraño, Jahandar. Hemos compartido muchos años de amistad. Estaba ahí cuando Irsa nació. Y estaba ahí cuando... Mina murió. —Su voz se dulcificó—. Hice todo lo que pude y siempre deseé haber hecho más.

A Jahandar se le subió el corazón a la garganta. Era verdad. Reza había llevado a su médico particular hasta el lecho de muerte de su esposa, aunque sus esfuerzos fueron en vano. Y había cuidado de Sherezade y de Irsa durante los días que siguieron, cuando él había sido... incapaz de hacerlo por sí mismo.

—Lo sé, viejo amigo —susurró—. Nunca olvidaré lo que hiciste.

La sonrisa de Reza fue triste y escueta.

—Por desgracia, esos momentos difíciles nunca podrán olvidarse. Pero preferiría recordar lo que los amigos son capaces de hacer en momentos de necesidad. —Hizo una pausa para dar énfasis—. Igual que sé lo que tú eres capaz de hacer, aunque sólo haya un puñado de personas que estén al tanto.

Eso también era verdad. Su amigo siempre había sabido que poseía habilidades únicas.

Reza apuntaló ambas manos por debajo de la barbilla, dejando que su mirada cayera en el suave cuero cabelludo de Jahandar.

—Viejo amigo, ¿hiciste algo la noche de la tormenta?

¿Podía fiarse de Reza ben Latief? ¿Podía confiarle su secreto?

—Si lo hiciste —continuó en tono bajo—, que sepas que no voy a juzgarte, por favor. De hecho, lo celebraré. Sé que no pretendías hacer nada malo. Y, si es verdad que hiciste algo, debió de ser una proeza extraordinaria.

Jahandar tragó saliva.

—Una a la que podríamos dar un uso tremendo —apostilló su amigo.

¿Uso? ¿Reza creía que él era útil?

—Si realizaste tamaña proeza solo —prosiguió en voz baja, con los ojos marrones brillantes de fervor—, ¿te imaginas lo que podríamos conseguir con el respaldo de una tropa de soldados? ¿Con la fuerza de un ejército a tus órdenes?

La mirada de Jahandar revoloteó por la cara de Reza ben Latief. Por las arrugas trazadas de tanto pensar. Y, obviamente, maquinando.

Lo vio. Sabía lo que Reza estaba haciendo.

Lo sabía... y no le importó.

Jahandar se percató por primera vez en muchos años —por primera vez desde que Mina murió y él perdió su puesto en el palacio— de que su amigo lo veía de verdad. Veía al hombre que había conocido hacía tantos años. Al visir del califa de Jorasán.

Un hombre poderoso e influyente.

Un hombre merecedor de su aprecio.
Jahandar empezó a hablar entre susurros. Y no paró.
No hasta que Reza ben Latief sonrió de satisfacción.
Como en los viejos tiempos.



LA SERPIENTE ALADA

Sherezade no pretendía atormentar a Jalid con la alfombra mágica.
No al principio.
Pero lo hizo. Y a base de bien.

En cuanto el califa de Jorasán dijo, con fría y regia arrogancia, que sólo a un niño le daría miedo volar, ella supo que tenía por delante todo un desafío.

Y que pensaba verlo desmoronarse en gloriosos pedazos.

Al fin y al cabo, ella también había sentido miedo al principio. Aunque Jalid no tenía por qué enterarse.

Cuando este se acomodó en la alfombra, Sherezade la conminó a elevarse sin el más mínimo miramiento.

Una ráfaga de improperios salió disparada de la boca del califa, y otra peor aún cuando Sherezade ordenó a la alfombra elevarse todavía más alto, por encima de la ciudad, con un cambio del viento silbante. Riendo en la oscuridad, la espoleó para que ganara velocidad y se puso de rodillas. Cuando Jalid intentó volver a sentarla con ojos fulminantes, le lanzó una mirada de desprecio burlón por encima del hombro.

—¡Baja! —gritó por encima del viento, aferrándola con firmeza por la cintura.

—¡No seas aburrido!

—¡Te vas a caer!

—¡Qué va!

Abrió los brazos.

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Simplemente lo sé!

—¡Baja! —insistió él, con la mandíbula rígida—. ¡Por favor!

—¿Por qué?

—¡Porque me vas a matar del susto!

Sherezade se sentó en la alfombra a regañadientes. Jalid la atrajo hacia su pecho mientras su acelerada respiración le pegaba en la nuca.

Una pequeña parte de ella se sentía culpable.

El resto, satisfecha.

«Le está bien empleado. Así el Rey de Reyes no será tan arrogante la próxima vez».

Sonrió para sí. Que Jalid dejara de ser arrogante era tan poco probable como que

ella dejara de provocarlo. Simplemente era demasiado fácil. Y demasiado divertido.

—¿Por fin empiezas a respirar con normalidad? —dijo para tomarle el pelo—. Debo confesar que tu comportamiento me parece bastante raro, teniendo en cuenta que dijiste que sólo a un niño le daría miedo volar.

—No me ha dado miedo.

La rodeó con un brazo musculoso.

Sherezade lo miró de reajo con des crédito.

—No me mientas.

—No me ha dado miedo —repitió él—. Me ha dado pavor.

Al echarse a reír, se vio recompensada con una de sus inesperadas sonrisas espontáneas. De esas que cambiaban una cara ensombrecida por otra iluminada.

De esas que le hacían querer olvidarse de lo pequeña que era la alfombra mágica.

—Qué hermoso eres —comentó en voz baja.

La mano de Jalid se tensó alrededor de su cintura.

—¿No te estás apropiando de las palabras que tradicionalmente se reservan a los hombres?

—Te invito a decir otras cosas menos tradicionales. —Aunque el tono era despreocupado, el pulso le tamborileó.

—¿Como cuáles?

—Eres un hombre inteligente. Estoy segura de que se te ocurrirá algo.

—Ya lo tengo.

El roce de los labios de Jalid detrás de su oreja le provocó una voráGINE de deseo.

«Qué pena que estemos ocupados en otra cosa en este momento».

De lo contrario, pasaría a la acción.

Sobrevolaron una franja de desierto cerca de una cordillera. Por encima de las montañas titilaban unas cuantas estrellas, cosidas a un oscuro retal de cielo. Jalid no tardó en acostumbrarse al azote del viento en la cara y poco a poco fue aflojando la tensión de los hombros. Al cabo de un rato, el aire empezó a espesarse con el olor a salitre y el mar resplandeció en el horizonte.

La alfombra aminoró la marcha cuando se acercaron al promontorio, antes de aterrizar junto al estanque de agua que daba al acantilado. Sherezade se aseguró la alfombra a la espalda mientras Jalid desfundaba su *shamshir* con movimientos similares a los de un gato salvaje al acecho.

Aunque ella se había comportado de la misma manera tan sólo unas noches antes, puso los ojos en blanco.

—No hace falta que hagas eso. Por no decir que es insultante.

—Perdóname por no sentirme bienvenido allá donde voy —murmuró—. Y por no asumir riesgos innecesarios.

Sherezade buscó su mano libre mientras negaba con la cabeza y entrelazó los dedos con los suyos.

—¿Sherezade-jan?

Musa apareció entre las extrañas estatuas al otro lado del estanque.

Jalid se mantuvo al acecho. Aunque reconoció al mago, atrajo hacia sí a Sherezade y blandió su *shamshir*.

Musa le sonrió y sus dientes brillaron como perlas contra ébano.

—Creí que no vendrías.

Al califa le llevó un momento responder.

—Mi esposa puede ser muy persuasiva.

Su espada permaneció vigilante.

Los ojos del mago se arrugaron por las comisuras.

—Qué alegría veros. Ha pasado mucho tiempo.

Jalid no respondió.

Musa se acercó. Parecía estar escudriñándolo, quizá intentando vislumbrar algún rastro del niño que había conocido en el joven que tenía ante sí.

—Os pareéis...

—A mi padre —remató Jalid en tono cortante—. Mucha gente me lo dice.

—Sí, pero yo veo a vuestra madre en vos. Sobre todo en los ojos.

—No hace falta que me halaguéis. No os pega mentir.

—No estoy mintiendo. —El mago rodeó el estanque—. Puede que vuestros ojos sean del mismo color que los de vuestro padre, pero diría que ven el mundo como Leila lo hacía. Lo ven todo. Vuestro padre... —no logró evitar una mueca— veía muy poco.

Los ojos de Jalid se convirtieron en rendijas.

—Mi padre veía lo suficiente.

El significado que ocultaba su réplica era evidente.

«Un padre que veía lo suficiente para destrozar el universo de un niño pequeño».

—No. —Musa se detuvo delante de él; su colorido manto se balanceaba por encima de la piedra parda—. Veía lo que quería ver. Y nunca le daba a nadie la oportunidad de contradecirle.

También había un significado evidente en las palabras del mago.

—No he venido aquí para que me dé lecciones el tutor de mi madre —contestó Jalid—. Ni para daros la oportunidad de que os congraciéis conmigo, Musa Zaragoza.

Este asintió.

—No esperaba congraciarme con vos en una noche, pero...

—No esperéis congraciarnos conmigo —replicó con frialdad—. Nunca.

—Jalid-*jan* —susurró Sherezade, y le tiró de la mano en un gesto de silente censura.

Aunque no parecía lamentarlo en absoluto, él le apretó la palma en señal de reconocimiento.

La sonrisa de Musa se volvió melancólica.

—Lo siento mucho, pequeño *palang*. Por todo.

Sherezade notó que el cuerpo de Jalid se ponía rígido a su lado.

Pequeño *palang*. Pequeño tigre.

—No tenéis permiso para llamarme así. —Sus rasgos estaban tensos y macilentos—. Para vos soy el califa de Jorasán. Nada más.

En aquel momento, todo en torno al muchacho se remontó a un tiempo en el que Sherezade había vivido con miedo al amanecer. Un tiempo en el que lo único que sabía de él era que se trataba de un chico de hielo y piedra que asesinaba a sus esposas sin causa ni disculpa.

Un tiempo en el que sólo tenía historias alimentadas por el odio.

Le dolió ver que Jalid regresaba a aquel estado. Una cáscara de lo que era.

Una sombra de lo que podía ser.

Musa hizo una reverencia.

—Mil disculpas, *sayidi*.

Sherezade le lanzó a Jalid una mirada fulminante y se soltó de su mano.

—Musa *efendi*, por favor, no...

—No estoy ofendido, mi querida estrella —repuso el anciano—. Sé por qué el joven califa me desprecia tanto. No hice nada cuando me suplicó ayuda. Aquello lleva atormentándome muchos años.

—¡No podríais haber hecho nada! —gritó ella—. ¡Si hubierais intentado ayudar, probablemente os habrían matado también!

—No. —Musa torció la boca—. Cuando nos enfrentamos a nuestros miedos más oscuros, la inacción es la opción de los débiles o los desesperados. Siempre hay algo que se puede hacer o decir. Aunque las palabras por sí solas...

—Son meros garabatos en una hoja —remató Jalid con voz aún más gélida—. El poder tras las palabras reside en la persona.

Musa se quedó paralizado.

—Os acordáis. —Una sonrisa cautelosa se abrió paso en su rostro—. Eso me reconforta mucho, aunque no lo merezca. Gracias.

El pecho de Jalid se infló y desinfló en firme consideración.

—Y yo... también os agradezco... todo lo que habéis hecho por Sherezade.

El mago hizo otra reverencia.

—Sayidi. —Se concentró en Sherezade con una indiscutible afabilidad—. Vuestro impaciente tutor os espera donde de costumbre, mi señora.



Definitivamente, la criatura que esperaba en la playa no era Artan Temujin.

Era unas cinco veces más larga que un hombre. Y el doble de gruesa. Pero aquellas particularidades no angustiaron a Sherezade. Lo que más la alarmó fue que se parecía a una serpiente. Cubierta de escamas oscuras e iridiscentes. Provista de una capucha gigante.

Y... ¿alas?

Reprimió un grito estrangulado. Jalid sacó su espada con un rápido chirrido.

—¿Dónde habéis estado? —le preguntó Artan, que emergió de detrás de la culebreante monstruosidad.

—¿Qué demonios es... eso? —Sherezade procuró no gritar. La criatura se enroscó sobre sí misma cuando ella habló y en la torsión de sus escamas se dibujó un arcoíris; sus alas membranosas brillaban a la luz de la luna.

—¿Quién? ¿Shesha? —Sonrió con picardía—. Es inofensiva.

La serpiente enseñó sus negros colmillos, como si comprendiera, y se mostró bastante en desacuerdo.

—Es sólo una ridícula serpiente alada. —Artan hizo un gesto frívolo con la mano—. A la que le gusta asustar a la gente. Y que, como cualquier buen tirano, es pura fachada. En realidad, es una ricura... la mayor parte del tiempo.

Durante toda aquella conversación, Jalid no cambió de postura. Su *shamshir* seguía en ristre a un lado y su cuerpo, entre Sherezade y la serpiente.

Sus ojos estaban fijos en Artan.

En ese momento, tanto la espada como su portador se giraron hacia el chico calvo con intención resuelta.

Artan resopló.

—Supongo que este es el marido maldito.

Rio para sí.

«¿Este necio no me escuchó cuando le hablé del mal genio de Jalid?».

Antes de que Sherezade pudiera intervenir, saltó por encima de la cola de la serpiente y se plantó en la arena.

—Tenéis tan poco sentido del humor como ella me comentó —continuó, mirando al califa con recelo—, pero no hay mucho que yo pueda hacer para remediarlo.

«Segunda ofensa».

—Entonces, ¿os llamo Jalid? —insistió—. Porque técnicamente no sois mi rey... En fin, qué más da. Soy Artan Temujin, y, después de mucha persuasión, he venido a rescataros de vuestro destino, pero sólo después de que vuestra esposa me lo suplicara. De rodillas, claro. —Soltó una risita—. Me gusta más cuando se arrastra.

No fue aquella retahíla de mofas lo que provocó la reacción de Jalid, sino la visión de los antebrazos quemados del chico. Sherezade pestañeó al percatarse de que esa imagen se le había quedado grabada en la cara. Sólo alguien que conociera bien a Jalid se daría cuenta.

Una ínfima contracción debajo de un ojo que apareció y desapareció en un parpadeo de reconocimiento.

En un instante de comprensión.

«Ay, Dios».

Luego Artan tomó la lamentable decisión de hacerle un guiño al califa. Y de darle una palmada en el hombro.

«La ofensa final».

El *shamshir* destelló en la oscuridad hacia la garganta del chico...

Y se detuvo a un pelo de su objetivo.

Sin dejar de sonreír, Artan se tapó la cara con las manos como en señal de rendición. Pero, de pronto, el centro de sus palmas empezó a arder.

—Admito que intentaba provocaros —comentó sin una pizca de miedo—. Es un mero pasatiempo. Sherezade me dijo que teníais mal genio, pero las cosas se me han ido un poco de las manos. ¿Por qué no...?

—¿Fuiste tú quien la quemó?

Aunque una gota de sudor le resbaló por el cuello, el califa de Jorasán no quitó ojo a las esferas de fuego giratorias.

Artan puso cara de sorpresa. Al igual que su oponente, fue incapaz de enmascarar su reacción. La culpa se propagó por todos sus rasgos, provocando que su calva se enrojeciera.

—Bueno, eh...

—¡Parad ya los dos! —Sherezade agarró a Artan por la parte de atrás de la camisa y lo apartó de Jalid de un tirón—. ¿Qué hacéis? —Por un momento le entraron ganas de darle un puñetazo al chico en toda la nariz—. ¿Estáis loco o qué? —Luego se encaró con Jalid—. Y tú te has pasado de abominable esta noche. Primero con Musa *efendi* y ahora con Artan. ¡Intentan ayudarnos, Jalid!

A pesar de las críticas, el *shamshir* no se movió ni un ápice y las esferas de fuego continuaron girando.

—¡Apartadlas, imbéciles! —insistió—. Está claro que el mundo sería un lugar muchísimo mejor en manos de las mujeres.

—Con muchísimo mejor queréis decir menos interesante, ¿no? —Artan volvió a sonreír de oreja a oreja, aunque apagó sus armas—. ¿No estáis de acuerdo, oh, Rey de Reyes?

Jalid bajó la espada, pero mantuvo su gélida mirada fija en el otro joven.

—Mmm. —El chico se interrumpió mientras meditaba—. Si no llega a ser por nuestra breve aunque encantadora conversación, casi me preocuparía que os hubierais casado con un mudo, mi pequeña descarada. Lo entendería, dado lo parlanchína que sois, pero debo decir que estoy un poco sorprendido.

—No es mudo —espetó Sherezade—. Es que no soporta a los estúpidos.

—Entonces debe de tener muy poco que decir a vuestro lado.

El chico le guiñó un ojo, le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

Ella le puso una mano en la cara y lo apartó.

—Habla cuando la compañía se lo merece, imbécil.

—¿Y sobrevive, estando rodeado siempre por tantos estúpidos?

—Las puñaladas de una en una —dijo Jalid con calma, enfundando la espada con un chasquido mordaz.

Ante eso, Artan echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír.

—Ah, me cae bien, mi pequeña descarada. No habla mucho, pero dice la verdad. Puede quedarse.

—¿Quedarse? —preguntó, sorprendida—. Creí que íbamos a ver a vuestra tía.

—¡Y vamos, y vamos! —El chico se tiró de un pendiente—. Es sólo que Shesha no está muy... colaboradora en estos momentos. —Dio media vuelta en la arena y subió a un montículo. Desde allí, les lanzó dos capas forradas de piel—. Hallad la manera de asegurarlas a esa alfombra diminuta, vais a necesitarlas.

Sherezade contempló los dos gruesos montones de piel a sus pies.

—Artan..., ¿adonde vamos? —dijo con la voz teñida de sospecha.

—A una fortaleza secreta. —El chico movió las cejas—. Excavada en una montaña.



EL LADO OSCURO DE UN ESPEJO

Era lo más lejos que Sherezade había volado en la alfombra mágica. Sus viajes nunca habían durado más de una hora. Había viajado más rápido de lo que hubiera creído posible —el suelo se había convertido en un borrón a su paso y las estrellas se habían alargado a cada lado—, cierto, pero siempre había tenido una vaga sensación de hacia dónde se dirigía.

Esta vez, sin embargo, no tenía la más remota idea.

La alfombra estuvo planeando rumbo al este durante más de dos horas. Luego, cuando una extensión de montañas —mucho más altas y más imponentes que las de Jorasán— apareció en el horizonte, empezó a elevarse.

El aire se fue volviendo frío y seco.

Sin pronunciar palabra, Jalid los envolvió a ambos con una de las capas forradas de piel y se la acercó más. El fresco no había calado la piel de Sherezade —nunca lo hacía, gracias al calor de la magia que corría por sus venas—, pero no iba a ser ella quien evitara la oportunidad de sentir el cuerpo de Jalid contra el suyo. Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando se acomodó en su pecho y le pasó la yema de un dedo por la palma de la mano mientras supervisaba las montañas que se perfilaban en la distancia.

Le había ordenado a la alfombra que siguiera a la serpiente alada, pero continuaba experimentando una extraña sensación al ver a la bestia serpentina haciendo cabriolas entre las nubes. Nunca antes había visto una criatura semejante. Aunque había oído hablar de esas cosas, siempre había pensado en ellas como quien piensa en una estrella lejana. O en una vieja historia.

A la luz de las estrellas, los largos bigotes plateados de Shesha flotaban a cada lado de su hocico puntiagudo como finos lazos que ondeasen en una suave brisa. Se inclinaban en ángulos caprichosos y los ojos de la criatura eran perturbadores: brillaban con la amenaza roja intensa del mejor rubí indostano.

De repente, *Shesha* viró a la izquierda, hacia un pico nevado en la distancia. Aquella montaña era de lo más peculiar. Su vertiente occidental era completamente vertical, como si una espada gigante hubiera cortado un lado. La propia piedra era de un profundo gris azulado. Bajo un cielo cubierto de nubes, parecía negra. Tan negra que daba la sensación de absorber toda la luz que la rodeaba. Ni un solo cúmulo de nieve pendía de su suave superficie.

Mientras rodeaban la extraña cumbre de la montaña, Sherezade vio que su vertiente oriental se curvaba hacia arriba en forma de picos dentados, casi como unos dedos crispados hacia el cielo.

Shesha se desvió hacia el afloramiento rocoso más bajo y a continuación se dejó caer en picado con las membranosas alas pegadas a las escamas. La alfombra mágica la siguió y un viento helado azotó la cara de Sherezade, robándole el aliento.

En la ladera de la montaña, entre dos picos, se levantaba un edificio escalonado, excavado directamente en la roca. De no haber sabido dónde mirar, lo habría pasado por alto. Sus cuatro tejados con gabletes estaban apilados uno encima de otro a diferentes alturas. Un cartel de madera escrito en una lengua de trazos dorados colgaba encima de la entrada.

Cuando aterrizaron en el pequeño patio que había delante del edificio, una ráfaga de viento agitó unas campanillas de latón que pendían de los aleros de madera. La melodía era espeluznante y pesarosa, de esas que se te meten en los huesos mucho después de que sus notas se hayan perdido en la brisa.

Casaba con la extensión vacía y cargada de hielo que los rodeaba. Y con el cuenco de piedra solitario que contenía el fuego en mitad del patio. Un chisporroteo azul y naranja en medio de un trecho negro y blanco.

—Acogedor, ¿verdad? —observó Artan mientras se quitaba de un tirón la capucha ribeteada de piel que le cubría la calva.

—Es... diferente.

Sherezade se arrebuja aún más en la capa.

—Deberíais verlo en invierno.

Ante ese comentario, Sherezade vio que Jalid reprimía una sonrisa.

Los tres se dirigieron a zancadas hacia la entrada, dejando que *Shesha* culebrea en busca del fuego. Pronto se encontraron ante unas puertas bajas con un alto umbral de piedra. Artan se quitó las sandalias y Sherezade y Jalid lo imitaron.

No salió a recibirlos ni un alma.

Lo que a ojos de Sherezade no presagiaba nada bueno.

Los suelos estaban cubiertos de una gruesa capa de papel laqueado, liso y pulido. Su superficie estaba extrañamente cálida, como si un fuego ardiera bajo sus pies. Una leve fragancia a menta flotaba en el aire. Al menos a ella le parecía menta. Menta mezclada con limones. ¿O tal vez era madera de aloe?

Artan avanzó por los estrechos pasillos con la rápida facilidad de años pasados. Unos finos faroles cubiertos de pergamino encerado iluminaban el camino que tenían por delante. Continuaron por unos tramos de escaleras y por otra serie de corredores. Cuando entraron en un pasillo sombrío...

Una criatura saltó de la oscuridad, siseándole al joven.

Era blanca y parecía un lagarto. Del tamaño aproximado de un pequeño gato de la jungla. Con garras afiladas y unos cuantos topos oscuros por el cuerpo. Tenía las plumas que le recorrían el lomo erizadas y batía la cola a modo de advertencia. Al

sisear, gotas de saliva caían al suelo de papel laqueado, horadando agujeros en su superficie que dejaban finas estelas de humo plateado.

—¡Atrás, diminuta amenaza!

Artan intimidó a la criatura levantando la palma de la mano.

Aunque no ocurrió nada, Sherezade creyó oír el chisporroteo de una chispa que prendía. El lagarto continuó escupiendo en dirección al joven, arqueando aún más el lomo y con los ojos amarillos brillantes.

Del otro extremo del pasillo emanó el bajo sonido de la risa de una mujer.

—¿Ha vuelto al fin el hijo de Tolu? —La voz no era agradable, pero tampoco desagradable.

Sherezade se acercó aún más a Jalid, que envolvió la empuñadura de su espada con los dedos.

Artan resopló.

—Relevad a vuestra penosa imitación de centinela de su deber y os lo diré.

Una severa palabra que Sherezade no reconoció quebró la oscuridad. El lagarto se retiró, aunque no sin sisear una vez más a Artan y escupir cerca de sus pies desnudos por si acaso.

—¿Puedo avanzar con seguridad, tía Isuke? —preguntó el chico con un tono burlón aún evidente.

La risa grave de su tía volvió a resonar.

—Con la misma seguridad de siempre, hijo de Tolu.

Tras intercambiar una mirada recelosa, Sherezade y Jalid siguieron a su compañero hasta una sala grande cuyo techo estaba atravesado por vigas de madera de teca. Un suelo de juncos tejidos se extendía ante ellos. En el centro, sentada cerca de una mesa baja, había una mujer esbelta que a Sherezade le recordó a un pájaro. No a un pájaro cantor o a un pájaro en vuelo.

Sino más bien a un ave de presa.

Su espalda se hallaba recta como una flecha y sus ojos eran dos pedernales. Tenía el pelo largo y lo llevaba suelto por los hombros como una capa de peltre pulido. Una fina trenza, entretejida con una sarta de cuentas de cristal de colores, le caía por detrás de una oreja. Su túnica estaba ribeteada de piel y la llevaba atada por el pecho con un cordel de cuero.

No sonrió cuando los vio. Se limitó a ladear la cabeza con interés. Su mirada de ojos endrinos se mostraba alerta y firme.

—Has traído amigos.

Su mirada se dirigió primero a Jalid. Como él permaneció impasible, Isuke la desvió hacia Sherezade, en la que se detuvo largo y tendido.

—Los considero amigos. —Artan sonrió—. Puede que ellos a mí no.

—La joven está de acuerdo —confirmó Isuke—. El joven, no. —Olisqueó el aire como si pudiera distinguir sus pensamientos por el olor—. Todavía.

—Eso ya lo sé —dijo su sobrino con una sonrisa.

—Por otra parte —la mujer inclinó la barbilla en la otra dirección—, el joven no puede tener amigos. No se permite ese lujo. —Pestañeó con lentitud—. Pues está envuelto en oscuridad.

La mano de Jalid apretó la de Sherezade. Ella tragó saliva y su mirada se encontró con la de Artan.

—No os impresionéis tanto, pequeña descarada —se burló este—. Podría haberos dicho estas cosas en cuanto conocí a vuestro rey. Odia sonreír y nunca ríe. No es nada del otro mundo pensar que no tiene amigos.

—¿Por qué los has traído ante mí? —le preguntó Isuke—. ¿Son una ofrenda?

Al oír aquello, Sherezade colocó una mano en su daga, preparándose para echar a correr, mientras Jalid desenfundaba su *shamshir* sin dudar.

Artan dio un fuerte suspiro.

—No te molestes, muchacho —le dijo Isuke a Jalid con un tono teñido de vigorosa dulzura—. Si quisiera matarte, ya estarías muerto. Has venido en compañía de mi sobrino. Eso ya te hace digno de interés. Pero la joven lleva sangre mística en las venas y tú portas una nube negra alrededor del alma. Escucharé lo que tengas que decir antes de decidir qué hacer contigo.

Como Jalid siguió sin bajar su espada, Artan se giró para mirarlo a los ojos.

—Os prometo que Sherezade no sufrirá daño alguno mientras estemos aquí. —La solemnidad endureció su expresión—. Lo juro por la tumba de mi padre.

Los hombros de su tía se tensaron.

La promesa de Artan la había ofendido. O intrigado. Sherezade no estaba segura. Pero ninguna de las posibilidades le inspiraba demasiada confianza.

Sin embargo, parecía que Jalid no era de la misma opinión. Sostuvo la inquebrantable mirada de Artan durante un rato y, justo cuando Sherezade creía que la situación iba a peor, se relajó. Los músculos de su mandíbula dejaron de crisparse.

Bajó la espada a un lado.

—¿Por qué los has traído, hijo de Tolu? —La voz de Isuke se había suavizado aún más. Peligrosamente. El pedernal de sus ojos se había vuelto oscuro como la obsidiana—. ¿Y por qué estás haciendo semejantes promesas en su nombre?

—El chico está maldito, tía Isuke. Quieren vuestra ayuda para que lo libréis de la maldición, así como para encontrar la forma de restablecer la salud del padre de ella. —Hizo una pausa—. Si escucharais lo que tienen que decir, lo consideraría un favor personal.

—¿Un favor?

—Sí.

—¿Tan importantes son para ti?

La mujer volvió a mirar a Sherezade con renovado interés.

—Os lo he dicho: son mis amigos. —El joven vaciló por un escaso instante—. Y puede que ellos posean... información acerca de las fechorías de mis padres.

Aunque había formulado su revelación con suma prudencia, Sherezade se

sobresaltó. Jalid lo miró con expresión sombría.

Un extraño relámpago de emoción atravesó el rostro de Isume, pero desapareció antes de que Sherezade pudiera situarlo.

—Muy bien. Los escucharé como un favor personal hacia ti. —Sus rasgos se endurecieron—. Pero espero la misma cortesía cuando te pida yo uno en el futuro.

Su sobrino le dedicó una seca reverencia. Entonces Sherezade se colocó enfrente de Isume, en los juncos tejidos, mientras Artan se arrodillaba a su izquierda. Alzó la mirada hasta Jalid, expectante, y este finalmente se sentó junto a ella, sin separarse de su *shamshir*.

La hechicera escuchó mientras Sherezade relataba la triste historia de Ava y Jalid. De su matrimonio concertado y de la dolorosa pérdida de su hijo. De la desolación de Ava y de su muerte final. De cómo el padre de Ava había atraído a Jalid hasta su casa, donde se había quitado la vida a cambio de magia negra para lanzarle la maldición.

Cuando terminó, se giró hacia Jalid. Este recitó sucintamente los términos de la maldición y explicó que había empezado a cumplirla, pero que ya no podía seguir subyugado a los caprichos de un loco vengativo.

Durante todo ese tiempo, la única reacción de la hechicera fue el mismo ladeo de cabeza semejante al de un pájaro. Una vez que hubieron terminado, quitó una gavilla de papeles de su escritorio con calculadora lentitud.

—Una maldición es el pago por una deuda, por un trato sellado, por muy injusto que sea —empezó a decir Isume—. En este caso, la vida de un hombre fue entregada como pago por su magia. Si la magia ha de neutralizarse, debe hacerse una ofrenda de igual valor.

—Entonces..., debo morir —dijo Jalid resignado.

Como si lo hubiera esperado.

A Sherezade se le tensaron todos los músculos. Una letanía de protestas se formó en su garganta.

La boca de Isume se curvó hacia abajo en lo que debió de considerar una sonrisa.

—No. No he dicho eso. Si fuera tan sencillo, una vida a cambio de una vida, esta maldición habría terminado hace muchos amaneceres. Las maldiciones rara vez son tan simples.

Colocó un espejo oval del tamaño de dos manos en la mesa. Luego posó ambas palmas a los lados.

El espejo pareció elevarse por voluntad propia. Se giró para reflejar a Sherezade y a Jalid antes de empezar a dar vueltas muy despacio, como si colgara del techo de una cuerda invisible.

—Lo que digo —continuó— es que la magia se refleja a sí misma, tanto en poder como en intención. Como todo espejo, la magia tiene un lado oscuro. Un lado que se puede manipular para ver lo que este desea ver. —Por un momento, pareció divertirse con sus propias palabras—. En la magia y en la vida, el engaño suele ser el mejor modo de derrotar a nuestros enemigos.

El espejo giró. Despacio. Perezosamente. Emitió un destello de plata cuando se encontró con la cara de Sherezade antes de capturar el reflejo de Jalid. Entonces el lado oscuro pasó, girando en otro juego de luces y sombras.

Sherezade parpadeó. Cuando miró a su derecha, se percató de que Jalid había arrugado la frente como concentrado. Como si el espejo se hubiera convertido en un complejo acertijo que pretendiera resolver.

La voz de Isuke se transformó en un sonsonete lánguido:

—Por tanto, si deseas determinar un contrapunto apropiado para esta maldición, debes escarbar bajo su superficie.

«No... lo entiendo».

El espejo giratorio captó la atención de Sherezade de nuevo. Y destelló antes de completar otra vuelta lenta. Luz y oscuridad. Sherezade y luego Jalid. Otra vez. Y otra.

Sherezade se mareó. El olor a limones y a menta le llenaba las fosas nasales y se le expandía por el pecho. Los párpados le empezaron a pesar. Un sopor la envolvió como una segunda piel, como si estuviera a punto de quedarse dormida. O de dejarse llevar hasta ese espacio entre los sueños donde era consciente de lo que ocurría a su alrededor, pero no lo controlaba.

En aquel momento de ingravidez suspendida, una presencia indeseada penetró en su mente.

Era como si una figura encapuchada hubiera entrado paseando en la neblina de su alcoba y rebuscara entre sus cosas como un ladrón en plena noche. Al no encontrar lo que buscaba, se giró en su dirección.

Sherezade reprimió un grito.

No tenía rostro. Donde deberían haber estado sus facciones había un óvalo de marfil sin expresión, como la cáscara de un huevo abrigado. El intruso sin rostro se deslizó hasta ella y luego la condujo por un corredor neblinoso mientras miraba por puertas abiertas a derecha e izquierda.

Aquellas habitaciones estaban llenas de sus propios recuerdos. Todas las veces en que se había peleado con Shiva o con Irsa. En que había dicho algo importante para rebatir las quejas amables de Rahim. En que había escuchado a su madre recitar historias. En que había desaparecido para abrazarse a escondidas con Tariq. En que había leído libros junto a su padre. En que había llorado a solas en su cuarto.

El intruso se demoró en algunos de los momentos que había compartido con Jalid. Muchas de las noches en que le había contado historias a la luz de la lámpara. En que se había enfrentado a él por asuntos del corazón, mientras hacía miguitas de pan. Todas las veces que lo había besado... en callejones oscuros y tras velos de gasa brillante. El entrometido se detuvo durante un segundo en su primer beso en el zoco.

Como si hubiera llegado a la misma conclusión que ellos en aquel instante.

Su intruso enseguida desarrolló un gran interés por cualquier recuerdo de su padre. Miró sin ojos cuando Jahandar le regaló el único capullo de rosa de su jardín,

la tarde en que había llegado al palacio de Rey. Se inclinó para acercarse — impaciente— cuando Jahandar dio vida a la rosa, para acabar matándola con un giro involuntario de muñeca.

Después de eso, rebuscó a conciencia en los pasillos neblinosos a Jahandar al Jayzurán. No tardó en llegar al recuerdo del día anterior, cuando Sherezade había presionado a su padre para que le diera información sobre lo que había ocurrido la noche de la tormenta de Rey.

Sobre lo que se había hecho en las manos. En el pelo.

Sobre lo que le había hecho al caballo de Irsa.

A la propia tormenta.

Con los ojos encendidos, Jahandar le había mostrado el libro que había mantenido apretado contra su pecho todo el tiempo. Se quitó una llave negra de alrededor del cuello.

Y abrió el tomo...

Que derramó lentamente una luz plateada y brillante en la cara del anciano.

Desde más allá de la niebla blanca, el intruso sin rostro extendió una mano fría para agarrar con fuerza la muñeca de Sherezade.

Con tanta fuerza que le hizo daño.

Ella reprimió un grito.

—¡Tía Isuke! —tronó Artan—. ¡Ya basta!

Un sonido de cristales rolos dispersó la deriva ingrávida de la mente de Sherezade y todo volvió a enfocarse poco a poco.

Abrió los ojos de pronto. La habían sacado de un mundo de humo blanco y neblinoso.

Lo primero que notó fue la marca de una mano en la muñeca. Roja, latente y real. Pestañeó con fuerza. Cuando alzó la vista, el estómago le dio un vuelco.

Tanto Jalid como Artan estaban de pie.

La espada de Jalid había sido arrojada al otro extremo de la sala. Estaba incrustada en una pared alejada formando un ángulo extraño y la empuñadura enjorjada aún vibraba por el impacto.

El espejo ominoso de Isuke estaba hecho añicos a su alrededor.

Sherezade sabía que Jalid lo había roto. De algún modo había conseguido romper el control que la hechicera ejercía sobre él y había destruido el espejo en un intento por detenerla. Como respuesta, la hechicera había lanzado su espada lo más lejos posible.

Ahora Artan se interponía entre Jalid y su tía.

«No ha hecho nada mientras su tía se metía en mi mente. ¿A quién debe lealtad Artan Temujin?».

En un principio, creyó que el chico se había interpuesto entre Jalid y su tía para evitar que él la atacase.

Pero se dio cuenta de que tal vez se equivocara. Artan parecía estar de su lado, no

de parte de su tía. Daba la espalda a Jalid, y sólo un tonto daría la espalda a su enemigo. Y él no era ningún tonto. En ese momento, su expresión revelaba una complicada mezcla de determinación y remordimiento. Como si supiera que se había equivocado.

Así que no había dado un paso al frente para detener a Jalid; lo había hecho para salvarlo.

Había elegido ponerse del lado de un chico al que apenas conocía antes que del de su propia familia.

«Pero ¿por qué?».

Sherezade desvió la mirada hasta la hechicera que se hallaba sentada enfrente.

«Está claro que Isume pretendía robarme los pensamientos. ¿Con qué fin?».

La mujer permaneció con la espalda tan recta como una flecha y las manos encima de la mesa. Sin el menor remordimiento.

—Habéis prometido... —dijo Artan con la voz cargada de acusación—. Habéis prometido que sólo sería una búsqueda del libro. Lo habéis prom...

—Yo no he hecho ninguna promesa. —La respuesta de su tía rayaba la serenidad, a pesar de su tono bajo y mordaz—. Eres tú quien lo ha hecho. En cualquier caso, la chica no ha resultado herida.

—Mientes —respondió Jalid en un susurro salvaje—. Ha gritado.

—No estoy herida. Me... sobresalté —aclaró Sherezade—, pero exijo saber...

—Tus exigencias me traen sin cuidado —interrumpió entonces Isume—, pero el libro que tiene tu padre... no le está permitido quedárselo.

La confusión hizo mella en la frente de Sherezade.

—No lo entiendo. ¿Es esa la razón por la que mi padre...?

—Las heridas de tu padre sanarán con el tiempo, pero ha liberado algo mucho más destructivo en tu mundo. —El único cambio en el estado afectivo de la hechicera se reflejó en el color de sus ojos, que pasó del pedernal a la obsidiana y viceversa—. Si destruyes el libro por mí, libraré de la maldición al chico que tanto amas. Me encargaré de pagar la deuda.

Aunque Sherezade ansiaba plantearle todas las preguntas que se apelotonaban en su mente, eligió la más urgente:

—¿Por qué debe destruirse el libro?

Debía conocer las razones de la hechicera, ya que no se fiaba de sus motivaciones. Ni tenía la menor intención de confiar en alguien que lo sabía todo de ella y que aún no le había ofrecido nada a cambio.

Isume hizo una pausa y clavó sus ojos en ella.

—Ese libro no acarrea otra cosa que tragedia a su portador. Deberías enorgullecerte de provocar su fin.

—Perdonadme, pero esa no es una respuesta —respondió ella de la misma manera cortante—. ¿Qué tiene que ver ese libro con vos?

—Mis razones no deberían importar mientras tú consigas tus objetivos, pero sí te

diré una cosa: el libro está relacionado con los padres de Artan. Cuando lo destruyas, lo liberarás a él de sus deudas.

—Esas deudas... ¿de qué tipo son? —preguntó Jalid, mirando en la dirección de Artan.

—Ese libro ha traído un sufrimiento y una destrucción increíbles. La muerte en su forma más dolorosa —contestó Isume con los ojos encendidos—. Cuando se le ofreció como regalo a un rey necio hace muchos años, creíamos que se había perdido y nos alegramos por ello. Ahora lo borraría de la faz de la tierra de una vez por todas.

Sherezade, rebotante de recelo, escudriñó a la mujer con aspecto de pájaro que tenía enfrente.

—Si ahora sabéis dónde está el libro, ¿por qué no lo destruis vos misma?

Isume a punto estuvo de dejar escapar una sonrisa.

—Como he aprendido al entrar en tus pensamientos, no eres tan necia como supuse en un principio.

—No. —Artan soltó una carcajada, aunque no parecía divertirse en lo más mínimo—. No lo es.

—Yo no puedo destruir ese libro —confesó la hechicera—. Ni ningún miembro de mi familia. Es un libro fabricado con la magia que corre por nuestras venas. Debe destruirse con sangre ofrecida libremente. Pero no puede ser la nuestra.

—De modo que debe ser mía. —Sherezade asintió, plenamente consciente de su nefasto destino—. Y debo hacerlo por voluntad propia.

—No —interrumpió Jalid, cuyos ángulos se afilaron aún más—. No permití...

Sherezade se giró hacia él, preparada para hacerle frente.

—Si hay un modo de romper la maldición, lo haré. Y tú no me detendrás.

—Shezi...

—No eres tú quien debe decidir, Jalid. Es cosa mía y sólo mía.

—Puedes decidir lo que te plazca. —Apretó los puños—. Pero yo también. No hay motivo para que pases por esto sola y...

—De hecho, la decisión es tuya, muchacho. —La boca de Isume volvió a curvarse hacia abajo al evocar su extraña sonrisa—. Pues, en última instancia, debes ser tú el que destruya el libro, ya que la maldición reside en ti. La chica debe robárselo a su padre, así como la llave para abrirlo. Luego debe entregártelo para que puedas destruirlo y poner así fin a tu maldición.

Sherezade se mordió el labio inferior.

—Y... ¿cómo se supone que va a hacerlo?

—La maldición se pagó con sangre —replicó Isume—, así que, para deshacerla, debe pagarse del mismo modo. Tanto ahora como en el momento de la destrucción del libro. Pero no te preocupes: la sangre de la ofrenda es importante en cuanto a su significado, no en cuanto a su cantidad. Y primero necesitare un modo de llevarla a cabo... —Echó una ojeada al puñal que Sherezade llevaba a la cintura—. Dame tu daga, muchacha.

Sherezade se la tendió, aunque no sin reticencias. La hechicera desenvainó la hoja y empezó a murmurar algo. El metal adquirió un resplandor incandescente. Mientras continuaba susurrando en una lengua que a ella le resultaba vagamente familiar, unos símbolos diminutos comenzaron a distinguirse por toda la hoja.

Una vez que los símbolos lograron conservar su espeluznante brillo, Isuke desvió la mirada a Jalid.

—Dame la mano.

Sherezade permaneció con el alma en vilo mientras Jalid extendía la palma. Este ni se inmutó cuando Isuke utilizó la hoja brillante para hacer un fino corte por encima del ya existente. Cuando las gotas carmesíes impactaron en la superficie de la daga, el metal cambió de un azul candente a un rojo intenso. Palpitaba con un corazón propio y sus símbolos ondeaban con la luz de una estrella fugaz.

Todo a su alrededor se sumió en la oscuridad con la misma intensidad repentina.

La mujer limpió la sangre con la cara desprovista de toda emoción y devolvió la daga a su funda enjoyada. Se la tendió a Sherezade, pero no terminó de soltarla.

Cuando la mano de esta rozó la vaina de metal, la encontró fría como la muerte.

—Utiliza la llave para abrir el libro, pero sólo cuando estés listo para destruirlo — le advirtió la hechicera a Jalid en tono furtivo—. Repite el mismo ritual que acabas de ver: utiliza esta daga para abrirte la piel y derrama tu sangre en la hoja. Luego clava la daga en las páginas del libro antes de prenderle fuego. —Se calló, como meditando—. El libro te hará frente. Gritará. Haz lo que sea necesario para quemarlo, pues el fuego se llevará la maldición con él cuando el viento esparza las cenizas del libro. Te lo juro por mí y por los ancestros que me precedieron.

Los dedos de Isuke se curvaron como garras en la muñeca de Sherezade, donde aún perduraba la marca anterior. Sólo entonces mostró un atisbo de emoción. Sus labios se retrajeron en forma de sonrisa despectiva. Dos arrugas verticales aparecieron en el puente de su nariz.

—Haz lo que hay que hacer, muchacha. Destruye el libro y libéranos de una terrible carga. Pero, si fallas, su peso ya no recaerá sólo en mi familia. —Los ojos de la hechicera se convirtieron en dos charcos de obsidiana—. Sino también en la tuya.



DESTREZA Y AMAGO

Sherezade estaba desconcertada.

Llevaba intentándolo tres días seguidos

Tres días fingiendo interés en el libro de su padre. Sentándose a su lado en la diminuta tienda y prestándole atención mientras él le explicaba los orígenes de su magia. Sonriendo mientras él le contaba cómo había abordado la concienzuda tarea de traducir sus páginas. La concienzuda tarea de memorizar su contenido.

Todo con el pretexto de salvarla.

«¿De salvarla?».

Aquello era un cuento chino.

Sobre todo ahora que conocía sus razones para apreciar tantísimo el libro. Para protegerlo, incluso en mitad de sus delirios. Ahora que se daba cuenta de cómo el mal que podía causar no era nada en comparación con sus posibilidades.

El poder de castigar a un reino.

De someter a los demás con impunidad.

Antes, nunca habría creído que su padre pudiera estar tan obnubilado por la idea del poder, pero la prueba estaba ahí mismo, delante de ella: sus ojos se inundaban de una luz febril y no dejaba de pasarse las palmas cicatrizadas por el cráneo desnudo, como si buscara un recordatorio de todo lo que había ocurrido.

De todo lo que sus actos habían provocado.

Aunque había asegurado que no pretendía causar tanta muerte y destrucción al golpear el corazón de Rey, que lo único que pretendía era salvarla, ella no podía desprenderse de la duda que la atenazaba.

Pues su padre era incapaz de mirarla a los ojos cuando le decía todas aquellas cosas.

De hecho, le había costado Dios y ayuda disimular su horror cuando este le había revelado que Reza ben Latief le había pedido ayuda para empresas futuras.

«¿Empresas futuras? ¿De qué tipo?».

Se le puso la piel de gallina con sólo pensarlo.

Las fuerzas de Tariq ya habían logrado asegurar dos fuertes cercanos en la frontera entre Jorasán y Partia. Sherezade había advertido a Jalid la noche anterior y, aunque este había empezado a reunir a sus aliados en Rey varias semanas antes, el lamentable estado de la ciudad dificultaba la posibilidad de organizar una fuerza para

volver a tomar la frontera. El ejército permanente de Rey seguía hecho un desastre. A Jalid le llevaría tiempo lanzar una contraofensiva.

Un tiempo del que no disponían.

Así que Sherezade continuaba intentando inducir a su padre a que le entregara el libro.

A que frenara la maldición antes de que estallara la guerra.

Pero Jahandar se negaba a perderlo de vista. Dormía con él abrazado a su pecho y la llave colgada al cuello con una fina cadena.

¿Cómo iba a quitarle el libro a su padre y entregárselo a Jalid si no se separaba de él ni un segundo?

«Tal vez debería contarle la verdad a *baba* y pedirle que me lo entregue».

Lo había considerado muchas veces. Sobre todo el primer día. Una parte de ella había querido creer que su padre estaría dispuesto a hacer lo que fuera por darle a su hija el amor y la felicidad que la vida le había negado tantas veces.

Pero cuando lo miraba a los ojos mientras él hablaba del libro con tanta reverencia, mientras discutía sobre el nuevo sentido que la magia le había dado a su vida, sabía que no se separaría de él con tanta facilidad. Ni aun a costa de la felicidad de su hija.

Darse cuenta de ello le dolió más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Pues su padre siempre había sido un buen hombre. Un hombre amable. Un hombre inteligente.

Un hombre con muchas cosas de las que sentirse orgulloso. Unas hijas que lo amaban. Y una vida por vivir. Pero Sherezade sabía que la mente de su padre había caído presa de sí misma. Había empezado a creerse sus propias mentiras.

Por eso aquella tarde en particular se puso a preparar pan para la cena aturdida y preocupada.

—¿Shezi? —la llamó Irsa, que estaba a su lado.

—¿Mmm?

Su hermana suspiró con experta paciencia.

—¿Qué haces?

—Estoy preparando la masa para hacer *barbari*.

—Ya lo veo, pero... estás usando la harina del sangak.

Cuando bajó la vista y se dio cuenta del error, estuvo a punto de lanzar la masa pegajosa contra la pared de retales de la tienda. Sin embargo, sabía que aquello no la apaciguaría y al final le daría más trabajo, así que, en lugar de eso, tiró al suelo de una vez toda la tanda de no pan. Al menos aquel contratiempo podía remediarse rápidamente. Era una reacción infantil, pero la masa hizo un plof de lo más satisfactorio al estrellarse contra el suelo.

Irsa chasqueó la lengua.

—Supongo que podemos tomarnos un momento de descanso.

Y, diciendo esto, cogió dos tazas y unos cuantos brotes de menta y se los dio a

Sherezade. Luego se dirigió a la parte posterior de una mesa cargada de hortalizas, se agachó bajo un emparrado del que colgaban hierbas secas y emergió con una pequeña bandeja de pasteles redondos hechos a base de almendras molidas y albaricoques confitados y recubiertos de azúcar glas.

Las dos chicas se sentaron en el suelo junto al montón de masa fallida. Sherezade introdujo los brotes de menta en las tazas y vertió encima sendos chorros de té. Después cogió un diminuto pastel de almendra.

—¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó Irsa antes de partir un dulce por la mitad.

—Nada —repuso ella con inusual malhumor.

—Muy bien. No te pasa nada. —Se lamió el azúcar glas de los dedos—. Algún día dejaré de preguntarte y será por tu culpa.

—Te estás volviendo muy quisquillosa. A lo mejor no deberías pasar tanto tiempo con Rahim al Din Walad.

Sherezade casi sonrió.

—Y tú te estás volviendo muy mentirosa. —Su hermana la fulminó con la mirada—. Me has hecho demasiadas promesas. Promesas que aún tienes que cumplir.

Sherezade respiró hondo. Todo lo que Irsa había dicho era cierto. Llevaba mucho tiempo negándole su confianza. Pero lo había hecho con buenas intenciones. De hecho, le parecía mal involucrarla en un problema que ella misma había creado.

Sin embargo, en el pasado reciente, aquel orgullo había estado a punto de ser su perdición. Su negativa a ver la verdad entre tantos rumores casi le había costado el amor de Jalid. Si ahora confiaba en su hermana, quizás esta le proporcionara la ayuda que tanto necesitaba. Tal vez dos cabezas triunfaran donde una había fracasado, como solía decir su madre.

O quizá lamentara el día en que había arriesgado de nuevo la vida de Irsa por egoísmo.

Dio un lento sorbito al té e intentó tragarse sus dudas en un remolino de menta y azúcar.

«No puedo seguir así. Algo debe cambiar.

Tal vez ese algo sea yo».

—Necesito quitarle a *baba* el libro y la llave...

No desvió la mirada de su hermana al hablar.

Irsa juntó las cejas en un gesto de asombro.

—Sin que él se entere —terminó—. Por lo menos, no de inmediato. ¿Se te ocurre algún modo de hacerlo?

Irsa masticó el pastelito de almendra mientras reflexionaba.

—Hay un remedio para dormir en el pergamino de podones que Rahim me dio. ¿Crees que funcionaría?

Sherezade apretó los labios, meditando.

«Es arriesgado, pero no se me ha ocurrido nada mejor en los últimos tres días».

—Tal vez.

—Pero debo advertirte —continuó su hermana—: creo que a *baba* le llevará tiempo quedarse dormido. Y no sé cuán efectivo es el remedio, pues aún tengo que probarlo. —Dio un trago a su té—. ¿Por qué necesitas ese libro, Shezi? ¿Y por qué no puedes pedírselo directamente?

La cara de Sherezade se convirtió en una máscara de falsa compostura. Sería imprudente por su parte contarle todo lo que sabía. Preocuparla con detalles dolorosos sobre las tristes proezas de su padre.

—Esa no es la cues...

—No. —La boca de Irsa se convirtió en una fina línea—. Si quieres que te ayude, necesito que me expliques las razones. Dime la verdad.

—La verdad no es...

—¿Bonita? ¿Fácil? ¿Lo que tendría que ser? —se burló, casi con frialdad—. ¿Crees que me chupo el dedo, Shezi? ¿Que soy un bebé en pañales? ¿O una joven capaz de elaborar una poción para dormir? Porque no puedo ser ambas cosas.

Sherezade pestañeó, desconcertada por las palabras de su hermana. Tenía razón. No podía decantarse cada vez por lo que le interesara de ella. Ni podía seguir protegiéndola, por mucho que deseara hacerlo.

Si su hermana era lo bastante mayor para ayudarla, lo bastante mayor para pasar el rato con Rahim al Din Walad, entonces también lo era para saber por qué necesitaba el libro de su padre.

—Llevas razón. Aunque me cueste admitirlo, ya no eres una niña. Es hora de que conozcas la verdad.

Inspiró profundamente y empezó a contárselo.

Aquella vez no omitió ningún detalle. Con voz susurrante y apenas perceptible, le relató a su hermana la historia de la maldición. Le contó todo lo que el chico al que amaba se había visto obligado a hacer para proteger a su pueblo. Y todo lo que ellos tenían que hacer ahora para poner fin a un reinado del terror provocado por un loco desconsolado.

Irsa escuchó el relato con los ojos como platos por la sorpresa.

Cuando llegó la parte de la abrumadora tarea que debían acometer, se acercó más y entrecerró los ojos en señal de concentración.

—Así que debo quitarle el libro a *baba* mientras duerme y luego recoger a Jalid en Rey para que pueda destruirlo y acabar con la maldición y con esta guerra innecesaria —concluyó. Sus hombros cayeron hacia delante al despojarse de la carga que suponía todo lo que acababa de contarle.

Irsa se quedó un rato en silencio.

—Es un riesgo tremendo. Y más con todos esos ojos enemigos vigilándote —dijo al final—. Las cosas rodarían mejor si tuvieras ayuda... ¿Por qué no dejas que sea yo la que le quite el libro a *baba* mientras tú viajas a Rey?

—No. —Negó con la cabeza—. Es demasiado peligroso.

—No —insistió su hermana—. No lo es. A mí me parece lo más lógico. No

sospechará que yo tenga interés en el libro y dejará que le dé el remedio para dormir en el té de esta noche. Esperaré a que se duerma y más tarde me reuniré contigo en el desierto.

—No me perdonaría que te pasara algo.

—¿Y qué me va a pasar? —Frunció el ceño—. Tampoco es que vaya a luchar a la vanguardia. Sólo voy a transportar un libro —respondió con humilde brevedad—. ¿Por qué no nos reunimos junto al pozo, al este del campamento? No está muy lejos de aquí a caballo. Cogeré el de Aisha y llevaré hasta allí el libro y la llave. Así te ahorraré la molestia y el tiempo. Cuando le dé el té a *baba*, puedes marcharte a Rey. —Su voz se había ido tornando más ardiente conforme hablaba y sus palabras ganaron convencimiento.

Sherezade se mordió el interior de la mejilla, sin querer transigir, pero sopesando la idea.

«Tiene sentido. Y estaría bien que trabajáramos juntas, para variar».

—No te preocupes, Shezi. —Sonrió de buen talante—. Sólo voy a esperar a que *baba* se duerma y luego a entregarte el libro. No hay ningún peligro.

Aunque iba en contra de su sensatez, Sherezade le devolvió la sonrisa.

Quizá su hermana tuviera razón.

Ambas se estaban haciendo cargo de sus propios destinos, negándose a que la suerte les dictara el futuro. Tal vez la razón por la que había tenido tantos problemas en los últimos tiempos era porque había estado nadando a contracorriente. A lo mejor sólo tenía que dejarse llevar.

—De acuerdo —aceptó—. Hagámoslo.

—Juntas.

Irsa sonrió aún más.

Sherezade asintió con la cabeza.

—Juntas.

Tariq no estaba seguro de qué lo habría poseído aquella noche para seguir a Irsa al Jayzurán.

De todas las cosas que debería haber estado haciendo, seguir a Irsa en secreto sin duda no era la más conveniente. Debería haber estado planeando su próximo ataque. O al menos ideando los comienzos de una nueva estrategia con su tío, a pesar de su creciente malestar por el objetivo de Reza ben Latief.

Y en vez de eso, estaba allí con Rahim, cruzando el desierto a caballo...

Intentando no hacer ruido.

De hecho, tenían suerte de que a Irsa no se le diera nada bien salir a escondidas. Ni vigilar: cualquier soldado que se preciara los habría oído seguirla desde muy lejos. Habría puesto fin a esta ridiculez mucho antes.

Pero Tariq llevaba algún tiempo preocupado por Sherezade. Los últimos días

había intentado seguirla de cerca. Esa misma noche, la había visto adentrarse en el desierto portando un fardo enrollado, pero, antes de que hubiera logrado separarse de sus soldados para seguirla, la chica había desaparecido sin dejar rastro.

Ahora se veía obligado a dar el siguiente paso y seguir a Irsa. Si alguien sabía qué había detrás de la extraña desaparición de Sherezade, sería sin duda su hermana pequeña.

A Tariq no le importaba lo más mínimo recurrir a algún subterfugio para hallar una explicación al reciente comportamiento de Sherezade. Ni mucho menos adentrarse en el desierto para seguir a una figura encapuchada a la luz de la luna.

¿Y Rahim?

A estas alturas ya estaba más claro que el agua que Rahim seguiría a Irsa al Jayzurán a cualquier parte.

Lo único que esta tenía en su poder era un diminuto paquete envuelto en un trozo de lino oscuro apretado contra su pecho. No llevaba ropas de viaje. La ligera *pashmina* que le cubría los hombros no la protegía mucho.

Aquello le pareció raro, dado que Irsa al Jayzurán era bastante sensata. Normalmente no era motivo de preocupación. Nunca lo había sido. No era de esa clase de personas.

Era previsible. Simpática. Agradable.

Todo lo contrario que Sherezade.

Aun así, Tariq mantuvo preparado su arco recurvo.

Por lo que pudiera pasar.

Al cabo de media hora de cabalgada, se acercaron al pozo y al asentamiento abandonado donde Tariq había conocido a Omar al Sadiq varios meses antes. Recordó brevemente cómo el anciano jeque había retrocedido ante las garras destellantes de *Zoraya*. Por una vez, se alegró de no haberse llevado al halcón, ya que sin duda habría delatado su presencia.

Los dos desmontaron de sus caballos y se escondieron detrás de uno de los agrietados edificios de piedra. Permanecieron amparados por un manto de sombra mientras Irsa ataba su corcel a un poste cercano al pozo.

A pesar de todo, Tariq tenía que admitir que sentía cierta curiosidad.

¿Con quién iba a reunirse la pequeña Grillo?

No veía a Sherezade por ningún sitio.

Rahim inhaló por la nariz. Incluso a un brazo de distancia, Tariq percibió la incipiente aprensión de su amigo como si fuera propia.

—¿Por qué estás tan preocupado? —le susurró.

Rahim contempló la delgada figura de Irsa en la distancia.

Su amigo reprimió una sonrisilla.

—No está en peligro. Es obvio que va a reunirse con alguien conocido. ¿Temes que sea otro chico?

—¿Y por qué habría de preocuparme que se reuniera con otro chico? —espetó su

amigo—. Sólo quiero asegurarme de que no corre ningún peligro.

—Claro que no te importa que se reúna con otro chico. —Puso los ojos en blanco—. Por eso la sigues en mitad de la noche como un marido cornudo.

De la garganta de Rahim salió un sonido exasperado.

—Los dos sabemos por qué estamos aquí, y no tiene nada que ver con...

Tariq lo cortó poniéndole una mano en el hombro.

Dos figuras se aproximaban a Irsa. Una era fácilmente reconocible. Tariq sería capaz de distinguir aquella silueta en cualquier parte. Se había pasado media vida memorizando sus contornos. Era pequeña y delgada. Con una trenza desordenada, recientemente despeinada por los fuertes vientos.

La otra era alta. Encapuchada. Masculina.

Más difícil de reconocer.

Y, sin embargo, antes de que se retirara la capucha del *rida'* y posara la mano en la parte baja de la espalda de Sherezade, ya sabía de quién se trataba.

El odio se propagó hasta sus dedos. Se le enroscó en el estómago. Sus propias palabras resonaron en sus oídos.

«Que no te quepa duda: la próxima vez que vea a Jalid ben al Rashid, uno de los dos morirá».

No se paró a pensar. Ni se lo replanteó.

El amor no le impediría ver la verdad.

Con una furia creciente, apartó a Rahim cuando este intentó detenerle en vano...

Y cogió una flecha.



A Sherezade no le gustaba ese lugar.

Cuando Jalid y ella habían llegado volando al enclave que rodeaba el pozo, le había sobrevenido un extraño presentimiento. Y ahora que lo recorrían, se hizo más inminente.

Todos los edificios que los rodeaban estaban abandonados. Muchos de los tejados de adobe se habían derrumbado, formando cráteres que otorgaban al lugar un mayor sentido de amenaza... y que advertían a cualquiera que se atreviera a merodear por allí que el tiempo sería implacable con aquellos que se demorasen.

Peor aún: a pesar de que con antelación su hermana le había asegurado repetidamente lo contrario, notaba que Irsa estaba nerviosa. Daba minúsculas vueltas al lado del pozo con un paquete envuelto en lino pegado al pecho. Observó cómo sus pies dibujaban un círculo cada vez más pequeño en la arena...

Consciente de que percibía la misma amenaza en el aire que ella.

Lo único que la convencía de que las cosas se arreglarían pronto era la tranquilizadora presencia de aquella mano en su espalda.

La cálida y sólida presencia de aquel chico a su lado.

«Jalid lo ve todo. No se le escapa ni el más mínimo detalle.

No dejará que a Irsa le ocurra nada malo».

Sherezade enderezó los hombros. Pronto Jalid destruiría el libro de su padre. Entonces podrían empezar a arreglar las muchas cosas que había mal a su alrededor. Y no tendría que volver a preocuparse de aquel asunto.

Mientras se dirigían a zancadas hacia el pozo, una brisa repentina surcó la herradura de edificios abandonados, pasando por el hueco de piedra en un frenesí de aire y sonido.

Trayendo en su estela un ruido familiar.

Sherezade se detuvo en seco.

«¿Eso ha sido... un caballo?».

Por un momento, creyó haber oído un repiqueteo de cascos en la distancia.

Junto a ella, Jalid se detuvo también. Luego la adelantó para intentar descifrar qué era. El caballo de Irsa estaba cerca, atado a un poste.

Y nadie más sabía dónde estaban.

La brisa cesó. Los remolinos de arena cayeron a sus pies.

Pero algo ocurría. Era evidente.

Sherezade lo sintió en el aire.

Del mismo modo que atisbo un movimiento de sombras cerca de un edificio en el extremo derecho del poblado.

Y lo supo. Lo supo con la misma certeza paralizante de uno que pende de un precipicio.

Pues llevaba años ejerciendo aquella práctica. Y ese era el momento perfecto.

El viento acababa de amainar. Abajo y a la izquierda. Casi sintió las plumas entre los dedos. El sonido de la cuerda al tensarse.

El silbido de la flecha al salir disparada.

Sin pensarlo dos veces, Sherezade apartó a Jalid de un empujón.



UNA FLECHA AL CORAZÓN

La flecha silbó en la oscuridad, dejando atrás a Irsa en su trayectoria mortal. El mundo a su alrededor pareció ralentizarse de repente. Vio a su hermana saltar hacia el califa de Jorasán para intentar apartarlo de un empujón.

Al mismo tiempo, el califa la agarró, tratando de escudarla con su cuerpo. Dos amantes cabezotas que se protegían el uno al otro de la misma amenaza.

Que libraban la misma batalla perdida.

Él la agarraba mientras ella lo empujaba. Y todo para nada.

La flecha se clavó en la espalda de Sherezade.

Y el mundo, igual que se había ralentizado, volvió a recuperar la velocidad de súbito.

Irsa vio que el califa apretaba a Sherezade contra su pecho. Aunque su cara estaba desprovista de expresión, sus ojos eran una tormenta de verano. Un sol ardiente asediado por un remolino de nubarrones negros.

Un tardío alarido de sorpresa escapó de los labios de su hermana.

Un grito provocado por la visión de la flecha que se estremecía en la espalda de Sherezade.

El sonido partió el cielo nocturno en dos.

—¡Shezi!

Irsa acudió a toda prisa al lado de su hermana.

Los dedos de esta estaban envueltos en los pliegues del *rida'* negro del califa. Ninguno había pronunciado aún palabra; tenían la mirada fija en la del otro. Fuera cual fuese la conversación tácita que estuvieran manteniendo, Irsa no la comprendía. Se hundieron en el suelo; el califa seguía sujetando con fuerza a Sherezade contra él. Irsa se arrodilló a su lado con un fuerte clamor en el corazón.

—¡Tenemos..., tenemos que hacer algo! —gritó—. Necesitamos...

Un ajeteo tras ellos hizo que el califa pasara a la acción. Le tendió el cuerpo de Sherezade a Irsa y se levantó, todo casi en el mismo movimiento. Irsa sujetó a su hermana, examinó frenéticamente la herida que se estaba abriendo en su hombro y se preguntó qué debía hacer, qué podía hacer...

El rechinar de una espada al desenfundarse la sacó de la tempestad de sus pensamientos. Por primera vez desde que la flecha le había pasado rozando, se detuvo

para alzar la mirada al califa de Jorasán.

El loco de Rey. El niño-rey asesino.

El marido de su hermana.

Era alto. No tanto como Rahim, pero más de lo esperado. Puede que hubiera un tiempo en que alguien lo encontrara atractivo. Pero no ahora. Ahora sus facciones eran duras en su severidad. Implacables en su intención. La única emoción que Irsa era capaz de discernir era la furia.

Y la promesa de la muerte que pendía en el aire.

En efecto, era aterrador.

Un verdadero monstruo.

La visión de su figura cerniéndose sobre ella —su espada en ristre para matar— hizo que quisiera encogerse de miedo en un rincón, como el ratón inútil que había encarnado en sus peores pesadillas.

¿Cómo podía amarlo Sherezade?

Antes de que pudiera tomar aliento para pensar, el califa se colocó la empuñadura de la espada entre las palmas de las manos y la dividió en dos. Ahora sostenía imágenes idénticas de una espada en cada mano. Armas gemelas para infligir el doble de daño. Sin apartar los ojos de su letal tarea, se colocó delante de Sherezade y de Irsa para escudarlas.

Más allá se oyeron unos pasos acelerados por la arena.

—¡Shezi!

—¡Dios santo!

Irsa se giró estupefacta al oír las dos voces.

¿Rahim y Tariq? ¿Qué estaban haciendo allí, precisamente? ¿Cómo habían...?

Sherezade levantó los brazos para agarrar la *pashmina* de Irsa con manos temblorosas.

—¿Shezi?

Eludiendo su confusión, Irsa se acercó para escuchar lo que su hermana estaba tratando de decir.

—Irsa —dijo con voz sofocada y con los dedos aferrados a la fina tela del chal. Sus labios habían perdido todo su color y su voz era más un suspiro que un sonido—. Debes detenerle.

—¿Qué quieres decir? —gritó.

—Va a matarlos.

El temblor había pasado de las extremidades al centro de su cuerpo, que había empezado a convulsionarse, e Irsa tenía las manos pegajosas por su sangre.

—Yo... ¿Qué voy a...?

—Haz que paren —jadeó—. ¡Debes detenerlos!

Rahim había desenfundado su cimitarra y había tomado posiciones delante de Tariq. Una aljaba de flechas pendía del hombro de este último.

¿Tariq les había disparado una flecha? ¿Tariq era el responsable de aquello?

¡Debía de estar apuntando al califa! Pero le había dado a Sherezade. ¡Dios santo!
¿Cómo había ocurrido?

¿Cómo se suponía que debía detenerlos? ¡Había tardado semanas en atraer la atención de su propia hermana! ¿Cómo iba a detener a un chico impulsivo como Tariq, colmado de sueños de sangre y gloria?

Y mucho menos detener la mano de un monstruo frío como el califa de Jorasán.

—¡Pp-or favor! —gritó. La llamada a las armas de un ratón—. ¡No!

La cara de Tariq había adquirido una tonalidad grisácea.

—¿Está muerta? —le preguntó al califa, pasándose los dedos por el pelo, presa de la angustia.

Fue entonces cuando Irsa se dio cuenta de que estaba indefenso, salvo por la aljaba de flechas que llevaba a la espalda. Ningún arco a la vista. Ninguna cimitarra a su lado. Ni siquiera una daga metida en el fajín.

Era completamente inútil enfrentarse a un monstruo que empuñaba dos espadas.

Por desgracia, sabía que eso no le importaba. En lo más mínimo.

Estaba más claro que el agua que se encontraba fuera de sí.

El califa de Jorasán no respondió. Se limitó a blandir ambas espadas describiendo arcos rigurosos y precisos. Arcos que mostraban demasiado bien sus intenciones.

Dio un paso adelante.

Sin mediar palabra, Rahim avanzó para defender a Tariq.

Irsa chilló cuando el califa levantó ambas armas contra su amigo. Oía a su hermana debatirse por coger aliento, debatirse por enderezarse, debatirse por protestar...

—¿Está muerta? —La pena de Tariq hizo que su voz se quebrara en la noche azul—. Contéstame a esa pregunta, maldito bastardo, y podrás hacer lo que te plazca conmigo.

—¿Por qué iba a hacer algo por ti? —replicó el califa en tono grave y feroz.

—¡Porque si está muerta, no me importa lo que me pase!

—Entonces estamos de acuerdo al menos en dos cosas.

Y, diciendo esto, el califa centró su atención en Rahim y sus espadas destellaron con un rayo de luna.

—¡Por favor! —gritó Irsa—. ¡Por favor, no...!

—Irsa. —Sherezade se la acercó de un tirón, aún debatiéndose, con la cara contorsionada; sus palabras no eran más que un mero susurro entrecortado—. Tienes que... gritarle a Jalid. Levántate. ¡Detenlo! Haz algo.

Irsa meneó la cabeza. ¡Era el califa de Jorasán! ¿Acaso un ratón podía atreverse?

—¡Irsa!

El choque de espadas resonó en el desierto y el tintineo de metal contra metal palpó en el aire.

Con todo, ella siguió paralizada por el miedo. Como si cualquier pensamiento convincente que hubiera albergado hubiese desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

Todo acabó en cuatro golpes de espada. No iba a haber ninguna contienda. El califa de Jorasán era un demonio entrenado para empuñar espadas forjadas en el fuego del mismísimo infierno.

Rahim cayó en la arena y buscó a gatas su espada.

A Irsa se le subió el corazón a la garganta.

Cada parte de su ser se estremeció al comprender. Al ser plenamente consciente de la situación.

Al califa no le bastaría con desarmar a Rahim. No en su actual estado. El monstruo de Rey lo mataría para llegar hasta Tariq.

Para destruir a Tariq por lo que le había hecho a Sherezade.

E Irsa no podría vivir —se negaba a vivir— en un mundo en el que hubiera permitido que tal cosa ocurriese.

De modo que, al final, no fueron los susurros suplicantes de su hermana. No fue el miedo que corría por su sangre. No. Nunca fue el miedo. Fue mucho más que eso.

Aquel sentimiento era más antiguo que el desierto. Y puso fin para siempre al reinado del ratón. De una vez por todas.

—¡Jalid ben al Rashid! —rugió. Todas las miradas se giraron como un látigo en su dirección—. ¡Detente ahora mismo, pues, si no lo haces, te prometo que Sherezade nunca te lo perdonará!

Jadeaba mientras su mirada caía en el joven tirado en la arena.

El joven que siempre hacía las preguntas adecuadas. El joven que la hacía sentir más que hermosa. El joven que le daba la fuerza para ser un león.

—¡Y si hieres a Rahim, yo nunca, jamás, te perdonaré! —concluyó Irsa, cuyas palabras transpiraban una verdad acerada que ninguna espada podría aniquilar.

Hasta los mismísimos granos de arena parecieron rendirse a sus pies. Parecieron suspirar de alivio.

El califa de Jorasán se la quedó mirando sin pestañear durante un momento. Sus rasgos perdieron una pizca de su severidad. Permaneció erguido.

Y bajó las espadas.

Entonces, como si nada importante hubiera ocurrido, se dirigió de nuevo hacia Irsa a grandes zancadas, volviendo a juntar las espadas en una sola mientras caminaba. Rahim se puso en pie a duras penas y recuperó su cimitarra antes de seguir los pasos del califa con cautela, seguido por Tariq.

El califa se arrodilló al lado de Sherezade e intentó levantarla. Ella hizo una mueca de dolor y la tensión se reflejó en su cara. Su color había empeorado considerablemente: tenía la piel cetrina y la frente empapada en sudor.

—Tenemos... que llevarla de vuelta al campamento —apremió Irsa, decidida a permanecer en calma a pesar del reciente alboroto—. No creo que sea aconsejable arrancar la flecha aquí. La herida no parece muy profunda, pero, aun así, está perdiendo mucha sangre y Tariq suele utilizar...

—Puntas de flecha de obsidiana.

Los ojos de Jalid destellaron con un resto de furia pasajera.

Irsa asintió.

—Es probable que empeore cuanto más se mueva. Debemos hacer algo. Ya.

—¿Shezi? —El califa tendió los brazos hacia Sherezade y su repentina dulzura tuvo un extraño efecto perturbador en Irsa. Era como si otra persona se hubiera instalado bajo su piel—. Tengo que separar el astil de la punta de la flecha antes de que te movamos.

Sherezade asintió una vez con la cara enterrada en la *pashmina* de su hermana.

Jalid hizo una pausa.

—Te dolerá.

Ella se humedeció los labios.

—Hazlo ya y deja de hablar, pedazo de patán —murmuró en un tono apenas audible.

Irsa estaba casi tan asombrada por la audacia de su hermana como por la visión de la boca del califa, cuyas comisuras se elevaron en señal de ensombrecida diversión. Se la acercó más, de nuevo con sumo cuidado, y, de un rápido chasquido, rompió el astil de la flecha tan cerca de su piel como pudo. Sherezade amortiguó un grito contra él y siguió estremeciéndose con renovado vigor.

—No es probable que siga consciente durante mucho tiempo —le dijo a Irsa en voz baja—. Sé de soldados veteranos que han sufrido una buena tiritera por esto.

—D-d-deja de hablar de mí como si no estuviera aquí —rechinó Sherezade entre dientes.

—Nos encontramos a poca distancia del campamento a caballo —dijo Irsa—. Si...

—Coged uno de los nuestros —interrumpió Rahim desde atrás—. Y volved al campamento badawi con Tariq. Nadie os hará preguntas si regresáis con él mientras llevéis la cara cubierta. Yo volveré con Irsa.

Jalid miró por encima del hombro a Rahim, que no se inmutó ante su frío escrutinio, y un instante después se puso en pie con Sherezade en brazos. No dijo ni una palabra mientras esperaban a que Tariq trajese los caballos. Cuando este hizo un gesto para ayudar con Sherezade, Rahim lo detuvo con una mano en el pecho antes de asistir él mismo al califa. A continuación, Jalid se sentó a horcajadas en un semental zaino con la pálida figura de su esposa apoyada por delante.

Sin mediar palabra, se echó la capucha de su *rida'* por la cabeza y arreó al caballo, como si pretendiera proseguir sin ellos. Entonces volvió a girarlo en su dirección. Sus ojos brillaban como brasas en un fuego.

—¿Tariq Imrán al Ziyad? —empezó a decir; su ira, débilmente velada, daba nombre al rencor de un juramento.

Irsa vio que Tariq apretaba los puños con fuerza.

—Dirige el camino... antes de que me lo piense mejor y te mate aquí mismo.



UN HERMANO Y UN HOGAR

Irsa no sabía qué pensar del marido de su hermana. Era una desconcertante mezcla de extremos oculta tras un *rida'* negro. Con todos los demás, era una esquirla de hielo en una montaña. Con su hermana, en cambio, una brisa marina estival.

Pero de poco servía aquello para cambiar el hecho de que a ella le aterrorizara. Estaba convencida de que había intentado matar a Tariq tres veces desde que volvieron al campamento badawi.

El primer incidente ocurrió poco después de que llegaran a la tienda de Tariq. Aunque en ese punto, Irsa suponía que la hostilidad del califa estaba de algún modo justificada.

En cuanto se ocultaron en la tienda, ella intentó quitarle el *qamis* ensangrentado a Sherezade para examinar mejor la herida. Y, claro, no era apropiado que Tariq la ayudara en aquella tarea, sobre todo en presencia del marido de su hermana. Seguro que al propio Tariq tampoco se lo parecía. No sabía por qué había intentado hacerlo.

Una tontería, en el mejor de los casos. Un impulso suicida, en el peor.

¿Y en la misma cara de un loco asesino?

Sin duda, una muerte asegurada de muchas y variopintas maneras.

Después, una vez que limpiaron la herida, el califa y ella intentaron extraer la flecha. Como ninguno de ellos tenía experiencia, resultó ser una tarea costosa, y más aún teniendo en cuenta la combatividad de Sherezade, por lo que se vieron obligados a recurrir a Tariq, dado que era él quien había fabricado la flecha en cuestión.

Con el propósito de causar el mayor daño posible.

Con la intención de cortar la piel y destrozarse los huesos.

Irsa estaba segura de que el califa pretendía asesinar a Tariq al enterarse de ello. Por desgracia, tampoco contribuía a la causa de este último que fuera él quien extrajera la flecha; después de todo, era el único que conocía perfectamente cómo estaba diseñada. Por no decir que tenía las manos firmes de un arquero experimentado. Al final logró sacarla intacta, lo que Irsa agradeció de buena gana, a pesar de la dificultad que acompañó al esfuerzo.

Mientras se la extraían, Sherezade mordía un trozo de cuero raído y las lágrimas le corrían por las mejillas. Aunque todos presenciaron cómo luego Shezi maldecía a Tariq de manera más que evidente —lo que implicaba que las cosas volvían a su

curso—, Irsa seguía convencida de que el califa pretendía causarle algún daño físico al joven en el futuro cercano.

El último incidente en el que Tariq escapó por los pelos de una muerte temprana tuvo lugar no mucho después de que ella le limpiara la herida a su hermana por última vez con una mezcla de vino añejo y agua templada. No mucho después de que se diera cuenta de que la herida tardaría en dejar de sangrar.

Cuando se percató de que tendría que ser sellada con una cuchilla caliente.

Sherezade no era una chica que se acobardara ante ese tipo de cosas ni que se lamentara de una cicatriz.

Pero Irsa sabía que aquello no era algo baladí. Aunque tenía que hacerse sin remedio. Sherezade ya había perdido una buena cantidad de sangre. Como perdiera más, no podrían ocultárselo al resto del campamento. Cuando lo sacó a colación, su hermana accedió sin rechistar.

Para hacerlo, se utilizó la fina punta del cuchillo janjar de Rahim con el fin de asegurar que la cicatriz fuese lo más pequeña posible. Se designó al califa como mano ejecutora, por expreso deseo de su hermana.

Sherezade perdió la consciencia durante el proceso. En realidad, Irsa se alegró de ello. El mero olor a carne quemada ya era suficiente para marearla.

De nuevo, Tariq escapó de la muerte por los pelos. No le cabía ninguna duda.

Ya que después de que la herida se sellara —cuando era obvio que Sherezade se había desmayado—, el califa lo agarró del *qamis* con la mano izquierda sin soltar el cuchillo ardiente de la derecha. Irsa notó que el odio se condensaba en el espacio que los separaba con la misma seguridad con la que sintió que el cansancio se apoderaba de sus huesos. Lo único que impidió que el califa viera cumplidos sus deseos fue Rahim.

Este apartó a Tariq. Lo obligó a marcharse y se fue con él lanzando una mirada de disculpa por encima del hombro.

Tariq había sido fácil de doblegar y desapareció en la oscuridad con la cara convertida en una tormenta de contrición. Pero, gracias a su amigo, al menos todavía seguía vivo.

Ahora, ella y el califa estaban a solas con Sherezade. A solas en la tienda de Tariq.

A solas... con un infame asesino de jovencitas.

Terminó de escurrir el trozo de lino ensangrentado en un cuenco de agua tibia y se puso de pie, tratando de sacudirse de encima la fatiga que empezaba a apoderarse de ella. El califa permanecía junto a Sherezade, examinando la herida de la espalda y las nuevas vendas que la cubrían.

—Cuando se despierte, le traeré un poco de té de cebada con raíz de valeriana. Ayudará a que la fiebre baje y a que concibe el sueño durante la peor parte del dolor.

Se mordió el labio, sumida brevemente en sus pensamientos.

El califa ni respondió ni la miró siquiera. Permaneció concentrado en Sherezade

con una expresión inescrutable.

Irsa no pudo refrenar el impulso de llenar de sonido aquel silencio tormentoso.

—Aunque parezca una tontería —parloteó—, es bueno que la flecha haya impactado formando ese extraño ángulo, pues la herida no es muy profunda. Debería sanar en unos pocos días y estoy segura de que el hombro le dolerá durante un tiempo, pero... podría haber sido mucho peor.

Jalid desvió por fin la vista de Sherezade para mirar a Irsa con una templanza impostada.

—Sí —coincidió—, podría haber sido mucho peor. —Entrecerró los ojos—. Si tú no hubieras estado allí, las cosas podrían haber sido mucho peores. Te lo agradezco, Irsa al Jayzurán.

Un rubor nervioso le brotó en las mejillas. Al fin y al cabo, no todos los días el califa de Jorasán la consideraba a una imprescindible.

—Rahim... os ha traído una muda de ropa. —Respiró hondo para tranquilizarse—. Hay agua limpia en ese cántaro de ahí y, si necesitáis más, hay un abrevadero cerca. Estoy segura de que querréis limpiaros toda la... sangre. Puedo salir si queréis..., *sayidi*.

Jalid tardó en responder, como si estuviera poniendo en orden sus pensamientos. A Irsa le resultó imposible asegurarlo: el califa era imposible de descifrar.

Imposible en todos los sentidos.

—No es necesario que me llames así.

La chica se vio sacudida por una oleada de sorpresa y dejó de mover sus inquietos dedos.

—Pero...

—Me gustaría que me llamaras Jalid. —El califa apoyó los codos en las rodillas—. Como ya me has regañado a la típica manera Al Jayzurán, supongo que no te será difícil.

Un curioso rastro de humor revoloteó en su cara.

El rubor de Irsa se extendió de la garganta al nacimiento del pelo.

—Yo... Lo siento mucho. No estaba en mis cabales.

—No estoy de acuerdo. Creo que, de todos nosotros, eras la única que precisamente estaba en sus cabales.

La intensidad con la que el califa la miraba, como si viera más allá de sus ojos y le leyera la mente, sólo incrementó la sensación de extrañeza de la joven. Se apartó los finos mechones de pelo que se le habían venido a la cara.

—Supongo que estabais un poco... de mal humor.

La sugerencia de una sonrisa se dibujó en los labios de Jalid.

—Un defecto por el que seguramente me regañarán en un futuro cercano. —Bajó la vista a la figura durmiente de Sherezade—. Y con razón.

—Sí. —Irsa reprimió una sonrisa, a pesar de su incomodidad—. Es probable..., aunque nunca comprenderé cómo Sherezade se atreve a regañarle a alguien por su

mal genio.

Al oír aquello, el califa sonrió con sinceridad. El gesto suavizó los contornos de su perfil y lo volvió casi... añorado. Casi hermoso.

Nada monstruoso.

Aquel descubrimiento la pilló con la guardia baja. Era la primera vez que se percataba del hecho de que el califa de Jorasán era sólo unos años mayor que ella.

Sólo un chico por derecho propio.

Tal vez un chico con algo más en su interior de lo que decían los rumores.

Irsa se enroscó la trenza entre los dedos mientras lo pensaba con detenimiento.

De nuevo, ambos se quedaron callados.

—Entiendo que te sientas incómoda conmigo —dijo él en voz baja—. Mi comportamiento de antes ha sido reprobable. Me gustaría pedirte perdón.

La cara de Irsa volvió a encenderse, aunque ahora por un motivo distinto.

—Espero que puedas perdonarme algún día —continuó.

La joven asintió, todavía intentando encontrar las palabras adecuadas.

El califa se frotó el cuello y se apartó de la luz. Casi vacilante, le dijo:

—¿Puedo preguntarte dónde está el libro de vuestro padre?

Aunque habló en tono susurrante, Irsa miró la entrada de la tienda antes de responder.

—Está aquí —susurró—. En mi bolsa.

La expresión del califa perdió una pizca de su severidad. Volvió a escudriñar a Irsa y su cara se encogió y estiró varias veces con aquellos pensamientos mudos.

—Yo no... —Inhaló por la nariz—. Yo nunca he tenido una hermana. —Sus pobladas cejas se aplanaron, lanzando una sombra más oscura sobre sus ojos—. Y nunca me he parado a pensar en este asunto. ¿Alguna vez te has parado a pensar en cómo sería tener un hermano?

—Bueno, yo... no tengo ningún hermano.

Pero en realidad siempre había querido tener uno. Desde que era pequeña, siempre había pensado en cómo sería tener alguien a quien admirar, como una hermana a un hermano. Alguien que le tomara el pelo como sólo un hermano podía hacer. Alguien que cuidara de ella y que la pinchara cuando fuera necesario y cuando no.

Durante muchos años, había creído encontrar a aquel hermano en Tariq, pero el muchacho siempre había estado más preocupado por otras cosas más importantes: arcos, flechas, apuestas y halcones. Cosas convenientes para un chico como él. Al igual que Sherezade. Y ella nunca le había guardado rencor por ello, siempre había albergado la esperanza de que las cosas cambiaran cuando fuera mayor.

Siempre había albergado la esperanza de que Tariq acabara viéndola como una hermana y se convirtiera con el tiempo en un verdadero hermano para ella.

El califa inclinó la cabeza en actitud contemplativa.

—Cuando hoy me has gritado..., ha sido la primera vez que he sentido cómo

sería. Tener una hermana.

—¿Y qué habéis pensado? —susurró Irsa.

—Me ha gustado.

La joven entreabrió la boca.

—¿Aunque os haya gritado?

—De hecho, puede que eso haya marcado la diferencia.

—¿En serio? —Parpadeó, atónita—. Madre mía, sí que sois raro. ¿Alguien os lo ha dicho alguna vez?

La sonrisa de Jalid volvió a aparecer, tan enigmática como antes. Hasta que...

Se echó a reír.

Y no fue ni mucho menos como se habría imaginado.

Fue una risa relajada. Suave y melódica. Aunque estaba claro que no la practicaba demasiado, tampoco era una risa cohibida. Simplemente era una risa que hablaba de tiempos mejores. Unos tiempos en los que un niño pequeño reía de cosas mejores.

Irsa tuvo la convicción de que estaba siendo testigo de un acontecimiento extraordinario.

—Lo siento —repuso, esforzándose por ser respetuosa, aunque sabía que su comportamiento ya había sobrepasado aquella noción—. No pretendía insinuar que sois raro.

—Más que insinuarlo, lo has dicho sin rodeos.

Al califa le brillaban los ojos, pero Irsa no detectó en ellos ni un ápice de amenaza.

—Sí. —Jugueteó con la manga—. Supongo que lo he hecho.

—En cualquier caso, no me has ofendido, en absoluto. Si acaso, hasta te lo agradezco. Probablemente yo debería decir lo mismo.

Ella abrió los ojos como platos. ¿Es que nunca dejaría de sorprenderla?

—Gracias... —sesgó la boca como si siguiera deliberando algo—, Irsa.

La joven también se vio inmersa en un momento de deliberación. Hasta que llegó a una súbita e irrevocable conclusión.

—De nada..., Jalid.

Le dedicó una sonrisa torcida y la incredulidad le templó por dentro. Antes de que el color le subiera a las mejillas, recogió la muda de ropa que Rahim le había proporcionado y se la pasó al... A Jalid.

Este se levantó y se quitó el *rida'* manchado de los hombros. Luego se dirigió al cántaro de agua sin pronunciar palabra.

Aturdida por el incipiente reconocimiento de por qué su hermana podría haber decidido amar a aquel supuesto monstruo, hurgó con torpeza en su bolsa y le pasó a Jalid a toda prisa el libro envuelto en lino. Después salió corriendo de la tienda totalmente aturrullada.

Dobló la esquina y se sumió en la más absoluta oscuridad.

Donde se topó con Rahim, que paseaba de un lado a otro.

—¿Qué estás haciendo? —dijo, ahogando un grito y echándose hacia atrás.

Él frenó en seco al verla.

—Esta..., estaba... —Se rascó la escasa barba. Su voz sonó grave, más de lo habitual, como si hubiera estado gritando a los cielos durante un rato—. Supongo que te estoy esperando —terminó, afianzando tanto su tono como su semblante. Cuando parpadeó, sus pestañas negras como la tinta abanicaron desde la suave piel de sus párpados con una lentitud casi seductora—. Para ver si estás bien.

—Oh. —Irsa intentó no sonar ansiosa. Y fracasó por completo.

—¿Oh?

Ella se retorció la trenza.

—¿Y por qué no has entrado?

Rahim le lanzó una sonrisa lúgubre.

—No le caigo bien.

—No creo que le caiga bien mucha gente.

—Tú sí.

Su sonrisa permaneció inalterable.

—¿Eso crees?

Rahim asintió.

—Estoy seguro. Te ha escuchado. Y no me parece el tipo de rey que haga eso muy a menudo.

Abrió la boca para añadir algo más, pero la cerró como si se lo hubiera pensado mejor.

Irsa no pudo soportarlo más. No pudo soportar no saber lo que Rahim quería decir. Todo lo que pensaba en todo momento. Sabía que se estaba excediendo, pero quería saber todo lo que quería o deseaba, siempre.

Por lo menos, ahora la razón que se escondía tras aquellos deseos tenía un nombre.

Amor.

Irsa casi le había confesado sus sentimientos en el desierto. Y creía que Rahim la correspondía en cierto grado. O, como mínimo, se preocupaba mucho por ella.

Pero aún no se había pronunciado al respecto.

Se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua; la garganta se le había secado de repente.

—¿Hay... algo que quieras decirme?

Él respiró hondo por la nariz.

—Lo había..., pero ya no lo hay.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso. —Rahim suspiró—. Que, cuando estoy contigo, haces que se me olviden las cosas.

—¿Que se te olviden las cosas?

La irritación empezó a acumularse en el puente de la nariz.

—Y al mismo tiempo haces que me acuerde de ellas.

—Me estás confundiendo, Rahim al Din Walad.

Irsa se cruzó de brazos como para ocultar el repentino martilleo de su corazón.

Él sonrió de oreja a oreja y se pasó una mano por sus ondas marcadas, soltando una llovizna de arena.

—Debería querer decirte un montón de cosas, Irsa al Jayzurán. Debería querer agradecerte que hoy me salvaras la vida. Que se la salvaras a mi mejor amigo. Pero...

—dio un lento paso hacia ella— no es eso lo que quiero hacer.

—¿Y qué..., qué quieres hacer? —preguntó ella, casi sin aliento.

Otro paso. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos...

—Quiero preguntarte algo.

—Pues pregúntamelo.

Le sobrevino el cálido aroma a aceite de linaza y naranjas, que la atrajo aún más, invitándola a quedarse.

Cuando Rahim tragó saliva, la gran nuez de su garganta subió y bajó.

—¿Puedo besarte?

—¿Por qué me pides permiso? —murmuró Irsa—. ¿Eso no va a... estropear el momento?

—No. —Él sonrió, pero los extremos de su boca se curvaron queriendo dar a entender un significado más profundo—. Porque no se trata sólo de un beso.

—¿Ah, no?

—Porque, cuando te bese, quiero que los tuyos sean los primeros... y los últimos labios que bese en la vida.

—Oh —dijo ella por segunda vez. Por última vez.

Fue un suspiro y una aceptación, todo en uno.

—Entonces... —Rahim alargó una mano para retirarle el pelo de la cara—, ¿puedo besarte, Irsa al Jayzurán?

El corazón se le paró y luego volvió a latirle, más rápido y ardiente que nunca.

—Sí.

Se inclinó hacia ella con gesto solemne y le levantó la nariz con la punta de la suya. La chica notó cómo temblaba cuando le dio un somero beso en los surcos de los labios, muy suave al principio, hasta que posó la boca plenamente en la suya y por fin lo comprendió.

Comprendió lo que significaba sentirse en casa allá donde estuviera. Sentir que encajaba en cualquier momento y en cualquier lugar.

Porque en aquel instante, con la presión de los labios de Rahim sobre los suyos, con el roce de su lengua enviándole un fuego descontrolado a través de las venas, supo que allí siempre encontraría un hogar.

Con aquel chico. En aquel instante. En aquel momento.

Y que su corazón nunca volvería a estar solo.

Tariq se había recorrido el campamento badawi dos veces. Las dos como en estado de trance. Y todo el tiempo sus emociones habían fluctuado entre el remordimiento y la animadversión. Entre la rabia y la angustia.

No sabía qué hacer.

Lo último que habría querido ver en la vida era cómo la chica a la que amaba más que a nada en el mundo caía abatida por su propia flecha. Caía abatida por su propia furia ciega.

Y era eso lo que había visto. Lo había visto con total claridad.

Había sido incapaz de darse la vuelta.

Porque era culpa suya.

Lo supo en el mismo momento en que lanzó la flecha. En el mismo instante en que la soltó de la cuerda.

Ojalá hubiera retrocedido.

Por supuesto que Sherezade había saltado para proteger al niño-rey. Siempre había sido la generosidad personificada con sus seres queridos. Igual que lo había arriesgado todo para vengar a Shiva. A nadie debería haberle sorprendido —y a él menos que a nadie— que se hubiera abalanzado sobre el califa de Jorasán sin pensarlo dos veces.

Pero Tariq no había contado con que el niño-rey actuaría del mismo modo. No había contado con que la protegería con su vida. Sin la menor vacilación.

Y, sin embargo, lo había visto moverse para protegerla con su propio cuerpo.

Justo como él mismo habría hecho.

Supo entonces —igual que lo había sabido al leer la carta que Sherezade guardaba en su manto— que no se trataba de un amor corriente fruto de un capricho pasajero.

En realidad, ya en aquel momento sabía que no podía ganar. Que aquella batalla estaba perdida.

Sólo un tonto se habría empeñado en creer lo contrario.

Y, no obstante, Tariq se había empeñado en serlo.

Ahora era consciente de ello, con una certeza fría e implacable. La misma certeza que había tenido bajo el Gran Pórtico al enterarse de que Sherezade amaba al niño-rey. Aquella tarde fatídica había ignorado la verdad. Pero ahora —a pesar de todas aquellas ensoñaciones imprudentes, de todos aquellos pensamientos desesperados de que, algún día, si Sherezade y el niño-rey permanecían separados el tiempo suficiente...—, Tariq sabía que sus deseos nunca se harían realidad.

Ella nunca regresaría con él a Taleqan.

Ese ya no era su hogar.

Su hogar era un palacio de mármol y piedra. Era una reina por derecho propio. Con un niño-rey que la amaba, como ella lo amaba a él. El niño-rey al que había recurrido esa noche, en todo momento. Primero cuando recibió el impacto de la flecha, después cuando se vio aquejada por aquel espantoso dolor e incluso cuando se sugirió entre susurros que habría que sellar la herida con una cuchilla caliente...

Sherezade había buscado el consuelo de una única persona.

La verdad dolía. Le desgarraba todas y cada una de las partes de su alma. Rompía por la mitad todos los recuerdos de aquellos años que habían pasado juntos. Todos los días que había esperado su regreso para ver que estaban hechos el uno para el otro.

Para comprobar que el niño-rey no significaba nada.

Sherezade y el califa de Jorasán sólo habían estado juntos unos pocos meses. Y separados menos tiempo aún. Y, sin embargo, cada uno de ellos estaba dispuesto a morir por el otro.

Mientras que él había estado dispuesto a matar al niño-rey en un abrir y cerrar de ojos.

¿Cómo habían llegado a eso?

Habían pasado del amor al odio en un simple pestañeo.

De nuevo, el recuerdo de Sherezade desplomándose por el impacto de su flecha voló hasta su mente. Tariq se detuvo en seco. En aquel momento había hecho un millar de promesas descabelladas a un millar de dioses sin rostro.

Entre aquellas promesas, recordó una que quemaba con un ardor repentino y fulgurante: «Si permites que viva, haré todo lo que me pidas».

Una promesa imprudente que había formulado mientras apartaba el arco y corría hacia ella, cuando no le importaba otra cosa en el mundo que la chica que yacía tumbada ante él.

Cuando no le importaba otra cosa en el mundo..., ni siquiera el recuerdo indeleble de su propio odio.

Tariq se detuvo delante de su tienda. Tenía que hablar con el niño-rey..., con el califa. Tenía que entender qué era lo que Sherezade entendía. Saber lo que veía en Jalid ben al Rashid. Un monstruo no podía amar como amaba el califa de Jorasán. No podía preocuparse por Sherezade con la ternura que había presenciado esa noche.

De eso estaba seguro.

Más decidido que nunca, entró en la tienda.

Irsa estaba dentro, sentada junto a la figura inmóvil de Sherezade; una única vela arrojaba un brillo dorado en medio de la amplia oscuridad.

No había rastro del califa por ninguna parte.

—Tariq.

Irsa miró nerviosa a su alrededor.

—¿Dónde está?

—Ha ido a lavarse hace poco. —Se puso de pie—. Acabo de darle a Sherezade una tisana para dormir. —Siguió mirando a su alrededor, visiblemente incómoda, mientras se frotaba el hombro—. No creo que sea sensato que te quedes aquí. Puede que Jal..., que el califa vuelva pronto... —Se interrumpió, pues era obvio lo que quería decir.

Aunque sabía que pretendía prevenirlo, lo ignoró.

—Entonces, ¿duerme?

Irsa asintió.

El joven soltó un suspiro de cansancio y se agachó junto a su propio camastro..., el camastro que ahora ocupaba Sherezade: su barbilla reposaba sobre la almohada y tenía la herida cubierta de emplastos. Irsa se arrodilló frente a él con los ojos cargados de una mezcla de pena y frustración.

Al cabo de un rato, Tariq se enfrentó a su mirada.

—Siento mucho que haya pasado esto, Grillo. Por favor, créeme cuando te digo que nunca quise que esto ocurriera.

—Ya lo sé, pero no soy yo quien se merece oír tu disculpa —replicó ella en voz baja.

—Lo sé.

—Si lo sabes, creo que deberías tomar nota y actuar en consecuencia en el futuro.

Y, diciendo esto, recogió los paquetes de hierbas que había utilizado para preparar la tisana de su hermana y se hizo a un lado.

Tariq le cogió la mano a Sherezade y entrelazó los dedos con los suyos. La piel de su palma estaba suave, salvo por las callosidades de sus años de práctica con el arco, que no le costó reconocer. Aquellos años que él había pasado practicando a su lado. Animándola a luchar contra todos los pronósticos. A ser más que la esposa que todo el mundo esperaba que fuera. A llamar la atención allá donde fuese como sólo ella podía hacerlo. Como sólo ella lo había hecho desde el día en que Tariq se dio cuenta de que sólo había —y habría— una chica en el mundo para él.

Sólo una. Por siempre jamás.

Aunque sabía que estaba mal, le acarició el dedo índice con el pulgar. Sabía que no volvería a tener la oportunidad de tocarla así. Pero quería hacerlo.

Por última vez.

—Lo siento muchísimo, *Shezi-jan* —murmuró—. Dios mío, ojalá pudiera cambiar ese momento; no lo habría hecho por nada del mundo. Me llevaría mil flechazos por ti. —Agachó la cabeza y la acercó a la suya—. Cuando creí que estabas muerta, lo único que quería era volver atrás. Lo siento muchísimo, mi amor. No soy capaz de tragarme mi odio como haces tú. No soy como tú. Pero te juro que la próxima vez te escucharé. Por muy desagradables que me resulten tus palabras, te escucharé, *Shezi*.

Se levantó y luego se inclinó para besarle la sien.

—Te juro por mi vida que nunca volveré a hacerte daño —le dijo al oído mientras le apartaba un rizo rebelde.

Un gruñido amortiguado desde el rincón lo hizo ponerse derecho. Se giró. La cara de Irsa al Jayzurán estaba congelada en una máscara de miedo. Sus ojos estaban fijos en la entrada de la tienda.

Donde el califa de Jorasán permanecía junto a la solapa abierta...

Observándolo.

Tariq no logró descifrar su expresión. Ni un ápice de emoción. Ni el menor signo

de que hubiera oído una sola palabra. El califa esperó un instante antes de entrar. Cuando se aseguró de que su cara estaba bien oculta bajo el *rida*, cogió el arco recurvo de Tariq y la aljaba de flechas en pausado silencio.

Después esperó en la entrada.

Sin mediar palabra, Tariq lo siguió al desierto. Antes de que hubieran recorrido unos veinte pasos, el califa se detuvo y le tendió el arco y las flechas.

A continuación, con la misma calma que reina en el ojo de una tormenta, sacó su *shamshir* y lo desmembró en dos.

—Tres flechas —empezó a decir con una voz que sirvió para acortar distancias, aunque Tariq no detectó ningún sentimiento detrás de las palabras—. Tres disparos, Tariq Imrán al Ziyad. Nadie te va a detener. Nadie me va a defender. Te ofrezco tres flechas. Tres oportunidades de acabar lo que empezaste junto al pozo.

—¿Por qué tres? —Tariq imitó el tono impasible del califa mientras se echaba la aljaba al hombro.

—Una por tu prima. —Clavó una espada en la arena ante él y su empuñadura enjorada se balanceó a la luz de la luna. Con la otra describió una brillante floritura en el aire—. Una por tu tía. Y una por tu amor.

Tariq volvió a fijar la mirada.

A pesar de la distancia, los extraños ojos del califa poseían un brillo sobrenatural.

—Pero cuando falles, que lo harás, nunca repetirás lo de antes.

—¿Estás celoso? —gritó Tariq, tan fuerte que sus palabras reverberaron en la fría arena.

Un fino reguero de nubes púrpuras iba a la deriva, desplazándose demasiado deprisa para resultar reconfortante, si bien demasiado despacio para que pudiera extraerse de él alguna conclusión.

La tormenta del día siguiente llegaría sin avisar. Si acaso llegaba.

—Los celos son una emoción infantil y ruin. —Jalid se cambió el *shamshir* a la mano izquierda con un único y fluido movimiento—. No estoy celoso, sino furibundo.

Tariq esperó un segundo. Las palabras del niño-rey contrastaban por completo con sus actos. ¿Aquello era una debilidad? ¿Por fin algo que hacía que pareciera menos un monstruo y más un hombre?

—¿Soy motivo de preocupación para ti, Jalid ben al Rashid?

El califa vaciló, y aquello fue mucho más elocuente que las palabras.

—Durante un tiempo así fue, pero el hecho de que hayas esperado a que Sherezade se duerma para tocarla me demuestra que ella no lo aprobaría. Nunca volverás a faltarle el respeto de esa manera. Ni a mí tampoco.

Tariq dejó que el arco recurvo colgara junto a sus pies.

—No lo he hecho para faltarle el respeto. No estoy intentando recuperarla. —Tomó una comedia bocanada de aire—. Sé que he... perdido.

El *shamshir* volvió a destellar en lo alto.

—Y aun así quieres matarme.

No era una pregunta.

Pero Tariq quiso responderla de todas formas.

—Por supuesto.

—Entonces, esta es tu oportunidad.

—No es tanto una oportunidad si dices que voy a perder.

—Lo harás. —El califa sacó el otro *shamshir* de la arena y enarboló ambas espadas—. Eres idiota si crees que voy a librar una batalla que no voy a ganar.

—¿Por eso aún tienes que verme en el campo de batalla, maldito arrogante?

La boca del califa dibujó una sonrisa burlona.

—En parte.

—¿Y cuáles son las otras razones?

Tariq extrajo una flecha de la aljaba.

—Que todavía no conozco a mi enemigo, Tariq Imrán al Ziyad. Y, al contrario que a ti, no me gusta luchar contra alguien que desconozco.

—Te conozco perfectamente —replicó Tariq, impertérrito.

—No. Crees que me conoces.

—A lo mejor deberías esforzarte por hacerme cambiar de opinión.

—A lo mejor. —El califa volvió a girar sus espadas trazando arcos elegantes—. Tienes tres flechas. Apunta bien.

Tariq inhaló. Colocó la flecha en el tendón y tiró hacia atrás.

Debería apuntar al corazón de aquel bastardo. Por mucho que alardeara el niño-rey, ningún hombre podía escapar de tres flechas disparadas en rápida sucesión. Tal vez pudiera esquivar una y desviar la segunda con una oportuna estocada.

Pero no una tercera. No podía ser tan buen espadachín. Nadie lo era. La idea resultaba ridícula. Estaba teñida de aquel tipo de audacia que a menudo causaba a Sherezade tantos problemas.

En ese sentido eran iguales. Shezi y el niño-rey.

Arrogantes. Audaces.

Aunque curiosamente firmes en sus convicciones. Curiosamente honorables.

Debía apuntarle al corazón. Y abatirlo. Por Shiva. Por su tía.

Por sí mismo.

La rabia le corría por las venas cuando tiró un poco más de la flecha. Oyó tensarse el tendón junto a su oreja. La suavidad de las plumas de ganso le resultó de lo más familiar al contacto con sus dedos; casi le susurraron una promesa al viento.

La promesa de poner fin a su desdicha.

Podía hacerlo. La arrogancia del niño-rey le hacía débil. Le hacía creer que era incapaz de semejante violencia. O incapaz de demostrar la destreza necesaria.

Contempló el extremo de la flecha por la mira superflua. La punta de obsidiana le devolvió un destello, amenazadoramente hermosa a la luz de la luna.

La última punta de flecha que había visto era la que había extraído de la espalda

de Sherezade, manchada de su sangre carmesí.

Goteando la sangre de la única chica a la que había amado en su vida.

Parecía que sólo había transcurrido un momento desde que prometió que nunca volvería a hacerle daño.

Un momento y una vida entera.

Y, ahora, ¿qué? ¿Qué estaba a punto de hacer? Aquello era mucho más que hacerle daño. Aquello la destrozaría. Más allá de las palabras. Más allá del tiempo. Como ella misma había dicho una vez sobre su propia muerte una noche no hacía tanto tiempo en la que había temido que Tariq muriera a manos del califa de Jorasán.

Aquello nunca tendría fin.

A menos que alguien lo diera por terminado.

Bajó el arma.

—El viento no es apropiado.

—El viento no debería importarle a un arquero experimentado como tú.

—No —se limitó a responder—, pero así es.

El califa bajó las espadas a ambos lados.

—A lo mejor no eres tan buen arquero como pensaba.

—Tal vez. —Fulminó al niño-rey con la mirada—. O a lo mejor sólo estoy esperando a que cambie el viento.

Como respuesta, la expresión de Jalid se oscureció y un músculo comenzó a latirle en la mandíbula.

—Nunca olvides, Tariq Imrán al Ziyad, que te di esta oportunidad. Hoy has disparado contra mí... y has herido a alguien que me importa más que la propia vida. La próxima vez que intentes algo semejante en su presencia, te despellejaré vivo y dejaré el resto para los perros.

Tariq elevó las cejas.

—Y yo creyendo que quizá no eras un monstruo...

—Soy hijo de mi padre..., un monstruo por sangre y por derecho. —La voz del califa permaneció fría, pese al ardor de sus palabras—. No amenazo en balde. Harías bien en recordarlo.

—Y, aun así, pretendes convencerme de que te mereces a Sherezade, de que eres lo mejor para ella... —Tariq refrenó su desprecio.

—Nunca sería tan arrogante. Ten por seguro que el día que me importe tu opinión será cuando la luna salga en lugar del sol. Y que te quede clara una cosa: lucharé por lo que me importa hasta mi último aliento.

—Ella también me importa. Nunca querré a nadie como quiero a Sherezade.

La sonrisa regresó a los labios del califa, torcida y burlona.

—No estoy de acuerdo, te quieres más a ti mismo.

El resentimiento se instaló en el pecho de Tariq y se fue cocinando a fuego lento.

—No te...

—Hasta que aprendas a librarte de tu odio, siempre te querrás más a ti mismo.

Una carcajada emergió de los labios de Tariq, oscura y mordaz.

—¿De verdad puedes decir que tú no me odias?

Jalid hizo una pausa.

—No, no te odio, pero me molesta mucho tu pasado, más de lo que puedo expresar con palabras. —Reunió las dos espadas en una sola y empezó a caminar hacia él—. ¿Sabes cuántas veces he podido matarte, Tariq Imrán al Ziyad? ¿Cuántas veces he deseado, en lo más recóndito de mi alma, que dejaras de existir? Hace mucho tiempo que sé quién eres..., quién es tu familia. Mi padre te habría matado sólo por el modo en que miras a Sherezade. Y yo mismo también. Si no lo he hecho, ha sido por ella. —Envainó la espada con un golpe seco—. Nunca lo habría intentado si no llega a ser por lo de esta noche —concluyó, como si fuera una ocurrencia tardía.

Tariq apretó el arco con fuerza mientras meditaba sobre la confesión del califa. Aunque le costara admitirlo, no creía que estuviera mintiendo. No parecía proclive al engaño. Lo que le hacía cuestionar otras sospechas que llevaba tiempo albergando contra él. Sospechas que hacía tiempo que clamaban respuestas.

Su odio no podía seguir enconado en su sombra.

—¿Por qué asesinaste a mi prima? —le preguntó con brusquedad.

—Porque creí que no tenía elección —respondió el califa con cuidado—. Creí que estaba obligado por un hombre que deseaba que sufriera tanto como él. Un hombre que quería... —se interrumpió para tomar aliento— maldecirme por mi negligencia. Maldecir a las familias de Rey con la muerte de sus hijas cada amanecer. Haciendo eso, el hombre maldijo a toda Jorasán.

Un rastro de angustia revoloteó en su mirada, una angustia que aludía a un sufrimiento indecible. Respondió como esperaba 3U seguir haciéndolo durante muchos años. Como si supiera que ninguna respuesta sería suficiente.

—¿Una... maldición? ¿Mataste a mi prima por una maldición?

La incredulidad centelleó en el rostro de Tariq: sus ojos se abrieron desmesuradamente y la vista se le emborronó durante unos instantes.

—Me equivoqué al pensar que no tenía elección —continuó el califa con calma, acercándose más a él—. Estrepitosamente. Nunca podré deshacer todo el mal que he causado. Ni puedo deshacer los males que le he ocasionado a tu familia. Pero prometo enmendarme, si me dais la oportunidad.

Tariq apretó los dientes. A pesar de aquella revelación, a pesar de comprender que aquello debía de ser lo que Shezi había tratado de decirle durante todo ese tiempo, la respuesta del califa no era verdaderamente una respuesta, sino una mera retahíla de ratificaciones vacías.

Sin sustancia alguna.

—Tus promesas son palabras vacías pronunciadas demasiado tarde —espetó.

—Mis promesas no son palabras vacías. —Jalid se detuvo a un cuerpo de distancia—. Aunque de poco sirve una promesa sin un grado de confianza.

Tariq apretó la mandíbula.

—El jeque de este campamento me dijo una vez que la confianza no es ningún don, sino que debe ganarse. Y tú aún no te has ganado la mía.

La boca del califa se curvó en una reticente sonrisa.

—Me gustaría conocer a ese jeque.

Se hizo un extraño silencio antes de que Tariq respondiera, y sus palabras fueron igual de reticentes.

—Aunque me cueste admitirlo, sospecho que le gustarías.

—¿Por qué lo dices?

—Le gustan las buenas historias de amor.

El chico suspiró resignado.

—Todavía no estoy seguro de que esto sea una buena historia de amor.

Al oír aquella humilde manifestación, percibió una cierta vulnerabilidad muy bien enterrada bajo su arrogancia. Algo más del hombre detrás del monstruo.

Se paró a estudiar al niño-rey al que tanto había despreciado. Al que había ansiado matar mil veces lentamente y con sus propias manos.

Por segunda vez, percibió un indicio de algo... más.

No de algo que le gustara. Tal vez de algo que nunca llegaría a gustarle.

Pero quizá de algo que había dejado de odiar.

—Más te vale que sea una buena historia de amor —le susurró.

El califa de Jorasán se inclinó ante Tariq Imrán al Ziyad y se llevó la mano a la frente.

Al cabo de un momento, con una ínfima punzada en el corazón ...

Le devolvió el gesto.



MAL

Cuando Sherezade despertó a la mañana siguiente, la cabeza le daba vueltas y el hombro le pesaba como el plomo. Tenía la lengua hinchada y pastosa, y le dolía cada músculo del cuerpo.

Pero se sentía a gusto. Más a gusto de lo que recordaba haberse sentido jamás.

Pues, por primera vez en su vida, despertó arropada en los brazos de alguien.

Jalid dormía debajo de ella.

Ella estaba bocabajo, desparramada en diagonal, y sus extremidades, enredadas con las de él.

Por un momento se quedó petrificada al pensar que quizá estuviera soñando gracias a uno de los repugnantes tónicos preparados por Irsa.

«¿Cómo es que Jalid está dormido?».

Se lo quedó mirando y la confusión se debatió con los restos del duermevela. Entonces se percató de que tenía un pedacito de cuero unido a un trozo de metal alrededor de la garganta.

Llevaba el talismán que Musa Zaragoza le había dado.

Rara vez había visto a Jalid de otra forma que no fuera impecable. Verlo en un estado que escapaba a su control era... intrigante, por decir algo.

Parecía un hermoso desastre.

Tenía el pelo completamente revuelto y manchas de tierra debajo de un ojo; se habían concentrado en las arrugas formadas por la cicatriz de al lado. El *qamis* no le quedaba bien, era obvio que no era suyo; le estaba demasiado ceñido por el pecho y demasiado largo por los brazos.

Sherezade contempló la forma durmiente en atento silencio. La subida y bajada regular de su pecho bajo su propio cuerpo casi podría haberla arrullado hasta el sueño si se hubiera dejado.

Pero lo que hizo fue apoyar la barbilla en las manos y continuar su minucioso escrutinio.

Contemplar a Jalid en reposo era una perspectiva fascinante. Despierto, cada sombra, cada hondonada, parecía pronunciarse debido a la helada apatía que mostraba por todo: la máscara orgullosa y malhumorada que llevaba para ocultar el mundo de sentimientos que yacía debajo. En reposo, todo se suavizaba, moldeado como en la arcilla más fina. Tenía los labios ligeramente separados. Suplicando que

los tocaran. Sus cejas —normalmente en una posición baja y seria en la frente— estaban relajadas y despojadas de la amenaza acechante de su juicio. Sus pestañas eran largas y espesas y formaban un arco oscuro sobre la piel de sus pómulos.

«Qué guapo».

—Un cuadro sería mejor.

A Sherezade se le cortó la respiración.

Los labios de Jalid apenas se habían movido mientras hablaba. Sus ojos permanecían cerrados.

La joven se aclaró la garganta.

—No necesito un cuadro. Ni lo quiero.

Aunque hizo un esfuerzo por sonar indiferente, el carraspeo ronco de su voz la traicionó.

Tal vez pudiera achacarlo a la hora. O a la dura experiencia que acababa de vivir.

O a toda una serie de...

—Mentirosa.

La sangre se le subió a las mejillas. Se apartó de él... y se quedó sin aliento.

Un dolor agudo emergió del hombro y le atravesó la espalda. Se mordió con fuerza el labio inferior.

Jalid abrió los ojos de inmediato. Le cogió la barbilla con una mano y echó un vistazo a su cara. Entonces alcanzó un vaso que había junto al camastro y se lo pasó.

—¿Qué es? —preguntó ella, volviendo a carraspear.

—Algo que tu hermana ha dejado para aliviar cualquier molestia.

Se tragó el líquido y su sabor amargo le envolvió la garganta. Hizo una mueca. Aunque era obvio que Irsa había intentado enmascarar el sabor fuerte y desagradable del tónico con miel y menta fresca, seguía teniendo un regusto horrible.

Mientras bebía, algo se movió en los rincones sombríos del extremo opuesto de la tienda y Tariq no tardó en aparecer, con el pelo revuelto y los ojos pesados por el sueño.

—¿Ocurre algo?

—No —respondió Jalid—. Nada aparte de la terquedad matutina.

Sherezade frunció el ceño.

—Nadie te ha preguntado.

—En realidad, le he preguntado a él. —Tariq bostezó mientras hablaba—. Es mucho más probable recibir una respuesta sincera de él que de ti.

Sherezade clavó la mirada en Tariq, más que deseosa de enfrentarse a él, a pesar de su estado.

—¿Así que ahora le hablas en lugar de intentar matarlo?

—Sé amable, Shezi —replicó Tariq, viva imagen de la relajación—. Después de todo, le he permitido dormir en mi tienda.

«Estamos en la tienda de Tariq. Y hemos conseguido sobrevivir una noche aquí».

Apenas daba crédito. Volvió a preguntarse si seguiría sufriendo los efectos

secundarios de la dura experiencia de la noche anterior. No podía ser cierto que hubiera una nota de humor en la voz del muchacho. Y aún no había detectado el más mínimo indicio de tensión en Jalid.

«Está claro que algo importante ha ocurrido entre ellos.

Aparte de sus intentos mutuos por matarse».

No obstante, Sherezade no era capaz de discernir si todo era realmente lo que parecía.

Presas de la desconfianza, desvió la mirada de su marido a su primer amor. Y viceversa.

¿Qué había hecho que Tariq ya no se sintiera herido hasta la médula por la mera existencia de Jalid? ¿Y qué había hecho que Jalid ya no pretendiera destruir a Tariq nada más verlo?

«Nunca entenderé a los hombres».

Pero no cuestionaría su buena suerte. Al menos, de momento.

—¿Qué hora es? —preguntó con la voz aún más pastosa de lo normal. Al parecer, la tisana que había tomado a instancias de Irsa estaba nublando sus facultades. O tal vez fuera el tónico que había dejado junto a su cama. En cualquier caso, no podía sacarles faltas. Fuera lo que fuese, lo que había consumido había aliviado el dolor, que, sin lugar a dudas, debía de ser considerable.

Tariq estudió la tenue luz que se filtraba por las costuras de la tienda.

—Creo que está a punto de amanecer.

Ella cerró los ojos.

—Oh.

—Pero no creo que deba quedarse en el campamento mucho más tiempo —dijo en tono reflexivo. Por un momento, la indecisión pareció cernerse sobre él. Como si ni él mismo estuviera seguro de su rumbo—. No puedo seguir garantizando su seguridad en caso de que alguien descubra su identidad. Después de todo —se volvió sombrío—, este ejército no se ha congregado en su apoyo.

Sherezade se preparó para una de las respuestas despiadadas de Jalid. Algo cortante y en tono bajo que provocara a Tariq.

Como no dijo nada, aprovechó la oportunidad para contestar con un rápido gesto de asentimiento.

—Tiene razón. Deberíamos volver a Rey a toda prisa, Jalid.

Y, reprimiendo un grito, se puso de costado, dispuesta a levantarse.

—Puedo viajar solo hasta allí —respondió el califa.

—No —replicó ella—. Nadie sabe que te marchaste y el *shahrban* se enfurecerá si cree que te ha ocurrido algo. Por no hablar de Jalal. Deberíamos volver enseguida.

«Y la alfombra mágica es el mejor medio para hacerlo».

—Mi río se enfadará conmigo de todas formas. Y Jalal... es muy poco probable que se dé cuenta.

Al mencionar a su primo, el cuerpo de Jalid se tensó ligeramente.

—Por supuesto que se dará cuenta.

—Yo no estaría tan seguro.

La repentina tensión —junto con el toque de abatimiento en su voz— hizo que Sherezade se girara para mirarlo. Incluso en la penumbra del alba, el cambio en su humor no dejaba lugar a dudas..., siempre que uno supiera lo que iba buscando.

«¿Qué ha ocurrido entre Jalid y Jalal?».

En cuanto vio la mirada de advertencia que Jalid lanzaba en su dirección, decidió no hablar más del asunto. No en presencia de Tariq.

En vez de eso, trató de sentarse erguida, sofocando un grito por la punzada de dolor que le bajó por el brazo. Tenía todo el lado derecho agarrotado. Abrió y cerró el puño en un intento por devolver la movilidad a sus dedos.

—Shezi. —Tariq se dirigió hacia ella con la cara transida por la preocupación—. No creo que debas...

—No pienses que me importa lo que creas. —Lo miró mientras le hacía un gesto de rechazo con el brazo sano—. Sobre todo cuando eres el culpable de esto.

Él se encogió.

—No te llevaré la contraria en ese aspecto. Y, aunque es una pobre excusa, lo siento. Más de lo que pueden expresar las palabras.

—Sé que lo sientes. Todos sentimos mucho que esto haya ocurrido —dijo en tono irritado—, pero ahora no es momento para decirme lo que tengo que hacer, y menos después de todos tus errores.

Con una mirada fulminante, continuó con su tarea de devolver el movimiento al lado derecho de su cuerpo, a pesar del dolor agudo que acompañaba cada gesto.

—¿No vas a detenerla? —le preguntó Tariq a Jalid, presa de una exasperación demasiado evidente.

—No —replicó este con absoluta tranquilidad, aún tumbado en el camastro en reflexivo silencio—. Yo no.

Sherezade le lanzó a Tariq una mirada triunfante.

—Pero ¿me prestarás un caballo y provisiones suficientes para viajar a Rey? —le preguntó a su vez, rodando para levantarse con gracia natural. Casi burlándose de Sherezade por su incapacidad para mantenerse erguida.

—¡Jalid!

Él se giró para quedar frente a ella.

—No voy a evitar que hagas lo que te plazca, igual que tú harás conmigo.

Tariq sonrió, a todas luces más que complacido de verla frustrada.

—Estaré encantado de prestarte un caballo y provisiones. Pero espero que me lo compenses en el futuro. Con intereses, pues sin duda puedes permitirte. Y no esperes que te deje mi caballo. Esta vez no. —Hizo una pausa—. Ni en el futuro, ya puestos.

—Acepto tus términos.

Jalid se plantó ante Tariq, el primero medio palmo más bajo que el segundo y, sin

embargo, ambos en extraño pie de igualdad.

Un rey a la par de su noble.

Tariq asintió en dirección a Jalid con expresión casi afable y volvió la vista a Sherezade.

—Reuniré las provisiones necesarias y os esperaré fuera.

Entonces, sin nada más que una llamativa sonrisa que cubría una tristeza persistente, salió de la tienda colándose por las solapas.

«Nos ha dejado a solas.

Tariq se ha marchado para dejarnos un rato juntos a solas».

O había aceptado la situación o estaba llevando a cabo una actuación digna del mejor juglar de Rey.

¿Era posible que le estuviera dando su aprobación tácita?

¿Le estaba dando a Jalid la oportunidad de demostrarle que se equivocaba?

Sherezade, sumida momentáneamente en el silencio por la impresión, se quedó sentada en el borde del camastro mientras el califa se acercaba a una jofaina para lavarse.

—¿Qué ha ocurrido entre Tariq y tú? —empezó a decir sin más preámbulo. Bajó la voz—: ¿Y quién tiene el libro de mi padre?

—Tariq te disparó una flecha —entonó Jalid sin interrumpir su tarea—. Y has vivido para contarlo. —Volvió la vista hacia ella—. En cuanto al libro, ya no tienes que preocuparte más por él. Ya has hecho más que suficiente.

—Jalid.

Mientras se pasaba las manos empapadas por la cara y el cuello, permaneció en silencio.

—Tariq Imrán al Ziyad y yo hemos llegado a una especie de entendimiento.

Levantó la tapa de un pequeño recipiente de madera que había junto a la jofaina y se vertió un poco de menta picada y sal gorda machacada en la mano para purificar su aliento.

—Entonces, ¿no debería preocuparme?

Al final, Jalid se giró para encontrarse con su mirada.

—No puedo prometer nada en nombre del hijo de Nasir al Ziyad, pero, en lo que a mí respecta, no tienes por qué preocuparte. Lo prometo.

La última palabra quedó prendida en el aire con un sentido palpable.

Sherezade inspiró despacio.

No tomaría represalias por lo que había ocurrido la noche anterior. Lo que con suerte significaba que no albergaba ningún resentimiento oculto hacia Tariq por intentar matarlo. Ni deseaba hacerle daño por herirla a ella en el proceso.

La esperanza de la reconciliación con la que había soñado junto al fuego empezaba a cobrar forma una vez más.

—¿No vas a dejar que te lleve a Rey? —le preguntó, aprovechando aquel sentimiento recién descubierto.

—No.

Terminó sus abluciones sin pronunciar otra palabra al respecto.

Sherezade arrugó la nariz, frustrada, mientras Jalid se secaba la barbilla.

—Ojalá no fueras tan cabezota.

—Y ojalá tú no te hubieras lanzado anoche delante de una flecha. Pero los deseos son para los genios y los necios que creen en esas cosas.

El toque de rabia que teñía sus palabras le produjo un sarpullido caliente en la piel.

«Seguro que no está enfadado conmigo por hacer eso».

—¿Crees que pretendía que me dispararan una flecha? —lo acusó—. No puedes estar enfadado conmigo por eso, Jalid ben al Rashid. Te aseguro que mi intención no era...

—Lo sé. —Se arrodilló ante ella y apoyó las manos a los lados—. No pretendía insinuar lo contrario. Pero —se detuvo en seco y las duras líneas de su cara se suavizaron— no vuelvas a hacerlo. Yo... no puedo volver a ver algo así, Sherezade.

A ella se le agarrotó la garganta ante su expresión afligida. Y su mente regresó al recuerdo de un niño que había visto morir a su madre ante sus propios ojos.

Jalid le posó la una palma en el lateral del cuello y le pasó el pulgar por la mandíbula.

—¿Sabes lo cerca que estuvo esa flecha de tu corazón? —susurró—. ¿De matarte en un instante?

—Si no te hubiera empujado, Tariq te habría matado —replicó ella, levantando la mano para cubrir la suya. Para imprimir todo su tacto en su piel.

—Mejor yo que tú.

La mirada de Sherezade se endureció.

—Si me preguntas si lo volvería a hacer, la respuesta es sí. Sin duda.

—Sherezade, prométeme que no volverás a hacerlo.

Sus palabras sonaron apagadas y duras.

—No puedo prometerte eso. Nunca te prometeré algo así. No mientras viva. Como una vez dijiste, no tenemos elección. Yo no la tengo.

El pecho de Jalid subió y bajó al dar un profundo suspiro.

—Ojalá no fueras tan cabezota.

Repitió sus mismas palabras mientras le acariciaba la mejilla con el pulgar.

Mientras sus ojos titilaban con una emoción sin restricciones.

Sherezade sonrió.

—¿Eres un genio o un necio?

—Un necio. Como siempre lo he sido cuando se trata de ti.

—Al menos lo admites.

—Al menos dos veces. —Una de sus comisuras se curvó hacia arriba—. Y sólo ante ti.

Sherezade llevó ambas manos a la cara de Jalid. Su barba incipiente le raspó la

piel al acariciarle la mandíbula. Jalid cerró los ojos un instante.

No era el momento adecuado. Por desgracia, nunca era el momento adecuado.

Pero no importaba.

Ni la fortaleza del tónico logró apagar el fuego que le corría por las venas. Lo atrajo hacia sí y pegó los labios en los de su esposo.

Sabía a agua, a menta y a todo por lo que había sentido hambre al recordarlo. Olía al desierto a pleno sol y a una nota levísima de sándalo. Al palacio de Rey y a las onduladas arenas badawi reunidos en perfecta armonía.

Su tacto era seda sobre acero. Le hacía sentir calor y frío al mismo tiempo. Sus besos eran la mezcla perfecta de dureza y suavidad. Experimentados y libres de ataduras.

Cuando ella intentó tirar de él un poco más, Jalid fue cuidadoso. Demasiado cuidadoso.

Como siempre, ella quería más. Envolvió sus dedos en la pechera del *qamis* prestado de Jalid y se lo dijo sin palabras. El la aplacó, capturándole la cara entre las manos.

Sherezade suspiró, maldiciendo sus heridas en silencio.

—Odio no ir contigo.

—Y yo odio dejarte aquí. Dejarte en medio de este... caos.

Los rasgos del joven se tensaron.

Ese recordatorio le trajo de vuelta otro asunto igual de urgente que casi había olvidado.

Sus ojos recorrieron la tienda.

—¿Dónde está, Jalid?

El libro de su padre. La razón de tanta muerte y caos.

Jalid estiró una mano por debajo del camastro y sacó el pequeño fardo que su hermana había aferrado con todas sus fuerzas al lado del pozo.

—Irsa me lo dejó anoche —anunció con calma—. Lo he mantenido al alcance de la mano, junto con mi espada y tu daga.

—¿Irsa? —Sherezade casi sonrió por la familiaridad con que se refería a su hermana—. ¿Te ha dado permiso para que la llames así?

—En cierto modo —murmuró, remetiéndole el pelo detrás de una oreja.

—Una vez me dijiste que no tenías intención de que tu pueblo te amase, Jalid ben al Rashid, y, sin embargo, has conseguido ganarte a varios de tus peores detractores en una sola noche —dijo ella, sonriendo sin reservas.

—¿Irsa era una de mis peores detractoras? —preguntó, arqueando una ceja.

—Es mi hermana. Por supuesto que sí.

Un atisbo de sonrisa asomó a sus labios. El corazón de Sherezade se enterneció al verla.

Desde algún lugar más allá de la tienda, el alto balido de una cabra los trajo al presente.

—Debería irme.

Jalid apartó las vendas ensangrentadas del suelo para meter la mano debajo del camastro por segunda vez. Recogió su espada y la daga de Sherezade y las colocó con el libro de su padre, que seguía envuelto en un trozo de lino basto y marrón.

—¿Y la llave? —susurró Sherezade.

Jalid tiró de la cadena de plata que llevaba colgando del cuello. La llave negra pendía sobre su corazón, junto con el talismán de jade. El mero hecho de verlos le produjo un escalofrío por la espalda.

Le puso una mano en el pecho para cubrir el frío metal.

—Destruyelo en cuanto puedas. Esta noche si es posible. No pierdas tiempo.

Él asintió una vez.

—Cabalgaré durante el día y lo destruiré tan pronto como se ponga el sol. — Apoyó la frente contra la suya—. Volveré a por ti en cuanto pueda.

—No. Yo iré a buscarte.

Jalid sonrió antes de darle otro beso de infarto en la garganta. Luego se metió la daga en su fajín *tikka* y desapareció por debajo de la solapa de la tienda, que se sumió en un helor inesperado.

Y Sherezade se dio cuenta de lo oscuro que estaba todavía.

Fue el frío lo que despertó a Jahandar.

No recordaba la última vez que había sentido tanto frío.

Su mente estaba maltrecha y anegada, como si lo hubieran lanzado al mar, y tenía la garganta como si se la hubieran llenado de trapos de seda. Con la boca seca y desorientado, echó mano del libro encima de su pecho en busca de su calor tranquilizador.

Pero no estaba allí.

Presa de un pánico repentino, abrió los ojos de par en par.

Se sentó en su jergón y sus inútiles mantas se retiraron como las capas de una cebolla. Su tienda seguía bajo el velo de la noche. El alba apenas había despuntado por las rendijas de la tienda, filtrándose en forma de rayos de luz fracturados.

El anciano pasó las manos por todo el jergón. Luego por el suelo que le quedaba cerca. Después se adentró más en la oscuridad.

Sin encontrar el libro.

Dominado por un pánico creciente, echó mano de la llave del cuello.

También había desaparecido.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de lo que había ocurrido, como un relámpago.

Alguien le había robado el libro y la llave. Su cabeza abotagada y su lengua hinchada eran la prueba evidente de que alguien le había drogado con idea de afanarle sus posesiones más preciadas.

Alguien lo había engañado y lo había desplumado.

En un arranque de ira, se puso en pie de un salto, tirando de una patada el farol de latón colocado junto a su jergón. El aceite empezó a salirse goteando lentamente y colmando el aire de su olor acre.

Recordándole el poder que subyacía en el interior de las cosas más inocuas.

De hecho, con el mero chasqueo de sus dedos, Jahandar poseía el poder de prender fuego a todo el campamento.

O, más bien, había poseído ese poder.

Pues aún no sabía los estragos que la tormenta había causado en sus habilidades. Ni el precio completo que se había visto obligado a pagar por hacer uso de una habilidad tan asombrosa.

Necesitaba el libro para restituir sus antiguos dones.

Lo necesitaba para ayudar a Reza en su misión.

Caminó de un lado a otro de su diminuta tienda con la mente inmersa en una constante sucesión de pensamientos que se apilaban convirtiendo la yesca en llamas.

Sólo había tres personas en el campamento que conocían la existencia del libro.

Una de ellas le había preparado el té la noche anterior: el té que, a todas luces, lo había sumido en aquel sopor inusual y profundo.

Otra le había hecho preguntas sobre el libro durante los últimos tres días. Le había pedido ver el libro y conocer su contenido. El libro que, hasta entonces, no había despertado gran interés en nadie, salvo en él mismo.

Dejó de dar vueltas.

¿Lo habían engatusado personas de su misma sangre? ¿Lo habían desvalijado sus propias hijas? ¿Le habían despojado de su única y verdadera oportunidad de convertirse en un hombre poderoso e influyente?

¿En un hombre que merecía la pena tener en consideración?

Jahandar apretó los puños con fuerza. Alcanzó su capa mientras sentía que la ira aumentaba. Que le invadía los brazos y el pecho.

Que se le arremolinaba en la cabeza como una tormenta de furia candente.

La última de estas personas lo ayudaría a recuperar el libro.

Pues ese hombre tenía tanto que perder como él con su desaparición.

Tanto como ganar con su uso.

Puede que ya no estuviera seguro de muchas cosas, pero de eso lo estaba por completo.

Tan seguro como de que haría cualquier cosa por recuperar el libro.

Incluso suplicar, hacer un trueque o robar.

Incluso matar

Sherezade sabía que debía abandonar la tienda de Tariq.

Había pasado allí casi toda la tarde.

Aunque seguía teniendo el hombro dolorido y el cuerpo debilitado por la dura experiencia de la noche anterior, era hora de regresar a su propia tienda. De proceder

como si nada, ya que si pasaba otra noche en la tienda de Tariq, alguien se daría cuenta.

Y, a largo plazo, algo así no presagiaría nada bueno para ninguno de los dos. A pesar de su relación fingida.

Se puso en pie y se encogió de dolor ante la repentina punzada que le recorrió un lado del cuerpo.

Tenía la boca y la garganta reseca. Con el ceño fruncido, alcanzó el vaso de tónico que había junto a su camastro y estuvo a punto de caerse. Maldijo por lo bajo y se enderezó antes de dar un largo trago del líquido amargo.

No veía el momento de dejar de beber algo impregnado en infusiones de cebada o de corteza de sauce.

«No puedo continuar tan débil. Sobre todo si necesito viajar a Rey en breve».

Haciendo un esfuerzo por mantenerse erguida, se cuadró el *qamis* y se envolvió en su *pashmina* para ocultar los gruesos vendajes del hombro. Por un momento pensó en esperar hasta que Irsa regresara para que la ayudase. Su hermana había desaparecido misteriosamente después de llevarle el tónico hacía más de una hora y no tenía intención de seguir esperando sin hacer nada en ociosa soledad.

—¿Sherezade-jan?

Estuvo a punto de tirar el vaso. Tensó la *pashmina* aún más a su alrededor y trató de mantener la compostura.

—Tío Reza.

Dejó el vaso y cerró los puños para ocultar su repentino temblor.

—No pretendía sobresaltarte.

Su tío sonrió con manifiesta afabilidad y con unos ojos marrones casi líquidos por el brillo del sol vespertino que se colaba por la solapa de la tienda.

—No me habéis sobresaltado. —Sherezade tragó saliva—. ¿Buscáis a Tariq?

—No. —Reza divisó el camastro revuelto—. Te buscaba a ti. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—La verdad es que iba de camino a mi tienda para reunirme con Irsa. ¿Es un asunto importante?

—Algo así. —Dio un paso a un lado—. Puedo acompañarte si no te importa. Mi tienda está de camino.

Aunque se sintió incómoda por su insistencia, no se le ocurrió ninguna razón para negarse.

—Por supuesto.

Reza mantuvo la solapa de la tienda abierta para que pasara. Fuera había un guardia, que los siguió a cierta distancia. Sherezade trató de disimular su malestar tanto por la cercanía del guardia como por el dolor que aún sentía en el hombro.

«Qué raro que tío Reza necesite que un guardia lo acompañe en todo momento. Sobre todo en su propio campamento.

Como si no confiara en los que lo rodean».

—¿En qué puedo ayudaros? —empezó a decir, haciendo un esfuerzo por sonar desenfadada. Haciendo un esfuerzo por disimular lo desconcertada que se sentía, pues estaba claro que Reza ben Latief se había enterado de que no había pasado la noche en su propia tienda.

«¿Sabrá algo más?».

El corazón le martilleaba en el pecho.

Reza sonrió con paciencia.

—Me he percatado de que pasas más tiempo con Tariq.

—Sí.

—¿Ya todo bien?

—Sí.

Lo miró de soslayo, sin saber muy bien a qué se refería.

—Entonces, ¿ya no estás enferma?

Sherezade volvió a tragar saliva.

—No.

—Me tenías preocupado. Ha llegado a mis oídos que te has encontrado inusualmente cansada durante el día... —Fue apagando la voz, observándola con demasiada circunspección.

Ella sonrió y luego se mordió el labio, fingiendo una expresión avergonzada.

—Creo que simplemente los últimos meses me están pasando factura, tío Reza. Sólo necesitaba... adaptarme a esto. Pero ya me encuentro mucho mejor.

Su tío enarcó una única ceja.

—¿En serio? Tu color deja mucho que desear. ¿Has hablado con Aisha sobre tu salud?

Ella hizo un gesto con la mano como quitándole importancia.

—No quiero molestar a Aisha con esas cosas. En cualquier caso, Irsa ya me ha preparado un tónico que me ha sido de gran ayuda.

—¿Irsa? —Hizo una pausa reflexiva—. ¿Así que Irsa sabe preparar tónicos?

—Está en ello. Supongo que deberíais probar uno antes de decidir.

Sherezade amplió su sonrisa.

—Ya veo. —Reza se detuvo cerca de su tienda con una expresión aún escéptica. Entonces le posó la mano en el brazo, con tacto ligero aunque firme—. ¿Sherezade? Deseo con todas mis fuerzas confiar en ti, pero he notado algo bastante perturbador... y ya no puedo callármelo más.

Ella dio un paso atrás.

—¿Disculpad?

El corazón empezó a trastabillarle en el pecho.

—He visto la gasa ensangrentada al lado del camastro, Sherezade-*jan*. —Le colocó una mano amable en el antebrazo, como si pretendiera consolarla—. Es evidente que estás herida. Me gustaría mandar a llamar a Aisha para que te eche un vistazo.

Reza se giró para dar instrucciones al guardia que los seguía con un gesto de la mano libre.

—Tío Reza... De verdad que no.

Intentó zafarse de nuevo; el pánico iba apoderándose de ella.

—Insisto. —Sonrió y la agarró con más fuerza del brazo. De haberse tratado de otra persona, se habría sentido más que amenazada, pero era el mejor amigo de su padre. Un hombre al que conocía de toda la vida. Un hombre al que había llegado a considerar una especie de segundo padre—. Mi conciencia no me permite dejarte marchar sin saber si estás bien o no —continuó—. Por favor, deja que Aisha te cure la herida. Si no te importa, esperaré contigo dentro hasta que llegue.

—Tío Reza...

—Sherezade-*jan*. —Su expresión se suavizó—. Te he desatendido durante demasiado tiempo y fui injusto contigo cuando llegaste. Aunque me movía el dolor, sigue sin haber excusa. Por favor, permíteme enmendarlo. Estoy verdaderamente preocupado por tu estado y no puedo seguir ignorándolo. Concédeme esta pequeña satisfacción. Por favor.

Hizo un gesto con la cabeza señalando la tienda e instándole a que entrara.

Ella se dirigió al interior a regañadientes. No veía cómo salir de aquella situación sin llamar más la atención.

La tienda estaba en penumbra. Tanto que sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a las capas de oscuridad. Entonces, en la periferia de su campo de visión, captó el bulto de una figura que se aproximaba cerca de la entrada.

Era el centinela con el que había tenido aquel encontronazo el día que llegó al campamento badawi. El que llevaba la marca de los *fida'i* grabada a fuego en el antebrazo. El que la había sometido a un juicio precipitado y al que se lo había hecho pagar con la misma moneda.

Se le acercó a toda velocidad en la oscuridad convertido en un borrón gris.

Sherezade se giró con intención de dirigirse a la entrada y un grito salió disparado de sus labios. Miró a Reza ben Latief en busca de ayuda. Al padre de Shiva. Al segundo padre en el que tanto tiempo había confiado.

Él se limitó a observarla distraído. Su mirada destilaba una apacible letalidad.

Mientras el asesino *fida'i* la agarraba por la garganta. Mientras una dulzura nauseabunda nublaba sus sentidos.

Y todo se sumía en la oscuridad.



EL MAYOR DE TODOS LOS PODERES



mar al Sadiq tenía miedo.

Hacía muchos años que no sentía miedo de verdad.

Era demasiado viejo para hacerlo. Estaba demasiado a gusto con la vida. Demasiado acostumbrado a sus rutinas.

Pero no lograba encontrar a la reina de Jorasán. Llevaba buscándola toda la tarde. Y también desconocía el paradero de Irsa al Jayzurán.

Sabía que la noche anterior se estaba tramando algo, porque su centinela de mayor confianza había ido a verlo para comunicarle que Sherezade no había regresado a su tienda. Aquel mismo centinela tampoco la había visto por los alrededores aquella mañana, lo cual ya era motivo de alarma. En las anteriores ocasiones en que Sherezade había pasado la noche fuera, siempre había vuelto a su tienda a la mañana siguiente.

Pero ahora Omar al Sadiq estaba convencido de que sus peores presagios se habían cumplido.

En realidad, siempre había sabido que era sólo cuestión de tiempo.

De modo que tenía que tomar una decisión. No le quedaba más remedio. Era obvio que Reza ben Latief le había mentado sobre sus intenciones, como sospechaba que haría, pero le rompía el corazón saber la verdad con aquella certeza inequívoca, pues Reza se había convertido en un amigo. Siempre había sido un buen hombre, un hombre que había querido a su esposa y a su hija y que llevaba una vida sencilla.

El sufrimiento lo había cambiado todo. Era fácil ser bueno y amable en tiempos de plenitud; los momentos difíciles eran los que definían el carácter de un hombre.

¿Y el amor? El amor sí que cambiaba a las personas. Conllevaba alegría y sufrimiento, y propiciaba aquellos momentos que definían el carácter de un hombre.

El amor devolvía la vida a lo inerte. Era el mayor de todos los poderes.

Pero, como ocurría con todas las cosas, el amor también tenía un lado oscuro.

La oscuridad había caído sobre Reza ben Latief, como Omar había predicho.

Había visto descender las sombras sobre su amigo, del mismo modo que había predicho que su propia tribu se vería inmersa en el enfrentamiento de dos reinos. Quedaría atrapada entre las naciones hostiles de Jorasán y Partia. La una, tierra soberana de abundancia, asediada por la desgracia en los últimos tiempos; la otra, inferior en todos los sentidos, salvo en ambición.

Las tierras de los badawi se extendían a lo largo de la frontera entre aquellos dos reinos, y sabía que sería imposible mantenerse al margen de cualquier conflicto que se desatara entre ellos, por mucho que lo deseara. Su pueblo estaba demasiado cerca; sus tierras eran demasiado valiosas.

Sin embargo, no sabía cuál era la mejor manera de actuar.

No sabía quién era su verdadero enemigo ni a quién podía considerar un amigo. Y él no era de esas personas que escogían bando sin sopesar primero todas las opciones, sin ver las dos caras de la moneda.

Había confiado en que Tariq, el joven noble de Jorasán que poseía un corazón tan puro, lo guiaría en aquella tarea. El Halcón Blanco de Jorasán, que conduciría a su reino de la oscuridad de nuevo hasta la luz.

Pero ya no estaba tan seguro, dado que no había tenido ocasión de hablar libremente de estos asuntos con él. Y parecía que el chico no había puesto el corazón en las recientes incursiones que se habían hecho a los fuertes vecinos. Omar no estaba seguro de que Tariq hubiera elegido bien al seguir a su tío; ni de que supiera elegir entre el bien y el mal.

El joven sólo veía una de las caras de la moneda.

Ahora le tocaba a él compartir con el chico todo lo que sabía. Todo lo que había advertido en su muda observación. Todo lo que llevaba tiempo sospechando.

Y Tariq también tendría que tomar una decisión.

Su tío ya había elegido: un camino hacia la oscuridad.

Y ahora la reina de Jorasán y su hermana pequeña habían desaparecido. Omar sólo tenía que aventurar una suposición de adonde se las habían llevado.

Lo que significaba que, probablemente, los dos reinos estaban al borde de la guerra.

Lo que significaba que la tribu Al Sadiq cabalgaba de nuevo.

Pero ¿con quién?

¿Con un misterioso niño-rey que había asesinado a todas sus esposas sin causa aparente? ¿O con un tirano sediento de poder que había pagado a mercenarios para que esperasen el momento perfecto entre la gente de Omar? El mismo tirano sediento de poder que sospechaba que se había aliado con Reza ben Latief mucho tiempo atrás.

Omar había visto cómo se esfumaban los arcones de oro bajo el manto de la noche. Había visto a aquellos forajidos con la marca del escarabajo. Por eso les había pedido a las fuerzas de Reza ben Latief que se reubicaran en la periferia del campamento dos semanas antes.

Pero ¿cuál de aquellos dos reyes era el auténtico villano de la historia?

Pues no hay historia buena sin un buen villano.

Había llegado el momento de que tomara una decisión. De que recabara información de sus ojos en el desierto.

Pues el desierto tenía ojos. Ojos que él mismo había colocado allí muchas lunas

antes. Siempre había sabido escuchar y vigilar. Aquel era su desierto. Un desierto que su gente había gobernado durante seis generaciones.

Había llegado el momento de comprobar si Tariq estaba hecho de algo más que de músculo y coraje. De comprobar si podía asumir la verdad. Una vez que él se la confesara, oíría lo que el chico tenía que decir. Y tomaría una decisión.

Aún estaba por ver si el muchacho sería su enemigo o su aliado.

Pero su gente era lo primero. A pesar de lo mucho que había llegado a preocuparse por el chico. A pesar de lo mucho que deseaba verle conseguir todo lo que se había propuesto.

De lo mucho que deseaba que su historia de amor triunfara.

Se lo había dicho a Aisha muchas veces y, aunque ella refunfuñaba cuando lo oía, sabía que aquello siempre la hacía sonreír.

—¡Dame un amor valioso o una muerte dulce!

Pero ¡ay!, él era un hombre ambicioso.

Y siempre había querido tener ambas cosas.



LA VIDA Y LA MUERTE EN LAS PÁGINAS DE UN LIBRO

Jalid cabalgó por el desierto hasta que el sol se hundió en el horizonte. Tardaría dos días más de dura travesía en llegar a Rey. Para entonces, su tío sin duda estaría de los nervios. No importaría que él fuera el califa y, por tanto, tuviera derecho a su propia libertad. En asuntos como ese, el general Aref al Juri sólo veía a un niño enfadado, solo en las sombras. El mismo niño al que había cuidado todos esos años.

A Jalid sólo le cabía esperar que el *shahrban* creyese que estaba ocupado en una de sus muchas excursiones a la ciudad. O que Jalal hubiera estado dispuesto a ocultar su ausencia durante un tiempo.

No obstante, dudaba que su primo hubiera querido hacer tal cosa. Sus conversaciones durante las últimas semanas habían sido bastante forzadas en el mejor de los casos.

Rotundamente hostiles en el peor.

Tal y como estaban las cosas, no sabía cómo iba a explicarle a su primo aquella desaparición en particular. Y había sido incapaz de encontrar el rastro de Despina o del *rajput*. Por ningún sitio.

Continuó su camino a galope tendido por las arenas pardas hasta que en el cielo sólo quedó una pizca del calor del sol. Entonces desmontó de su corcel prestado y quitó el zurrón con provisiones de la montura.

Después de un breve instante para recuperar el aliento, sacó el libro de los pliegues de cuero desgastado del morral. El tomo seguía envuelto en un basto trozo de lino marrón. Se lo metió debajo del brazo y se alejó del caballo al tiempo que echaba mano de la daga de su cadera.

No sabía qué esperar.

Aunque la extraña hechicera de las montañas de Oriente le había advertido de que el libro gritaría —de que se revolvería—, seguía sin saber lo que podía provocar.

Ni se fiaba de ella. En lo más mínimo.

Aquella era la razón por la que había esperado a hacer lo que fuera con el libro hasta que se encontrara bien lejos de todos y de todo.

Nadie más moriría por aquella maldición.

No si él podía evitarlo.

Se sacó la daga enjoyada del fajín. A continuación colocó el libro en un promontorio de arena ante él. Una vez que lo desenvolvió, lo estudió durante un instante.

Era extrañamente ordinario. Incluso feo. Encuadernado en cuero raído y con manchas de humedad. Deteriorado por los bordes. Con ribetes oxidados. Sellado en el centro con una cerradura deslustrada que estaba seguro de que incluso el ladrón menos habilidoso sería capaz de abrir con una horquilla.

Resultaba difícil de creer que algo tan anodino tuviera tanta importancia. Que pudiera ocasionar daños incalculables a tantas vidas. A ciudades enteras. A tantas familias.

Sólo un libro. Meros garabatos en una página.

Esbozó una sonrisa amarga. «El poder tras las palabras reside en la persona». Siempre había sido una de las enseñanzas favoritas de su madre. Una de las muestras de sabiduría más notables que Musa Zaragoza les había regalado.

Bajó la mirada al volumen entrecerrando los ojos.

Las palabras de aquel libro en particular nunca volverían a darle poder a nadie.

Y, si la hechicera no les había mentido esa noche en la fortaleza de la montaña, sus palabras lo librarían de una vida anclada en el pasado.

De pasarse la vida expiando sus pecados.

Jalid se quitó la llave negra que llevaba colgada del cuello y abrió el libro.

Que desplegó sus páginas de par en par. Una luz blanca y escalofriante emanó de su interior. Enfermiza. El texto en letra bastarda le resultaba indescifrable.

Cuando estiró la mano para tocar las páginas, un repentino destello caliente salió disparado en su dirección y le quemó las puntas de los dedos. Soltó una maldición. Junto con la abrasión llegó otro destello violento, vivido y brillante. Malicioso.

Suficiente.

Desenvainó la daga.

El libro palpitó como respuesta. Latió con una especie de amenaza vital.

Se pasó la hoja por la palma de la mano e hizo gotear su sangre en el metal, que empezó a emitir un ardiente destello rojo. Entonces, dejó que su sangre cayera en las páginas del libro.

Este comenzó a chillar. Un gemido agudo y plañidero. Por un instante, sus páginas parecieron abrasar. El olor ganó presencia, denso y pesado en el aire. Las gotas carmesíes se oscurecieron al tocar la superficie del papel y emanaron espirales de un gris pálido que se arremolinaron describiendo siniestros patrones.

El viento sopló alrededor de Jalid, envolviéndolo en un torbellino de humo y arena. A medida que las ráfagas ganaban en intensidad, los símbolos que la hechicera había grabado en la hoja comenzaron a brillar como en respuesta a la amenaza.

Levantó en alto la daga.

Pero el humo detuvo su mano. Concentró una fuerza vital propia y le envolvió la muñeca a modo de mordaza glacial.

Lo que sintió en ese momento no se parecía a nada que hubiera experimentado en toda su vida. No fue una visión ni un recuerdo. No fue ni un sueño ni una pesadilla.

Fue una simple sensación. Una especie de sentimiento manifiesto y al descubierto. Del tipo que manaba de lo más profundo de su ser y salía a la superficie para que el mundo lo viera. Del tipo que había pasado gran parte de su vida tratando de negar, pues el miedo lo habría hecho parecer débil. Habría hecho que los que le rodeaban le traspasaran la piel con la mirada y vieran su alma.

Se trataba de cada momento en que se había sentido solo. De cada momento en que se había sentido indefenso. De cada momento en que había querido desaparecer.

Cada pensamiento desagradable y cada sentimiento vacío lo atravesaron como si el libro hubiera llegado a su interior y hubiera agarrado toda duda —toda inseguridad— y la hubiera sacado a la superficie.

Como si la hubiera expuesto para decirle que no era digno.

De nada.

Que no era digno de ser rey. Digno de la fe de su tío. De la lealtad de Jalal. De la amistad de Vikram.

Del amor de Sherezade.

Después de todo, ¿qué había hecho para merecerlos? Era el segundo hijo no querido de una segunda esposa no querida. Todo para una persona; luego, nada para nadie.

Nada.

No había sido nada más que un niño enfadado en las sombras durante mucho tiempo. Un niño que había envidiado a su hermano desde las sombras. Un niño que había visto morir a su madre desde las sombras.

Un niño que había crecido en las sombras.

Ahora debía vivir en la luz.

Vivir... intensamente.

Luchar por cada aliento.

Agarró la daga con ambas manos. Pero el humo contraatacó. El talismán de jade se le enroscó en el cuello. Los chillidos sonaron más fuertes. La arena se arremolinó en un furioso vórtice, ejerciendo cada vez más presión, tratando de tragárselo. Tratando de hacerlo desaparecer.

Lo único que había deseado durante mucho tiempo era desaparecer. Llevarse toda la fealdad con él, todos los recuerdos crueles de la sangre de su madre derramada en el ágata vetada de azul y de los cordones de seda al amanecer...

Y desvanecerse sin dejar rastro.

—No.

Ejerció más fuerza con la daga.

—¡No!

Cada carta que había escrito la había escrito con un objetivo. Cada disculpa que había formulado la había formulado por una razón. Cada viaje que había hecho a Rey

lo había hecho con esperanza.

Porque quería ser mejor.

Aquella era su oportunidad de ser mejor. Por fin.

Una oportunidad de vivir —de amar— en la luz.

Con las manos ensangrentadas y goteantes, clavó la daga en el libro.

Cuando este exhaló un chillido desgarrador y final, la arena se cernió aún más sobre él, oprimiéndolo y picoteándole la piel.

No podía respirar. No veía nada. El viento y la arena trataban de asfixiarlo. De robarle su último resquicio de determinación.

De defender el último remanente de fuerza del libro.

Entre jadeos, Jalid desgarró un jirón del basto lino marrón para utilizarlo como yesca y a continuación golpeó el pedernal para encender una llama. El viento la apagó al instante.

Costó cinco intentos que prendiera. Cinco intentos en los que se debatió contra la nebulosa de cieno. Cinco intentos en los que protegió el fuego con las manos para que las páginas se incendiaran.

El libro ardió en medio de llamas azules y fétidas durante horas.

Hasta que el remolino de arena finalmente murió en el suelo. Hasta que Jalid finalmente cayó con ella, exhausto. Alzó la vista al cielo con el cuerpo destrozado. Le dolía cada una de las heridas de su piel y las cicatrices se habían reabierto en la batalla. Su sangre se filtraba en la arena. Sus párpados empezaron a languidecer.

Estaba perdiendo la consciencia. Perdiendo sangre. Moriría allí, en el desierto.

Pero no importaba. Si se llevaba la maldición con él. Si mantenía a su pueblo a salvo.

Si mantenía a Sherezade a salvo.

Nada más importaba.

Una brisa extrañamente serena le agitó el pelo. Le proporcionó una sensación de calma que sólo había experimentado con Sherezade. Una pequeña porción de paz que siempre había ansiado conservar. Como agua en el hueco de sus manos.

Si Sherezade estaba a salvo, él estaría en paz.

Sus ojos se fueron cerrando. Hasta que por fin se durmió.

Con el talismán de jade hecho trizas a su lado.



EL PALACIO DE ARENISCA

Quando Sherezade se despertó, lo hizo con el canto de los pájaros y el tacto de la seda.

Hasta la brisa levemente aromática que la rodeaba estaba cargada de luz y belleza.

Y, a pesar de eso, le daba la impresión de sentirse controlada. La impresión de sentirse prisionera.

Estaba en una jaula.

Cierto. Seguía vestida con el mismo *qamis* arrugado y los pantalones *sirwal* sucios que recordaba llevar, pero la habitación en la que había dormido rivalizaba en belleza con las mejores alcobas del palacio de Rey.

Incluso podría decirse que las sobrepasaba.

La celosía abierta de su derecha lucía una talla mucho más ornamentada. Quizás incluso un poco llamativa. La madera ricamente pintada tenía incrustaciones en marfil, salpicado de jaspe verde oscuro. Al otro lado, vislumbró un emparrado que daba sombra a un balcón de mármol. Ramas de árboles en flor caían sobre la terraza, preñadas de flores fucsias, y se ensartaban en el blanco entramado como cortinajes.

Las paredes de la alcoba eran de arenisca. Por lo menos las que se veían, porque gruesos tapices colgaban de cada superficie expuesta. En un rincón había una mesa fabricada con trocitos de azulejos de diferentes colores. Era como si un artista obsesionado hubiera aporreado un arcoíris con un martillo y hubiera destrozado algo hermoso para crear otra cosa mucho peor en comparación. Los almohadones que la rodeaban eran bastante ostentosos y estaban ribeteados de diminutos espejitos cosidos con hilo de oro y plata. En la mesa de llamativos colores había una cesta con pan de pita y un vaso de cobre, además de una fuente de hierbas frescas, queso de cabra en rodajas, pepinillos y un surtido de conservas dulces.

Cuando examinó la bandeja de comida con mayor detenimiento, se percató de que su anfitrión no le había proporcionado cuchillo alguno y de que no había utensilio ni objeto afilado de ningún tipo a la vista.

Con la sospecha creciente de cuál era su paradero, se levantó de la montaña de cojines de seda y se paseó por la habitación. No alcanzó a ver nada más allá de las intrincadas celosías al borde de su balcón. De hecho, era casi imposible vislumbrar algo fuera de aquella cárcel de arenisca y marfil. Cuando intentó accionar los

picaportes de las puertas dobles —que, supuestamente, eran la entrada de la alcoba—, los encontró bien cerrados por fuera, justo como esperaba.

Aún le dolía el hombro, pero al menos ya no la debilitaba; al menos no le impediría escapar cuando se le presentara la oportunidad.

«Es obvio que llevo ‘dormida’ bastante tiempo».

Sus pensamientos se tornaron más lúgubres.

«¿Cuánto llevaba planeando secuestrarme del campamento badawi el padre de Shiva?».

Era evidente que Reza ben Latief estaba compinchado con los asesinos *fida'i* desde hacía bastante. Probablemente había sido él quien había enviado a los mercenarios a Rey semanas atrás para intentar matar a Jalid o secuestrarla a ella y usarla como moneda de cambio.

Y ahora sí que se la habían llevado de improviso.

A un lugar que estaba convencida de que provocaría un giro previsible de los acontecimientos. Sobre todo porque tenía un presentimiento de adonde había ido a parar.

Hizo un esfuerzo por aplacar sus miedos y se dirigió a la bandeja de comida de la estridente mesa del rincón. Vertió un poco de agua del vaso en el filo de plata de la bandeja y esperó a ver si se oscurecía la superficie. Al comprobar que no cambiaba de color, se echó otra pizca en la piel para ver si le causaba algún daño. Luego se atrevió a dar un pequeño sorbo. Tenía la garganta totalmente reseca. Todavía no se fiaba de la comida, pero sabía que tenía que humedecerse la lengua si quería sobrevivir un poco más.

Cuando oyó un chirrido al otro lado de las puertas, apartó de un tirón las hierbas y golpeó la bandeja contra el filo de la mesa para romperle un trozo. Después cogió una de las esquiras más grandes y le lio una servilleta de lino en una punta para confeccionar un arma rudimentaria.

Por lo menos no se enfrentaría a su enemigo sin luchar.

Una de las hojas se abrió. Sherezade escondió el arma a uno de los lados de sus pantalones descoloridos por el sol.

Y vio a su padre franquear el umbral como si nada ocurriera...

Bien vestido y esbozando una sonrisa entre el vello ralo de su pulcra barba.

«¿Baba?».

Cuando Jahandar vio a su hija, armada y agachada casi en una pose salvaje sobre el suelo de mármol, alzó sus manos llenas de cicatrices en un gesto apaciguador.

—¡Sherezade-*jan*! No debes tener miedo.

Avanzó hacia ella con una ligereza que Sherezade no le había visto emplear en mucho tiempo.

—*Baba* —pestañeó, atónita al verlo en aquel estado tan sereno y refinado—, ¿dónde estamos?

—Querida, baja el arma, por favor. ¡No hay razón para asustarse! —Sonrió aún

más si cabe—. Los guardias me han dicho que has intentado abrir la puerta, así que he venido corriendo.

—¿Dónde estamos? —volvió a preguntar.

—Sé que debes de estar asustada, pero no pretende hacerte ningún daño. Nadie lo pretende. De hecho, aquí estarás más segura que en el campamento. Y mucho mejor atendida, como corresponde a tu condición.

Echó los hombros hacia atrás, como imbuido por una especie de orgullo. Un orgullo que no encajaba para nada con su situación.

—¡Baba! —lo reprendió, visiblemente frustrada porque no hubiese respondido todavía a su pregunta.

La sonrisa de Jahandar vaciló, aunque sólo levemente.

—Reza creyó que era mejor traerte a Amarda.

Como había sospechado. Aun así, el corazón le dio una sacudida y, durante un momento, casi no pudo respirar.

—¿Me has traído ante Salim Alí al Sharif?

—¡Claro! —Jahandar ni siquiera pestañeó ante su tono de peligro—. ¿No es el tío de tu marido? —Lo dijo como si nada, aunque su cara indicaba que sabía más de lo que daba a entender.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —susurró.

Al oír aquella acusación, los ojos vidriosos de su padre flaquearon durante un instante y luego se tensaron por las comisuras. Sherezade se dio cuenta en el acto de que sus súplicas no lograrían conmoverlo.

Aquella vez no.

Su padre fue directo al grano.

—A lo mejor soy yo quien debería hacerte la misma pregunta, hija.

La joven retrocedió para alejarse tanto de su pulla como de la fría luz que irradiaban sus ojos, unos ojos que siempre habían sido un cálido espejo de los suyos.

—¿Qué has hecho con mi libro? —le preguntó sin rodeos.

—No sé de qué estás hablando.

Alzó la barbilla en un intento por esconder su aprensión.

—Sherezade, ya he hablado con Irsa. Sé que fue ella quien me drogó.

Sherezade mantuvo una expresión pétrea, aunque el corazón le dio un vuelco en cuanto oyó mencionar a su hermana.

—Se ha negado a contarme nada más, pero sabes tan bien como yo que es incapaz de mentir. Y sus intentos por evitar revelar la verdad contradicen sus actos. —Arrugó la cara en señal de frustración—. Así que debo insistir en que... —Aunque le costó, su padre hizo un esfuerzo por moderar su reacción—. No estoy enfadado, querida. Sé que alguien ha tenido que coaccionarte. Tal vez el califa o alguien que quisiera deslegitimar...

—No. Nadie me ha coaccionado para que hiciera nada. Porque no he hecho nada.

De nuevo, una fría luz bañó los ojos de su padre.

—No me mientas, hija.

Sherezade se armó aún más de valor.

—¿Dónde está Irsa, *baba*?

No hubo respuesta, sólo una suave inhalación. Una ínfima duda.

—¿*Baba*?

Él abrió la boca para responder y se calló un segundo. Un segundo que hizo que a ella se le tensara la garganta de la inquietud. Jahandar le ofreció una sonrisa amable.

—Aún estás débil por el viaje y las heridas. Deja que te atiendan las sirvientas del sultán y después te reunirás con nosotros para cenar. La hija del sultán ha estado muy preocupada por ti. Te prometo que hablaremos de todo esta noche.

Sherezade intentó alcanzarlo, incapaz de esconder su temor por más tiempo.

—*Baba*, por favor, no...

—Siempre te he dejado mucha libertad, hija. Tal vez demasiada. —La voz de su padre era firme. Parecía muy alto. Más alto de lo que ella recordaba. Y nunca lo había visto actuar con tanto vigor desde que su madre murió—. Ya me has desafiado bastante, Sherezade. No voy a permitir que me mientas sobre esto. Estás jugando con algo demasiado peligroso y demasiado importante. Ahora descansa. Ya hablaremos de ello más tarde.

El anciano dio media vuelta.

—Por favor, sólo dime si Irsa está...

—Descansa. Ya hablaremos de ello esta noche..., cuando estés dispuesta a contarme la verdad.

Y, diciendo aquello, Jahandar al Jayzurán salió de la alcoba en medio de un remolino de seda fina.

Sherezade volvió a dejarse caer junto a los trozos de porcelana sin soltar el arma rudimentaria.

El pánico que había estado combatiendo desde que había visto a su padre..., no, desde que había empezado a cuajar su intuición de dónde se encontraba, la invadió con una urgencia alarmante.

La guerra a la que pretendía poner fin se desplegaba ahora ante ella sin que pudiera controlarla. Sin que pudiera evitar que se cumplieran sus peores presagios.

Ya que, en cuanto llegaran a Rey noticias de que la tenían prisionera en Amarda —de que era una «invitada» de aquel hombre que seguramente pretendía usarla como un mero peón en el juego—, Jalid atacaría la ciudad con un ejército a su espalda.

De eso no le cabía ninguna duda.

Y, aunque la verdad le costara la confianza de su padre y mucho más, tampoco le cabía duda de otra cosa: Jalid ya había destruido el libro. Lo que los dejaba sin nada con lo que negociar. Nada que usar como moneda de cambio.

Excepto ella.

Pero no era tonta. No se acobardaría ante el sultán de Partia. No le suplicaría a su enemigo ni una palabra amable. Ni se quedaría esperando a que la salvaran como una

niñita asustada.

Haría lo que tenía que hacer.

Encontraría a Irsa y descubriría la manera de escapar de aquella ciudad maldita.

Aunque le fuera la vida en ello.



Su preocupación por Irsa la hizo transigir.

Aunque no creía que su padre permitiera que le hicieran daño a su hija, Sherezade ya no sabía qué pensamientos se arremolinaban detrás de aquellos ojos sedientos de poder.

Por eso no dijo nada cuando las sirvientas entraron en la alcoba para ayudarla a bañarse y vestirse.

Curiosamente, aquel acontecimiento le pareció una escalofriante reminiscencia del día en que llegó al palacio de Rey, cuando dos sirvientas la engalanaron para contraer matrimonio con un monstruo; cuando le untaron aceite de sándalo en los brazos y le empolvieron la piel con copos dorados antes de colocarle un pesado manto sobre los hombros.

Esta vez, su atuendo era casi tan elaborado como el de aquella fatídica tarde.

Bermellón. Un rojo intenso que le recordó a una puesta de sol estival.

O a sangre fresca manando de una herida abierta.

Los pantalones *sirwal* estaban confeccionados con la seda más exquisita y bordados en hilo de oro. El corpiño a juego tenía un escote pronunciado, mucho más de lo que acostumbraba a llevar. El manto estaba elaborado con una fina tela dorada; no era del típico damasco, parecía gasa y con la luz se transparentaba.

Se sentía totalmente desnuda. Vulnerable. Y sabía que no era por casualidad.

Las sirvientas le recogieron la negra melena en una gruesa trenza y se la enrollaron con unos cordeles de perlas. Las pulseras del brazo izquierdo y los pendientes de aro eran de oro martillado con pequeñas perlas a juego y diminutos diamantes incrustados.

Como su padre le había asegurado, la habían atendido de maravilla. La habían vestido de acuerdo a su condición.

Pero no se sentía una reina.

«Una prisionera no puede ser una reina.

Y una reina sólo es prisionera si ella misma decide serlo».

Ante esos pensamientos, echó los hombros hacia atrás y se calzó las zapatillas de punta. Con la cabeza alta, siguió a las sirvientas hasta el pasillo, donde un contingente de guardias armados la esperaba para conducirla a su próximo destino.

De nuevo se sintió sobrecogida por la pretenciosa opulencia de la estructura de arenisca que la rodeaba. Bien era cierto que el palacio de Rey estaba recubierto de

mármol y pulimentado hasta la extenuación, pero siempre había gozado de cierta frialdad. De una especie de sobrio rechazo a aceptar lo que era. Y ahora que tenía delante todo lo que podía llegar a albergar un palacio, se alegró de que Jalid no hubiera adornado cada rincón del suyo con una estatua de oro o hubiera hecho colgar de cada alero un tapiz deslumbrante. De hecho, parecía que cada hornacina de Amarda hubiera sido revestida de láminas de oro o de plata y cada lóbulo de arco, profusamente labrado y salpicado de joyas incrustadas más allá del gusto y la razón. La visión de todo aquello le hizo sentir bastante incómoda.

En lo único en lo que el palacio de Rey superaba al edificio de arenisca de Amarda era en la caligrafía, pues Rey podía presumir de albergar una exorbitante cantidad de aquel elegante arte; de fluidas florituras y gráciles giros trazados al servicio de la palabra escrita. Sherezade sabía que aquello se debía a que Jalid era aficionado a la poesía.

Mientras que era obvio que Salim Alí al Sharif era aficionado a la opulencia.

«Prefiero mil veces la poesía».

A pesar de todo, casi sonrió al pensarlo.

Los guardias la guiaron por varios pasillos espléndidos más hacia unas puertas hermosamente labradas, las más altas y anchas que había visto en la vida. Como no podía ser de otro modo, estaban recubiertas de una capa de oro líquido y los picaportes eran de zafiro puro, del tamaño de su puño. Dos de los guardias las abrieron y Sherezade siguió al grupo de soldados por unos escalones descendentes de piedra pulida hasta una sala cavernosa de granito rosa claro surcado de profundas vetas granates. Una mesa larga ocupaba el centro de la estancia, iluminada por altas velas perfumadas de agua de rosas y mirra. El mantel parecía tejido con la más fina de las sedas de araña y brillaba lustroso a la cálida luz que arrojaban las velas.

«Porque la habitación difícilmente podría albergar más oro».

Contempló otro innecesario despliegue de opulencia hasta donde alcanzaba la vista. Hasta el empalagoso olor de las velas se le quedó en la garganta, de lo recargado que era. Exagerado.

Excesivo.

Sherezade fue la primera en llegar.

De nuevo estuvo segura de que no fue por casualidad.

Un guardia la condujo hasta un cojín azul marino ricamente adornado cerca del centro. Aunque ninguno de los soldados la trató con rudeza, percibió cierto atisbo de diversión en el grupo cuando el que estaba más cerca de ella —un joven con una cicatriz en la nariz— le miró el escote cuando se agachó para tomar asiento.

Ella le lanzó una mirada furibunda.

—¿Hay alguna razón para que me mires de ese modo? —preguntó, y su voz irritada resonó en la cavernosa estancia—. ¿Tienes tendencias suicidas o es que eres tan insensato como tu mirada?

El joven hundió la cabeza en una breve reverencia, con la barbilla tensa.

—No me has respondido, necio insolente. Y eso apenas puede considerarse una reverencia —prosiguió, decidida a continuar la discusión.

No podía permitir que ningún hombre de aquella maldita ciudad la tratara mal. Ni siquiera un momento, pues, como vislumbraran la más mínima muestra de debilidad en ella, sería su perdición.

Una risa estentórea llenó el aire a su espalda.

A Sherezade se le congeló el cuerpo al oírla.

«Salim».

—Tan deslenguada como siempre, mi señora.

El hombre batió palmas como si quisiera aplaudirle. El sonido, agudo y crepitante, le retumbó en los oídos.

Pero ella no se volvió. No pensaba darle aquella satisfacción. En vez de eso, siguió mirando al frente y simuló adoptar una expresión desenfadada.

—Vuestros soldados deberían aprender una lección al respecto, mi señor.

Sonrió de oreja a oreja cuando el sultán de Partia entró en escena.

Salim correspondió a su estridente saludo haciendo una profunda reverencia.

—Y supongo que vos pretendéis dársela, ¿no es así? —dijo mientras colocaba una mano en el reluciente puño de su cimitarra.

Una mano que venía a decirle que no se olvidara de su condición.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo.

Se llevó los dedos a la frente como si emulara aquella reverencia burlona.

Jahandar al Jayzurán venía detrás del sultán, vestido con sus galas de seda. Llevaba las manos entrelazadas al pecho y ostentaba una expresión entre pensativa y preocupada.

O su padre ignoraba que Salim y ella ya habían mantenido algún intercambio accidentado o se esforzaba por ocultarlo. Sherezade evitó mirarlo a los ojos. La traición era demasiado reciente y no quería que el sultán supiera lo mal que estaban las cosas.

Lo mal que se sentía por la deslealtad de su padre.

Salim tomó asiento frente a ella, confirmando a cada uno de sus movimientos una serena elegancia. Su manto profusamente bordado y sus ropas bellamente confeccionadas eran tan rimbombantes como su palacio. Como un gato repulido que se relamiera ante la nata más rica, esbozó una sonrisa y su perfecto bigote se curvó sobre sus dientes lobunos.

—Me congratula que por fin hayáis venido a visitarnos a Amarda, Sherezade-*jan*. Os esperábamos desde hace tiempo.

—¿A visitaros? —Sherezade levantó una ceja—. Interesante elección de palabras.

Salim se tumbó y apoyó el codo en el cojín zafirino de su izquierda.

—Seguro que preferís estar aquí y no en ese enclave tribal donde os habéis visto obligada a pasar las últimas semanas.

—No sabría decirlo. En ese «enclave tribal» nunca me han encerrado con llave.

—Obviamente. —Lanzó otra sonrisa falsa en su dirección—. ¿Acaso tienen puertas las tiendas?

—Por supuesto que no, pero al menos allí gocé del placer de la compañía de mi hermana. No espero que os importe, pero...

—¡Claro que sí! ¡Qué desconsideración por mi parte! Seguro que estáis hambrienta.

El sultán rio y se dirigió a las puertas dobles que quedaban tras ella. Su padre ni se molestó en girarse mientras jugueteaba con la cuchara festoneada que descansaba junto a su plato.

Sherezade oyó que las puertas se abrían y enseguida le llegó un olor a mantequilla y especias. A pesar de su resolución de no probar bocado hasta haber descubierto el paradero de Irsa, aquel aroma embriagador le hizo flaquear. Cuando las sirvientas le colocaron por delante una fuente de plata colmada de patatas especiadas, junto con una montaña perfecta de arroz con pistacho y granada rodeada de pinchos de pollo al azafrán, brochetas de cordero aún flameantes y tomates al vapor, todo ello servido en bandejas ornamentadas, le rugió el estómago.

No recordaba la última vez que había comido tan bien.

Se le hizo la boca agua con el olor del guiso que tenía ante ella: uno de lentejas aromáticas y cebollas caramelizadas. El dulce aroma a canela y clavo la llamaba, y los dátiles y las berenjenas se mofaron de ella todavía más.

La gota que colmó el vaso fue el chutney de membrillo.

Se sentó sobre las manos.

—¿No tenéis hambre? —le preguntó Salim con un brillo malicioso en los ojos—. He seleccionado los platos que me han dicho que son vuestros preferidos.

Su padre la miró con el ceño fruncido.

—Sherezade-*jan*, la hija del sultán le ha dicho a la cocinera que prepare una comida especial en tu honor.

—No me cabe ninguna duda —murmuró ella, mordiéndose la cara interna de la mejilla.

—Tal vez mi hija os convenza para que comáis.

La luz de los ojos de Salim brilló con más intensidad cuando miró más allá de su hombro.

Sherezade no se volvió. Lo último que quería ver en aquel momento era la sonrisa perfecta de Yasmina al Sharif.

«Como intente provocarme esta noche, no será hollín lo que le estampe en los dientes».

No.

«Sino mi puño».

—Ven, hija —la llamó Salim—. Nuestra invitada está ansiosa por verte.

«Sí. Ansiosa es poco».

Sherezade apretó los labios y agarró los cojines de seda a ambos lados como si

quisiera imbuirse de la fuerza necesaria para mantener la calma.

En algún lugar cercano se oyó el suave susurro de unos pasos sobre el pulido suelo de granito.

Sherezade alzó la vista con una obvia reticencia.

Unos ojos del color de un cielo cerúleo la miraron chispeantes.

A Sherezade se le descolgó la barbilla de la impresión.

—Hola, reina malcriada.

Despina.

Muchas cosas ocurrieron de golpe.

Primero, Sherezade se incorporó de un salto e intentó agredir a su anterior doncella. Los guardias acudieron en un frenesí.

Pero antes de que lograran darle alcance, Sherezade se detuvo en seco.

Su reacción no venía provocada por la amenaza velada de los soldados. Ni por un inapropiado sentido de la propiedad. Por supuesto que no. Se debía a algo muy distinto.

Se trataba de pena. Pena por una amiga perdida. Pena por un niño que todavía no había nacido.

En cuanto la pena fluyó por sus venas, se vio eclipsada por otra oleada de emoción.

Amargura. Una amargura negra y sofocante.

Sus ojos se fijaron en las amplias curvas de la chica, que siempre iba hecha un pincel y que ahora lucía todavía más deslumbrante con un vestido de seda amatista recogido por los hombros con brazaletes de cobre y formando pliegues brillantes. Los pliegues de seda le caían sobre los pies en cascadas lilas y malvas. El profundo escote sólo acentuaba su bonita silueta, al igual que la alta cintura y el fajín de cobre, embellecido con relucientes gemas violetas y rosas bordeadas de oro rosado. Su pelo del color de la miel y las nueces estaba recogido en lo alto y adornado con una diadema de joyas brillantes.

Una corona.

La amargura creció en su interior.

Despina había supuesto mucho para ella en un momento dado: había sido una amiga cuando más lo necesitaba, una confidente cuando no tenía ninguna. Pero estaba claro que todo lo que había creído de ella estaba envuelto en mentiras. Y era más que obvio que ahora era muchas cosas más: la hija secreta de Salim Alí al Sharif, una princesa de Partia, una espía y una impostora.

Y, por encima de todo, estaba claro que nunca había sido su amiga.

—¿Hubo un solo momento en que me dijeras la verdad? —le preguntó en un crudo susurro.

Los labios de Despina se unieron en una mueca perfecta, una muy familiar.

—¿No vas a felicitar-me? Ahora soy una mujer casada, ¿no te has enterado?

La mueca se transformó en una sonrisa.

Por encima del hombro de la joven, vio que Yasmina se acercaba con una risita incómoda y andares reticentes. En medio de la reciente confusión, ni siquiera se había fijado en la hija que de verdad conocía, la hija que esperaba encontrar.

«Al menos Yasmina tiene la decencia de sentirse avergonzada».

Yasmina al Sharif parecía completamente fuera de lugar. Aunque se la veía tan despampanante como Sherezade la recordaba —el pelo caoba le caía en un torrente ondulado por la espalda y el delicado bamboleo de su falda esmeralda hacía alarde de una gracia natural que ninguna práctica podía perfeccionar—, la princesa parecía reticente a participar en aquella horrible revelación. Continuó mirando por encima de su hombro como si quisiera huir.

Como si quisiera estar en cualquier otro sitio.

Los ojos de Sherezade volvieron a posarse en Despina.

—¿Casada? ¿A qué pobre desgraciado has engañado para que se case contigo?

Despina pestañeó.

—No te gustaría saberlo. —Se dirigió al asiento contiguo al de su padre—. Pero has de felicitar-me de todas formas, ya que resulta que mi esposo es un buen amigo tuyo.

Aún inexplicablemente taciturna, Yasmina se sentó junto a su hermana y Jahandar lo hizo junto a Sherezade. El anciano le lanzó una mirada nerviosa cargada de advertencia, que su hija se apresuró a ignorar.

Olvidó el banquete que se desplegaba ante ella en un mar de rabia y fulminó con la mirada a su anterior doncella, mientras revivía con furor y a toda velocidad algunos momentos de su pasado compartido.

«Una buena espía ocultaría su identidad.

Las mejores espías no tienen que hacerlo».

Tantas conversaciones compartidas delante de tantas tazas de té...

Tantas supuestas confidencias...

La madre de Despina había sido una de las bellezas más célebres de toda Cadmea. Y su padre, un hombre rico que las había abandonado a ambas por un futuro prometedor.

¿En serio? ¿Qué podía creerse de todos aquellos cuentos?

¡Claro que no quería casarse con Jalal! ¡Claro que no quería casarse con nadie de aquella familia a la que llevaba años espionando! ¡Claro que quería huir! Para volver a los brazos abiertos de su padre... y a sus oídos ansiosos.

Para traicionarla a ella. Y a todos a los que amaba.

«¿Cómo he podido ser tan tonta?».

—¿Cómo has podido hacernos esto? —le susurró—. Te traté como a una amiga. Me dijiste que Jalid era bueno contigo.

—El califa de Jorasán no es bueno con nadie —argumentó la antigua doncella

con aire despreocupado—. ¿O es que ya te has olvidado de cómo llegaste al palacio? —Resopló—. Haces bien.

El sultán rio, con una risa rica y contundente. Despina tuvo el descaro de sonreír en su dirección. Ahora que estaban sentados uno al lado del otro, a Sherezade no se le escapó el parecido. Aunque no saltaba a la vista cuando estaban separados y Despina debía de haber heredado la tez de su madre, el porte era el del sultán: altivo, orgulloso. Su estructura ósea también era similar a la suya. Frente prominente y pómulos altos. Incluso captó el parecido entre ella y Yasmina: una suerte de belleza etérea; de modales regios.

No era de extrañar que hubiera pasado desapercibida con tanta facilidad. Aquel encanto descarado... era marca de la casa. Estaba hecha para vivir en un palacio, para culebrear y serpentear hasta su núcleo como la mejor de las víboras.

En un plazo de tan sólo seis años había logrado ganarse la confianza del califa de Jorasán.

Y el corazón del capitán de la guardia.

—¿Cómo has podido hacerle esto a Jalal? —le preguntó Sherezade, clavándose las uñas en las palmas de las manos mientras intentaba en vano reprimir su odio bühente.

Con una fría apatía, Despina se sirvió un poco de arroz con granada y pistacho.

—Ah, los sentimientos de Jalal al Juri ya no son de mi incumbencia. —Le dedicó una sonrisilla de suficiencia, y la fingida compasión que escondía hizo que a esta le entraran ganas de arrancarle la diadema de piedras brillantes de su corona de rizos—. Pero no te preocupes: el capitán de la guardia no tendrá ningún problema en encontrar a una chica solícita que le alivie el orgullo herido, no me cabe ninguna duda. —Las últimas palabras dejaron traslucir un extraño sabor amargo.

Sherezade apretó los dientes e hizo un esfuerzo por mantenerse quietecita y callada. Pilló a Yasmina mirándola detenidamente a través de sus ojos entrecerrados.

No era propio de la princesa estar tan callada. Aquello le sorprendió, pero Yasmina al Sharif ya le había sorprendido en más de una ocasión. De nuevo, le pareció que la chica quería hablar, pero que tal vez aún tenía que formarse una opinión. O que carecía del carácter necesario delante de su padre.

Sin embargo, la chica parecía disgustada. Por un instante, Sherezade pensó en involucrarla en la conversación, pero la hermosa joven no la miraba a los ojos. No obstante, aún seguía viéndola como a una enemiga.

No como a una igual.

Continuó mirando a Despina mientras la antigua doncella reía y bromeaba con el sultán de Partia —con su padre— como si no hubiera pasado varios años en un mundo ficticio.

En mitad de aquella vorágine de pensamientos, una repentina certeza salió de prisa a la superficie.

Despina no podía haber mentido sobre lo del embarazo.

Recordaba perfectamente cómo se había puesto enferma ante sus propios ojos.

Dejó que sus hombros se relajaran y cogió el vaso de vino con joyas incrustadas.

—Tío Salim —empezó en tono frío—, ¿sabéis que vuestra hija está embarazada? ¿O se le ha olvidado mencionarlo?

—Claro que lo sabe —se apresuró a replicar Despina—. Te lo he dicho. Soy una mujer casada y es evidente que puedo quedarme embarazada.

«Más mentiras».

—¿Ah, sí? —Sherezade apretó la mandíbula y dio un sorbo al vino intentando mantener la compostura—. ¿Y qué has hecho con tu supuesto marido? ¿Arrojarlo al mar en cuanto te has hartado de él?

—Claro que no. —A la muchacha le chispearon los ojos—. Está a buen recaudo donde no me cause problemas.

—Así que has traído contigo al pobre infeliz... —No pudo reprimir una burla.

—Por supuesto.

—¿Y qué tipo de marido es el pobre desgraciado?

—El mejor. De los que se están calladitos.

—¿Es que nunca vas a dejar de mentir? —le espetó entre dientes. Se giró hacia Salim con actitud mordaz—. Mi señor, ¿sabéis que el padre del niño es...?

—El escolta favorito del califa —acabó Despina, esbozando una lenta sonrisa.

Sherezade pestañeó una vez. Y luego otra.

—¿Qué?! —exclamó, estampando el vaso de vino contra la mesa.

De nuevo, dos guardias emergieron de las sombras.

La hija del sultán le dedicó una sonrisa feroz.

—Vikram Singh es el padre. ¿No lo sabías? Y yo que creía que os llevabais tan bien...

«¿El... *rajput* está aquí? Creí que había muerto la noche de la tormenta».

Estupefacta por segunda vez aquella noche, continuó mirando a su antigua doncella tratando de encajar todo lo que había visto con todo lo que había dicho y pensado.

«No. No es posible. ¿Qué hay de verdad entre tantas mentiras?».

—No te preocupes, Sherezade —continuó la chica—. Vikram está a salvo. O, más bien, todo lo a salvo que puede estar, dadas las circunstancias.

Al oír aquello, las preguntas más apremiantes se esfumaron en el acto.

—¿Qué le habéis hecho?

A su derecha, oyó que Jahandar soltaba un suspiro de preocupación. Un suspiro destinado a acallar sus preguntas.

—¿Padre?

Despina volvió la vista hacia la cara inmensamente complacida de Salim Alí al Sharif.

El sultán dio un hondo suspiro, como si necesitara tiempo para formular la respuesta.

—El escolta favorito de mi sobrino está justo donde debe estar: en un lugar reservado a aquellos que no saben morderse la lengua ante asuntos que ya no les conciernen.

—¿Y qué asuntos son esos? —preguntó Sherezade en un furioso susurro.

—Bueno, como marido de mi hija, debería preocuparse más por mi familia que por la vuestra, ¿no os parece?

—Perdonadme, *tío Salim*, pero creí que éramos de la misma familia.

Una pausa tensa.

—No, Sherezade al Jayzurán, no lo somos.

Desde su posición junto a su hija, Jahandar abrió la boca por la sorpresa.

Sherezade volvió a agarrar con fuerza los cojines de seda a ambos lados.

—Entonces, ya está. Basta de cumplidos. ¿Qué pretendéis hacer conmigo?

Salim se echó hacia delante y apoyó los codos en el filo dorado de la mesa.

—¿Qué creéis que voy a hacer?

—Eso depende de lo que esperéis que haga Jalid —escupió ella.

—Espero que venga a buscaros.

—¿Y qué creéis que ocurrirá cuando lo haga? Además de que os aniquile.

Yasmina por fin miró a Sherezade a los ojos.

—Padre...

Salim ni siquiera se molestó en mirarla.

—Confío en que haga lo que no ha tenido agallas de hacer en todos estos años: enfrentarse conmigo en el desierto con un ejército digno. Y luchar para ver quién merece gobernar estas tierras.

A pesar de que el miedo la agujoneaba, de que sabía que su esposo aún no contaba con un ejército digno, una mofa escapó de sus labios.

—Jalid no ha sido un cobarde ni un solo día en toda su vida. Por mucho que aulléis al viento, nunca se doblegará ante vos. Sois un necio si creéis que será tan fácil.

Ante eso, el cuerpo de Jahandar se dobló sobre sí mismo, como preparándose para encajar el siguiente golpe.

Yasmina contuvo el aliento y la reina de Jorasán no pudo evitar mirar en su dirección. La princesa de Partia le lanzó una mirada de advertencia.

Tras la cual Sherezade percibió un destello de compasión.

—¿Fácil? —empezó a decir el sultán, y la palabra salió como una carcajada cáustica—. ¿Creéis que ha sido fácil? Nada de esto ha sido fácil. Llevamos años así. Años viendo cómo ese niño amargado se burla de mí en cuanto tiene ocasión. ¡Años viendo cómo rechaza a mi hija! —Dio un puñetazo junto a su plato—. Lo único que hace que no lo llame bastardo es el asombroso parecido que guarda con su difunto padre.

Aunque Sherezade captó la segunda mirada de advertencia que le lanzaba Yasmina, decidió ignorarla.

—Eso y el hecho de que le tengáis miedo.

Jahandar le agarró la muñeca por debajo de la mesa.

Una oleada de rabia cruzó la cara de Salim.

—Nunca le he tenido miedo.

—Mentís tan bien como vuestra infame hija. —Sonrió—. Siempre le habéis tenido miedo.

—¡Sherezade! —gritó su padre, decidiéndose a hablar por fin.

Y a ponerse del lado de su enemigo.

—*Baba*, no digas nada más.

—Hija, me has desafiado...

Ella se zafó de él al oír aquello.

—¡Y tú me has traído aquí en contra de mi voluntad para que estos viles mentirosos me usen como moneda de cambio!

—Creí que te traía aquí para negociar una tregua. ¡Para ayudar a cerrar estas heridas!

—¿Para ayudar a quién? —lo acusó—. ¡Parece que la única persona a la que querías ayudar era a ti mismo!

La cara de Jahandar cambió de color. Primero se puso roja y después blanca.

Miró hacia otro lado.

Pero no lo negó.

—¿Qué se siente cuando te tratan como a una esclava, Sherezade al Jayzurán? —le preguntó Despina con voz melodiosa—. ¿Cuando tienes que servir a gente que se cree por encima de ti y en el fondo sabes que son tus iguales?

—Pregúntaselo a tu padre —repuso ella.

—Mejor se lo preguntaré a tu marido. La próxima vez que lo vea... arrodillarse a mis pies.

Sin vacilar, Sherezade le roció lo que quedaba del vino en toda la cara.

Los guardias se abalanzaron sobre ella, la obligaron a levantarse y la sacaron a rastras de la mesa.

—¿Dónde está mi hermana? —chilló—. ¿Dónde está Vikram? ¿Qué habéis hecho con ellos?

Despina se limpió la barbilla sin prisas con el borde de una servilleta de lino.

—Ya que tiene tantas ganas de ver a su viejo escolta, llevadla con él. Y dejad que se pudra.

Jahandar se puso rígido y se tapó la cara con manos temblorosas. Ni siquiera miró en su dirección cuando Sherezade continuó soltando improperios al aire.

Los guardias la arrastraron por los pasillos iluminados, pero, al cabo de un tiempo, casi dejó de oponer resistencia. Pretendían avergonzarla tirando de ella como del pellejo de un animal moribundo y no pensaba darles esa satisfacción. Los pasillos abovedados se iban tornando aún más ostentosos conforme pasaban bajo sus nichos enjorjados y se adentraban cada vez más en las profundidades del palacio. El olor a

humo de las antorchas de los guardias se le quedó en la garganta e hizo que se le saltaran las lágrimas.

La obligaron a bajar por una escalera de caracol que iba a parar a las entrañas del palacio, donde el frío húmedo y el hedor a putrefacción campaban a sus anchas. Se iban acumulando en las paredes y se filtraban por las grietas.

Las celdas del calabozo estaban protegidas por unos enormes barrotes de hierro en forma de medialunas torcidas. El techo era bajo y el suelo estaba cubierto de paja sucia. El moho saturaba el espacio, rancio y sofocante. Cada dos celdas, una única antorcha iluminaba las paredes cubiertas de líquenes, por lo que la luz era escasa.

El guardia de la cicatriz que antes la había mirado con lascivia la empujó contra una pared de piedra mojada. Su superficie irregular le golpeó en la parte baja de la espalda y en el hombro herido, y le arrancó un grito abogado.

—Ya no eres tan deslenguada, ¿eh? —le espetó, echándole el aliento agrio.

Sherezade le dio un puñetazo en el estómago.

—¡Zorra!

Otro guardia la levantó del suelo como para protegerla de cualquier golpe resultante. Los ojos de Sherezade conectaron con los suyos y, por un momento, creyó advertir en ellos un destello de pánico. El primer guardia se dobló sobre sí mismo, aferrándose el vientre e insultándola. Luego se enderezó y se abalanzó hacia ella con la cara retorcida por la ira.

El segundo guardia le puso una mano en el brazo con la preocupación marcada en la frente.

—Ten cuidado, no quiero servir de alimento a los cuervos. Si el niño-rey se entera de que le hemos hecho daño...

—Ese bastardo nunca se enterará. Y menos cuando hayamos diezmado su ejército y dejemos que su cadáver se pudra en la arena. —Lanzó una mirada de desdén al guardia más pequeño—. ¿O es que crees que estamos en el bando perdedor?

El guardia más pequeño negó con la cabeza y desvió la vista.

—Además —continuó el primero—, no voy a hacerle daño. —Volvió a concentrarse en Sherezade con una sonrisa malvada—. Al menos por ahora.

—Como vuelvas a tocarme, los cuervos serán la menor de tus preocupaciones —lo amenazó ella.

Él le agarró del pelo.

—Lo dudo mucho. —La atrajo hacia sí y se sacó una daga ganchuda del fajín—. No te preocupes. Reservaré lo mejor para alguna otra noche.

Y, diciendo esto, le rebanó la trenza a la altura del hombro.

Una lluvia de perlas repiqueteó en el frío suelo de piedra.



EL TIGRE Y EL HALCÓN

Jalid estaba exhausto. No había descansado en condiciones desde su regreso del desierto a última hora de la noche anterior.

A su llegada, el *shahrbán* le había sermoneado durante un buen rato. Jalid se lo había permitido, hasta que se vio obligado a recordarle que no tenía obligación de informar a nadie de su paradero.

Pues él era, de hecho, el califa de Jorasán.

Tras dejar eso claro, se había marchado de inmediato.

Para encontrarse con Jalal en su antecámara.

Su primo también estaba furioso.

—Creí que habías muerto —le dijo sin más preámbulo.

—¿Y eso no te habría gustado en grado sumo? —replicó él—. Es mucho más fácil odiar un recuerdo. Lo sé por experiencia.

Fue un comentario malicioso, sin lugar a dudas, pero Jalid siempre había tenido madera para el resentimiento. Era uno de sus muchos dones oscuros. Uno de los numerosos dones que había heredado de su padre.

Jalal lo llamó de todo menos bonito antes de darle un empujón y adentrarse en la oscuridad.

El califa pensó en ir tras él. Pensó en disculparse.

Pero era en vano.

Llevaba semanas tratando de reparar el daño. Tratando de enmendar lo que se había roto entre ellos aquella tarde cerca de los escalones de la biblioteca. Por desgracia, el corazón de Jalal se había perdido el día en que Despina se desvaneció en el desierto al otro lado de las puertas de la ciudad. Y un corazón perdido era lo peor. Sobre todo porque a su primo nunca antes se lo habían roto. Jalal al Juri había vivido una vida en la que le habían negado pocas cosas. Había sido un niño bendecido con una madre que lo había querido desde la infancia hasta la edad adulta y con un padre que siempre había estado a su lado apoyándolo, pues, por mucho que dijeran que Aref al Juri era un poco distante, siempre había querido a su hijo y había dado generosa prueba de ello.

De hecho, al capitán le habían negado muy pocas cosas en el transcurso de sus veinte años. Su mayor pérdida en la vida había sido la de su mejor amigo.

La pérdida del hermano de Jalid, Hasán.

La noche anterior, después de que se marchara ofendido por los fríos pasillos del palacio, Jalid recordó brevemente la época en que acudió a él tras la muerte de Hasán en batalla. Cuando trató de encontrar un punto en común en la pérdida compartida.

No obstante, una vez más, él se retiró en las sombras, lejos de todo y de todos, incluso siendo un niño.

Había pasado tanto tiempo ocultándose todo a los que tenía más cerca que — incluso ahora— no sabía cómo sacar las cosas a la luz, cómo arreglar las cosas con su primo, ya que acababa de empezar a descubrir lo que significaba vivir fuera de la oscuridad.

Aquella mañana, Jalid le contó a su tío, el *shahrban*, los acontecimientos acaecidos durante los últimos días. Pero seguía sin estar seguro de que la maldición se hubiera roto definitivamente. No era de los que creían las cosas sin pruebas.

No. Sólo el tiempo le proveería ese consuelo.

Había vuelto a dormir la noche anterior. Un duermevela intermitente e inquieto, del tipo que no deriva en sueños. Pero quería creer que estos vendrían con el tiempo.

Quería aferrarse a la esperanza de los sueños.

Por desgracia, la realidad lo devolvió a su alcoba. A su escritorio de ébano. De regreso a la inestable pila de pergaminos que detallaban las peticiones recogidas en su ausencia. Necesitaba ocuparse de unas cuantas antes de volver al desierto a por Sherezade.

Justo cuando había decidido que era imposible analizar una página más, alguien llamó a la puerta con rotundidad.

¿Sí?

Alzó la mirada.

Su tío entró dando grandes zancadas. Como de costumbre, era difícil descifrar su expresión. Un rasgo familiar en casi todos los hombres. Excepto en Jalal. Y Hasán. Hasán sonreía bastante, sobre todo a su hermano menor.

Jalid enarcó las cejas en un gesto interrogativo.

—¿*Sayidi*? —empezó a decir su tío sin detener sus pasos—. El capitán de la guardia ha retenido a una partida bastante... interesante en el patio de palacio.

—¿Interesante? —Jalid se apoyó en un brazo de su diván—. ¿Cómo es eso?

—Un jeque badawi desea hablar con vos. Lo sigue un pequeño séquito... —El *shahrban* vaciló—. Y viene acompañado de alguien con el que os aconsejo que no habléis bajo ningún concepto.

Jalid se levantó de su escritorio provocando que una cascada de pergaminos cayera al suelo.

—¿Quién es?

—El hijo del emir Nasir al Ziyad cabalga a su lado.

Al oír eso, dejó atrás a su tío sin detenerse a tomar aliento.

—Llévalos de inmediato al salón real de audiencias.

—¿Alguna vez habías visto una sala tan grande? —le susurró Rahim mientras contemplaba boquiabierto el suelo con patrones diagonales de baldosas negras y blancas.

—Recoge tu mandíbula del suelo —le dijo Tariq entre dientes.

Omar soltó una fuerte carcajada, que resonó hasta el techo, rebotando en las paredes de mármol. A su alrededor, intrincados bajorrelieves en los que aparecían guerreros derrotando a sus enemigos y mujeres aladas con el pelo al viento revestían las frías superficies de piedra. En la base de cada columna había leones de dos cabezas de cuyas bocas rugientes sobresalían antorchas de hierro.

Aunque la sala parecía grandiosa a primera vista, Tariq divisó grietas en su elegante coraza: una rendija a lo largo de una pared y muchas pequeñas fisuras en otra...

Los últimos vestigios de la Gran Tormenta.

Era una sala grandiosa, de eso no cabía duda. Pero una sala con historia.

En un extremo del vasto espacio había un estrado elevado con un diván bajo en el centro. Por detrás se veía una inmensa escalinata en forma de brazos abiertos.

Tariq se dirigió al estrado elevado y Rahim y Omar lo siguieron.

Ya había visto esa sala antes. La última vez que había estado en ella fue la noche de una celebración por todo lo alto en la que no faltó comida, bebida, música y danza. La noche en que el califa de Jorasán había presentado a su nueva reina a todos los nobles del reino.

Rememoró el momento en que aparecieron de la mano en la base de la escalinata de brazos abiertos. Como si uno fuera una extensión del otro.

Debería haberse dado cuenta entonces. Debería haber visto con el corazón y no sólo con los ojos.

Volvió en sí sobresaltado cuando advirtió que Jalid descendía aquella misma escalinata a toda prisa. Esta vez el califa dejó de lado toda la parafernalia. Se movía rápidamente y sin ceremonia. Lo seguían el *shahrban* de Rey y el capitán de la Guardia Real.

—¿Por qué habéis venido?

El niño-rey no hizo gala de la menor muestra de formalidad.

A una parte de Tariq le gustó un poco más por ese motivo. Pero sólo un poco.

El *shahrban* le echó un rápido vistazo a Omar antes de desviar la mirada a Rahim y luego de vuelta a Tariq.

—*Sayidi*, quizá deberíamos...

—Sherezade ha desaparecido —dijo Tariq con el mismo tono desprovisto de ceremonia.

El capitán de la guardia se abalanzó hacia la pechera del *rida'* de Tariq.

—Sabía que no podía confiar en que la mantuvieras a salvo, pedazo de inútil...

Sin previo aviso, la cimitarra de Rahim salió volando de su funda y describió un

arco en dirección a la garganta del capitán de la guardia. El *shahrban* dio una brusca orden a las sombras mientras desenfundaba su propia arma.

Omar permaneció tranquilo, asimilando el tumulto reunido con una desconcertante expresión de afabilidad.

—¡Basta! —exclamó el califa. La orden resonó por toda la sala.

Los guardias se retiraron al unísono como un único cuerpo.

Tariq asintió hacia Rahim, que bajó su espada en el mismo instante en que el capitán de la guardia soltaba la pechera del riela de su amigo.

—No hemos empezado con muy buen pie, amigo mío —le dijo Omar a Tariq, negando lentamente con la cabeza—. Pero veo lo que querías decir cuando hablaste del joven califa. Es hombre de pocas palabras. —Sus ojos brillaban a la luz de la antorcha de los leones de su derecha—. Aunque parece que de las correctas.

El califa dejó que su mirada se demorase en Omar. Pese a que no dijo nada, su escrutinio rebosaba preguntas tácitas.

—Soy Omar al Sadiq —se presentó el jeque, y dio un paso al frente—. Y me han dicho que sois un hombre digno de mi confianza.

—¿Quién os ha dicho tal cosa? —preguntó Jalid.

—Tariq, por supuesto.

La sonrisa de Omar era amplia y mellada.

Una ceja se enarcó en la frente del califa.

—¿Utilizó él esas palabras?

—No, pero quedó implícito en nuestra conversación, en su elección. —Hizo una pausa—. Y creo que, al fin, ha elegido bien.

Los ojos del califa se desviaron hasta Tariq.

—Como veis, a pesar de vuestras diferencias, el Halcón Blanco os ha elegido a vos —explicó Omar—. De modo que aquí estamos para luchar a vuestro lado. Sería un gran honor para vos ganáros mi confianza. Aprecio mucho a vuestra esposa y no deseo que le ocurra nada malo.

Los rasgos de Jalid se endurecieron. Tariq vio que cerraba los puños a los lados.

—Se han llevado a Sherezade al palacio de Partia —continuó el anciano—. Ante el sultán de Amarda. —Tanto el *shahrban* como el capitán de la guardia se tensaron al oír esas palabras, aunque el califa permaneció sereno, con una expresión tallada en piedra—. Creo que se la llevaron mercenarios a sueldo, hombres contratados por el tío de Tariq, Reza ben Latief, y financiados por un sultán que desea veros caer del trono. —El jeque ladeó la cabeza—. Así que os lo vuelvo a preguntar: ¿puedo confiar en vos?

Hubo un momento en que el silencio más absoluto envolvió el espacio.

—¿Y qué es lo que pretendéis obtener al confiar en mí, Omar al Sadiq? —respondió Jalid en voz baja. Sus nudillos se habían vuelto blancos.

Tariq sabía que el califa pretendía averiguar en quién depositar su propia confianza, pues Jalid ben al Rashid seguía sin saber de qué pie cojeaba el jeque

badawi.

—El menor de dos males —respondió Omar sin vacilar.

—Esa es una propuesta muy poco halagüeña.

—Ojalá estuviera en mi mano ofrecer algo mejor —dijo sonriendo—. He pasado tiempo en compañía de vuestra esposa y es encantadora. Es más, parece tener fe en vos. Ahora parece que Tariq también la tiene, de modo que me gustaría seguir su ejemplo. Si dejáis a mi pueblo en paz y protegéis las tierras en las que prosperamos, cabalgaré a vuestro lado.

El califa consideró la propuesta antes de mirar a Tariq.

—¿Le darías la espalda a tu tío?

Tariq apretó la mandíbula.

—Mi tío ha perdido de vista aquello por lo que luchó. Y yo... —sus labios cayeron en la cuenta de sus palabras— no estoy seguro de haber sabido alguna vez por qué luchaba, pero Omar dice la verdad. Si tío Reza se ha llevado a Sherezade contra su voluntad, entonces eres el menor de dos males.

El califa asintió.

—No me da tiempo a reunir a todos mis aliados, pero puedo avisar a los más cercanos y... —Hizo una pausa reflexiva, mirando una vez más a Tariq—. ¿Conoces el Templo de Fuego en las montañas que hay junto al mar?

—No me es familiar.

Rahim dio un paso al frente.

—Yo lo conozco.

Jalid volvió a asentir, ahora en dirección a Rahim.

—¿Podrías enviar un mensaje allí en mi nombre con tu halcón?

Miró a Tariq.

Aunque desconcertado, este accedió a la petición.

—Sí. ¿Puedo preguntar por qué?

—Conozco a alguien allí que puede estar dispuesto a ayudar.



EL BANIANO EN LLAMAS

Sherezade se apoyó en la fría pared de piedra. Un constante hilillo de agua turbia pasaba junto a sus pies. Las pesadas cadenas que le rodeaban las muñecas y los tobillos tintineaban con el menor movimiento.

Ignoraba cuánto tiempo había pasado.

Quizá días.

Era imposible saberlo, dado que no entraba ni un resquicio de luz.

El agua de la taza mugrienta que le habían dejado al lado de las rejas estaba salada. El mero olor le revolvía el estómago. El pan que la acompañaba estaba seco y rancio. Comió lo justo para conservar las fuerzas.

Su padre había ido a verla dos veces. Para rogarle que se disculpara. Para que entrara en razón. Para que colaborase con el sultán en la restauración de una paz duradera.

Para que se rindiera.

En ambas ocasiones, Sherezade le había dado la espalda. Le habría gustado hacerse pequeña y desaparecer, aunque sólo fuera un momento, para no tener que enfrentarse a él.

Para no tener que admitir que había traicionado a todos a quienes ella quería.

Sabía que ella también había traicionado a su padre al robarle el libro, pero un libro no era lo mismo que una vida. Ni lo mismo que un futuro.

Y con ese libro su padre había arrebatado demasiadas vidas aquella noche en Rey. Demasiados futuros.

Ahora permanecía casi en la más absoluta oscuridad. La única antorcha cada dos celdas apenas arrojaba luz en su dirección.

Al principio, los guardias habían ido a vigilarla con cierta regularidad, a jugar con ella, a amenazarla, a lanzarle insinuaciones de actos imperdonables.

La habían empujado, le habían restregado la cara por la mugre, le habían retorcido los brazos a la espalda y le habían proferido peores insultos de los que había oído gritar jamás a las bestias.

Al principio se había creído sus amenazas, se había armado de valor para afrontar el maltrato, había esperado en la húmeda negrura, tiritando y alerta..., prometiéndose que no lloraría.

Que no les daría aquella satisfacción.

Pero, aparte del corte de la trenza que le había hecho el primer guardia y la restregadura ocasional de la mejilla contra la mugre, no hicieron nada más. No le infligieron ningún daño duradero.

Por alguna razón, tenían las manos atadas.

Sherezade no era tan tonta como para pensar que lo hacían por respeto. No, aquella clase de hombres nunca se movía por respeto.

Algo pasaba más allá de aquellas paredes. Y era evidente que los guardias tenían miedo de ese algo.

Esos pensamientos le procuraron cierto consuelo. Por una vez, le hicieron ver los beneficios de una mala reputación.

Una reputación forjada con sangre y furia.

«Deja que teman lo que está por venir. Que sepan lo que es encogerse de pavor en la oscuridad sin saber qué va a ser de ellos.

Deja que tengan miedo de Jorasán y de su rey».

Jalid los desmembraría uno por uno en cuanto lograra abrir una brecha en los muros de la ciudad.

En cuanto se enterara de que ella se encontraba allí.

«¿Y cuándo sería eso?».

De nuevo, se quedó pensando en los peligros de desear demasiado. Aunque de poco le había servido anhelar lo que no podía controlar, como había aprendido en las últimas semanas.

Tragó con dificultad mientras se llevaba las rodillas al pecho. Cada hora que pasaba se llevaba consigo más determinación y no podía permitir que su voluntad se desvaneciera junto con sus fuerzas. Se negaba a permitirlo.

Era un árbol zarandeado por una tormenta. No se partiría.

Nunca.

Tenía que encontrar a Irsa y huir lejos de aquel palacio.

Al menos ahora los soldados la dejaban en paz. Llevaban bastante tiempo sin ir a acosarla.

Al menos ahora estaba sola.

Se envolvió las piernas con los brazos. El sonido que hacía al sorberse el agüilla de la nariz parecía saltar de pared a pared. La antorcha que quedaba más cerca de su celda tembló y luego se apagó.

Sumiéndola en la oscuridad más absoluta.

—¿No has perdido la esperanza?

Una voz ronca resonó justo al otro lado de los barrotes.

Sherezade no respondió. No estaba segura de si se trataba de otro prisionero o de un guardia que seguía queriendo jugar con ella, minarle la moral.

—Tú, niña, ¿sigues viva? —repitió la voz en un tono áspero que sonó como un raudal de hojas muertas que barriera un empedrado de granito.

Sherezade continuó sin mediar palabra.

«No voy a rendirme. Nunca».

—¿Niña? ¿Estás viva?

Por fin suspiró: un suspiro alto y prolongado.

—Sí, maldito bastardo. ¿Qué pasa?

—Bien. —La voz tosió. Quienquiera que fuese era viejo y parecía enfermo—.

Llevo observándote estos últimos cuatro días. Tienes valor.

—Supongo que esperas que me sienta halagada, ¿no?

Otra tos.

—No.

—Entonces, ¿qué quieres?

Una pausa.

—Aún no lo sé.

—Pues déjame en paz.

—¿Tienes otra cosa mejor que hacer?

—No.

—Yo tampoco. —El extraño anciano esperó un momento—. Me recuerdas a algo.

Sherezade se movió mientras llevaba los ojos al techo de la celda y las cadenas tintinearón.

—¿A qué?

—A un baniano en el que solía esconderme cuando era pequeño.

A pesar de todo, a Sherezade le picó la curiosidad; aquel hombre no se parecía a ninguno de los soldados que la habían molestado hasta ahora.

—¿A un baniano?

Un sonido susurrante procedente de más allá de la oscuridad le hizo pensar que su extraño visitante se había acomodado. Carraspeó.

—Cuando de niño hacía alguna travesura, corría a esconderme en el hueco del tronco de un baniano muy viejo que había al borde de la selva para que mi padre no me castigara.

—¿Y por qué te recuerdo a ese árbol?

—Porque esos árboles lo destruyen todo a su alrededor con el tiempo.

Sherezade dejó escapar un bufido de insatisfacción.

—¡Vaya! Gracias por la bonita historia, anciano.

El hombre tosió y rio por lo bajo.

—Lo decía como un cumplido.

—Perdóname si no lo veo como tal.

—En el lugar de donde vengo, nos educan para ver las cosas en un ciclo sin fin. Y yo he visto ese ciclo en la vida del baniano. Se hace grande, alto y ancho mientras proporciona refugio a quienes lo buscan. Con el tiempo, crece demasiado, tanto que destroza todo lo que le rodea. Pero también he observado que poco a poco proporciona alimento para una nueva vida. Proporciona raíces para los nuevos árboles y semillas para las nuevas flores. Tú eres un baniano porque veo esta historia

en ti. El principio y el fin de todas las cosas. La esperanza de que algo crezca, aun en la sombra.

A Sherezade se le aceleró el pulso.

La voz del anciano se había ido tornando más profunda conforme hablaba. Había empezado a perder parte de su aspereza y a retumbar como un trueno lejano.

—Sé el principio y el fin, Sherezade al Jayzurán. —Un destello de luz cobró vida frente a ella—. Sé más fuerte que todo lo que te rodea.

La cara del *rajput* brilló al temblor de una llama.

—Haz que todos nuestros sacrificios merezcan la pena.



LA CABEZA DE UNA SERPIENTE VOLADORA



1 ejército que avanzaba hacia las puertas de Amarda era muy poco común. No se había visto uno igual en años.

A la cabeza iba un niño-rey bajo un estandarte de dos espadas cruzadas. Su coraza era de plata y oro, y su *rida'* de un negro absoluto. A su lado iban su tío y su primo. Uno llevaba un manto con un grifo bordado y el otro, un medallón que indicaba su estatus como capitán de la Guardia Real.

Al flanco del joven rey viajaba un muchacho vestido de blanco que enarbolaba el estandarte de un halcón. Un muchacho que había sido su enemigo hacía apenas unos días.

A espaldas de este muchacho montaba una horda de los mejores jinetes a aquel lado del Mar de Arena. Jinetes que no habían cabalgado hacia una batalla durante toda una generación.

Por encima de ellos volaba un joven cuya cabeza calva brillaba en el sol de la tarde. Un joven con un arete de oro en cada oreja. Un joven a lomos de una serpiente alada con escamas del color de la noche más oscura que ondeaban con el batir de sus membranosas alas.

Una serpiente que chillaba bajo el sol produciendo un sonido que recordaba al chirriar de unas uñas al arañar la piedra.

La horda avanzaba con movimientos sincronizados, liderada por aquel niño-rey y la cabeza de la serpiente voladora.

De nuevo, era una visión de lo más extraña, pero era una visión aterradora. Una visión alimentada por un tumulto de emociones.

Aunque, curiosamente, no por la furia.

Pues el niño-rey que iba en la vanguardia había dominado su rabia incluso antes de empezar la marcha desde Rey hasta Amarda. La había atado bien fuerte.

Y su control era todavía más letal en semejante estado. Una furia en su peor versión. Dispuesta a ser liberada con astucia sin previo aviso.

Y a arremeter como la cabeza de una serpiente.

La visión de las puertas grises de Amarda hizo que al niño-rey le destellaran los ojos. Una vez.

No. No estaba allí para consumir una venganza.

Pues la venganza era frívola y estaba vacía.

No. No estaba allí para recuperar a su esposa.

Pues su esposa no era una cosa que pudiera recuperarse.

No. No estaba allí para negociar una tregua.

Pues una tregua sugería que deseaba llegar a un acuerdo.

Espoleó a su al jansa y este levantó una tormenta de arena y piedras con el galope de sus cascos.

Estaba allí para quemar algo hasta los cimientos.



EN DESVENTAJA

La visión y el sonido del metal tintineante y de los caballos resoplantes colmaban el aire del desierto de extrañas expectativas, aunque Irsa aún no había decidido si eran buenas o malas. Sin embargo, se paseaba por las afueras del campamento recién instalado intentando permanecer despreocupada.

—Qué emocionante, ¿no? —empezó a decir, y miró de reojo a Rahim.

El chico sonrió a medias.

—*Emocionante* tal vez no sea la palabra adecuada.

Irsa puso la cara larga. Al verla, el joven le agarró la mano. La chica entrelazó los dedos con los suyos como si hubieran sido creados para eso y para nada más.

Ambos caminaron por el bullicioso campamento. Los miembros de la Guardia Real ya habían terminado de montar la tienda de Jalid y se habían puesto a ensamblar las suyas. Y los soldados badawi estaban ocupados en levantar la estructura de retales de Omar.

Con las manos aún entrelazadas, Rahim e Irsa vieron trabajar a los hombres en un silencio cómplice.

—¿Tienes miedo? —le preguntó la chica.

Él no respondió en el acto.

—Un poco. En la mayoría de las batallas que hemos librado, hemos contado con la ventaja de la sorpresa. Pero hay pocas oportunidades para esta cuando marchas hasta las puertas de una ciudad y acampas allí mismo. —Soltó una ligera risa—. Aunque el califa tiene fama de buen estratega y no parece dispuesto a desperdiciar la vida innecesariamente.

—Te cae bien. —Irsa sonrió de oreja a oreja—. ¿A que sí?

—No demasiado —dijo el muchacho, resoplando.

Pero Irsa sabía que pensaba lo contrario. Sabía que al menos respetaba a Jalid mucho más de lo que decía.

—No te preocupes, no se lo diré a Tariq.

—Díselo si quieres. —Rodearon el costado ensombrecido de una pequeña duna en la linde del campamento—. No cambiará nada. A Tariq y a mí casi siempre nos excluyen de su círculo más inmediato. —Apartó una piedra del camino de una patada—. Tariq sigue furioso porque no le permitan ir a Amarda con el califa a pedir la rendición del sultán.

Irsa puso cara de extrañeza.

—No entiendo por qué querría ir. Para ser sincera, ni siquiera entiendo por qué Jalid quiere ir. Ese hombre horrible no va a devolverle a Shezi sólo porque él se lo pida.

—Aun así, entiendo que ambos quieran ir a Amarda a intentarlo.

Rahim se detuvo en seco y se giró para proteger a Irsa de una ráfaga de arena que volaba en su dirección.

Ella se cubrió los ojos.

—Pero sigues sin estar de acuerdo con Jalid.

—Creo que el califa debería llevarnos con él —dijo con firmeza—. No hay mejor arquero que Tariq en todo el campamento. Y, en vez de eso, se lleva al joven mago del Templo de Fuego para protegerlo junto con el capitán de la guardia. Sin duda, a él lo mantendrán a salvo, pero no sé si arriesgarían su seguridad en favor de Sherezade. Preferiría que participaran otros, otros en los que confío.

—¿Crees que el sultán se rendirá ante Jalid?

Irsa levantó la vista con expresión dubitativa.

—Más que de exigir una rendición, se trata de averiguar si Shezi sigue o no en la ciudad.

—Te preocupa que el sultán le haya hecho daño.

No era una pregunta.

Rahim suspiró.

—Sería estúpido hacerle daño. Ha estado en desventaja durante años, en todos los sentidos. Aunque Partia es un reino rico, nunca ha estado a la altura de Jorasán. Nuestros ejércitos, nuestras arcas y nuestros gobernantes siempre han sido más fuertes.

—Hasta la tormenta —replicó Irsa en voz baja.

Rahim asintió.

Ella volvió la vista hacia el Mar de Arena.

—Rahim..., ¿crees que le haría daño a Shezi?

El chico le cogió la cara con ambas manos.

—Sabes tan bien como yo que Sherezade sabe cuidar de sí misma.

Le acarició las mejillas con los pulgares.

Quería creerlo, pero no podía olvidar los acontecimientos de aquella horrible tarde en el desierto con Araña, aquella horrible tarde en la que Rahim y ella habían presenciado cómo Sherezade era víctima del odio.

Si ellos no hubieran estado allí para ayudarla, tal vez ese día hubiera ocurrido algo atroz. Si Rahim no hubiera estado allí, tal vez su hermana habría muerto. Rahim había sido la voz de la razón de Irsa en medio de aquel huracán. Nunca había huido del peligro. Había sido rápido y competente en todo momento.

Ella no lo olvidaba, igual que tampoco olvidaba que Araña había desaparecido del campamento al día siguiente.

No. Nunca olvidaría que había insectos traicioneros acechando donde menos se esperaba.

Alzó la barbilla.

—Se lo pediré a Jalid.

—¿El qué?

El chico parpadeó.

—Le pediré que os lleve a Tariq y a ti con él cuando vaya a Amarda. Como un favor personal.

Una mezcla de sorpresa y gratitud cruzó la cara de Rahim.

—Gracias, *Irsa-jan*. —Sonrió—. No esperaba que hablaras en nuestro favor, así que gracias.

—Por favor —susurró ella—, tráela a salvo. —De nuevo recordó cómo Rahim la había ayudado a rescatar a Sherezade sin que hubiera mucho derramamiento de sangre—. Sé que se le ocurrirá la manera de hacerlo.

Él le besó la mano. Luego siguieron caminando por la periferia del campamento.

Al cabo de un rato, Irsa se detuvo.

—No deberíamos alejarnos demasiado de la tienda de Omar.

—No. —Rahim rio malhumorado—. No quiero que nos dé otro de sus infames sermones.

—No le echas la culpa a él. Nos buscaron durante horas el día que Sherezade desapareció. Estaban muy preocupados.

Irsa sintió recaer el peso de la culpa sobre ella de nuevo. Aunque todo el mundo le había asegurado que no habría podido hacer nada para salvar a su hermana, que probablemente también se la habrían llevado a ella, seguía sintiéndose culpable por haber estado por ahí con Rahim.

Hicieron el camino de vuelta a la tienda de Omar en reflexivo silencio. Aisha estaba fuera y su cara se debatía entre la sonrisa y el enfado.

Antes de que pronunciara alguna palabra de castigo, Irsa se puso de puntillas para decirle algo al oído a Rahim.

—No te preocupes, hablaré con Jalid. —Sintió aquel calor familiar en el estómago cuando el chico acercó su frente—. Me aseguraré de que me escuche.

—Lo sé. —Él la miró con ojos cándidos—. Por eso te quiero.

Tariq no esperaba que el sultán de Partia los invitara a su palacio. Esperaba que el gobernante de aquel belicoso reino se reuniera con ellos en el desierto.

Con su propia hueste.

Pero, en lugar de eso, el sultán había enviado a un mensajero para exigir hablar con el califa en persona.

De ahí que este hubiera decidido cabalgar hasta Amarda bajo bandera de tregua.

El *shahrban* se había opuesto rotundamente, pero el califa se mantuvo inflexible

con la excusa de que conocía las intenciones de su enemigo, de que entendía el juego al que pretendía jugar Salim Alí al Sharif, y se negó a mostrar el más mínimo temor.

Tariq sospechaba que lo que Jalid deseaba por encima de todo era averiguar el paradero de Sherezade. Igual que él. Aún estaba por ver si era poco aconsejable o imprudente. Pero sería difícil sitiar la ciudad sin saber primero si ella se hallaba tras sus muros. Sin saber primero si podían rescatarla.

Sin saber primero si estaba a salvo.

De modo que aquella misma tarde, Tariq, Rahim, el capitán de la Guardia Real, un chico calvo de las montañas orientales y un pequeño contingente de guardias acompañaron al califa a Amarda. A un palacio que Tariq sólo pudo describir como excesivamente opulento. Las fuentes de mármol que adornaban sus patios estaban salpicadas de joyas e incluso la propia agua parecía destellar como si la hubieran cubierto con polvo de diamantes.

El califa se reunió con el sultán en el patio principal, pues se había negado a poner un pie en el interior del palacio. No medió palabra cuando el sultán se dirigió hacia él con una amplia sonrisa dibujada en su cortés y zalamero rostro.

—¡Jalid-*jan*! —lo saludó—. Os habéis traído a una partida mayor de la que acordamos. Tenía entendido que sólo ibais a venir vos y el capitán de la guardia.

El califa no respondió. Se limitó a quedarse quieto, en una pose fría y huraña.

Una sombra surcó el rostro del sultán.

—Semejante comportamiento puede ser interpretado como una amenaza, sobrino... Venir hasta las puertas de mi ciudad con un ejército a la espalda sólo para incumplir la más sencilla de mis peticiones.

—No me importa cómo interpretéis mis acciones —replicó Jalid, y sus palabras fueron como un dardo susurrante—. Sólo me importa haceros saber una cosa: pagaréis por lo que habéis hecho.

—¿Pagar?

El sultán se cruzó de brazos y las mangas de su fastuoso manto brillaron con el sol de la tarde.

—No jugaré a estos juegos con vos. ¿Dónde está?

Otra sonrisa petulante.

—¿Habéis perdido algo importante, sobrino?

Al oír aquello, Tariq dio un paso adelante. El capitán de la guardia alzó una mano para detenerlo.

—No he perdido *nada*, Salim Alí al Sharif. Ahora mismo vais a decirme dónde está Sherezade, antes de que os arranque las palabras de la boca. —Un músculo le palpitó en la mandíbula—. Antes de que vuestra ciudad sea reducida a cenizas.

La escolta del sultán acudió en tropel a su lado con las manos en las empuñaduras de sus espadas.

—¿Cómo os atrevéis? —le espetó—. En mi palacio. En mis tierras.

—Vuestro palacio y vuestras tierras dependen de mí, como siempre lo han hecho.

—¡Qué arrogante! —bramó—. Si así lo creéis, ¿por qué no habéis tomado posesión de ellas?

—Por respeto. Y porque no he querido que entremos en guerra.

—¿Respeto? —La incredulidad se reflejó en la cara del sultán—. ¿Por quién?

—Por la familia de mi hermano.

—Mentira. Si de verdad pensarais que es tan fácil apoderarse de Partia, no lo dudaríais ni un segundo.

—No soy ni la mitad de ambicioso de lo que pensáis —repuso el califa con desdén—. Poseo el doble de aliados que vos y estáis en desventaja en soldados y armas, más de la mitad. Y en cuanto al lamentable ejército que habéis intentado reunir en el desierto, ¿no creéis que lo arrasaría en una tarde si me lo propusiera?

—Lo que creo es que sois un niño engreído que sólo suelta por esa boca palabras ridículas, igual que vuestra madre.

Jalid mantuvo la calma, incluso ante la mención de su madre.

—Entonces, jugáosla. Pero tened por seguro que derribaré este palacio piedra por piedra como malgastéis vuestra oportunidad. Y si seguís en él mientras lo hago, allá vos.

Se giró para marcharse, dejando a su tío con la palabra en la boca.

—Dudo mucho que lo hagáis, bastardo. Lo dudo mucho.

Y, diciendo eso, arrojó algo en su dirección.

Que se deslizó más allá de los pies del califa.

Y que Tariq tardó un momento en reconocer.

En cuanto lo hizo, deseó no haberlo hecho. Deseó no haber sabido lo suficiente para reconocer lo que yacía en el empedrado del opulento patio del sultán. Lo que suponía tocar semejante cosa.

Lo que suponía arder de miedo y odio por dentro al mismo tiempo.

Se trataba de una trenza negra envuelta en un cordel de perlas roto.

Todo el grupo se quedó paralizado.

—Mis soldados dicen que huele como un jardín primaveral —dijo Salim en un susurro, sin ápice de emoción. A continuación, sonrió. Despacio. Con crueldad.

Tariq desenvainó la espada.

Y todo lo que vio ante él fue sangre.



Jalid sabía que su tío Salim intentaría provocarlo.

Pero no sabía cuán bajo caería el sultán de Partia.

Cuando vio lo que este había lanzado al suelo, hubo un momento —menos de un momento— en que todo su mundo se vio reducido a cenizas. En que le entraron ganas de estrujar algo entre las manos y observar cómo se rompía en pedazos.

Pero enseguida se dio cuenta de lo que su tío había hecho. De lo que pretendía que él hiciera. Y, aunque por encima de todo quería doblegarlo, la rabia ciega no le serviría de nada en tales circunstancias.

La rabia ciega era la reacción de un niño que vivía en las sombras.

No la del rey que deseaba ser.

Salim quería una excusa para atacarlo a sangre fría. Para matarlo en su patio ante una serie de testigos. Para masacrarlo en defensa propia, ya que aquella era la mejor manera de asegurar una ascensión legítima al trono. Una que no apestara a traición.

Así que se quedó quieto mientras la furia le bullía por la sangre y se le secaba de súbito en la garganta.

No hizo nada. No dijo nada. Consiguió escapar de la provocación. Volvería al desierto con la idea de clamar al cielo más tarde, cuando estuviera solo.

Haría pagar al sultán de Partia por lo que había hecho.

Había cientos de maneras de cobrarse su deuda. Miles.

Pero no entonces. No en aquel momento.

Sin embargo, Tariq Imrán al Ziyad no sabía todo lo que sabía Jalid.

De modo que, cuando el joven sacó la espada y cargó contra el sultán de Partia, el califa supo lo que ocurriría antes de que nadie más lo hiciera.

Una legión de soldados surgió de entre las sombras del patio, preparada para defender al sultán. Preparada para derribar a cualquiera que se atreviera a agredir a su rey.

Jalid desenfundó el *shamsbir* sin pensárselo.

—¡Atrás! —le gritó a Tariq, agarrándolo del hombro.

El califa blandió la espada para defender al joven de la primera estocada y Tariq se las arregló para desviar por sí mismo la siguiente. Se quedó detrás de Jalid cuando se vieron rodeados por una multitud de soldados que arrojaba destellos de plata amenazadora. Pronto, el sonido de las espadas al desenvainarse se propagó por todas partes.

Aunque la sangre le hervía por el cuerpo, Jalid notó cómo el corazón se le desplomaba cual pedrusco en el estómago. No podían ganar aquella batalla. Los superaban en número. Estaban en clara desventaja.

Con todo, separó el *shamshir* en dos cuando un par de soldados se abalanzaron sobre ellos. Cuando se desató el caos. Miró a su derecha, esperando ver a Jalal allí. Como siempre. Desde que era niño. Desde que Hasán había muerto. Pero, cuando miró a ambos lados, se percató de que luchaba solo. Su primo se batía con otros soldados lejos de allí.

Jalal ni siquiera se detuvo a buscarlo. Justo como había dicho aquella tarde ante los escalones de la biblioteca de Rey, no seguiría siendo la sombra de su primo. No seguiría preocupándose en exceso por él.

Por el rey que había traicionado su confianza.

Jalid asió con fuerza las empuñaduras de sus espadas.

Los soldados los estaban cercando. Vio caer a uno de sus hombres de una cruel estocada. Sabía que necesitaban llegar a la elevación que rodeaba el patio si querían tener la oportunidad de alcanzar las puertas.

—¡Jalal! —chilló, tratando de comunicarle sus intenciones con la mirada.

Pero su primo no lo oía por encima del fragor de la batalla. Se volvió de repente y se encaró con uno de los soldados de Salim, al que le rebanó la cara y el pecho con ambas espadas. Sendos arroyos carmesíes mancharon el suelo a sus pies.

—¡Jalal!

Al oírlo, tanto su primo como Artan Temujin, que luchaba por abrirse paso entre la masa de cuerpos para llegar hasta Salim, miraron en su dirección.

Jalid presencié cómo su primo abría los ojos como platos en el mismísimo instante en que Artan le lanzaba un grito de advertencia, pues no vio al soldado que tenía detrás hasta que fue demasiado tarde. Giró sobre sus talones para intentar esquivar el golpe...

Y entonces, una figura emergió de su derecha para repeler la arremetida.

Para salvarle.

Era el chico al que se había enfrentado aquella noche en el desierto.

Rahim.

El amigo de Tariq Imrán al Ziyad. El amor de Irsa al Jayzurán.

El califa atisbo en un momento abrumador cómo otros dos soldados acudían en su dirección mientras sus espadas desarmaban al centinela que tenía delante...

Y supo que Rahim no lograría desviar el siguiente ataque.

Una espada le atravesó el estómago desde atrás.

Jalid se deshizo de su agresor y corrió a defender a Rahim. Lo abrazó y pidió ayuda a voces, aunque nadie lo oyó por encima del estruendo del metal y de los gritos de los hombres heridos.

De pronto, todo se detuvo a su alrededor.

A petición de Salim.

Pues, cuando alzó la vista, vio a Artan Temujin a poca distancia del sultán, con las palmas abiertas junto a sus hombros...

Y un halo de fuego rodeando la cabeza de Salim Alí al Sharif.

El sultán permanecía inmóvil y sus ojos aterrados parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Dejarás que nos vayamos —dijo Artan en voz alta—. No nos seguirás. —Empezó a retroceder y fue abriendo más las manos conforme el halo de fuego crecía en torno a la cabeza del sultán—. Y, en el futuro, respetarás al pie de la letra lo que significa mantener una conversación civilizada.

Sherezade no dijo nada cuando Vikram levantó las manos para aferrarse a los barrotes de su celda. El *rajput* soltó una lenta exhalación sobre las rejas y el metal empezó a

ponerse rojo.

Hacía tiempo que había olvidado aquella demostración en el patio de entrenamiento varios meses atrás, pero en ese momento le sobrevino el recuerdo: el Azote del Indostán había escupido fuego. Había prendido en llamas su talwar de un soplido y había terminado la lección manejando un auténtico dragón de gritos estridentes.

Vio cómo doblaba el metal fundido sin provocarse ni una ínfima quemadura. En cuanto abrió un hueco lo bastante grande, se coló en la celda.

—No tenemos mucho tiempo —murmuró cuando estuvo a su lado—. Puede que los soldados te hagan pronto una visita.

Una maldición salió de sus labios por lo bajo al ver las cadenas en sus tobillos y muñecas.

—¿Cómo...?

—No es momento de hacer preguntas, pequeña calamidad. —Soltó un gruñido de frustración al examinar los grilletes—. Puedo fundir los eslabones cerca de los grilletes, pero probablemente harás un ruido de mil demonios cuando nos desplazemos, lo cual no será de mucha ayuda. Y, para colmo, estos grilletes pesan mucho.

Sherezade asintió, aún sin saber qué decir. Nunca había oído al *rajput* hablar tanto tiempo seguido.

Tal vez sólo cuando le había contado la historia del baniano.

Vikram levantó un tramo de cadena junto a sus pies. El sonido del metal retumbó con un estruendoso clanc.

—Cuando funda la cadena, los grilletes se calentarán mucho. Tal vez te quemen.

—Prefiero quemarme a permanecer en esta celda.

—Como sospechaba. —Tosió, divertido—. Que sepas que hubo un tiempo no muy lejano en el que me habría encantado dejar que te pudrieras en este calabozo.

A ella tan sólo le llevó un momento recordarlo: la noche de la tormenta había traicionado a Jalid a ojos de Vikram. Lo había traicionado a él.

—Puedo explicártelo...

—Ese momento ya pasó.

El *rajput* le rodeó los grilletes de los tobillos con las manos y dejó escapar un lento soplido.

Cuando el metal empezó a ponerse incandescente contra su piel, aquel hormigueo familiar en torno a su corazón volvió a cobrar vida. Desconcertada por la sensación, inhaló hondo.

El hormigueo se fue propagando por su cuerpo a medida que el calor se intensificaba. A medida que las cadenas adquirían un brillo fulgurante.

En aquel momento, notó que un hilo la asía por dentro. Una chispa repentina e innegable. Aunque sabía que las cadenas se estaban calentando, apenas sentía dolor, sólo una creciente certeza. Aquel hilo la sujetaba mientras continuaba examinando el

metal. Mientras continuaba observando cómo Vikram trabajaba para fundir las cadenas.

«Es posible...».

Abandonando toda precaución, Sherezade se llevó ambas manos a los tobillos, justo como había hecho con la alfombra mágica.

—¿Qué haces? —le preguntó el *rajput* en un susurro gutural, fulminándola con sus ojos negros como la noche.

Ella no respondió.

Exactamente como esperaba, apenas sintió dolor, aunque era consciente de que el hierro quemaba tanto que abrasaba. Al tocarlo, la magia con la que Vikram había manipulado el metal prendió en ella como una llama en aceite.

Una vez que se sintió unida a él, que notó que ese hilo interno se tensaba al conectar con la magia, ordenó que desaparecieran los grilletes. Ordenó a la magia que siguiera su muda directriz.

Y los grilletes incandescentes cayeron al suelo.

Sin saber qué más hacer en respuesta, se echó a reír.

Artan estaba equivocado y, sin embargo, llevaba más razón que un santo. Ciertamente, no tendría que haber huido de sus provocaciones aquellas noches en la playa, tendría que haberse enfrentado a sus miedos, pero no como él había imaginado, pues la magia de su interior se activaba con el tacto. Sólo cuando daba una orden a las cosas que tenía a su alrededor —las cosas impregnadas de los mismos extraños poderes que ella— era capaz de manipular su poder.

Justo como había sospechado, absorbía magia de lo que la rodeaba.

Vikram se tambaleó al presenciar aquello; su cuerpo macizo fue a apoyarse a escasa distancia del sucio hilillo de agua que discurría junto a los pies de Sherezade.

—¿Cómo...?

—No es momento de hacer preguntas... —repitió ella en un tono casi burlón.

El soltó un gruñido de disgusto y se enderezó.

—Pequeña calamidad...

—Creo que eso es lo más bonito que me has dicho nunca. —Sherezade sonrió de oreja a oreja—. Ahora ayúdame con los grilletes de las muñecas para que podamos encontrar a mi hermana y escapar de este maldito lugar.



LA CONCHA BLANCA

Salieron de la ciudad a galope tendido. Un repiqueteo de cascos. Una ráfaga de viento. Un goteo de sudor. Pero ni una palabra. Una pequeña banda de hombres abatidos.

Jalid no dejó que su culpa por todo lo que había ocurrido se adueñara de él. Se negaba a permitir que su arrepentimiento lo alejara de su camino. Debían huir de la ciudad. Lejos del alcance del orgullo herido de Salim.

De modo que siguieron adelante. Cada vez más rápido por los callejones, calles y calzadas. Chocaron con un puesto de fruta en su precipitada huida. Se oyeron blasfemias teñidas de enfado a sus espaldas. Las mujeres apartaban a sus hijos del camino, gritando y alejándose al mismo tiempo. De nuevo, la culpa inundó su corazón. Lo desgarró por dentro. No importaba. No importaba cómo se sintiera en ese instante. El no importaba.

Había asuntos mucho más importantes.

Llevaba a Rahim con él en la montura. En momentos de debilidad, bajaba la vista para ver la sangre del chico derramada en sus manos. En la silla. En las riendas.

Poco después, el joven se desplomó hacia delante.

—¡Deprisa! —gritó Jalid por encima del hombro. Espoleó a *Ardeshir* para que fuera aún más rápido; los músculos del semental brillaban de sudor.

En cuanto atravesaron las puertas de la ciudad y salieron al desierto, detuvo al animal de un tirón y desmontó.

Tariq bajó a Rahim al suelo.

Incluso de lejos —incluso con un conocimiento meramente somero de esas cuestiones—, Jalid fue consciente de que había poco que hacer. La herida era demasiado profunda. Había perdido demasiada sangre. No obstante, buscó con la mirada a Artan. Cuando era niño, recordaba que Musa Zaragoza había usado la magia para curarle.

Aunque más bien se trataba de rasguños de la niñez y no de heridas de guerra.

Artan se inclinó por encima del chico. Se tiró de un arete y a continuación elevó las manos por encima de la herida sangrante. Una luz titiló dos veces antes de desvanecerse. El joven confirmó con la mirada y con expresión seria lo que Jalid ya sospechaba. Tariq Imrán al Ziyad se pasó una mano por el pelo, manchándose la frente con la sangre de su amigo. Un hilillo carmesí empezó a gotear de la comisura

de la boca de Rahim y, al toser, la sangre salió despedida.

El hijo de Nasir al Ziyad se inclinó sobre él y le cogió una mano ensangrentada.

—Rahim...

Este negó una vez con la cabeza.

—Yo también.

Apenas le salía la voz, así que las palabras eran más un susurro que otra cosa. Casi un suspiro roto.

Jalid se arrodilló a su lado. Luego le puso una mano en el hombro.

—Gracias, Rahim —le dijo mientras sostenía su mirada de un azul oscuro con resolución.

Rahim tragó saliva. Asintió levemente con la cabeza. Una reverencia.

—*Sayidi*.

A Jalid se le agarrotó la garganta.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Los ojos de Rahim se empañaron; luego se aclararon.

—Irsa.

¿Sí?

—Aseguraos... —tosió y los hilillos de sangre de sus labios aumentaron— de que nunca se sienta sola. De que siempre se sienta querida.

El nudo de la garganta de Jalid se ensanchó aún más.

—Lo prometo.

—¿Tariq?

Rahim apretó la mano de su amigo.

—Sí. —Le salió un sonido estrangulado.

—En ocasiones... —dijo boqueando— la familia que eliges... es más fuerte que la sangre.

Su pecho se elevó y cayó dos veces más.

Jalid apartó la mirada mientras a Tariq Imrán al Ziyad le caían lágrimas silenciosas por la cara.

No se movió hasta que pararon.

Nadie lo hizo.

Irsa se había quedado esperando en la tienda con Aisha toda la tarde. De vez en cuando, Omar salía para comprobar si Tariq y los demás habían vuelto. La última vez que lo hizo, Irsa había querido acompañarlo, pero decidió que era más prudente quedarse en la tienda.

Más prudente para evitar causar algún problema.

Después de todo, ya había sido la causa de bastante preocupación. Con lo de su búsqueda el día en que Shezi había desaparecido y luego con la marcha hacia Amarda.

Hacia una posible guerra.

Aunque en un principio había pensado que todo aquello sería bastante emocionante, ya estaba cansada del asunto. Anhelaba estar de vuelta en un sitio. Saber lo que les depararía el mañana.

Tener a los que quería de vuelta a su lado. A salvo.

Durante un rato, se había preguntado si debía preocuparse por lo que estaba ocurriendo ese día en la ciudad. A fin de cuentas, los hombres se habían marchado hacía bastante tiempo, aunque Aisha le había asegurado que iban bajo bandera de tregua. Aquel tipo de negociaciones eran normales. Un intercambio de palabras que podía desembocar en algo importante.

En cualquier caso, esperaba que volvieran pronto.

El otro día, cuando atravesaban el desierto, había encontrado una concha blanca con una flor grabada en la superficie. Le había recordado a la historia que le había contado —de forma pésima, todo sea dicho— a Rahim aquella noche que fue hasta su tienda.

La historia del pececillo con sus alas blancas hechas con pétalos.

En realidad, creía que esa había sido la noche en que había empezado a enamorarse de él.

De modo que, cuando se topó con la concha, sintió que coincidía tanto con el relato que se la metió entre los pliegues de su capa. Sabía que era una tontería, pero pensó en regalársela más tarde. Quizá cuando todo aquello hubiera pasado, puesto que la concha era algo ridículamente frágil. Propensa a romperse a la primera oportunidad. Pero al menos podría enseñársela. Tal vez hacerle sonreír.

Cómo le gustaba su sonrisa.

Cuando estaba absorta en ese recuerdo —en el modo en que la sonrisa de Rahim hacía que se le arrugaran los rabillos de los ojos—, la entrada de la tienda se abrió y una ráfaga de aire oscuro del desierto la hizo volver en sí.

—Aisha.

Irsa se giró al oír el nombre, aunque Omar no se había dirigido a ella.

Tenía la cara cenicienta.

Al verla, la sangre tomó un curso extraño en sus venas. Como si fluyera muy rápido, aunque el mundo que la rodeaba pareciera haberse detenido por completo.

Sherezade. Algo le había ocurrido a su hermana.

Le costaba respirar. Le costaba pensar.

Aisha se dirigió hacia Omar con paso ligero y decidido.

Pese a que no dijo nada aparte de su nombre, pareció entender de inmediato. Siempre habían estado muy compenetrados. El jeque desvió la mirada hasta Irsa y luego de vuelta a su esposa, hablando sin palabras.

—Irsa-jan —dijo Aisha en voz baja, posando la mano en el pecho de su marido para cubrir su corazón—. ¿Vienes conmigo?

Irsa se levantó; las rodillas le temblaban. Su hermana.

—¿Qué..., qué ha ocurrido?

—No. —Omar tomó aire para serenarse. Puso una mano nudosa sobre la de Aisha

—. Yo la llevo.

Irsa dio un paso adelante.

—¿Ha ocurrido algo?

Parecía que el cuerpo no le pertenecía. Su voz sonaba como si viniera de muy lejos: un eco amortiguado a través del agua.

El anciano se le acercó. Cerró los ojos al inspirar profundamente. Tomó ambas manos entre las suyas.

—Sí, querida mía. Ha ocurrido algo.

—¿Sherezade... está...?

Ni siquiera pudo terminar el pensamiento.

Él negó con la cabeza.

—No. Se ha producido una pelea en palacio. —El jeque volvió a hacer una pausa para serenarse—. Y han matado a Rahim.

«¿Rahim?». El suelo empezó a oscilar bajo sus pies.

—No. —Meneó la cabeza y su voz sonó muy extraña. Como si realmente estuviera perdida en el mar—. Eso no es posible.

—Lo siento mucho, Irsa.

No lo creía. Se negaba a creerlo.

Rahim no estaba muerto. Los hombres habían ido a parlamentar bajo bandera de tregua. Aisha misma se lo había dicho. Se suponía que no iba a ocurrir nada.

No podía ser cierto.

—¿Dónde está? —preguntó de repente demasiado alto.

Los rasgos de Omar se plegaron hasta dibujar una mueca.

—No creo...

—No. Quiero verlo.

—Llévala, Omar —le indicó Aisha en tono serio—. No es una cría.

El jeque badawi suspiró y le pasó un brazo por los hombros. Ella se concentró en parpadear, en poner un pie delante del otro cuando salieron de la tienda hacia una preciosa puesta de sol en el desierto. El cielo estaba bañado de naranjas y rosas. Colores vivos que deberían haberla reconfortado. Que deberían haberle puesto una sonrisa en la cara.

Siempre le había encantado el crepúsculo. Era como si una mano celestial tirase del sol anclado en su amarradero... y este se resistiera, dejando que su rastro se desvaneciera entre las estrellas.

Contemplaba el cielo mientras caminaba, pero de pronto se le emborronó la vista y se pasó una mano por los ojos.

No. No podía creerlo.

Esa misma mañana había paseado con él por allí. Le había dado la mano allí.

Lo había visto sonreír allí.

Había guardias apostados fuera de la tienda de Jalid. Cuando vieron al jeque, se apartaron para dejar pasar a Irsa.

En cuanto entró, los que estaban dentro bajaron la vista a los pies.

El capitán de la guardia dio un paso para acercarse.

—No creo que sea prudente...

—Déjala —dijo el califa en voz baja.

El capitán de la guardia se la quedó mirando un momento. Le puso una mano en el brazo, se lo apretó y después se echó a un lado.

Irsa se quedó petrificada ante la visión que tenía delante. El corazón se le subió a la garganta.

Tariq y Jalid se encontraban de pie rodeando un camastro elevado. El peto plateado de Tariq carecía de brillo y él tenía la mirada perdida y la cara cubierta de sudor y tierra. Jalid tenía las manos sucias, y su coraza plateada y dorada estaba llena de manchas oscuras. Los mantos de ambos estaban ensangrentados. Rojo sobre blanco. Carmesí sobre negro. Colores que no podían pasarse por alto.

Irsa supo entonces que aquello no era ninguna mentira. La sangre no mentía.

No obstante, caminó hacia ellos como en trance mientras el calor de su propia sangre se evaporaba.

Rahim yacía en el camastro. Inmóvil. Si no se hubiera fijado bien, le habría parecido que estaba dormido.

Se detuvo a un paso de distancia.

—¿Cómo...? —Se aclaró la garganta. No sería un ratón. Ya no era un ratón. Por Rahim. Levantó la barbilla—. ¿Cómo ha ocurrido?

—Fue culpa mía —respondió Tariq con la voz inundada de tristeza, en innegable aversión hacia sí mismo.

—No —dijo Jalid—. Si debemos culpar a alguien, es a todos. Y a mí más que a nadie. —Se acercó a ella—. Pero me salvó la vida, Irsa-jan. Y en el último momento pensó en ti.

Irsa asintió con los ojos abiertos al máximo y sin pestañear.

—Rahim es así. Siempre piensa primero en los demás.

Ante aquellas palabras, el capitán de la guardia salió de la tienda como una exhalación emitiendo un sonido mudo a causa de la emoción.

—¿Quieres que te dejemos a solas con él? —le preguntó Jalid sin apartar los ojos de su rostro.

Irsa levantó la vista hasta él. Apenas unos días antes, el califa la había aterrorizado al mirarla así, como si pudiera ver a través de su mismísima alma. Ahora lo único que advertía era una mirada escrutadora. Una mirada que sólo deseaba comprender.

Ayudar.

—Sí, por favor —susurró.

Jalid miró a los demás. Todos abandonaron rápidamente la tienda, excepto Tariq y

él.

Tariq se le plantó delante, tan alto y envuelto en blanco manchado de rojo. La atrajo hacia sí en un tierno abrazo.

—Lo siento mucho, Grillo —le dijo, enterrando la cara en su pelo.

Ahora ya no parecía tan... Irsa siempre lo había considerado más grande que la vida misma. Rebosante de energía y vitalidad. Rebosante de todo lo que ella deseaba personificar. Incapaz de ceder ante algo o ante alguien.

Ahora sólo parecía un muchacho que había perdido a su mejor amigo.

Un muchacho que podía perder.

Irsa no podía responder con palabras, así que se limitó a asentir.

Cuando se marcharon, se sentó junto al camastro. Por extraño que pareciese, no sentía ningún dolor; de nuevo era como si hubiera salido de sí misma. Rahim aún parecía estar dormido. Alguien había intentado lavarlo, pero le había dejado un hilo de sangre en el cuello. De no ser por eso, casi creía poder despertarlo con sólo tocarlo.

En lugar de eso, estudió el rastro carmesí en silencio durante un rato.

A continuación, se metió la mano entre los pliegues de su capa y sacó la concha blanca con la flor grabada en la superficie.

—Quería regalarte esto.

Aguardó. Como si esperase una respuesta.

«Oh».

Fue un sollozo silencioso. Algo se desgarró en su interior. Aunque quería hacer frente a esa repentina quemazón, dejó que se apoderara de ella. No sería débil. No era momento para debilidades. Y luchar contra sí misma —luchar contra cómo se sentía en aquel momento— sería una debilidad.

Significaría negar quién era en realidad.

—Yo... —Inspiró profundamente para estabilizar la voz—. Me he sentido sola durante la mayor parte de mi vida. Hasta que tú llegaste a ella. —Le colocó la concha en el pecho—. Pero prometo que ya no volveré a sentirme así. Nunca te olvidaré. —Se puso en pie, tambaleándose—. Siempre te recordaré. Te quiero, Rahim al Din Walad. Gracias por quererme tú a mí.

Dicho esto, dio media vuelta y se dirigió a la entrada de la tienda con la cabeza alta, aunque el cuerpo había empezado a temblarle.

Jalid y el joven mago del Templo de Fuego estaban esperando fuera, justo pasadas un par de antorchas. El mago la divisó y su cara se suavizó. Irsa empezó a caminar junto a ellos, pero se detuvo.

Artan dio un profundo suspiro y le dedicó una triste sonrisa mientras posaba una mano en el hombro de Jalid, como ofreciéndole consuelo. Acto seguido, se marchó sin pronunciar palabra.

—¿Él...? —Irsa se mordió el labio mientras las lágrimas manaban de la quemazón y amenazaban con converger en cualquier momento—. ¿Rahim sufrió?

—No mucho tiempo.

—Me alegro.

—Yo también. —Jalid escrutó su cara. Escrutó la maraña de emociones de que eran presa sus rasgos—. Irsa...

—¿Cómo has podido permitir que pase esto? —le preguntó mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—. ¿Por qué no lo has protegido? ¿Por qué no le...?

El califa de Jorasán la atrajo hacia su pecho.

E Irsa lloró hasta que los últimos vestigios del calor del sol se hundieron por debajo del horizonte.



TRUEQUE, MENTIRAS Y TRAICIÓN

Vikram guio a Sherezade por los entresijos del palacio de arenisca con una única antorcha bien aferrada en la mano derecha. Aunque la joven no distinguía el camino, el enorme escolta se movía y giraba con una habilidad que sugería un conocimiento previo del lugar.

Al menos, se sabía aquellos pasillos laberínticos tan bien que resultaba un poco inquietante.

A Sherezade le asaltaron las sospechas.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—En un calabozo —gruñó él, tan brusco como siempre.

Pasaron por unas escaleras de caracol antes de llegar a una bifurcación y tomar otro pequeño corredor. Con cada giro, los pasillos parecían estrecharse por todas partes.

Sherezade se negaba a que la ignorase.

—¿Sabes dónde está mi hermana?

—No.

—Entonces, ¿cómo eres capaz de manejarte tan bien por este palacio? —insistió.

—Ya te lo he dicho: no es momento de hacer preguntas.

Al oír aquello, se detuvo en seco. Ya la habían traicionado varias veces últimamente y no estaba dispuesta a que volvieran a hacerlo.

—No estoy de acuerdo. Es el momento perfecto, sobre todo si esperas que dé un paso más detrás de ti.

Vikram giró sobre sus talones. La llama de su mano destelló cuando le lanzó una mirada asesina que habría mandado a cualquier hombre más pequeño corriendo a casa con su madre.

Sherezade dio golpecitos con el pie, impaciente.

El *rajput* arrugó el entrecejo y dejó escapar un suspiro enojado.

—Me han dado un mapa.

—¿Quién?

Él arrugó más el ceño, aunque un breve destello de diversión le surcó la frente.

—¿Tú quién crees?

—Una rata del palacio —bromeó—. ¿Cómo voy a saberlo?

—Despina.

—¡Despina! —exclamó Sherezade—. ¿Y has sido tan estúpido de confiar en esa traidora?

Vikram volvió a fulminarla con la mirada; había acercado tanto la antorcha que esta amenazaba con chamuscarle lo que le quedaba de pelo.

—Muérdete la lengua. Si no llega a ser por Despina, no tendrías la oportunidad de escapar de aquí como una rata del palacio.

—Lo dudo mucho. Y más teniendo en cuenta que creo que ella es la razón por la que estoy aquí.

Él meneó su calva cabeza y masculló algo ininteligible.

—No había manera de evitar que eso ocurriera, pues ella no conocía los planes del sultán. Sólo intuía lo que podía suceder e hizo todo lo posible por ayudarte.

—¡Ja! —Sherezade entornó los ojos y lo miró con descrédito—. ¿Esperas que me crea que la chica que se limitó a sonreír cuando los guardias me llevaron a rastras pretendía ayudarme? ¡Podría haberlo hecho de mil maneras!

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Sherezade dio un manotazo al aire presa de la exasperación.

—Podría haberle dicho a Jalid quién era en realidad. ¡Lo que creía que ocurriría!

—¿Y confesarle que llevaba todos estos años espionando para el sultán de Partia? ¿Que era su hija? —se mofó el *rajput*—. Si crees que tu marido la habría creído después de eso, es que no lo conoces tan bien como yo pensaba. Jalid ben al Rashid es un hombre muy desconfiado, aunque no le culpo.

«Y lo dice como amigo».

Sherezade puso los brazos en jarras.

—Vikram, ¿qué pretende conseguir Despina con tanto engaño?

—No me corresponde a mí divulgar los secretos de otros —concluyó con tono tajante, y a continuación se giró y se dispuso a seguir avanzando, a adentrarse todavía más en el palacio de arenisca.

Sherezade tuvo que apretar el paso para poder seguir sus largas zancadas. Por un momento, se sintió como una pulga persiguiendo a un elefante.

Las paredes que los rodeaban continuaban ciñéndose y el techo se iba redondeando; cada vez había menos piedra y más tierra. Conforme pasaba el tiempo en silencio, se vio a sí misma considerando las palabras de Vikram.

Considerando la traición de Despina.

—Podría habérselo contado todo a Jalid —repitió, aunque con mucha menos vehemencia—. Habría terminado creyéndola. Tú la creiste, después de todo.

—No habría terminado creyéndola. —Sus palabras retumbaron en la penumbra—. Y nunca habría confiado en ella. Incluso le costó... convencerme a mí. —La miró por encima del hombro—. Y te juro que, como la pille mintiéndome, le rebano la garganta.

—Puede que yo también —repuso Sherezade por lo bajo, y estuvo a punto de chocar contra su ancha espalda.

—Entonces, te cederé la oportunidad.

Y, diciendo aquello, abrió la puerta vieja y chirriante que tenía ante él y que daba a un pasaje de cloacas. El cálido hedor se le coló por los orificios nasales, se le incrustó en la garganta e hizo que le dieran arcadas.

Igual que la visión de Despina esperando en las sombras.

De nuevo, le entraron unas ganas irrefrenables de abalanzarse sobre ella.

La antigua doncella, ahora princesa, iba envuelta en una capa oscura y esbozó una sonrisa torcida en su dirección.

—Estás horrible. —Se le acercó un poco—. Y hueles aún peor.

—Y tú puedes irte derecha al infierno.

La sonrisa de la joven se ensanchó.

—Si tú estás allí, creo que me gustará.

Sherezade reprimió las ganas de gritar.

—No voy a ir contigo a ninguna parte, Despina al Sharif. Eres una veleta. Hasta me duele el cuello de tanto girarlo de un lado a otro. Dime una cosa: ¿por qué me has estado mintiendo todo este tiempo?

La chica se encogió de hombros.

—Nací para mentir, Sherezade. Y yo te pregunto: ¿cómo se libra una de semejante inclinación?

—Del mismo modo que decide servir a un padre tan despreciable —replicó esta en tono sardónico.

—Supongo que te gustaría saberlo. —La hija del sultán le dedicó una fina sonrisa—. ¿Te importa si caminamos mientras charlamos?

Sherezade se cruzó de brazos y se quedó quieta.

«No iré con ella a ninguna parte. No hasta que me convenza de lo contrario».

—Veo que estas pocas semanas separadas no han mermado ni un ápice tu terquedad. ¡Qué lástima! —Despina sonrió—. Muy bien. Sabía que esto ocurriría al final. —Se reclinó hacia atrás, apoyándose en uno de los talones, y puso los brazos en jarras—. En su lecho de muerte, mi madre me confesó la identidad de mi padre. Me enseñó un documento que así lo atestiguaba y me dijo que fuera a verle, pues esperaba que cuidara de mí cuando no tuviera a nadie más.

Aunque lo dijo a la ligera, una ráfaga de dolor —un destello de verdad— se vislumbró en sus ojos. A pesar de la hediondez y del goteo de aguas residuales que los rodeaban, Sherezade se esforzó en mantener un silencio impasible.

La antigua doncella continuó:

—Tras la muerte de mi madre, viajé de Cadmea a Amarda pidiendo limosna, haciendo trueques y robando durante todo el trayecto. Cuando llegué a las puertas del palacio, los guardias intentaron arrojarme al foso; no era más que una niña flacucha de once años. Al final di con un soldado que se apiadó de mí y quiso escuchar mi súplica. Le enseñé el documento que portaba el sello de mi padre. Él se adentró en el palacio y volvió al cabo de unas horas.

—Perdona el desaire —la interrumpió Sherezade con cara de extrañeza—, pero no me imagino a Salim Alí al Sharif dándote la bienvenida. Y menos después de haber renegado de ti durante casi toda tu vida.

Vikram carraspeó.

Aunque Despina había agachado la cabeza, pensativa, no tardó en recuperar la sonrisa.

—Entiéndeme: cuando te has pasado la mayor parte de tu infancia sin conocer a tu padre y descubres que es un rey encantador, guapo y más rico de lo que jamás llegaste a imaginar, hay muy poco que no harías por ganarte su cariño. —Se perdió en un recuerdo teñido de rabia—. Me prometió que me declararía hija suya si lo ayudaba a conocer los secretos de la corte de Rey. Primero se trataba de ayudar a Yasmina a conseguir marido. Luego, de usurparle el trono a Jalid ben al Rashid. Encontró a un traficante de esclavos que me compró y me llevó al palacio, donde empecé a servir como limpiadora en las habitaciones de la reina. Cuando Jalid ben al Rashid fue nombrado califa, me liberó y me ofreció un puesto como doncella. No tardé en subir en el escalafón. El resto ya puedes imaginártelo.

Y de verdad podía. Había hecho bien su trabajo.

Había cumplido a la perfección la misión que le había encomendado su padre.

—Es una gran historia —dijo Sherezade, dejando a un lado un nuevo hilillo de líquido de dudoso origen—, pero sigo sin confiar en ti.

—Bien. —Despina soltó un ruidoso suspiro; su frustración empezaba a asomar—. Entonces confía en esto, Sherezade al Jayzurán: prefiero ser una doncella en Rey que una princesa en Partia. Como doncella en Rey, siempre supe quién era. Estaba orgullosa de mí misma. En Partia, me negaron mi sitio una y otra vez. Mi propio padre me rechazó y me denunció. De hecho, si de mí dependiera, nadie conocería mi linaje. Lo único que quiero en la vida es criar a mi hijo en la ciudad que he llegado a querer como propia. Con la gente a la que he llegado a querer. Con la familia a la que he llegado a querer como mía.

Sus ojos chispearon con innegable fervor.

Sherezade tragó saliva y apartó la vista.

Soltando un suspiro exasperado, la hija de Salim se acercó aún más. Vaciló un instante antes de cogerle la mano.

—La única familia que conozco es la que tengo en Rey. Los amigos que tengo. El amor que tengo. —Bajó la voz—. No tienen comparación.

Sherezade lo sabía bien, lo había visto con claridad. Aquella mirada apasionada en los ojos de Jalal la noche de la tormenta. La calidez en los de Despina ahora.

—Entonces, ¿por qué volviste?

—Para proteger a nuestra familia. —Le apretó la mano—. A toda costa.

Aunque una parte de ella quería zafarse de la mano de la joven, zafarse de la mano de una chica ligada de algún modo a Salim Alí al Sharif, no lo hizo.

Porque era la mano de una amiga. En ella residía la fuerza de la familia.

—Me provocaste a propósito en la cena, ¿no? —le preguntó en un susurro.

Despina inclinó la cabeza en un gesto abatido.

—Bueno, tenía que ingeniármelas de alguna manera para hacer que te bajaran al calabozo del palacio.

—De alguna manera... —Resopló.

—Sabía que tienes un genio de perros y que eres terriblemente leal. El resto sólo era cuestión de tiempo.

Sherezade hizo una pausa meditabunda.

—Lo que has hecho es peligroso.

—Ten por seguro que les he metido el miedo en el cuerpo a los soldados en lo que respecta a tu marido. —Rio con disimulo—. No todos me creyeron, pero eso no me detuvo. Ah, las historias que les conté...

—Me refiero a peligroso para ti.

La doncella pestañeó y sus rasgos se suavizaron.

—Ajá.

—¿Y qué hay de Salim? —le preguntó en un tono todavía más bajo—. Se enterará de lo que has hecho.

—Tardará unos días. Esta tarde nos ha mandado fuera de Amarda a Yasmina y a mí por lo que pueda ocurrir.

—¿Qué quieres decir?

La joven sonrió de oreja a oreja.

—¡Ay, casi se me olvida! El califa de Jorasán ha traído un auténtico ejército a las puertas de la ciudad.

Sherezade le dio un fuerte apretón en la mano.

—¿Jalid está aquí?

—Eso es lo que he intentado decirte desde el principio. —Puso los ojos en blanco—. Tenía pensado llevarte con él, reina malcriada. Si me dejas, claro. De una vez por todas.

Vikram volvió a gruñir, un gruñido que Sherezade sabía que indicaba que estaba de acuerdo.

—Bien. —Se soltó de la mano de Despina—. ¿Y cuál es tu plan?

—Tenemos que atravesar estas encantadoras cloacas. Este desagüe en concreto conduce a una parte de la ciudad cercana al bazar. Les he pagado bien a unos hombres para que nos esperen allí con caballos.

Sherezade asintió.

—Lo único que nos queda es encontrar a mi hermana.

—¿A tu hermana?

Las cejas perfectas de la doncella se unieron en el puente de la nariz.

—A mi hermana pequeña, Irsa, también la han traído al palacio.

La confusión de Despina aumentó.

—No, de ser así, me habría enterado. No; han traído a Amarda a nadie más, salvo

a tu padre y a ti.

Sherezade hizo otra pausa reflexiva. Una pausa para recordar cómo su padre había evitado mirarla a los ojos cada vez que le había preguntado por su hermana. Una pausa para recordar lo culpable que parecía sentirse.

«¿Por eso nadie quiere decirme nada sobre Irsa?».

—¿Estás segura?

—Bastante. —La doncella asintió con la cabeza—. Habría estado presente en la cena. Mi padre se habría encargado de ello. Le gusta jugar con su presa.

Sherezade buscó algún signo de artificio en su cara. Aunque no lo halló, no pudo relajarse ante aquella revelación. Sobre todo después de tantas mentiras.

Después de tantas traiciones.

Miró por turnos a la doncella y al *rajput*.

Jalid había confiado en ellos. Y Jalid no confiaba en nadie.

«Si pretendo escapar, debo depositar mi fe en alguien».

—Como me estés mintiendo respecto al paradero de Irsa, yo misma acabaré contigo —la amenazó con voz peligrosamente suave.

—No esperaba menos, reina malcriada.

Despina le lanzó una amplia sonrisa.

Sherezade dejó que sus hombros se relajaran.

—Detrás de vos, princesa de Partia.

—Como vuelvas a llamarme así, te las verás conmigo.

La doncella le tendió una capa.

Cuando se cubrió con ella, el trío se adentró todavía más en las cloacas de la ciudad, con Vikram a la cabeza. Este fue guiándolas por los túneles de piedra goteante con el cuerpo encorvado y las manos apoyadas en las paredes. Por mucho que lo intentara, a Sherezade pronto se le hizo imposible ignorar a todas las criaturas de múltiples patas que se escabullían en la oscuridad. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando una de ellas correteó por sus dedos.

Continuaron caminando por aquel conducto mugriento, esquivando el flujo de aguas residuales. Sherezade tropezó con piedras sinuosas y adoquines mal alineados, y en varias ocasiones distinguió el inequívoco chillido de las ratas. La cacofonía del goteo del agua y del eco de las pisadas, junto con la decreciente luz de la antorcha en la mano de Vikram, sólo acentuaron su inquietud.

Cuando llegaron al final del pasadizo, se toparon con una reja oxidada. El *rajput* apagó la antorcha y la abrió de un empujón, lo cual provocó un fuerte chirrido; sus enormes músculos se apreciaban bajo el *qamis* manchado.

Salieron a un callejón desierto en el centro de Amarda. El sonido de la juega nocturna a varias calles de distancia colmaba el denso aire estival. Un coro de risas beodas atemperado por una disonancia desenfrenada. Despina ignoró la celebración y se movió entre las sombras a paso firme.

Cruzaron varias callejuelas cercanas al bazar. Sherezade siguió a Vikram y a

Despina hacia un limonar cuyo aroma cítrico flotaba en el aire.

A medida que se aproximaban, Despina fue ralentizando el paso, hasta que se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sherezade en un susurro.

—No están aquí —respondió la doncella.

Vikram se detuvo en seco.

—¿Qué? —preguntó Sherezade, extrañada.

—Ni los hombres ni los caballos.

Despina tiró de ella y se giró para dar media vuelta mientras le echaba el brazo por encima.

Gracias a la cercanía, Sherezade notó el pulso acelerado de la joven. Su respiración entrecortada. Aunque empezaba a palpar su miedo, prefirió guardar silencio, consciente de que las palabras no ayudarían a calmar las cosas.

Vikram permaneció oculto en las sombras con una daga escondida en el antebrazo.

Tras pararse en seco, Despina echó a andar hacia el jolgorio del bazar.

Ante el repentino cambio de dirección, Sherezade no pudo contenerse más.

—Despina, ¿por qué vamos hacia donde está la gente?

—Los muy idiotas ya están celebrando la victoria de mañana —respondió esta por lo bajo—. Si alguien descubre nuestros planes e intenta atraparnos, nos será más fácil desaparecer entre la multitud.

El bullicio que se desarrollaba ante ellos se intensificó cuando cruzaron otra calle de tierra. Los rezagados que entraban en la arteria principal del bazar los adelantaban a empujones, mientras que aquellos que ya se habían hartado pasaban por su lado tambaleándose. El olor a aceite quemado inundaba el ambiente, denso y persistente.

—¡Eh, vosotras! ¡Vosotras, las de ahí! —gritó una voz borracha a la derecha de Despina.

Esta la asió con más fuerza.

—Sigue andando.

—¡Vosotras! —Un grupo de jóvenes les salió al paso. Un chico sonriente rodeó a Despina con el brazo y le quitó la capucha sin querer—. ¡Venid a beber con nosotros!

Sherezade miró aterrada a su alrededor. No había ni rastro de Vikram.

«Como llamemos la atención...».

El chico subió la voz:

—He dicho que...

—¡Aquí estáis! —Una risa femenina llenó el aire a su espalda—. Llevo toda la noche esperándoos.

Sintió el suave roce de una mano que liberó de un tirón a Despina del abrazo del muchacho. De sus protestas. Aunque la chica iba envuelta en una capa de la más fina seda, Sherezade era capaz de reconocer aquella melena en cualquier parte.

Yasmina.



LLEGADAS INDESEADAS

Yasmina señaló el limonar que tenían a su espalda con la mano firmemente aferrada a la muñeca de su hermana.

En respuesta, Sherezade la agarró del brazo, dejando clara la amenaza.

—Calmaos, mi señora —dijo Yasmina en voz baja, y desvió la mirada.

Hasta donde había tres hombres armados apostados. Observando.

—Arpía. —El susurro de Despina salió a través de unos labios sonrientes.

La chica le devolvió la sonrisa.

—Cuidado, no vaya a empezar a creer tus mentiras. Sherezade estudió a la hermosa joven que se hallaba a tan escasa distancia. No tardaría más de un instante en derribarla. De haber tenido un arma, no habría dudado en hacer uso de ella. Por desgracia, lo único con lo que contaba era con una rabia bullente. Una rabia que la mantenía temblorosa y en silencio.

—Venid conmigo.

Volvió a señalarles el camino con la barbilla.

—Ni en tus mejores sueños —respondió Sherezade echando chispas.

—Me preguntaba cuándo mostraríais vuestra verdadera cara, reina malcriada —dijo Yasmina—. No es propio de vos ser tan comedida.

Sherezade apretó los dientes. Aquel apodo estaba reservado para uso exclusivo de Despina.

—Por última vez, seguidme, necias ridículas —repitió con una risotada argentina.

En ese momento, Vikram salió de la oscuridad más absoluta por detrás de Yasmina al Sharif y le puso a esta una daga en la garganta como amenaza silenciosa. La joven se quedó petrificada un instante, pero a continuación empezó a forcejear. Los soldados se precipitaron hacia ella desenfundando sus espadas.

—Dad un paso más y os bañaréis en su sangre.

Los ojos del *rajput* destellaban obsidiana.

Los soldados se detuvieron a medio camino.

—Soltad las armas —ordenó Sherezade a los hombres.

Cuando Yasmina les hizo un gesto de asentimiento, los soldados dejaron que sus espadas cayeran al suelo.

Sherezade se agachó para recoger una de ellas.

—Y justo así es como regresan las mareas de la fortuna.

Asumió la postura de ataque, como Jalid y Vikram le habían enseñado.

Despina se cruzó de brazos y sonrió con afectación.

—¿Qué crees que deberíamos hacer con la princesa favorita de Partia?

—No estoy muy segura. —Sherezade contempló la punta de su espada, vigilando al mismo tiempo a los soldados—. ¿Tú qué harías?

—Diría que es un excelente elemento para negociar.

Yasmina se revolvió contra Vikram.

—Estúpidas, esa es precisamente la razón por la que he venido.

—Cuidado. —Sherezade se acercó un paso más—. No vaya a empezar a creer tus mentiras.

La joven chilló de frustración.

—¡Despina, dile a tu esposo que me suelte de inmediato! —Continuó forcejeando contra la mole humana—. ¡Huele fatal!

—Vikram Singh no es mi esposo, no me debe ninguna obligación —respondió—. Y yo tendría cuidado con a quién insultas en este momento, hermanita.

Se sacó otra daga más pequeña de la manga.

Sherezade reprimió un suspiro.

«Habría estado bien conocer la existencia de esa arma antes, Despina».

Ignorando la cara de enfado de la reina, la doncella blandió la daga ante el precioso rostro de su hermanastra.

—¿Qué estás haciendo aquí, granuja entrometida?

—Yo... he venido a ayudar —tartamudeó esta.

—¿Seguida por los guardias de palacio? —se mofó Sherezade—. No te lo crees ni tú.

—¡Es verdad! —Yasmina le dio un buen codazo a Vikram. Él gruñó, pero no se inmutó—. Y no son guardias de palacio, son mercenarios contratados con mis propios medios. ¿Crees que los guardias de palacio no lucharían por liberarme sin la menor vacilación? Además, no van ni vestidos como ellos. Pregúntale a Despina.

Sherezade intercambió miradas con su antigua doncella y vio que la princesa decía la verdad.

No obstante, Despina subió un poco más la daga.

—¿Cómo sabías dónde estaríamos?

La perfecta cara de Yasmina se crispó de frustración.

—Supe que tramabas algo cuando antes te negaste a abandonar la ciudad conmigo. El numerito que has montado en la cena ha sido demasiado bueno, incluso para ti.

—Así que has hecho que me sigan, ¿no? —la presionó Despina.

—No. Pagué a tu doncella para que me informara de tus idas y venidas. El dinero es algo muy útil en esta ciudad, como bien sabes.

—¿Se lo has dicho al sultán?

—Por supuesto que no. —Una arruga se formó en el puente de la nariz perfecta

de Yasmina—. ¿Crees que seguirías viva si padre supiera lo que has hecho?

Sherezade llevaba demasiado tiempo observando aquel intercambio sin hacer nada.

—¿Por qué estás aquí, Yasmina? Di la verdad si valoras tu vida.

La joven recorrió con la mirada la sucia figura de Sherezade para ganar tiempo.

—He venido porque no deseo que nuestros reinos vayan a la guerra.

—Esa es la razón que te gustaría dar. ¿Cuál es la verdad?

La princesa de Partia inspiró lentamente.

—Porque no quiero que mi padre muera. Ni deseo que Jalid resulte herido. Los quiero a ambos y, si entramos en guerra, uno de ellos perecerá.

Sherezade escrutó el rostro de la joven.

—¿Y qué crees que podemos hacer para evitarla?

—Quiero que me llevéis con vosotros. —La princesa no vaciló en su respuesta.

—¿Qué? —dijeron Sherezade y Despina al unísono.

Yasmina adelantó la barbilla.

—Quiero hablar con Jalid.

—¿Por qué? —preguntó Sherezade, sosteniendo su mirada.

—Porque tengo una idea que podría ayudar a poner fin a esta guerra sin que se derrame sangre innecesariamente.



Un grupo de andrajosas almas caminaba fatigosamente por las arenas del desierto en dirección al campamento del califa de Jorasán.

Tres jóvenes —vestidas con ropas finas y desgarradas, y dos de ellas con olor a cloaca— llegaron ante los guardias cuya misión era vigilar la entrada del campamento durante la noche. Cuando un guerrero enorme con la piel de cobre bruñido apareció ante su vista, los soldados desenfundaron sus espadas. Dos de ellos se dirigieron hacia él.

La más pequeña de las tres jóvenes habló primero:

—Me gustaría hablar con el califa.

Se metió una onda de pelo trasquilado por detrás de una oreja, llenándose la cara de más tierra en el proceso.

Al oír eso, el comandante de la guardia nocturna se echó a reír.

—Y a mí me gustaría un harén y una jarra de vino, ya puestos.

Los ojos de la joven destellaron en una miríada de colores antes de fijarse en un tono verde.

—No seas necio.

—No pretendas sermonearme, pequeña zarrapastrosa...

El descomunal guerrero avanzó para asestar un golpe, pero la muchacha más

bajita lo detuvo antes de que lo hiciera.

—Cuida tus palabras, soldado —dijo la joven rolliza del moño de rizos desgreñados en tono arrogante—. Es la reina de Jorasán.

El sentido del humor del soldado empezó a desvanecerse.

—Y yo soy el *shahrban* de Rey.

—Me temo que no —replicó la chica arrogante—. El *shahrban* es mayor que tú y no tan estúpido.

Los demás soldados no pudieron evitar reírse ante semejante contestación.

—¡Basta! —La última muchacha, la más despampanante, terminó dando un paso adelante—. Me llamo Yasmina al Sharif y solicito hablar con...

—Y yo solicito un momento a solas contigo.

El soldado al mando sonrió antes de estirar la mano para acercársela y plantarle un beso.

Antes de que el descomunal guerrero pudiera detenerla, la joven del pelo trasquilado se le echó encima con la furia de un mono loco. Empezó a aporrearle la cabeza y el cuello con ambos puños.

Los soldados estallaron en sonoras carcajadas.

—¡Sólo era un beso! —protestó el guardia. Como no consiguió quitársela de encima de inmediato, varios de sus compañeros acudieron en su ayuda.

En un visto y no visto, el hombre de pecho ancho que las acompañaba los desarmó. Sopló en una de sus espadas, prendiéndole fuego, y luego blandió el arma en llamas delante de la cara del comandante.

—Mirad... —dijo uno de los soldados mientras retrocedía pasmado.

Otro trastabilló en la arena en su precipitada huida.

—¡Es..., es el *rajput*!

—Traed al capitán de la guardia —ordenó el manipulador del fuego—. Ya.

Con el paso de los años, a Jalal al Juri lo habían despertado muchas cosas interesantes en mitad de la noche.

Muchas eran de su agrado. Otras no.

Que lo despertaran repentinamente en tiempo de guerra no le hacía presagiar nada bueno.

Tomó nota mental para reemplazar al necio que estaba al mando de la vigilancia nocturna del campamento. Quedaba claro que aquel idiota no estaba a la altura de las circunstancias; al desgraciado le sangraba el labio y no había duda de que acababa de estar metido en una pelea.

Jalal se armó y luego deambuló por las arenas tras aquel idiota ininteligible. El muy imbécil seguía murmurando algo sobre espadas de fuego y mujeres bonitas que olían a cloaca.

Si había bebido en acto de servicio, se aseguraría de encontrar un modo de

castigarlo. Un modo que implicara pasar una noche en una espinosa zarza. Sin pantalones.

Cuando se aproximaron a la entrada del campamento, el capitán oyó el tono inconfundible de unas voces femeninas.

Por lo menos el idiota no se había equivocado en eso. Aunque la idea de unas mujeres cubiertas de aguas residuales no lo espoleaba precisamente a la acción.

Una risa melódica y familiar detuvo sus pasos en seco.

Sin pensar, echó a correr. No le importó dejar atrás al necio en medio del polvo que levantaba. En ese momento, no le importaba dejar todo lo demás atrás en medio del polvo que levantaba.

No era posible. Su mente le estaba jugando una mala pasada, como solía hacer últimamente.

Dobló la esquina. Y se paró derrapando, a punto de caer en la arena.

Así, sin más. Allí estaba.

No vio a nadie más.

Y todo lo demás podía irse al infierno.

Despina.

Esta sonrió. Despacio. Como una gata, con las zarpas en las caderas.

—Hola —dijo—. Tu familia te ha echado de menos. Mucho.

—¿Dónde —Jalal recobró el aliento, aún incrédulo— has estado?

Ella se encogió de hombros.

—Ahora estoy aquí. ¿Estás muy enfadado conmigo?

—Me... —las palabras le salían entrecortadas por la emoción—, me has dejado seco el corazón.

—Lo sé. —La joven empezó a avanzar en su dirección—. Y pasaré el resto de mi vida tratando de llenarlo.

Jalal caminó hacia ella. Despacio. Como un gato, con las zarpas en las caderas.

—Sí —susurró, acercándose, con el corazón desbocado—. Lo harás.

La sonrisa de Despina se amplió.

—Entonces, ¿me aceptas?

Jalal le cogió la barbilla. Despina le envolvió la muñeca con ambas manos.

—Claro que sí.

El pacto se selló con un beso.

Unos crujidos despertaron a Jalid de un sueño inquieto.

La solapa de su tienda se había abierto de par en par. Una sombra adornaba la entrada. Sin dudar, echó mano de su espada.

—Esta vez voy desarmada, *sayidi*.

El califa sentía la sonrisa tras sus palabras. No se movió, seguro de que los sueños al fin se habían apoderado de él.

Y no deseaba despertar de aquel.

Sherezade avanzó en la oscuridad hacia su camastro. Se arrodilló a su lado.

—¿No vas a preguntarme cómo es que estoy aquí? —le dijo.

Jalid oyó el toque de tristeza —de agotamiento— reciente en su voz.

—No necesito saberlo. —Estiró las manos en busca de las suyas—. Ahora no, a menos que quieras contármelo.

—Querer y necesitar son dos cosas muy diferentes. Siempre lo he creído, pero ahora lo sé. —Sherezade se inclinó hacia su pecho y respiró hondo—. ¿Y el libro de mi padre?

—Destruído.

Asintió y la tensión abandonó sus miembros. Su piel emanaba un olor a jabón Nabulsi. Pronto Jalid sintió que la calidez de unas lágrimas le traspasaba el *qamis*.

Y supo por qué.

—¿Has visto a Irsa? —le preguntó.

Ella asintió.

—Rahim...

—Siempre será recordado —terminó de decir él en voz baja.

—No he estado aquí para apoyarla. —El remordimiento que traslucía su cara lo consumía—. No he estado aquí para apoyar a Irsa cuando me necesitaba. Estaba demasiado ocupada queriendo cosas que no podía controlar. —Se apretó más contra Jalid—. Debería haber sido más sensata.

—Como has dicho, querer y necesitar son cosas diferentes. Ahora que lo sabes, seguro que lo haces mejor.

Llevó las manos hasta el pelo mojado de su esposa. La furia anidó en su pecho cuando tocó las puntas disperejas. Puntas que apenas le rozaban el hombro.

Puntas que delataban una violencia reciente. Un abuso a manos de Salim Alí al Sharif.

—¿Estás enfadado? —susurró.

Jalid controló su rabia.

—Sí.

Entonces alzó la mirada hasta él, con los ojos aún titilantes por las lágrimas.

—¿Vas a hacérselo pagar?

—Una y otra vez.

Sherezade inspiró lentamente.

—Tengo una idea. —Sus labios dibujaron una mueca ladeada—. Bueno, no es sólo mía. Y necesitaremos tu ayuda.

—La tienes, *joonam*. Siempre.



LAS PUERTAS DE AMARDA

Comenzó al amanecer.

Cuando Jalid ordenó que sus arqueros dispararan una ráfaga de flechas a las almenas de la ciudad.

En respuesta, los soldados de Amarda —los que guardaban las puertas— contraatacaron con otra lluvia de flechas.

Una amenaza. La cosa no fue más lejos.

Los arqueros del califa volvieron a adentrarse cabalgando en el desierto a gran velocidad. A lomos de caballos prestados por Omar al Sadiq.

Después regresaron.

Ahora con muchos más jinetes. Y muchas más flechas.

Jalid hacía mucho que conocía aquella sensación que sin duda hervía ahora en la ciudad de Amarda.

Jorasán tenía más soldados. Más dinero. Más armas.

Lo único que tenía Partia era arrogancia. Una arrogancia de la que pretendía aprovecharse.

De espaldas al sol de media mañana, los arqueros dispararon al cielo. Los que estaban al mando en lo alto de la muralla no veían bien, el sol les cegaba los ojos, y no podían dar las órdenes adecuadas a sus soldados para que disparasen a los atacantes. Erraban todos los tiros, que impactaban en polvo, arena, rocas y escombros. De vez en cuando, en algún que otro escudo, pero nunca en el objetivo.

Entonces...

Los soldados de Jalid apuntaron bien.

Ni una gota de sangre se derramaría en vano.

Los soldados que debían dar las órdenes fueron derribados con una sola descarga. Algunos se desplomaron en las almenas. Otros saltaron gritando a su muerte.

Las flechas disparadas estaban marcadas con el emblema de las dos espadas. El emblema Al Rashid.

Una advertencia: Jorasán no se apiadaría de quienes continuasen luchando.

El califa permaneció escondido y sus soldados respondieron a la defensa desorganizada de Amarda con una ofensiva premeditada. El sultán seguía sin dar señales de vida. Ninguna palabra de inspiración. Ningún líder en la vanguardia.

Un cobarde sin escrúpulos.

Otra andanada de flechas salió disparada hacia los hombres del sultán. Flechas que continuaron errando el objetivo.

Flechas que no tardaron en ser recogidas e incendiadas.

Jalid daba las órdenes en voz baja. Sólo debían apuntar a aquellos en posiciones de poder e influencia. Al cabo de un tiempo, sus soldados mojaron las flechas en aceite y les prendieron fuego. Observó cómo se encendía la chispa del caos. Cómo se extendía.

Las puertas de Amarda permanecían cerradas.

Sin embargo, el califa sabía que el relato de aquellos acontecimientos se propagaría por todas las filas del ejército de la ciudad. El sultán de Partia contemplaba cómo incendiaban su ciudad desde el interior de su palacio enjoyado. Y no tomaba represalias.

Salim Alí al Sharif tenía miedo de Jalid ben al Rashid.

Aquella tarde, Jalid ordenó que adelantaran las ballestas. Diez ballestas enormes, armadas con flechas tachonadas de metal capaces de esparcir más de dos talentos de hierro ofensivo. Hierro pesado dispuesto a sitiar una fortaleza. Cada ballesta fue colocada a una distancia concreta de la muralla que rodeaba Amarda, en un punto desde el que infligir un daño significativo.

En un punto escogido con un ojo certero.

Los soldados de las almenas empezaron a huir y entre las filas reverberaron gritos de advertencia.

Cundió el pánico.

Jalid aguardó por si Salim entraba en acción, pero, al ver que no lo hacía, como esperaba, se dispuso a lanzarle otra indirecta.

Apuntaron a estructuras llenas de grano y otros comestibles. Esperaba que albergaran a muy poca gente, con suerte a nadie, pues no deseaba ser responsable de la pérdida de más vidas. Lamentaría profundamente cualquier baja que se produjera en aquella guerra y no quería derramar sangre inocente.

Dispararon las ballestas. Los proyectiles volaron con una resonante ráfaga de aire e impactaron en su objetivo causando una ondeante sacudida.

Se oyeron gritos por toda la ciudad.

Varios cuerpos cayeron de un baluarte que se desplomaba, uno ensartado en el almenaje. A Jalid se le tensó el pecho. Ya habían muerto muchos innecesariamente. Durante un momento casi se le cortó la respiración, pero enseguida se sobrepuso.

La guerra era así.

Esperar a que no quedara nada. Esperar a que hubieras ganado.

Sabía que Salim Alí al Sharif nunca había creído que de verdad atacaría Amarda. Al fin y al cabo, nunca lo había hecho. Nunca en todos aquellos años. A pesar de las múltiples provocaciones.

Pero su tío tenía que saberlo.

Tenía que creer que arrasaría toda la ciudad sin inmutarse siquiera.

El suelo empezó a temblar a su espalda con la puesta de sol. No miró atrás. Sabía lo que había en el horizonte. Hasta el sultán se vería forzado a saberlo.

En la distancia, un mar de sementales árabes envueltos en una destellante nube de arena marchaba hacia las puertas de Amarda. Los jinetes portaban capas y máscaras e iban pertrechados con anchas cimitarras y gruesas mangalas de cuero en ambas muñecas. Era gente del desierto. Nacida y criada bajo su luz abrasadora. Temeraria y orgullosa. Conocida por hacer pocos prisioneros.

Por tener incluso menos misericordia.

Iban liderados por un chico con un halcón gris azulado y por un anciano de larga barba.

El hijo del emir Nasir al Ziyad y el jeque de la tribu Al Sadiq.

Se detuvieron a un cuarto de legua de las puertas de la ciudad. Tariq Imrán al Ziyad alzó su cimitarra al cielo y lanzó un aullido que se extendió entre sus tropas. Los hombres, enfervorecidos, elevaron sus espadas. Los cascos de los caballos levantaron una neblina polvorienta que se mezcló con el acero refulgente.

Jalid notaba cómo cundía el miedo. No como una chispa que prendiera, sino como un fuego salvaje que se propagaba por los oscuros callejones de las entrañas de Amarda.

Justo como Artan había dicho el día anterior, las guerras se ganaban incluso antes de disputarse.

Entonces, cuando el sol se ponía sobre el horizonte, la serpiente alada hizo su aparición portando un fardo bajo las alas. Artan iba sentado en ella a horcajadas, y lucía una sonrisa malvada y una mirada oscura e implacable.

La serpiente chilló cuando barrió el aire en dirección a las puertas de la ciudad. Los hombres dispuestos a lo largo del muro empezaron a lanzarle flechas desesperados, flechas que rebotaban en su armadura de escamas. En respuesta, la serpiente chilló todavía más alto, y Jalid vio que los hombres se tapaban los oídos y se gritaban unos a otros, aterrorizados.

En ese momento, el animal dejó caer el fardo y un líquido brillante y viscoso se esparció por la muralla gris.

Aceite.

La criatura chilló una vez más y desapareció en el cielo nocturno.

El califa chasqueó la lengua y espoleó a *Ardehir*, emergiendo de las sombras. Su uniforme de batalla tenía incrustaciones de oro y plata, y el *rida'* le ondeaba en la espalda. Un batallón completo de la Guardia Real le seguía a la zaga.

En las almenas, algunos de los centinelas empezaron a advertirse a voz en grito unos a otros y se armó un gran revuelo entre los soldados.

A un cuarto de legua de distancia, Tariq mojó en aceite una flecha de obsidiana. Omar le prendió fuego. Y el hijo de Nasir al Ziyad la disparó contra las puertas de Amarda.

Cuando vieron que prendían, volvió a desatarse el clamor entre las tropas.

Jalid presenció cómo ardían desde su negro caballo árabe. Cómo la madera oscura arrojaba destellos azules y blancos. Llamas danzantes naranjas y ocre.

Al otro lado de los muros, la ciudad se sumió en el caos más absoluto.

Cuando oyó los gritos, los chillidos y el estruendo del pánico creciente, bajó la vista al mensajero que esperaba a su lado.

—Entrega la carta.

La luna estaba alta en el cielo cuando el sultán de Partia llegó cabalgando al campamento de Jalid. Desmontó ante la tienda más grande en silencio, con la cara teñida de rabia. Tras él cabalgaban Jahandar al Jayzurán y los dos generales más veteranos del ejército de Partia.

Cuando Salim se acercó al toldo que conducía al interior, el capitán de la Guardia Real detuvo a la comitiva y les pidió que dejaran fuera las armas.

Salim empezó a protestar.

Jalal le sonrió con afilada serenidad.

—Sentíos libre para regresar a vuestro palacio. —Hizo una afectada reverencia—. En cualquier caso, nos veremos pronto.

Con cara de desprecio, el sultán de Partia depuso su espada y la daga ganchuda que llevaba en la cadera. Sus hombres lo imitaron antes de que se les permitiera la entrada a la tienda del califa de Jorasán.

Una vez dentro, hallaron a Jalid y a su séquito esperándolos, sentados a una mesa larga y baja. Unas lámparas colgaban de unos postes de hierro en ambos extremos y, detrás de la mesa, una intrincada celosía que dividía la tienda en dos.

El califa estaba sentado en el centro. A su izquierda se encontraba el *shahrban* de Rey. Junto Aref al Juri estaba Tariq Imrán al Ziyad y, al lado de este, Omar al Sadiq. El capitán de la guardia se sentó a la derecha de su primo.

—Sentaos.

Jalid señaló los cojines de seda que había frente a él.

Casi sin poder disimular su desprecio, Salim tomó asiento y sus generales hicieron lo propio a ambos flancos. Jahandar al Jayzurán se dirigió a un extremo de la mesa arrastrando los pies bajo la atenta mirada de Tariq.

Jalid contempló a su tío en silencio durante unos instantes.

—Ahora que tengo vuestra atención...

—¿Dónde está mi hija, bastardo hijo de perra? —dijo Salim.

—¿Vuestra hija? —Jalid hizo una pausa, exhibiendo el mayor de los desprecios—. Al menos deberíais tener la decencia de decir *hijas*.

El sultán se quedó boquiabierto durante un brevísimo segundo y luego entrecerró los ojos con repentino cansancio.

—Pues contáis a Despina entre vuestras hijas, ¿no? —continuó Jalid con rostro pétreo—. Sobre todo después de lo que ha hecho por vos.

El silencio cayó como una losa. Jalal apretó los puños y su cuerpo se enroscó como preparándose para saltar de un momento a otro.

Para hacer justicia.

—Sí. —La respuesta de Salim fue precisa.

—Bueno, al menos habéis sido justo con ella en una cosa —respondió el califa.

—No finjáis que os preocupáis por Despina —replicó el sultán—. En especial después de que haya vivido como esclava en vuestro palacio todos estos años. —Se removi6 en su asiento—. De todas formas, sabía que no la trataríais mal. —Su sonrisa fue cáustica—. Al fin y al cabo, os reserváis ese comportamiento para vuestras esposas, no para vuestras sirvientas.

Aunque Jalal maldijo en voz baja, Jalid no reaccionó a sus palabras. Ni se molestó en defenderse.

—Siempre hacéis lo mismo: culpar a otros de vuestras infracciones. Y, al hacerlo, obtenéis la misma recompensa: nada.

Salim resopló.

—No he venido aquí a que un crío me dé lecciones. Vayamos a lo importante. En vuestra carta, me dijisteis que teníais a Yasmina.

Jalid asintió, se reclinó hacia atrás y colocó las manos en la mesa. Esperó un momento.

—¿Habéis traído a Sherezade?

La expresión del sultán se endureció.

—Os daré lo que queréis a cambio de lo que yo quiero.

Otra pausa.

—De nuevo, me alegra saber que os preocupáis por alguien, además de por vos mismo.

—No juguéis conmigo, cabrón arrogan...

—Y vos no me engaíeis, cobarde mentiroso...

A Jalid le llamaron los ojos.

—¿Cómo os atrevéis...?

—Claro que se atreve, tío Salim —dijo una voz desde detrás de la celosía—. Por supuesto que se atreve.

Los labios del califa se curvaron en una oscura sonrisa cuando Sherezade hizo su aparición. Iba vestida con ropas sencillas: un *qamis* color crema y unos pantalones *sirwal* gris pálido. El pelo ondulado le llegaba a los hombros e iba sin ningún adorno, salvo por la daga enjoyada de la cadera.

Pero, como siempre, era una reina.

Jalid observó cómo Salim intentaba esconder su estupor en vano.

—¿Estáis sorprendido? —le preguntó Sherezade, con sus ojos avellana centelleantes—. Supongo que habéis enviado a muchos soldados a buscarme. ¿O es que no creíais que fuera capaz de huir de vuestra ciudad?

Se sentó al lado de su esposo.

El sultán de Partia se las ingenió para disimular su estupefacción a una velocidad admirable. Intentó sonreírle, pero aquella sonrisa carecía de su odiosa seguridad característica.

—No dejáis de sorprenderme, Sherezade al Jayzurán, pero es evidente que alguien os ha ayudado a escapar. Tal vez algún día os apetezca contarme la historia para que pueda corregir los fallos en mi seguridad.

—Oh, es una larga historia. —Sonrió—. Me han ayudado, y mucho, pero, si no os importa, dejaré que sean vuestras hijas quienes os la cuenten.



LA ROSA

Sherezade observó con amarga satisfacción cómo las hijas de Salim Alí al Sharif lo desarmaban. Primero una y luego la otra.

Cómo sus planes cambiaban de rumbo por completo. Aunque servía de poco para llenar el vacío que la muerte de Rahim había dejado en su pecho, sintió una especie de satisfacción sombría al ver a Salim caer en manos de mujeres. Sobre todo en las manos de aquellas a las que había estado dispuesto a apartar a un lado o a utilizar como peones.

Ya era hora de que aprendiera que sus hijas eran mucho más que objetos que podían utilizarse y desecharse a su antojo.

Aunque la verdadera dificultad llegó cuando se enfrentó con Yasmina.

Para él era fácil despreciar a Despina, llevaba haciéndolo la mayor parte de la vida de su hija. Pero ¿Yasmina? Ella era su hija más querida, la más apreciada.

La que representaba su futuro.

—¿Qué quieres que haga, Yasmina? —le preguntó su padre una vez que se dio cuenta del alcance de su traición.

Los adorables ojos de Yasmina se inundaron de lágrimas. Pero no lloró. Como Sherezade llevaba mucho tiempo sospechando, poseía una innegable fuerza interior, incluso en los momentos más difíciles.

—Quiero que detengáis esto, padre. Detened esta lucha sin fin. Este malestar sin fin.

—Todo lo he hecho por ti. Para asegurar tu futuro.

—No. —La joven negó con la cabeza—. Lo habéis hecho por muchos motivos, pero, si alguna vez os hubierais parado a oír mis pensamientos, sabrías que esto no era lo que yo quería. No sabéis lo que quiero.

Los rasgos de Salim se endurecieron.

—¿Qué quieres?

—Quiero ir por la vida sin lamentar lo que soy.

—Yo nunca he...

—Sí que lo habéis hecho. —Se enderezó en su asiento—. De no haber sido quien sois, tal vez no habría alejado de mí a aquellos que de verdad me importan. Tal vez entonces habría podido encontrar la felicidad que buscaba.

Sherezade vio que la mirada de Yasmina revoloteaba hasta Jalid durante un

brevísimo instante. No fue intencionado. Y no se molestó, sino que lo entendió. La princesa había sido consciente todo el tiempo de que los deplorables actos de su padre habían representado un obstáculo para su unión con Jalid.

La joven inspiró profundamente.

—Tal vez entonces no tendríais que haber recurrido a medios tan rastreros para alcanzar vuestros objetivos.

La rabia encendió la mirada de Salim de nuevo.

—Y ahora que estamos aquí, ¿qué va a ser de nosotros, hija? Pues, al hacer lo que has hecho, has humillado a nuestra familia. ¿Quieres que me rinda? ¿Quieres que lo perdamos todo por tus pueriles esperanzas?

Ella no respondió.

—Podéis hacer lo que os plazca, Salim —respondió el califa en su lugar—. Podéis dar media vuelta y abandonar esta mesa ahora mismo si es lo que deseáis hacer —continuó—, pero las puertas de vuestra ciudad arderán hasta el amanecer. Y, cuando hayan desaparecido, no habrá nada que nos impida sitiar Amarda. —Se inclinó hacia delante—. Aunque yo no lo haría. Preferiría no matar a tanta gente por mi orgullo y vuestra arrogancia.

—Entonces, ¿queréis que me rinda? —espetó Salim en un susurro furioso.

—Os habéis rendido en el momento en que habéis aparecido ante mi tienda.

Una ola de furia recorrió el rostro del sultán.

—¿Y qué hay de los demás involucrados en esto? Muchos de vuestros aliados han aportado armas y fondos a esta causa. ¿Qué será de ellos? —Su voz se elevó—. ¿Qué será de Reza ben Latief?

Fue Tariq quien habló en respuesta a ese ataque:

—No os equivoquéis: el conspirador de mi tío será ajusticiado. Al igual que los que se han alineado con él. Queda mucho por discutir.

Intercambió una mirada cómplice con Sherezade. Una mirada que a ella le alegró compartir. Que le alegró comprender. Al fin.

—¿Qué es lo que queréis, Jalid ben al Rashid? —preguntó Salim—. ¿Mi muerte?

Jalid dejó que su mirada se recreara un instante en el sultán de Partia en penetrante consideración.

—Debería mataros por lo que habéis hecho. Por todo el dolor, la muerte y la destrucción que habéis infligido a mis seres más queridos.

—Os falta valor.

Aunque Salim dijo aquellas palabras como una réplica mordaz, Sherezade detectó cierto matiz de miedo en ellas.

—Para matar no hace falta valor. Hace falta valor para vivir.

—Entonces, ¿qué queréis de mí?

—Quiero que abdicéis de vuestro trono —replicó el califa—. Os proporcionaré un hogar fuera de Rey en el que residiréis y donde unos guardias os vigilarán día y noche. Guardias que yo designaré.

La rabia volvió a contorsionar los rasgos del sultán.

—Y supongo que vos os convertiréis en el gobernante de Partia. El gobernante de todo lo que mi familia ha poseído durante más de cinco generaciones.

—Os lo he dicho antes, no tengo ningún interés en tomar el control de vuestro reino.

—Entonces, ¿quién va a gobernar?

Jalid miró a Sherezade. Ella le devolvió la mirada, deleitándose por el modo en que él le dejaba divulgar el secreto mejor guardado de todos. El acuerdo al que habían llegado la noche anterior. Juntos.

Sostuvo la mirada de su esposo.

—Creo que Yasmina al Sharif sería una excelente sultana de Partia, mi rey.

—Y yo, mi reina.

Jahandar, sentado en su esquina de la mesa en la tienda del califa, vio cómo su mundo se desenmarañaba como un ovillo de seda.

Había elegido mal. Había creído que Reza ben Latief sería el que le ayudaría a recuperar las gracias del libro. A recuperar el poder. A recuperar la influencia.

Había creído que el sultán de Partia le ayudaría a encontrar el modo de hacerlo.

Pero se había equivocado de parte a parte.

No se había percatado de la enorme hostilidad que existía entre Sherezade y Salim Alí al Sharif. Ingenuamente había creído que su hija lo ayudaría a ganarse al sultán para su causa. Después de todo, estaba casada con su sobrino. Aunque Jahandar sabía que el sultán pretendía destronar al califa, este le había asegurado que Sherezade no sufriría daño alguno. Por ese motivo había estado tan dispuesto a secundar el plan de Reza de secuestrar a su hija y llevarla a Amarda.

No obstante, todo se había desmoronado aquella horrible noche en la cena.

Se había dado cuenta de que ese niño-rey —el califa de Jorasán— ya había ganado la guerra. Ya se había hecho con el poder que Jahandar necesitaba para triunfar. Había tomado el control de todo lo que él apreciaba.

Cuando el anciano intentó encontrar a Irsa en el desierto, fue incapaz de hacerlo. Ahora sabía por boca del capitán de la guardia que estaba entre los soldados del califa. A salvo en su campamento. Fuera de su alcance.

Cuando intentó reclutar a Sherezade para recuperar su libro, quedó claro que ya había acordado colaborar con el califa para arrebatárselo. El califa que le había robado el libro mientras dormía.

El califa que había utilizado a sus propias hijas en su contra.

¿Dónde estaba su libro?

Había perdido a su esposa. Había perdido su prestigio en Rey.

Y ahora había perdido a sus hijas.

No encontraba a Irsa por ningún sitio y Sherezade no quería ni verlo. No había

mirado en su dirección ni una sola vez.

Su hija mayor sólo tenía ojos para el niño-rey.

Cuando todos se levantaron de la mesa para marcharse, Jahandar hizo lo mismo. Observó a los guardias del califa seguir al sultán y a sus generales. Luego todos los que quedaban empezaron a ponerse en marcha, ignorando su presencia.

Como antes. Como siempre.

Entonces, cuando Sherezade y su esposo pasaron cerca, aprovechó la oportunidad para tomar la palabra. Aprovechó la oportunidad para pasar a la acción. Y hacerse oír.

—¿Dónde... —empezó con voz temblorosa—, dónde está el libro?

—¿De verdad es eso lo único que te importa, *baba*? —le preguntó su hija en bajo.

—N-no.

La cara de esta se tensó.

—¿Por qué no has preguntado por Irsa?

—¿Acaso Irsa me necesita?

Sherezade apartó la mirada, pero no antes de que el anciano viera su expresión de dolor. Jalid se acercó y contempló a Jahandar con mirada firme y penetrante. Una mirada que lo petrificó.

Jahandar se molestó, pues, aunque aquel niño era su rey, seguía siendo un niño.

Un niño que le había arrebatado demasiado. Que se lo había arrebatado todo.

—El libro ya no existe —respondió en tono frío.

—¿Qué? —susurró Jahandar.

—Ha desaparecido. Se ha destruido.

El mismísimo aire que rodeaba a Jahandar se detuvo. Se volvió caliente.

—¿Cómo?

—Yo mismo lo destruí.

El anciano juntó las manos ante sí y la sangre le subió por el cuello.

—¿Por qué?

El califa lo miró una vez más en silenciosa reprobación.

Y luego dio media vuelta.

Juzgándolo. Haciéndole caso omiso. Como tantos otros habían hecho siempre.

Como todos seguirían haciendo. Por culpa de ese niño. Ese niño que no tenía ningún derecho a hacer algo así. Ese niño que le había arrebatado tantas cosas.

A su hija. Su libro.

Su respeto.

La ira salió despedida de su cuerpo en un torrente abrasador. En una riada candente de rabia. Sin pensar, se abalanzó a por la daga que Sherezade llevaba en la cintura. El califa se interpuso entre ellos para apartarla, pero Jahandar no trataba de herir a su hija. A su hija *jamás*.

Blandió en alto la daga.

El califa levantó el brazo para desviar el golpe. Los guardias emitieron gritos de alarma.

Ajeno a todo, Jahandar asestó la estocada con violenta precisión. La daga surcó la cara de Jalid cuando este intentó apartar al anciano.

Pero encontró su objetivo:

El corazón del califa de Jorasán.



LA DAGA

Jalid había pensado muchas veces en cómo sería su fin. Con frecuencia había deseado que se le hubiera concedido la oportunidad de morir antes que el padre de Ava. Morir en lugar de imponerle la maldición a su pueblo.

Pero ¿aquello?

Aquello no lo había previsto. No había previsto que moriría a manos de Jahandar al Jayzurán. Por un instante, clavó la mirada en el padre de Sherezade.

Su asesino.

Pero no tenía tiempo para el odio. No tenía tiempo para represalias.

Sus ojos se posaron en su esposa.

No. Al final sólo hay tiempo para el amor.

Se tambaleó y cayó al suelo; la confusión le corría por el cuerpo en oleadas frías y calientes.

La estancia enmudeció.

El pánico se abrió paso en su pecho. Un dolor sin fin. Sabía que la herida era mortal. Vio borroso, pero la vista se le aclaró cuando la sangre caliente goteó a su lado. Oyó que Jalal derribaba al padre de Shezi y le arrancaba la daga de la mano de una patada.

Todo el mundo en la tienda se quedó quieto. No se oía un alma.

Jalid tomó a Sherezade de las manos y se las estrechó fuerte.

Se iba.

—¡No! —gritó Sherezade, y aferró el cuerpo que iba perdiendo la consciencia en el suelo ante ella. Vio cómo la sangre le manaba del pecho.

Vio cómo Jalid jadeaba con la boca llena de sangre.

Lo último que este vio fue su cara.

Al final sólo había amor.

Mucho más de lo que él merecía.



EL PODER DEL AMOR

Los gritos de su hija mayor se convirtieron en sollozos. Nadie más a su alrededor se movía. La princesa de Partia se había llevado las manos a la boca y sus ojos titilaban con lágrimas a punto de derramarse. Su hermana menor había hundido la cara en su hombro para sofocar sus chillidos.

Y, sin embargo, nadie miró en dirección de Jahandar. Nadie emitió siquiera una palabra en su dirección. Ni su hija. Ni siquiera el *shahrban*. Ni una sola palabra de odio, furia o castigo.

Todos estaban absortos en la escena que tenían delante.

Y Jahandar no se sentía diferente. No se sentía mejor por haber hecho lo que acababa de hacer.

Al contrario, se fue desmoronando al ver a su orgullosa hija destrozada ante él. Nunca la había visto así. Ni cuando su madre murió. Ni cuando tuvo que hacerse con el control de su casa porque él estaba hundido en la miseria. Ni siquiera cuando se llevaron a Shiva a palacio.

No flaqueó ni una sola vez.

Pero ahora se estaba desmoronando. Lo veía. Veía sus ojos resplandecientes. Oía sus sollozos apenados cada vez más fuertes.

El corazón le dio un vuelco. Luego se le volvió loco en el pecho.

No podía soportar ver así a su hija, nunca había pretendido herirla.

A Sherezade no. A ella jamás.

La sangre del califa se derramaba en su dirección. Hacia sus manos lacias en el suelo.

Y entonces supo lo que debía hacer. Había memorizado cada hechizo de aquel valioso libro. Cada línea de texto que había traducido estaba grabada a fuego en su mente.

¿Y aquel hechizo?

Sería el último. El mejor.

La sangre que tocaban las puntas de sus dedos seguía estando caliente.

En ese momento, recordó ese día en el palacio en que le había regalado a Sherezade la última rosa de su jardín. Una flor incipiente de color crema y malva rosada. Había querido regalarle un recuerdo duradero de su hogar.

Había matado la rosa para regalarle un instante de belleza.

Con la sangre del califa en las manos, empezó a murmurar el hechizo. Dejó que su muñeca describiera el más lento de los giros.

La vista empezó a nublársele. De las puntas de sus dedos brotó una luz vacilante. Sintió que una ola de frío tiraba del centro de su cuerpo. La vista se le iluminó y se le oscureció, como si le hubiera caído una gota de tinta en los ojos que se hubiera diluido en la nada.

El dolor empezó a concentrarse en su corazón. Empezó a florecer hasta convertirse en una herida abierta.

Pero no le dolía. Nada. En lo más mínimo. Jahandar empezó a sonreír.

Pues allí..., allí residía el verdadero poder. El poder que siempre había deseado.

El poder de hablar sin palabras.

El poder del amor.

Reza contempló cómo el alba se abría paso lentamente por el este. Se desplegaba poco a poco a partir de una noche aún plagada de estrellas. Siempre había sido un hombre de paciencia infinita. Se requería paciencia para forjar relaciones. Paciencia para fortalecer la confianza.

Paciencia para derrocar a un rey.

Esperaba en el desierto mientras observaba cómo ardían las puertas de Amarda. Le alarmaba que el ejército del sultán aún no hubiera tomado represalias, pero sabía que todo llegaría. Y se negaba a mostrar a los mercenarios que le rodeaban otra cosa que no fuera la máxima fe en su causa.

Los hombres cuya lealtad se compraba y se vendía no se fiaban de un corazón dubitativo, pues las dudas podían venderse al mejor postor.

Cuando divisó el remolino de polvo que levantaba un jinete que se acercaba, se enderezó en su corcel. Los caballos de los hombres que le rodeaban resoplaron cuando sus dueños se aproximaron.

El mensajero *fida'i* no dijo nada cuando tiró de las riendas para refrenar a su semenral delante de Reza. El animal brillaba de sudor y el mensajero portaba una mirada sombría.

—El sultán se ha rendido al califa —anunció sin detenerse a tomar aire.

Reza disimuló su sorpresa, pero no su furia.

—¿Cómo es posible? No se ha librado ni una batalla. ¿Habéis hablado con el sultán?

El mensajero no respondió. Intercambió una breve mirada con los demás hombres que rodeaban a Reza.

Antes incluso de sentir el primer golpe, comprendió lo que estaba ocurriendo.

Le vino por detrás. El corte de una espada.

Cayó hacia delante en su caballo. El semenral se encabritó cuando asestaron el segundo golpe en el costado del anciano.

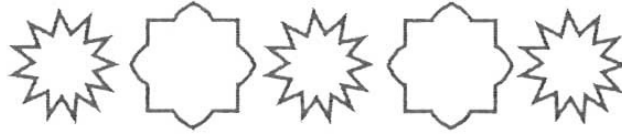
Este cayó a la arena boqueando, aferrándose las heridas.

Rodó hasta quedar bocarriba y resolló en busca de aire.

El mensajero, cuya espada ensangrentada brillaba en contraste con el cielo, se acercó aún más en su caballo.

—Tengo un mensaje del hijo de Nasir al Ziyad. Dice que la próxima vez que enviéis a un mercenario a matar a alguien que ama, os aseguréis de que ella no vive para contarlo.

Lo último que Reza ben Latief vio fue el destello de una espada.



EPÍLOGO

El niño entró dando saltos por las puertas dobles y se abalanzó sobre los brazos abiertos de su padre.
—¡Baba! —gritó—. ¡El tío Artan va a enseñarme a volar en su serpiente alada!

El califa de Jorasán miró a su hijo con diversión mal disimulada.

—Creo que tu madre tendrá algo que decir al respecto.

—¡No! —El crío negó con la cabeza—. No se lo digas a *mama*. El tío Artan me ha hecho prometérselo.

—De nuevo, creo que tu madre tendrá algo que decir al respecto.

El pequeño echó un vistazo a su habitación con sus ojos enormes y salpicados de ámbar.

—¿Dónde está?

—Creo que está en el solárium con tu tía.

—Pero ¿va a volver pronto?

—Claro.

El entusiasmo iluminó la mirada del niño.

—Dijo que esta noche me contaría una nueva historia.

—Eso he oído.

Jalid sonrió.

Su hijo echó a correr hasta el centro de su cama elevada y cogió su cojín verde favorito. El califa fue a sentarse a su lado.

Con cuidado, el pequeño se estiró para colocar una mano en la cicatriz que estropeaba la cara de su padre.

—¿Te duele?

—A veces.

—El tío Artan me curó la rodilla el otro día cuando me caí. A lo mejor le puedes pedir que te la cure.

—No es necesario.

—¿Por qué?

—No me importa.

—¿Por qué?

Jalid volvió a sonreír.

—Porque me recuerda que todo tiene un precio. Que cada decisión que tomamos tiene sus consecuencias.

El pequeño asintió despacio, como si fuera muy sabio para sus cinco años.

—No me gusta que te duela.

Sus diminutos dedos continuaron presionando la mejilla de su padre, acariciando el borde de la cicatriz con una delicadeza infinita.

—A mí tampoco me gustaría que te hicieras daño, de ahí que me preocupe lo de la serpiente voladora.

El niño esbozó una amplia sonrisa y arrugó su naricilla impertinente.

—Te quiero, *baba*.

—Y tú nunca olvides que mi corazón está siempre en tus manos, Harún.

Las puertas de la alcoba se abrieron y Sherezade entró como una ráfaga de pelo revuelto y seda enjovada.

Harún correteó hasta el borde de la cama para saludarla.

—*Mama*, no le digas al tío Artan que te lo he contado, pero dice que, cuando acabe mis clases esta semana, ¡me enseñará a volar!

Jalid entrecerró los ojos.

—Harún-*jan*, acabas de decirme que le prometiste al tío Artan que no se lo contarías a tu madre.

El niño miró a su padre con ojos de cordero.

—Se me ha olvidado.

Sherezade se echó a reír.

—Tienes que aprender a cumplir tus promesas, cielo. Un hombre que no cumple sus promesas no es nada. —Le echó hacia atrás la maraña de pelo negro ondulado—. ¿Y qué es eso de volar? —Sherezade cogió una de las rosas marchitas que había junto a la cama de su hijo—. Si tienes tanto interés en volar con el tío Artan, quizá no debería contarte la historia que iba a relatarte esta noche, pues sólo te animará.

Le devolvió la vida a la rosa con un simple giro de muñeca.

—¡No! —Harún saltó hacia atrás y ocupó su lugar en el centro de los cojines—. No voy a aprender a volar. —Sonrió, y su sonrisa fue tan generosa, tan brillante y tan excelsa que curvó hacia arriba todos los rasgos de su perfecto rostro—. Aunque Amira me ha dicho que no da miedo y...

—A veces a Amira al Juri le gusta adornar la verdad, como a su madre.

Sherezade contuvo un suspiro.

—Ya lo sé, pero me fío de ella porque es mi mejor amiga. —La sonrisa de Harán se intensificó—. No te preocupes, *mama*. No voy a volar... todavía.

Con otra amplia sonrisa, Sherezade se acomodó junto a los seres más bellos del mundo: su marido y su hijo. El pequeño, recostado a su lado, era igual que Jalid, salvo por la nariz y las ondas revueltas, que había heredado de ella.

Y salvo por la blanca cicatriz que surcaba la mejilla del califa.

Una de las marcas de la noche en la que su padre había dado la vida por el amor

de ambos. Una en la cara y otra en el corazón. Aquellas marcas que cada día le hacían sentirse agradecida por estar viva. Por compartir su vida con sus seres queridos.

Pensó en Shiva durante un instante. Una calidez se apoderó de ella.

Todo lo que quería lo tenía delante. Todo lo que necesitaba lo llevaba en su interior.

Se despertaba cada amanecer con un corazón agradecido.

—¿Todo ha ido bien con Irsa? —le preguntó Jalid cuando ella se recostó en un cojín.

—Sí —respondió esta, alzando la rosa para aspirar su aroma—. Sigue ocupada en el solárium estudiando hierbas medicinales con Artan, pero puede que acompañe a Tariq la próxima vez que vaya a Amarda.

Jalid elevó una ceja.

—¿Seguís intentando emparejarlos? Irsa y tú sois peores que las alcahuetas que se colocan en las esquinas del zoco, siempre tramando algo.

Una luz cálida brilló en sus ojos.

—¡Yo no estoy haciendo nada! —Levantó las manos—. Tariq viaja a Amarda por su propia cuenta. Si se las ingenia para pasar tantísimo tiempo con Yasmina...

Una de las comisuras de la boca de Jalid se curvó hacia arriba.

—Claro, claro...

—¿*Mama*? —Harún carraspeó, mirando por turnos a sus padres—. ¡La historia!

—¡Ah, sí! ¡Claro! —Lo atrajo hacia sí—. Como mi *efendi* más querido está tan enamorado de la idea de volar, creo que empezaré este cuento en una tierra no muy lejana. Nuestro héroe comienza su viaje en una noche oscura, cuando se escabulle a un jardín por la ventana de su dormitorio con una vieja alfombrilla debajo del brazo. Una alfombra fea y sucia con un medallón en el centro y los bordes chamuscados.

—¿Una alfombra? —se extrañó Harán, y arrugó la frente.

—Sí, una alfombra. —A Sherezade le chispearon los ojos—. ¡Pero no una alfombra cualquiera! Una alfombra capaz de llevar a nuestro héroe adonde desee ir. A cualquier época y lugar. Lo único que lo limita es su imaginación. Si desea ver las criaturas mágicas que nadan en un mar azul a mil leguas de distancia, puede hacerlo con sólo desearlo. Si desea averiguar a qué sabe la nieve de la cumbre más alta cuando se mezcla con la mejor miel de los mercados de Damasco, sólo tiene que pedirlo. Pero ¡ay!, esas no son sus principales preocupaciones, pues sólo tiene un sueño, uno solo.

Sherezade hizo una pausa y contempló al pequeño a su lado. Luego alzó la vista hacia el hombre tumbado en los cojines de seda.

Su corazón era tan ilimitado como el océano. Tan vasto como el cielo.

—¿Quieres saber más acerca de este héroe? —le preguntó.

A Harón le brillaron los ojos.

¡Sí!

—Entonces, vamos allá con la primera historia... *Harún y la alfombra mágica*.



GLOSARIO

Al jansa: Estirpe de caballo árabe criado en el desierto, traducido como «el cinco»; el caballo de Tariq; el caballo de Jolid, *Ardeshir*.

Amarda: La mayor ciudad de Partia; ciudad en la que reside Salim Alí al Sharif.

Barbari: Tipo de pan plano que suele ir decorado con cortes paralelos que lo atraviesan longitudinalmente.

Califa: Gobernante de Jorasán, término sinónimo de «rey»; Jolid ben al Rashid.

Chagatai: Lengua muerta de origen centroasiático.

Chutney. Salsa de sabor agridulce elaborada a partir de frutas o verduras cocidas en vinagre con azúcar y especias.

Cimitarra: Espada curva y de un solo filo; la espada de Tariq; la espada de Jolid.

Coraza: Armadura de la parte superior del cuerpo consistente en un peto y un espaldar amarrados.

Dinar: Moneda acuñada a partir de lingotes de oro.

Efendi: Título honorífico que suele añadirse a un nombre para indicar respeto.

Emir: Noble de Jorasán, similar a un duque, uno de los aliados del califa; Nasir al Ziyad.

Faquir: Sabio en magia y misticismo.

Fida'i: Mercenario marcado por un escarabajo en la parte interior del antebrazo.

Galyan: Narguile o pipa de agua.

Jan: Término afectuoso. Sufijo añadido a un nombre para que signifique «querido».

Janjar: Daga curvada de doble filo originaria de Omán; daga de Rahim.

Jeque: Líder de una tribu badawi; Omar al Sadiq.

Jirjirak: Término que significa «grillo».

Joonam: Término afectuoso que significa «mi todo».

Jorasán: Reino rico, gobernado en la actualidad por un califa de dieciocho años con un pasado lleno de muerte.

Karaj: Ciudad de Jorasán.

Lavash: Tipo de pan muy fino.

Mago: Hechicero; Musa Zaragoza.

Mangala: Puño de piel, que abarca desde la muñeca al codo, asociado con la cetrería.

Manto: Túnica holgada, por lo general hecha de un material elaborado como el damasco, que suele llevar la realeza.

Meraa dost: Amigo de mis enemigos.

Palang: Término que significa «tigre».

Pashmina: Tejido elaborado con lana de cachemira.

Partia: Reino menor vecino de Jorasán, gobernado por Salim Alí al Sharif.

Qamis: Camisa holgada de manga larga que llevan tanto hombres como mujeres y que suele ser de lino.

Rajput: Miembro de una orden guerrera; Vikram.

Rey: La mayor ciudad de Jorasán; ciudad natal de Sherezade.

Rida': Capa que llevan los hombres sobre los hombros y que les cubre la camisa; también puede incluir una capucha para ocultar la cara.

Sahib: Título utilizado con deferencia y que suele denotar un rango.

Sangak: Tipo de pan plano que se hornea sobre una base cubierta de piedras pequeñas.

Sayidi: Término de respeto utilizado para dirigirse al califa, traducido como «mi señor».

Shahrban de Rey: General de mayor rango de Jorasán, segundo por debajo del califa; el general Aref al Juri.

Shamshir: Sable fino con una curva bastante pronunciada; la espada de Jalid.

Sirwal: Pantalones voluminosos que llevan tanto hombres como mujeres; suelen ajustarse al tobillo y asegurarse a la cintura con un fajín.

Sultán: Gobernador de Partia, término sinónimo de «rey»; Salim Alí al Sharif.

Taleqan: Fortaleza del emir Nasir al Ziyad, cuarto fuerte más rico de Jorasán; hogar de Tariq.

Talwar: Especie de espada curvada o sable originario del Indostán; la espada del *rajput*.

Tebas: Gran ciudad del centro de Grecia.

Tikka: Fajín largo con que se envuelven las caderas, en gran medida decorativo, que llevan tanto hombres como mujeres.

Tribu badawi: Tribu nómada del desierto, controlada por un jeque.

Visir: Consejero del califa.

Zoco: Mercado al aire libre.



AGRADECIMIENTOS

Tengo la impresión de que fue ayer cuando escribí los agradecimientos para *La ira y el amanecer*, y aquí estoy, con una serie terminada ante mí. Por muy trillado que suene, no hay duda de que el tiempo vuela.

Como siempre, no podría haber hecho realidad este sueño sin el apoyo incondicional de mi brillante agente, Barbara Poelle. B.; sólo Cookie podría aspirar a compararse contigo. Ah, y... buena suerte, tonta.

A mi editora, Stacey Barney: gracias por retarme siempre, siempre, y por no permitir nunca que me conforme con algo menos que la excelencia. Trabajar contigo es uno de los mayores regalos que esta increíble carrera me ha proporcionado. Gracias por amar estos libros y a estos personajes tanto como yo, desde el principio hasta el final.

A la fantástica gente de Penguin: no existen palabras para expresar lo mucho que vuestro apoyo y entusiasmo significan para mí. Quiero agradecerlo en especial a la indomable Kate Meltzer y a mi maravillosa publicista Marisa Russell: gracias por no rehuir nunca mis interminables preguntas y por estar siempre dispuestas a ayudarme. Gracias enormes también a Carmela Iaria, Alexis Watts, Doni Kay, Anna Jarzab, Chandra Wohleber, Theresa Evangelista, Marikka Tamura, Jen Besser, Catherine Hayden, Lisa Kelly, Lindsay Boggs, Sheila Hennessey, Shanta Newlin, Mia García, Erin Berger, Amanda Mustafic, Colleen Conway, Judy Parks Samuels, Tara Shanahan y Bri Lockhart.

A los Bat Cavers 2015: brindo por muchas muchas más críticas e incluso más risas compartidas en nuestro futuro cercano. Gracias a Alan y a Wendy Gratz por hacer posible esta magia. Gwenda Bond, tu voz narra mi vida.

A todos los maravillosos blogueros, bibliotecarios, *youtubers* y amantes de los libros que los defienden en todas partes: os lo agradezco de todo corazón.

A mis hermanas escritoras, Joy Callaway, JJ, Traci Chee, Sarah Lemon, Ricki Schultz y Sarah Henning: gracias por estar ahí en cada paso del camino.

A Marie Lu: no hay gracias suficientes en el mundo. Estoy muy agradecida por poder llamarte mi amiga. Habrá muchas más teteras llenas de té en un futuro próximo y estoy deseando compartirlas contigo.

A Beth Revis y Lauren DeStefano: nunca jamás dejéis de ser las almas maravillosas que sois las dos. Es algo digno de ver y estoy más que agradecida de

teneros en mi vida. Lauren, no quedan emojis. Los hemos utilizado todos. Eva también dice *hola*. Revis, ese rabillo del ojo está perfecto.

A Carrie Ryan: muchas gracias por cada almuerzo, cada texto, cada risa, cada lágrima. No sé quién fue el que lo dijo, pero, cuando encuentras a alguien que odia las mismas cosas que tú, aférrate a él; por tanto, me aferró a ti. Siempre.

A Marie Rutkoski: por la preciosa crítica de *La rosa*, por el consejo, por los emails, por todo, pero, sobre todo, simplemente por ser tú y ser maravillosa.

A los fantásticos amigos que hice en mi año como debutante —a Sona Charaipotra, a Dhonielle Clayton, a Victoria Aveyard, a Adam Silvera, a David Arnold, a Becky Albertalli, a Valerie Tejada, a Nicki Yoon, a Melissa Grey y a Virginia Boecker—: fue todo un honor atravesar ese torbellino con vosotros.

A Brendan Reichs: porque se lo prometí. Y también porque luce un traje color mandarina como ninguno.

A Sabaa Tahir: eres mi roca y no tengo ni idea de cómo habría escrito este libro sin ti. Ni la más mínima. Le doy las gracias a cada siete por juntarnos.

A Heather Baror-Shapiro y a todo el equipo de IGLA: cada vez que veo una cubierta extranjera, tengo que pellizcarme. Gracias una y mil veces.

A Elaine: por comprenderme como nadie. También por aguantarme después. Gracias, gracias, gracias. Hasta el infinito.

A Erica: ser tu hermana es una de las mejores cosas de ser yo. Que sepas que tienes un agujero en los vaqueros. Tal vez deberías echarle un vistazo. A mis hermanos, Ian y Chris: estoy segura de que los dos leeréis este libro. Hay personajes inspirados en cada uno de vosotros. Buajajajaja. A Izzy: gracias por ser tan asombrosa y apoyarme tanto. A mi padre: gracias por instilar en mí el amor por la palabra escrita. A mi *umma*: gracias por decirle a la gente en la cola del súper que compre mi libro. Nunca jamás dejes de hacerlo. Gracias también por estar tan orgullosa. A *mama* Joon y a *baba* Joon: espero que, cuando leáis este libro, sintáis lo que yo siento cuando estoy con vosotros: un amor profundo e incondicional. A Omid, Julie, Navid, Jinda, Evelyn, Isabelle, Andrew, Lily y Ella: gracias por el gran regalo que es nuestra familia. Y por estar siempre ahí, en cualquier circunstancia.

Y a Vic...

A no pertenecer a nadie, sino a estar hechos el uno para el otro.



RENÉE AHDIEH Renee Ahdieh nació el 7 de julio de 1983. Como su madre era de Corea del Sur, pasó los primeros años viviendo en este país. Su padre es de Estados Unidos. La familia se mudó a Estados Unidos, donde asistió a la universidad. Asistió a la universidad en Chapel Hill y se graduó de la Universidad de Carolina del Norte. Actualmente reside en Charlotte, Carolina del Norte, donde vive con su esposo, Victor, y un perro, llamado Mushu. Ahora es conocida como una autora estadounidense de fantasía juvenil.